
GREY
BAJO LA PROTECCIÓN DEL EJECUTOR
BRENDA RIPARDO

GREY

BAJO LA PROTECCIÓN DEL EJECUTO

BRENDA RIPARDO

Derechos de autor del texto original copyright © 2025, **BRENDA RIPARDO, GREY, BAJO LA PROTECCIÓN DEL EJECUTOR.**

Portada: Giovana Martins

Lectura sensible: Saulo Moreira

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio existente, tangible o intangible, sin la autorización por escrito de la autora.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la ley n.º 9.610/98, castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Este libro sigue la norma estándar del nuevo acuerdo ortográfico de la lengua portuguesa, pero hay muchas abreviaturas como «tá», «tô», «pra» y «pro», para que el texto sea lo más natural y verosímil posible.



SUMÁRIO

DERECHOS DE AUTOR

DEDICATORIA

NOTA DE LA AUTORA/GATILHOS

SOBRE TENEBRIS

SINOPSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

EPÍLOGO

EPÍLOGO (BONUS)

MENSAJE DE LA AUTORA



DEDICATÓRIA

Para mis e , las mafiosas de María.

Quizás este libro no sea exactamente lo que esperáis cuando pensáis en la mafia. No hay familias rivales disputándose territorios, ni acuerdos que se cierran entre disparos y cosas por el estilo. Pero hay algo que, para mí, es aún más intenso: un amor peligroso, roto y real.

Esta historia habla de llevar cicatrices, de miedo, culpa, perdón y de amar a alguien incluso cuando todo dice que no deberías.

Gracias por estar aquí, incluso cuando me alejo un poco del camino al que están acostumbrados.

Ustedes son parte de todo esto. Siempre lo han sido.

Con todo mi cariño (y un toque de oscuridad, claro),

Brenda Ripardo.



NOTA DA AUTORA

Este libro contiene escenas que pueden resultar delicadas para algunas lectoras. Por mucho que escriba ficción, sé lo mucho que las palabras pueden llegar a lugares profundos, a veces hermosos, a veces dolorosos.

A lo largo de la historia, encontrarás temas fuertes, entre ellos:

- ***Violencia física y psicológica;***
- ***Secuestro;***
- ***Tortura;***
- ***Asesinato;***
- ***Duelo;***
- ***Traumas familiares;***
- ***Referencias al suicidio y experiencias médicas dudosas;***
- ***Relaciones con dinámicas de poder desequilibradas;***
- ***Desencadenantes relacionados con figuras paternas;***

- ***Escenas de sexo explícito;***

Esta es una narrativa intensa, con personajes quebrantados que sangran por dentro, pero que también luchan por el amor y un poco de paz.

Si eres sensible a alguno de estos temas, lee con precaución. No tengas miedo de cerrar el libro si es necesario. Tu bienestar siempre es lo primero.

Y si decides continuar...

Bienvenida a la oscuridad. Puede dar miedo, pero a veces es en ella donde aprendemos a brillar.

ESTE LIBRO ESTÁ DESTINADO A MAYORES DE 18 AÑOS.



TENEBRIS

Sé que es tu primera vez sumergiéndote en este universo, y tal vez te estés preguntando qué es exactamente ***Tenebris.***

La respuesta es todo lo que puedas imaginar.

Tenebris es una organización secreta, nacida en las sombras y regida por un código que no admite fallos. Los ejecutores son entrenados desde la infancia para matar sin dudar, infiltrarse donde nadie más se atrevería y desaparecer sin dejar rastro.

Su sede principal se encuentra en Dubái, pero sus ramificaciones se extienden por todo el mundo, conectadas por la tecnología, la disciplina y la sangre. No pertenecen a ningún gobierno y, sin embargo, todos los gobiernos temen su existencia.

Lealtad absoluta.

Las misiones por encima de la moral.

Silencio eterno.

La cicatriz en forma de triángulo roto en la espalda de cada miembro de la organización no es solo una marca, es una advertencia.

Nadie entra en Tenebris y sale ileso.

Nadie entra y sale.

Gracias por acompañarme en esta historia.

Nos vemos en la próxima inmersión en la oscuridad.



SINOPSE

Ella era la hija de su mejor amigo.

Ahora, es la razón por la que él va a romper todas las reglas.

Grey es un hombre poderoso, pero vive en las sombras. Frío, calculador y letal, es el ejecutor de élite de una organización criminal. Desde muy joven fue entrenado para matar y condicionado para no sentir.

Todo cambia cuando Luca Venti, su mejor amigo, muere y deja atrás lo que Grey juró proteger a cualquier precio: Julie.

Julie Venti siempre ha sido diferente. Dotada de una mente brillante y una curiosidad insaciable, creció rompiendo expectativas, sin saber los oscuros secretos que rodeaban su vida.

Durante años, Grey vigiló a la hija de su mejor amigo desde la distancia, manteniéndola fuera del alcance del mundo en el que él vive. Pero el pasado de un hombre como él nunca queda enterrado, y ahora viene a por Julie.

Ella ya no es una niña. Ha crecido y se ha convertido en una mujer hermosa e inocente, todo lo que Grey ha sido entrenado para corromper o destruir. Y ahora, necesita esconderla, encerrarla en la única prisión segura que conoce: él mismo.

Ella confía en él.

Ella lo admira.

No tiene ni idea de la guerra que libra en su interior.

Protegerla era el trato.

Querer a la hija de su mejor amigo nunca formó parte del plan.

Y él sabe que si cruza esa línea, no habrá vuelta atrás.



GREY

PRÓLOGO

El móvil vibra en el bolsillo de mis pantalones en el momento en que cierro la pesada puerta del *búnker*. Al cogerlo, veo un mensaje que dice «código rojo». Joder. Aprieto el dispositivo con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

Julie.

Respiro hondo, tratando de que mi cuerpo obedezca antes que mi maldita cabeza. El protocolo dice que hay que esperar, analizar y enviar a alguien. Pero, que le den. Cuando se trata de ella, no puedo contenerme.

En dos minutos estoy dentro del coche, en cinco, atravesando la ciudad como si el mismísimo infierno me persiguiera.

Nadie sabe que soy yo quien paga su maldito alquiler. O que fui yo quien llenó la nevera vacía la semana pasada, después de que su madre desapareciera durante tres días. Nadie sabe que, cuando se despierta en mitad de la noche pensando que la suerte le sonríe, la maldita suerte tiene un nombre.

El mío.

Freno tan fuerte que el coche casi besa la acera.

Él está ahí, en un estado lamentable, o al menos eso es lo que quiere aparentar. Pero reconozco esa mirada, porque yo ya he sido él. Ya he querido lo que él quiere y ya he sentido lo que él siente. Y por eso sé exactamente lo que tengo que hacer.

Salgo del coche sin pensarlo dos veces y siento el peso del arma bajo la chaqueta. Aún no disparo, solo me acerco lo suficiente para que me sienta, pero sin que vea la amenaza.

El desgraciado huele la muerte en el aire y retrocede como un maldito cobarde. Lo sigo con zancadas y extiendo la mano para agarrarle por el cuello de la camiseta, y luego lo arrastro hacia mí.

Gime cuando lo empujo contra la pared y acerco mi cara a la suya.

— P-p-puedes quedarte con mi cartera —tartamudea.

— Si vuelves a respirar cerca de ella... —Mi voz es baja, ronca de odio—. No solo te mataré, haré que supliques por morir.

El chico palidece y el alma se le escapa de los ojos. Lo empujo con fuerza y lo veo correr, tropezando con sus propias piernas como un ratón huyendo del fuego.

Solo entonces levanto la vista y veo que su ventana sigue encendida. Pero Julie no ha visto nada. Mejor así. Nunca debe ver lo que el mundo le hace a quienes intentan tocarla.

Suelto el aire atrapado en mis pulmones y me apoyo en la pared del edificio de al lado, con las sombras envolviéndome, mi mano cerrada en un puño y la rabia burbujeando bajo mi piel.

Espero, porque si otro gusano se acerca, probará el sabor del infierno antes de respirar.

Julie solo me tiene a mí, y ni siquiera lo sabe.



JULIE

CAPÍTULO 1

El mundo espera que sonría.

La gente que me rodea espera que diga solo lo necesario y que vista como alguien que lleva una buena herencia en la sangre. Quieren que finja que el dolor no se me ha atascado en la garganta como un nudo seco imposible de deshacer.

Pero ¿cómo voy a hacerlo, siendo hija de quien soy?

Me eduqué en las mejores escuelas, colecciono diplomas y hablo cinco idiomas con fluidez, lo que ahora me parece demasiado vacío. Soy autodidacta, tengo un coeficiente intelectual de 154, razonamiento clínico, memoria fotográfica y todo eso, pero ahora me parece más una maldición que un don.

Soy buena, muy buena incluso con discursos analíticos, cortes sociales disfrazados de educación y respuestas lo suficientemente afiladas como para hacer sangrar a alguien.

Pero nada de eso borra el hecho de que mi padre murió. Nada llena el vacío que nadie quiso ocupar. No enfermó, no sufrió un accidente, no fue víctima de violencia. Nada.

Un día, simplemente desapareció de mi vida, como si alguien hubiera borrado su existencia con un botón. Y todo lo que me dijeron fue que había muerto. Sin ningún detalle ni explicación.

Desde entonces, todo lo que me queda es una ausencia demasiado grande para caber dentro de mí y una madre que finge

que todo está en su sitio.

Mamá nunca ha sido del tipo que se despeina. Endereza la espalda como una reina sin trono, sostiene las copas de vino como si tocara una obra de arte y llena el tiempo entre cerámicas, clases de yoga y cenas insoportables con personas aún más vacías que ella.

Y detrás de esa postura impecable, vive una mujer que nunca me ha perdonado por haber nacido.

Culpa a mi padre por haberla atado a una vida que nunca quiso, y a mí por ser el reflejo vivo de él. Según ella, antes de quedarse embarazada, había invitaciones, billetes a París, Milán, Londres, y después solo quedaron migajas y arrepentimiento.

No dice que me odia, no me grita ni me pega, lo que es peor. Solo me soporta. Y ser soportado por alguien es la forma más cruel de ser rechazado.

El apartamento donde vivimos es grande e impecable. Suelo de mármol frío, alfombras caras importadas y paredes decoradas con cuadros que no dicen nada sobre nosotros.

Todo parece demasiado estéril, sin alma ni calor. Es como vivir en un mausoleo donde el tiempo se detuvo en el momento en que murió mi padre. Mi habitación es espaciosa, cómoda y tan vacía como el resto de la casa. Cada mueble fue elegido por una decoradora que nunca me conoció. Cada libro de las estanterías ha sido aprobado por mamá, como si la inteligencia tuviera un manual de instrucciones. El escritorio se colocó en la pared más alejada, estratégicamente situado para mantenerme callada e invisible.

Me levanto del sillón, me pongo el abrigo de *cachemira* que me regalaron en mi último cumpleaños y me dirijo al ascensor. Las paredes lisas, el suelo pulido, todo en este edificio es perfecto. Pero nada aquí consigue calentar el frío que se ha apoderado de mi piel desde que perdí a la única persona que realmente me quería.

En la entrada, saludo al guardia de seguridad con un gesto automático y me dirijo a la plaza a la que mi padre solía llevarme cuando aún creía que el mundo era un lugar seguro. Es el único

lugar donde el aire no pesa tanto, donde el pecho se calma y la cabeza deja de gritar.

El día está despejado, claro. La ciudad gira, indiferente. La gente pasa y ríe, corre y vive como si nadie hubiera muerto. Como si mi dolor no existiera.

Me siento en el viejo banco de madera, ese que todavía tiene un corte torcido hecho con la navaja de mi padre. Es un rasguño feo, mal hecho, que él decía que era «nuestro código secreto».

Mirándolo ahora, me pregunto si era una marca o una advertencia. Si él ya sabía, de alguna manera, que se iría demasiado pronto y me dejaría sola en este mundo podrido.

Es entonces cuando un nombre invade mis pensamientos como un presentimiento que no puedo alejar.

Damian Balestra.

Mi padrino y el mejor amigo de mi padre.

El hombre que se quedó parado al fondo de la iglesia el día del funeral, con los ojos demasiado duros para llorar. El hombre que nunca más me miró a la cara, nunca me buscó, nunca me envió una carta ni siquiera me llamó por mi cumpleaños.

No pasa nada, he aprendido a vivir bien sola. No le necesito a él ni a mamá. No necesito a nadie.



Nadie se sienta a mi lado en clase.

No es una regla declarada, tampoco hay un cartel o una nota pegada en el respaldo de la silla, ni un «reservado» que justifique el

espacio vacío de todos los días. Pero siempre es así, entro, elijo mi sitio como cualquier otra persona y, en cuestión de segundos, me doy cuenta de que todos se distribuyen lejos de mí.

Me evitan como si tuviera una enfermedad contagiosa, o como si ocupar el asiento a mi lado significara competir por oxígeno o por atención. Quizás sea algo más emocional, como la inseguridad que provoca mi existencia.

No porque me crea mejor, sino porque sé que lo soy. No en el sentido arrogante de la palabra, solo en el técnico. Mi cerebro no olvida y mi razonamiento conecta puntos que no todos ven. Y cuando los profesores hacen preguntas, respondo antes de que los demás respiren.

No soy precisamente la chica más simpática del mundo, pero tampoco intento parecer menos de lo que soy. Quizás sea eso lo que no soportan. O el hecho de que, con diecinueve años, soy la más joven de la clase y la más preparada.

Entré en premedicina a los trece años, saltándome etapas con exenciones curriculares y cartas de recomendación firmadas por gente que conocía a mi padre. Sin embargo, no fue la influencia lo que me trajo hasta aquí, fue mi capacidad.

Y creo que el hecho de que no puedan ignorarme los mata por dentro. Los profesores me adoran y siempre esperan más de mí que de cualquier otra persona.

Algunos de mis compañeros de clase intentan disimular su incomodidad, otros ni siquiera eso. He oído tantos cuchicheos cuando paso y he sentido tantas miradas torcidas.

— Ah, es ella.

—Claro que sacó un sobresaliente, mira su expediente.

— Ni siquiera dan ganas de competir.

Fingo no oírlos, pero lo oigo todo.

Hoy, la clase es sobre fisiología celular con énfasis en las vías metabólicas. Un tema que he revisado tres veces en los últimos dos

días, porque mi cerebro no me da tregua, devora todo lo que encuentra y, cuando termina, quiere más.

Garabateo estructuras moleculares en el margen del cuaderno, ATP, NADH, esquemas del ciclo de Krebs, solo para mantener las manos ocupadas. La profesora lanza una pregunta al aire y dos alumnos cuchichean justo detrás de mí, uno de ellos se arriesga con una respuesta incorrecta. La pregunta es sencilla, básica, sobre el ciclo de Krebs, casi imperdonable el desconocimiento a estas alturas del curso.

La profesora me llama sin levantar la vista.

—¿Señorita Venti?

Respondo, por supuesto, haciendo que la clase se calle y me odie un poco más.

¿Qué quieren? ¿Que yo también me equivoque, para que me quieran?

—Correcto —dice ella, y luego vuelve a centrar su atención en la pizarra como si nada hubiera pasado, pero la tensión en la clase cambió en el momento en que abrí la boca para responder.

Siento la mirada del chico que se equivocó quemándome la nuca, y parece que mi existencia es una afrenta a su ego. Siempre es así, ya estoy acostumbrada. No saben cómo lidiar con alguien que no tiene que esforzarse.

A la hora del descanso, bajo las escaleras con mi taza de café solo. El único vicio que heredé de mi padre. Él decía que el café mantenía la mente ágil, y yo nunca le llevé la contraria. Las voces de los demás suenan lejanas, animadas por una fiesta a la que no me invitarán. No pasa nada, yo no encajo en ese tipo de cosas.

Nunca he encajado.

Mi mente siempre está en otra parte, en diagnósticos que aún no se han hecho, en preguntas que no tienen respuesta. Y, por supuesto, inevitablemente, en su imagen.

Damian.

El hombre que debería haber sido un apoyo para mí, pero que prefirió ser un fantasma. O una sombra. Ambos parecen encajar bien con ese hombre enigmático.

Me ajusto la bata con más fuerza sobre los hombros y camino hacia el laboratorio, donde se me respeta más de lo que se me escucha y se me teme más de lo que se me admira. Tienen un apodo estúpido para mí, «la prometida», pero ninguno sabe lo que realmente arde dentro de mí.

Solo ven una mente brillante, no a la hija de un padre que murió sin explicación. No a la chica que lleva demasiadas preguntas y más cicatrices de las que puede contar.

Vuelvo a escribir y finjo que ser la mejor es suficiente para acallar todo lo que hay dentro de mí.

Es horrible, porque hay días en los que el silencio duele demasiado.



GREY

CAPÍTULO 2

La sede de la organización, en Dubái, respira como un organismo vivo. Silenciosa por fuera, pero palpitante por dentro, como un depredador al acecho.

Desde la vista panorámica de la última planta, la ciudad parece dormida, pero quienes ocupan las sillas alrededor de la mesa de reuniones no descansan. El poder real nunca duerme. Observa, manipula y filtra. Y, cuando es necesario, destruye.

La madera oscura de la mesa refleja los rostros de hombres que dirigen operaciones en tres continentes. Parecen demasiado viejos, pero tan inteligentes que podrían iniciar la maldita tercera guerra mundial. Nunca aparecen en los titulares, no dan entrevistas, pero mueven rutas, cambian códigos y derriban gobiernos. No necesitan el caos, porque son estos malditos viejos los que lo controlan.

Raven está sentada a mi lado, impecable con su habitual negro, con la letal tranquilidad de quien podría arrancarle la garganta a cualquiera en esta sala sin estropearse el esmalte rojo de las uñas. No tiene que demostrar nada a nadie. Y todos aquí lo saben. Por eso confío en ella. No por ser la única mujer activa en el campo, sino porque, a diferencia de los demás, nunca ha vacilado. Nunca se ha perdido tratando de seguirme ni ha confundido la devoción con el deseo.

Al otro lado de la sala, Blade hace girar un bolígrafo entre los dedos, analizando un archivo con aburrimiento. Es demasiado joven para estar aquí y demasiado guapo para pasar desapercibido. Y, por supuesto, demasiado inteligente para no usar eso como arma. Juega con las expectativas de los demás, alimenta las subestimaciones como quien tiende trampas. Y yo lo dejo, porque es peligroso en el buen sentido.

El orden del día de la reunión parece ordinario para quien no conoce los códigos. Movimientos de activos en zonas de riesgo, ajustes logísticos en operaciones comerciales, redistribución de recursos en regiones inestables. Y detrás de las frases neutras y las hojas de cálculo limpias, está el verdadero motivo por el que nos han convocado a los tres: la misión en Rusia.

En cuarenta y ocho horas estaremos en Moscú. Oficialmente, vamos a negociar con inversores rusos. En la práctica, vamos a secuestrar a Vadim Mirov, un parásito involucrado en el tráfico de personas, el blanqueo de dinero y la financiación de terroristas ocultos bajo protocolos diplomáticos.

Mirov no importa como hombre. Importa como amenaza. Un cáncer que hay que extirpar sin dejar rastro. Por desgracia, no puede morir todavía, no ahora. Tiene que desaparecer del mapa como si nunca hubiera existido.

Y todo esto debe suceder ante las cámaras, bajo el resplandor de las recepciones diplomáticas transmitidas en vivo. Si funciona, el mundo no entenderá lo que ha sucedido, pero sentirá el impacto. Si fallamos, se puede desencadenar una guerra.

Una guerra que puede destruir toda la estructura que sustenta *Tenebris*.

Raven comprende el riesgo, y Blade acepta el desafío con una sonrisa en los labios. Yo solo respiro hondo, ya que no tengo otra opción.

La reunión se prolonga entre números, rutas y zonas de influencia. Asuntos importantes, sí, pero nada que requiera mi

atención real. Escucho, analizo y registro cada frase y cada vacilación. Incluso las miradas cruzadas. Ellos hablan y yo archivo, así es como sobrevivimos.

El móvil vibra en el bolsillo interior de mi chaqueta. Una sola vez, breve y fuerte. Una notificación de un mensaje cifrado que no debería haber atravesado los protocolos internos.

Desbloqueo la pantalla sin cambiar de expresión y miro el mensaje que aparece.

«Ella está marcada».

Tres palabras y un código antiguo. Un código que solo media docena de personas vivas aún conocen. Y solo una estaría lo suficientemente loca como para usarlo conmigo.

Levanto la vista lentamente, la sala sigue con el mismo ritmo, voces graves y expresiones frías. Pero el ambiente ha cambiado, y Raven lo nota. Me mira durante un segundo y no hace preguntas, solo me observa.

—¿Algún problema, Grey? —pregunta uno de los consejeros, con una voz seca como papel quemado.

— Solo estoy perdiendo la paciencia con la burocracia — respondo, con un tono tan neutro que resulta insultante.

Me levanto de la silla sin prisa y, al mismo ritmo, doy media vuelta para salir de la sala de reuniones. Nadie intenta detenerme, porque saben lo que pasa cuando lo intentan.

Camino hacia el pasillo, donde las paredes de cristal espejado reflejan la imagen de en lo que me he convertido. Un hombre sin vacilaciones ni frenos. Un ejecutor que lleva la vida y la muerte en la misma mano.

En el panel, llamo al analista más cercano. Un chico que no debe tener ni veintitrés años. Palidece al verme.

— ¿Está aquí la jefa de TI? —pregunto.

— Sector tres. Sala 28.

Sigo sin dar las gracias ni reducir el paso. Al llegar frente a su sala, llamo dos veces y entro.

Darya está en el centro de la sala, rodeada de pantallas, códigos y sistemas que laten en tiempo real. Lleva el pelo pelirrojo recogido en un moño desordenado, tiene ojeras profundas y un vaso de café frío olvidado junto al teclado.

Solo levanta la vista cuando se cierra la puerta.

«Qué honor», dice, sin perder la concentración. «El ejecutor bajando al infierno de TI. ¿Eso significa que alguien ya ha muerto... o va a morir?».

— Todavía va a morir. Pero tal vez se pueda evitar.

Ahora sí, gira la silla y me mira. Darya es guapa en el sentido que importa, demasiado inteligente para preocuparse por las apariencias y demasiado peligrosa para necesitar armas.

Le tiendo el móvil, ella lo coge y analiza la pantalla. En cuestión de segundos, varias líneas tensas aparecen en su frente.

— ¿Quién sigue usando ese tipo de encriptación? —murmura —. Eso es pre-nuclear.

—Exacto, por eso me llamó la atención.

Darya comienza a escribir, y el silencio que se instala en la sala pesa tanto como el miedo que comienza a correr por mis venas.

— ¿Le doy prioridad?

— Máxima.

Ella sonríe de lado.

— Me deberás una botella de Macallan, como mínimo.

— Si lo descifras a tiempo, te daré dos.

Ella trabaja rápido. Los códigos fluyen por la pantalla como veneno en el torrente sanguíneo. Entonces, se detiene y su rostro se endurece.

— Grey..., el mensaje venía con rastreador.

Se me revuelve el estómago.

— ¿Confirmado?

— Confirmado. Y hay más. — Gira la pantalla del ordenador hacia mí. — Han usado tu nombre. Tu nombre real. Y lo han conectado con ella.

El aire sale de mis pulmones como si me hubieran dado un puñetazo.

Él la encontró.

O alguien lo suficientemente cercano como para saber dónde buscar.

— ¿Quieres que lo borre? ¿Bloqueo total? ¿Escudo IP?

— No —respondo secamente—. Iré yo mismo a verla y comprobaré si pasa algo.

Darya me mira fijamente y, por un instante, veo algo que rara vez noto en ella. Preocupación.

— ¿Y la misión en Moscú? —Respiro hondo y me esfuerzo por mantener una expresión neutra. Ella sabe que estoy eligiendo, y lo odia, pero ya es demasiado tarde—. ¿De verdad vas a arriesgarlo todo por ella?

—Ya lo he hecho —digo con aspereza—. Ahora solo estoy tratando de no perderlo.

El silencio entre nosotros me oprime el pecho y me revuelve el estómago. Darya vuelve a escribir, más despacio ahora, como si estuviera pensando en voz alta.

—Está bien —comenta, sin mirarme—. Tú vas a la misión, porque no quiero que muera nadie. Y yo la vigilaré. Las veinticuatro horas del día.

—Darya...

— Lo digo en serio —me interrumpe—. Seguiré cada uno de sus pasos. Cada clic en el móvil, cada respiración. Si alguien se acerca, lo sabré antes que nadie.

Inclino la barbilla, en un gesto que sería de gratitud, si supiera cómo dar las gracias.

—Además —continúa con voz aguda—, ya le has puesto dos fantasmas que la vigilan. Está bien protegida, al menos por ahora.

Me acerco más a Darya, fijando mis ojos en los suyos.

—Tengo que protegerla. Se lo prometí.

Ella cierra los ojos por un segundo y, cuando los abre, hay tristeza en ellos.

—Lo sé. Lo echo de menos.

Solo con oír eso, siento que algo se rompe dentro de mí.

Darya se levanta.

— ¿Algún día le contarás lo que le pasó a Falcon?

— Nunca —respondo entre dientes—. No puedo hacerle daño de esa manera.

Ella sonríe con ironía, sin humor.

—Yo tampoco se lo contaría, Grey.

Cuando me doy la vuelta para salir, Darya se arriesga:

— Si ha vuelto, tienes que estar preparado, Grey. La utilizará en tu contra.

Me detengo en la puerta, agarrando el pomo con tanta fuerza que siento que podría romperlo de un solo golpe.

—Lo sé —respondo sin volverme—. Y por eso va a morir.



CAPÍTULO 3

El olor a café quemado se mezcla con el sonido amortiguado de conversaciones apresuradas, hojas que se pasan, máquinas de café expreso que lanzan vapor caliente al aire. La cafetería de la universidad está llena, pero no tan ruidosa.

Me acomodo en mi rincón habitual, cerca de la ventana, con la taza de café negro sobre la mesa y la tableta apoyada en las rodillas. Tengo media hora hasta la próxima clase, pero ni siquiera sé si voy a repasar el contenido de genética avanzada o si voy a seguir fingiendo que observar la vida de los demás me distrae más que cualquier otra cosa.

Mis ojos se deslizan por la pantalla, pero mi mente no los sigue. Estoy cansada porque no he dormido bien esta noche. Mamá trajo a un hombre a casa e hizo mucho ruido.

Después de que papá murió, empezó a traerlos. No es que salga con ellos, solo se divierte. Y me molesta que haya superado la muerte de papá tan rápido. Tres meses después, ya tenía a un tipo andando en calzoncillos por la casa a altas horas de la madrugada.

Levanto la vista cuando oigo el sonido de la televisión colgada en lo alto, en un rincón de la cafetería. Nadie parece prestar realmente atención, están más preocupados por terminarse sus cafés recalentados, revisar apuntes o fingir conversaciones animadas.

La imagen muestra la fachada iluminada de un hotel de lujo en Moscú, la reportera habla rápido, con esa rapidez entrenada de quien necesita parecer imparcial mientras vierte tragedias sobre el mundo.

«La misteriosa desaparición de un político ruso levanta sospechas de secuestro internacional».

Mi mirada se fija en el pie de foto que aparece en la parte inferior de la pantalla. Una línea blanca y un conjunto de nombres que no conozco, pero que, aun así, hacen que algo dentro de mí se congele.

Vadim Mirov.

«Su última aparición pública fue en un evento diplomático a puerta cerrada. La Interpol confirma una investigación secreta sobre la desaparición de un aliado del Kremlin».

Parpadeo lentamente. Uno, dos segundos. Intento encontrar una lógica para la incomodidad que se apodera de mí, pero no la encuentro. No conozco a este hombre, sin embargo, mi cuerpo reacciona como si tuviera algo que ver conmigo.

Un escalofrío me recorre la espalda, ese tipo de sensación que ni siquiera la lógica puede explicar.

— Por eso el mundo es un caos —comenta un chico de la mesa de al lado, estudiante de Derecho. Sus ojos y su voz están cargados de desprecio—. Estos tipos desaparecen y luego quieren echarle la culpa a cualquier otro país.

Su amiga murmura alguna respuesta desinteresada, con el móvil pegado a las manos como si fuera más importante que cualquier noticia, y el tema muere antes incluso de echar raíces.

Mis dedos aún sostienen la tableta, pero lo único que siento es que mi corazón late más rápido, más fuerte y sin motivo alguno.

De repente, la transmisión cambia y la reportera desaparece. La imagen vuelve al presentador, que ahora habla sobre el mercado financiero o cualquier otra cosa que nadie entiende realmente.

La cafetería vuelve a su estado automático de pequeños universos cerrados en sí mismos, como si nada hubiera pasado. Y yo sigo mirando hacia ese rincón de la sala, hacia la televisión.

Vadim Mirov.

Hay algo en todo esto que me molesta de una manera que no consigo entender. Me obligo a tragar un sorbo de café frío y vuelvo la mirada a la pantalla que tengo en el regazo, tratando de perderme entre secuencias genéticas, rutas metabólicas y procesos celulares.

Aun así, en el fondo de mi mente, tengo una sensación extraña, como si algo grande se me viniera encima. Casi como si estuviera a punto de chocar contra un coche.

Qué extraño.



La sala ya está llena cuando entro.

No es que nadie se detenga a fijarse en mí. No de verdad. Como siempre, soy la primera en llegar y la última en ser vista, o casi. Las miradas me atraviesan como de costumbre, breves y disimuladas, llenas de ese juicio que la mayoría llama indiferencia.

No sé qué me molesta más: el esfuerzo que hacen por fingir que no me ven o la incomodidad mal disimulada de encontrarme inalcanzable.

Me siento en el mismo sitio de siempre, en la segunda fila, junto a la pared. La bata doblada sobre el brazo, el pelo recogido de cualquier manera en un moño alto, la cara limpia y sin maquillaje.

Me pongo las gafas de montura gruesa, no solo para ver mejor, sino para ocultar lo que nadie sabe. La parte de mí que falla, mi visión monocular.

Ya es suficiente con ser la más joven de la clase, la niña prodigio, el monstruo de laboratorio que todos fingen ignorar, pero siguen con la mirada cada vez que cruzo un pasillo.

Ahora debería estar en el hospital universitario. Llevando esta bata, atendiendo a pacientes, demasiado lejos para molestar, pero, para desgracia de todos, sigo aquí.

Segundo año de medicina, compartiendo espacio con hombres y mujeres mucho mayores. Gente de veinticuatro, veinticinco años, que me mira como si mi presencia fuera un error de cálculo, como si fuera un fallo estadístico que no saben corregir.

Cuando mi padre murió, yo solo tenía dieciséis años. Y fue como si todo dentro de mí hubiera sido engullido por un agujero. Todo lo que era agudo, preciso y rápido, simplemente se detuvo. El dolor frenó lo que ni siquiera la presión había podido destruir.

Por primera vez en mi vida, mi mente se detuvo. Estuve fuera por un tiempo. No podía seguir sin él y no era lo suficientemente fuerte para vivir en un mundo donde mi padre no existía.

Mi madre decía que tenía que seguir adelante, pero no porque se preocupara por mí, sino porque no soportaba tener que verme todos los días. La hija que hacía demasiadas preguntas, la que ella nunca quiso.

A veces, su mirada duele más que cualquier silencio, porque es la misma que recibo aquí. La misma que dice que debería estar en cualquier otro lugar, siempre que sea lejos.

Lejos de ellos. Lejos de todo.

De repente, entra alguien nuevo.

Alto, de hombros anchos y con el andar seguro de quien nunca se siente fuera de lugar en ningún sitio. La conversación en la

sala se detiene por un segundo a causa de él, y al chico parece gustarle la atención que recibe.

Y entonces, me ve. No como los demás, o como quien nota una presencia genérica. Él realmente me ve. Sus ojos oscuros se fijan en los míos y permanecen así, conectados durante largos segundos.

Demasiado tiempo para ser casualidad. Y, lo peor, sonríe, como si ya supiera quién soy.

Tragué saliva cuando se sentó en la silla a mi lado, la única que estaba vacía, y mi cuerpo reaccionó instintivamente. Todo mi interior se contrajo, se tensó y se cerró, pero por fuera permanecí inmóvil, fría e impasible.

—Julie, ¿verdad? —Su voz es grave, segura. Como todo en él.

—Sí —respondo sin mirarlo mucho.

— Soy Luca. — El nombre me atraviesa. Es una mierda que tenga el nombre de mi padre. La ironía casi me hace reír, pero no lo dejo traslucir. — Me he trasladado desde el campus de la costa oeste. También estudio medicina. Pero el programa de aquí parece más prometedor.

—Bienvenido a la mediocridad. —Lo suelto antes de pensar. Y él se ríe. Una risa auténtica. Y, para empeorar las cosas, noto que tiene hoyuelos. Genial.

— ¿Siempre tratas así a los novatos?

— Solo a los que se sientan a mi lado sin que los invite.

No se ofende, al contrario, se acomoda en la silla como si ya perteneciera al lugar. Durante la clase, hace comentarios breves y acertados, siempre con un ligero tono de provocación.

Y lo más extraño es que yo le respondo y le sonrío. *Dos veces.*

Al final de la clase, mientras recojo la tableta y mis papeles, él se levanta y me mira fijamente, haciendo que se me sonrojen las mejillas.

— Vas a salir conmigo hoy.

Me quedo paralizada.

Casi se me cae al suelo el lápiz que tengo entre los dedos. El corazón da ese ridículo salto que tanto odio y, lentamente, me giro hacia él, tratando de mantener el autocontrol.

— No.

Él sonríe como si ya esperara la respuesta, pero no se echa atrás. Su calma me molesta más que su insistencia.

— ¿Por qué?

— Porque quieres conocer la ciudad y ella no tiene nada que ofrecer.

— ¿Especialmente para alguien como yo?

— Demasiado seguro de ti mismo. Demasiado guapo para ser normal.

Se ríe. Y, aun así, no retrocede. Solo me mira de esa manera que me hace sentir expuesta.

— Puedes llamarme inquieto —informa—. Me gustan los lugares nuevos. La gente nueva. Especialmente aquellos que se creen mejores que los demás.

— Yo no pienso eso.

—Ah, Julie... —Sonríe de nuevo, casi con amabilidad. Casi—. Sabes que es así. Solo que no sabes qué hacer al respecto.

Me quedo en silencio. No porque no tenga respuesta, sino porque, joder, tiene razón. Y eso me desarma más que cualquier otra cosa.

— No pareces el tipo de persona que sale con alguien como yo —digo, antes de que mi cerebro filtre la frase.

Él levanta sus gruesas cejas.

— ¿Y tú pareces el tipo de persona que sale con alguien?

La pregunta me golpea como una bofetada, justo en medio de la cara. No hay crueldad ni ironía, y me enfado un poco más. Preferiría que estuviera siendo irónico, porque sería más fácil darle una patada en el culo.

— Nadie me ha invitado nunca a salir. Asusto a los chicos cuando empiezo a hablar.

— A mí todavía no me has asustado. —Pongo los ojos en blanco de forma dramática—. ¿Salimos hoy?

Se inclina ligeramente hacia mí, obligándome a oler su aroma. Y detesto darme cuenta de que huele bien.

— ¿Por qué hoy parece el tipo de día en el que algo cambia?

Y entonces se aleja, sin esperar mi respuesta.

— Piénsalo, Julie. A las siete y media. En esa cafetería cerca de la biblioteca central. Prometo no hablar de clases ni de medicina, solo de cosas que realmente importan. Como... ¿Qué batido es mejor? ¿El de vainilla o el de fresa?

Y me mira por encima del hombro, desapareciendo por el pasillo.

Me quedo parada con el corazón latiendo demasiado rápido y zumbando en mis oídos, haciendo que mi cabeza dé vueltas. No me ha dado tiempo para pensar, pero me ha dado a elegir.

Y, maldita sea, creo que eso es mucho peor.



Dentro de la habitación, me siento en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas,

como si eso fuera a detener el latido dentro de mí.

El sol de la tarde atraviesa las persianas entreabiertas, dibujando rayas doradas en el suelo de madera. Miro la pila desbordante sobre el escritorio, mi impecable horario que programa cada minuto de mi vida. Todo bajo control y, sin embargo, algo parece estar fuera de lugar.

Su mirada. Su sonrisa. La forma en que dijo mi nombre, como si ya supiera exactamente dónde golpearme.

Ese nuevo sonido aún resuena dentro de mí, como un ruido que desalinea el silencio en el que aprendí a sobrevivir. No debería importarme, pero me importa. Y lo hace de una manera que me inquieta.

Desarmada.

Me levanto lentamente y cruzo la habitación hasta llegar a la cómoda, abro el cajón superior y saco la pequeña caja azul marino. Dentro de ella hay una moneda vieja y gastada en los bordes. Ya no tiene el brillo original, pero el borde sigue intacto.

Tenía siete años cuando mi padre me dio esta moneda. Recuerdo cómo se arrodilló delante de mí, cómo me cogió mi pequeña mano entre las suyas y me dijo:

— Cuando el corazón no sepa lo que quiere, Julie, deja que la moneda decida. No es el destino. Es solo el impulso que necesitas para escuchar lo que ya sabías.

Sostengo la moneda entre los dedos, sintiendo su peso en la palma de la mano, como si pudiera transferirle la responsabilidad de mi decisión. Mis ojos se fijan en ese trozo de metal frío, buscando valor en algo que no debería tener un significado real.

«Cara, me voy», murmuro para mí misma. «Corona, me quedo».

Lanzo la moneda, que se eleva en el aire, girando rápidamente, brillando bajo la luz que invade la habitación. Durante un segundo, el mundo entero parece contener la respiración

conmigo. Cae en mi mano abierta, rebotando una vez antes de detenerse.

Cara.

Cierro la mano alrededor de ella, sintiendo el metal contra mi piel caliente. Cierro los ojos. Respiro hondo. Y, contra toda lógica, sonrío. Una sonrisa pequeña y tímida, casi insegura.

La verdad es que, en el fondo, ya sabía cuál sería la respuesta. Solo necesitaba un empujoncito.



CAPÍTULO 4

El reloj marca las 19:18 cuando me detengo frente al espejo.

No fue exactamente una producción planeada. Al menos, eso es lo que intento convencerme. Pero elegí el vestido adecuado. Negro, de tela ligera, discreto en el largo, justo lo necesario para sugerir lo que siempre escondí bajo batas y sudaderas holgadas.

Me solté el pelo, el rubio claro crea un fuerte contraste con el negro, acentuando un tipo de belleza que nunca pensé en mostrar. Me puse un poco de sombra en los ojos, nada llamativo, solo lo suficiente para resaltar el iris azul.

Cuando me miro en el espejo, siento una extraña punzada en el pecho. Estoy guapa, de una forma que casi no reconozco. No porque me haya escondido de los demás, sino porque nunca les he permitido verme realmente.

La moneda sigue sobre la mesa.

Cara.

La estúpida decisión que tomé por impulso. Pero papá decía que las decisiones tomadas por el impulso correcto revelan más que cualquier cálculo. Y hoy, por alguna razón que no puedo explicar, acepté dejarme llevar por ello.

Cojo la moneda, cierro la mano alrededor de ella como si fuera un amuleto y salgo después de pedir un coche en la aplicación.

La cafetería de la esquina de la biblioteca central está casi vacía cuando llego. El cielo ya está casi oscuro y las luces amarillentas del interior se extienden por las aceras, dibujando largas sombras en el asfalto.

Veo a Luca incluso antes de entrar, sentado en una mesa al fondo, frente a la puerta, como si me hubiera estado esperando durante horas. Cuando me ve, se levanta y, durante un segundo, veo un destello cruzar su rostro. No es una sorpresa, es algo más intenso, como si no hubiera esperado que viniera... así.

— Vaya. Julie, estás preciosa —dice, haciéndome sonrojar al instante—. Pensaba que vendrías con sudadera y moño.

Esbozo una media sonrisa, tratando de ocultar mi desconcierto.

—Y yo pensaba que eras un idiota arrogante.

— ¿Y te equivocaste?

— Aún no lo he decidido —replico, arrancándole una sonrisa que parece tan fácil como respirar.

Nos sentamos y él pide dos batidos, de fresa y vainilla, tal y como había prometido. La conversación fluye sin esfuerzo, entre nosotros, como si el mundo exterior hubiera bajado el volumen.

Hablamos de todo: películas malas, profesores insoportables, manías extrañas, y descubro que odia el helado de pistacho, que tiene un miedo irracional a las ardillas y que lo expulsaron de un internado a los diecisiete años por «pensar demasiado rápido».

Por primera vez en mucho tiempo, siento que las capas de protección que puse a mi alrededor después de que papá muriera se están desprendiendo poco a poco.

Y, contra todo pronóstico, me río.

Una risa auténtica, de esas que salen antes de que el cerebro intente contenerlas. Y él se da cuenta, por supuesto. El ambiente entre nosotros cambia, y es casi incómodo mirarlo a los ojos durante mucho tiempo.

«¿Has pensado en salir un poco de aquí?», pregunta, lanzando la propuesta a medio camino entre una broma y una incitación. «¿Conocer algo que no esté en los libros?».

Frunzo el ceño, confundida.

— ¿Qué tipo de cosas?

— Un bar. Una discoteca. Un lugar donde nadie sepa tu nombre. Donde puedas ser solo Julie, sin ser la genio de la clase. Quiero ver quién eres cuando dejas de seguir el guion.

Lo pienso por un momento.

Nunca he ido a una discoteca. Nunca he bebido de verdad. Nunca he estado con un chico así, guapo, directo e interesado. Dios mío, nunca he besado a un chico. Siempre he existido solo entre libros y notas. Nada más.

— No sé... — reflexiono.

— Solo por una hora —insiste, con su sonrisa fácil—. Si no te gusta, te traigo de vuelta. Palabra de scout.

Me quedo mirando a Luca por un momento, pensando en la moneda que tengo en el bolso.

Vaya.

La decisión se tomó sin pensarlo demasiado, y la parte de mí que aceptó esta cita sigue aquí, viva y palpitante. Y hoy no me apetece ignorarla.



El lugar es oscuro y ruidoso, parece haber sido creado para confundir los sentidos de las personas. Luces moradas y azules se arrastran por las paredes como tentáculos de neón, pulsando a un ritmo que no combina con el mío.

El aire es denso y tiene un olor nauseabundo a perfume dulce, sudor y humo. No es que esté sucio, pero está lejos de ser un lugar al que iría por voluntad propia.

Luca camina a mi lado con naturalidad, guiando mis pasos con una mano ligera en la base de mi espalda. El contacto no es íntimo, pero es capaz de atravesar la tela de mi vestido y golpearme directamente en la columna con un escalofrío extraño.

No es deseo, es más bien alarma, puro instinto, no lo sé. Una alerta que mi cuerpo entiende antes de que mi mente lo comprenda por completo.

Nos detenemos en el bar y él no me pregunta qué quiero, solo hace el pedido. En cuestión de segundos, dos vasos aparecen frente a nosotros, demasiado vibrantes para ser confiables. El líquido rosado brilla bajo las luces como algo que nunca debería ingerirse. El borde del vaso está húmedo, resbaladizo, y el olor es demasiado dulce para ser solo jugo.

Luca empuja uno de ellos hacia mí, sonriendo como si fuera un regalo inofensivo.

— No me gusta mucho el alcohol.

— No es alcohol de verdad —responde, demasiado tranquilo para mi gusto—. Solo es un zumo con un toque dulce. Te gustará, Julie.

El vaso queda entre nosotros, la luz de la discoteca se refleja en el cristal, distorsionando todo lo que nos rodea. Mis ojos no se apartan de la bebida y siento que algo dentro de mí se endurece. Puede que sea el olor o el color. O tal vez la forma en que me observa, demasiado atento, como si esperara algo. Un efecto, una reacción o una señal de que ha funcionado.

¿Me estoy volviendo loca?

—Vamos. —Empuja el vaso delicadamente hacia mí—. Confía en mí.

Ahí es cuando me doy cuenta. No es el gesto, es la espera, la forma en que la sonrisa no llega a los ojos y la mandíbula está tensa, la forma en que los hombros están rígidos.

Mi corazón se ralentiza mientras mi mente se acelera. Mis dedos tocan el vaso y se congelan al mismo tiempo que siento un escalofrío recorriendo mi espalda.

— Tengo que ir al baño —digo, con una voz más firme de lo que pretendía.

Me levanto antes de que él pueda responder y le doy la espalda, atravesando la multitud. Las caras se difuminan y soy incapaz de prestar atención a la música. El pasillo que lleva al baño es estrecho, húmedo y sofocante, pero consigo llegar hasta él.

En ese momento, me odio por haber venido y, más aún, por haber creído en esa sonrisa.

Qué mierda.

Entro apresurada en el cubículo y apoyo las manos en el lavabo, esforzándome por respirar profundamente y recuperar el control. En el espejo, observo mi reflejo y ni siquiera parezco la chica guapa que salió de casa hace un rato. Tengo los ojos muy abiertos, la piel demasiado pálida y la respiración entrecortada.

Me siento ridícula. Ingenua. Una idiota vestida para ser vista, que ahora solo quiere desaparecer.

De repente, la manija gira.

Y antes de que mi mente pueda procesarlo, la puerta se abre. Luca entra, lento y deliberadamente, con la mirada clavada en mí.

— El baño de hombres está en la puerta de al lado —le informo, con la voz entrecortada.

Él no me responde, solo cierra la puerta detrás de él, haciendo que mi corazón se acelere.

— Pareces nerviosa —dice, dando un paso adelante—. Creía que nos estábamos divirtiendo.

— Abre la puerta —le exijo, retrocediendo.

Él sigue avanzando, con los ojos fijos en los míos, evaluándome como un depredador.

— Solo quería pasar una buena noche, Julie. Y tú parecías tan dispuesta. — Su sonrisa se distorsiona—. Pero no pasa nada, hay otras formas de hacerte relajar.

Y entonces, él avanza. Su mano extendida me agarra con un toque agresivo. Grito fuerte, desesperada, aunque sé que nadie me oirá con el sonido de la música ahogándolo todo.

Luca me agarra del brazo y me empuja contra la pared, su hombro presiona el mío, su aliento cálido y dulce me repugna. Intento soltarme, pero él es más fuerte y mi cuerpo entra en pánico.

— ¡Suéltame! —grito, casi ahogándome—. ¡Ahora!

Él se ríe.

— Deberías haber bebido, te habría facilitado las cosas, pequeña Julie.

De repente, la puerta del baño se rompe con un estruendo tan fuerte que me vibra en los oídos y me hace estremecer. Madera y metal vuelan por la habitación como si hubieran sido lanzados por una fuerza descomunal.

Un hombre que parece un tanque de guerra entra como un animal fuera de control, y Luca es arrancado de encima de mí y lanzado al otro lado del baño.

— Quita tus malditas manos de encima de ella.

No grita, pero su voz es lo suficientemente cortante como para hacer que una persona caiga de rodillas por el miedo. Es tan aguda y poderosa que hace que el aire a mi alrededor se vuelva. Y es en ese preciso momento, incluso antes de verlo, cuando lo reconozco.

Mi cuerpo se paraliza y mi mente vuelve a todas las pocas veces que apareció en mi vida. Nunca cara a cara conmigo, excepto el día en que intercambiamos una mirada en el funeral de mi padre, pero siempre sentí su presencia fuerte y dominante, imposible de ignorar.

Y su voz, grave, ronca y llena de algo que nadie más tiene: poder y violencia con la misma intensidad, quedó grabada en mi memoria como una marca de nacimiento.

Recuerdo haberlo espiado una vez detrás de la puerta entreabierta y haber notado cómo mantenía las manos en los bolsillos y parecía intentar contener algo, y cómo no sonreía ni observaba nada con desconfianza.

Pero ahora, verlo aquí y escuchar su voz, en ese tono, defendiéndome, es como si un vínculo invisible finalmente tomara forma.

La mirada que dirige a Luca es fuego sólido, los puños cerrados, todo el cuerpo tenso, como si el impulso de matar fuera lo único que lo mantuviera respirando. Luca intenta ponerse de pie y decir algo, pero no tiene tiempo.

Damian Balestra lo agarra por el cuello de la camisa y lo arrastra contra la pared con una brutalidad que me asusta. El cuerpo de Luca golpea el cemento con un chasquido y, antes de que pueda reaccionar, el primer puñetazo llega con toda la furia de un hombre que ya estaba al límite. El segundo corta el aire y el tercero rompe los huesos.

— Nunca.

Otro puñetazo.

— Acércate.

Otro más.

— A ella.

El último, seco y preciso, hace que Luca caiga, desplomándose inconsciente como un montón de basura.

Damian se queda de pie sobre él, respirando con dificultad, con los ojos aún salvajes. Su mano sangra, no sé si está herido o si es sangre de Luca. Su pecho sube y baja como el de alguien que está a punto de explotar.

Y tal vez lo esté.

Lentamente, gira la cara para mirarme, y lo que veo no es al monstruo que derribó la puerta, ni al que casi rompe al otro hombre por mi culpa. Lo que veo es a él, al hombre detrás de la violencia, detrás de la ira, y todo en su mirada me golpea con fuerza en el centro del pecho.

Sus ojos, oscuros y graves, densos como una tormenta a punto de estallar, recorren mi cuerpo sin prisa. No es una mirada vulgar, ni invasiva. Tampoco es como la mirada que un *padrino* debe dirigir a su ahijada. Es lenta y profunda, detallista y peligrosa.

Parece querer guardar cada fragmento de lo que ve, como si intentara entender cómo he llegado hasta aquí vestida así, expuesta, viva y, al mismo tiempo, pendiendo de un hilo.

En ese momento, me doy cuenta de que él me ve de verdad, como nadie me ha visto nunca. No como una estudiante, ni como la hija de alguien a quien debe proteger y cuidar, sino como una mujer.

Y eso hace que mi corazón se detenga por un segundo.

El aire entre nosotros vibra, pesado y cortante, y siento como si mi cuerpo quisiera defenderse de la intensidad de su mirada. Por eso, mis ojos también buscan refugio en él, y es la peor elección que podría haber hecho ahora.

Damian lleva un chaleco táctico que envuelve su ancho torso como una armadura de guerra. La camisa es de manga larga, y aun así, se adapta perfectamente a su amplio pecho y a sus brazos definidos, y se pueden ver las líneas esculpidas por años de gimnasio.

Lleva un cinturón de estilo militar colgando de la cadera, en el que lleva armas, cuchillos y munición. Pero es su postura la que lo

dice todo, firme, dominante, como si el mundo entero tuviera que pedir permiso para respirar en la misma habitación que él.

El rostro marcado por líneas de expresión, barba sin afeitar y cabello oscuro ligeramente despeinado, mezclado con canas en las sienes y la línea de la mandíbula, como si el tiempo hubiera intentado domarlo, pero no lo hubiera conseguido.

Y hay algo de rudeza en su belleza, demasiado brutal para ser solo atractiva. Es masculina, primitiva y peligrosa.

Aun así, es absolutamente hermoso. Es hermoso de una manera que duele.

Mi mirada se queda clavada en la suya, y la suya, en la mía. Y en medio del baño destrozado, con el cuerpo de Luca tirado en el suelo y la tensión eléctrica flotando en el aire, hay un segundo de silencio absoluto entre nosotros.

«¿Estás bien?», pregunta, rompiendo el silencio, y yo tiemblo por su voz impactante, pero asiento con la cabeza. Me mira fijamente durante un segundo más, su mirada oscura aún analiza cada detalle de mi rostro, buscando alguna grieta en mi autocontrol, alguna fracción de dolor. «Él ya no te volverá a tocar».

No es una promesa, es una sentencia, como si el destino de Luca ya estuviera sellado y en su vocabulario no existiera la posibilidad de fallarme.

Me quedo callada, tratando de absorberlo todo al mismo tiempo, su presencia, la sangre seca en sus manos, la tensión en el aire, la forma en que parece haber surgido de la nada, como si siempre hubiera estado cerca de mí, esperando para actuar.

Hasta que no puedo aguantar más.

— ¿No me vas a decir tu nombre?

Me analiza y mueve la mandíbula una vez, tenso, antes de responder:

— Ya lo sabes.

Claro que lo sé, pero quería que él lo dijera.

—Sí —murmuro—. Lo sé.

Desde que escuché su voz detrás de la puerta de mi casa por primera vez, desde que lo espiaba escondida, sé quién es desde siempre.

Da un paso hacia mí y se me corta la respiración. No por miedo, sino por expectación. Damian no me toca, pero su gran cuerpo está demasiado cerca. Tan cálido e imponente, y noto que su sombra cubre la mía con facilidad.

— Ven conmigo. Ahora.

—¿Por qué? —pregunto, más bajo de lo que me gustaría, odiando sonar tan frágil.

Él no duda.

—Te lo explicaré por el camino.

Aunque no diga nada más, sus ojos lo dicen todo. Transmiten una urgencia cruda y feroz, que atraviesa cualquier resistencia que aún me quede. Me mira como si fuera el centro de algo que ha intentado evitar durante demasiado tiempo.

¿Soy algo que le atormenta, que le ata y le obliga?

Y sé que si voy con él ahora, nada volverá a ser como antes.

Mi cuerpo todavía tiembla un poco, mi respiración no ha recuperado su ritmo normal desde que ocurrió lo que ocurrió, pero mi mente, por pura costumbre, busca una salida racional.

—¿Y mi madre? —pregunto, en un tono más bajo, tratando de parecer más controlada de lo que estoy.

Él respira hondo y, por primera vez, veo un atisbo de vacilación en su rostro implacable.

— Voy a avisarla.

Sencillo y seco, sin detalles, pero la forma en que habla no me convence. No creo que esté mintiendo, pero aún así insisto, porque soy terca y me gusta contraargumentar:

— Mañana tengo un examen —señalo, como si eso fuera un argumento válido en ese momento—. Bioquímica. Es muy importante.

— Nada de eso importará si estás muerta, Julie.

La frase no viene acompañada de dramatismo, sino de hechos. La respuesta me calla por dentro, porque él cree en lo que dice y, lo peor de todo, yo también. Algo me dice que no le contradiga.

Reflexiono durante unos segundos, que parecen horas, y por mucho que quiera volver a mi habitación y esconderme entre los libros, fingiendo que el mundo solo se compone de exámenes y café, sé que, desde el momento en que Luca cerró esa puerta, la ilusión se acabó.

—¿Y él?—pregunto, señalando el cuerpo tendido en el suelo frío, inconsciente, ensangrentado, recordándome que esta noche no desaparecerá tan fácilmente de mi memoria—. ¿Te vas a quedar aquí?

Damian mira brevemente al chico y luego vuelve a mirarme. Su expresión no cambia, sigue fría e imperturbable, como si este tipo de escenas formaran parte de su rutina.

—En cuanto nos vayamos, vendrá alguien a limpiarlo.

Limpieza.

La palabra resuena dentro de mí como un eco áspero y fuera de lugar. No es el término que se usa cuando se llama a una ambulancia o a la policía. O a un abogado. Es el tipo de palabra que pertenece a otro mundo. Un mundo del que, aparentemente, mi padre y *mi padrino* formaban parte.

¿Qué es exactamente Damian Balestra? Porque cada vez está más claro que no es un amigo común de mi padre. Y mi padre... ¿era realmente solo un inversor en bolsa? Cada vez que pienso en ello ahora, esa versión que construyeron para mí comienza a desmoronarse.

Papá era metódico, racional y tenía una forma contenida de hablar, de vestirse y de ocultarlo todo. No conmigo, porque conmigo siempre fue diferente. Pero con el mundo era otra persona.

Y ahora me pregunto si no era frialdad, sino entrenamiento.

Empiezo a pensar que no conocía muy bien al hombre al que crecí llamando padre y, para ser sincera, sospecho de todo desde el día en que murió. Fue demasiado rápido, sin investigaciones ni titulares. Parecía que alguien lo había limpiado todo antes de que pudiera entender lo que había pasado.

Y ahora, Damian, con esa voz grave y esos atractivos ojos oscuros, llega y me dice que tengo que ir con él, o moriré.

De todos modos, esta es mi oportunidad de saber qué le pasó realmente a mi padre. Siento, en mi interior, que Damian sabe algo, y solo podré descubrirlo si estoy con él.

—Está bien —digo, casi en un susurro—. Iré contigo. Pero me dirás quién quiere matarme.

No dice nada, ni sonríe, solo extiende la mano hacia la puerta, indicándome el camino. Y, por alguna razón que aún no entiendo, seguir a este hombre parece lo único que todavía tiene sentido en mi vida.



GREY

CAPÍTULO 5

Tardamos poco más de dos horas en llegar a la entrada del sendero. La carretera es larga, estrecha, rodeada de densos bosques y una oscuridad que lo envuelve todo. Evité las rutas principales, como siempre. Elegí el camino que sería lo suficientemente invisible como para desaparecer del mapa, siendo lo suficientemente rápido como para no dejar rastro.

Vinimos en un coche blindado, con cristales tintados y el rastreador desactivado incluso antes de cruzar la salida de Charlottesville. No hay razón para arriesgarse a una pista aérea cuando puedo controlar todo el trayecto por tierra.

Para ser sincero, en este momento no confío en nada que no pase por mis propias manos.

Julie está sentada a mi lado. Quieta y encogida en el asiento del copiloto, como si quisiera desaparecer. Su mirada está fija en la ventana, pero su atención está claramente dividida entre la carretera y el hombre a su lado.

Yo.

Nunca había estado tan cerca de ella durante tanto tiempo. Y nunca me había resultado tan difícil mantener el control.

Está tan guapa.

No de una forma obvia, vulgar o programada, como la mayoría de las mujeres que conozco. Sino de una forma que molesta

muchísimo. Guapa de una forma que no puedo permitirme notar. Es el tipo de presencia que no debería caber en un cuerpo tan pequeño.

Vestido ajustado, discreto, cabello rubio suelto sobre los hombros, la piel aún sonrojada por lo que pasó. Pero son sus ojos los que me joden por dentro. Azules, firmes y mucho más fuertes de lo que deberían ser. Hay algo en ellos que me recuerda a Falcon.

Y eso me destroza. Porque ella es él y, al mismo tiempo, no lo es.

Julie es ella misma, íntegra e intensa, demasiado fuerte para su edad. O tal vez soy yo quien es demasiado viejo para desear lo que no debería.

Desvío la mirada y aprieto el volante con más fuerza, hasta que los nudillos de mis dedos se ponen blancos. Es eso o hacer una cagada.

Siempre lo supe todo sobre ella. Cada boletín, cada nota, cada desplazamiento, compra, llamada, ubicación. Siempre. Desde que mi mejor amigo se fue, nada se me escapó. Puse a mis dos hombres más leales tras ella, tracé rutas seguras, eliminé amenazas antes incluso de que se acercaran. Sin embargo, nunca estuve realmente cerca.

Él me lo exigía.

«Eres el único en quien confío si me pasa algo», decía. «*Pero estar cerca no es suficiente, Damian. Tienes que estar presente en su vida».*

Y no lo hice, porque, a diferencia de él, yo no sé ser dos personas. No sé separar la carne del acero. Luca era su padre y Falcon, el implacable soldado de Tenebris. ¿Y yo? Yo solo sé ser el ejecutor, el que hace lo que hay que hacer cuando el mundo falla.

Nunca supe afrontar el vacío que dejó su figura. Tampoco supe lidiar con Julie y sus necesidades, pero después de que mi mejor amigo se fuera, cumplí mi promesa y la cuidé, no dejé que le

faltara nada. Por desgracia, al mirar a la chica ahora, creo que eso no fue suficiente.

Quizás quedarme en las sombras, solo observando, no fue una buena idea. Debería haberla acompañado de cerca, haber formado parte realmente de su crecimiento, y entonces no me sentiría así.

Hoy, cuando estaba en manos de ese maldito hombre, lo que explotó dentro de mí fue algo que ya no sé si es solo protección.

Exhalo y vuelvo a mirarla. Julie aún no se da cuenta de que la estoy observando. La tenue luz que penetra en el bosque atraviesa el cristal y acaricia su pequeño rostro, la curva de su barbilla, la línea de su clavícula al descubierto, su cuello demasiado delicado para este mundo jodido. Y todo en mí grita que ella está prohibida.

Pero la verdad es tan simple como la mierda. Parpadeé y ella creció. Creció muchísimo y se convirtió en una mujer hermosa. Hermosa de una manera que duele.

Y ahora estoy aquí, llevándola al único lugar donde puedo mantenerla fuera del radar de mis enemigos. Pero, por desgracia, no fuera de mí, porque está demasiado cerca. Y estoy peligrosamente a punto de olvidar quién soy. Y de recordar que ella es, por maldición o ironía del destino, la hija del único hombre al que amé como a un hermano.



Tierra batida, rodeada de árboles altos y antiguos que se inclinan como centinelas, ocultando mi parte favorita y olvidada del mapa. Las luces de la ciudad quedaron atrás hace mucho tiempo,

engullidas por la oscuridad y la distancia. Todo aquí ha sido elegido para alejar, ocultar y aislar. Y por eso este lugar es perfecto.

Aparco el coche delante de la cabaña.

Llamar así a este lugar sería subestimar lo que he construido aquí a lo largo de los años. La estructura de dos pisos se eleva entre los árboles como una fortaleza. Las paredes de cristal oscuro reflejan los alrededores, haciendo imposible ver nada desde dentro. Fría e impenetrable, exactamente como yo.

Apago el motor y el rugido del coche se apaga. Salgo primero, doy la vuelta al vehículo y le abro la puerta. Julie baja lentamente, con los labios ligeramente entreabiertos, mientras observa atentamente la fachada. Sus ojos azules se mueven rápidamente, captando cada detalle de la casa.

—¿Es aquí donde vas a esconderme? —pregunta en un tono bajo y directo, hablando por primera vez desde que se subió a mi coche y aceptó venir conmigo.

— Aquí es donde nadie te encontrará —respondo con cierta sequedad.

Camina hacia la entrada detrás de mí, con pasos ligeros y lentos sobre el suelo húmedo. La miro por encima del hombro, tratando de interpretar si quiere escapar o no. Sería una pésima idea, el bosque es jodidamente traicionero.

Abro la puerta, el sistema de seguridad reconoce mi huella con un clic metálico y la cerradura se desliza, y le hago un gesto con la cabeza para que entre primero, luego la sigo.

El calor que nos envuelve es inmediato, y noto que respira profundamente, relajando los hombros, casi sintiéndose cómoda. Mira la chimenea encendida que proyecta sombras en las paredes y luego camina hacia el sofá de cuero negro, tocando el respaldo.

Se detiene frente a una de las grandes paredes de cristal y mira la oscuridad del bosque exterior, que parece engullirlo todo. Después de unos minutos, se vuelve hacia mí y, lentamente,

nuestras miradas se cruzan, y siento una sacudida en el pecho que me molesta muchísimo.

Es como si la tensión latente entre nosotros se materializara en el aire como electricidad. Ella está aquí, frente a mí, parada, con el mismo maldito vestido que llevaba hace unas horas, y parece más fuera de lugar que nunca, y aun así, más hermosa de lo que me gustaría admitir.

La tela ajustada dibuja cada curva de su cuerpo, el cabello suelto cae sobre sus hombros desnudos y un poco sobre el escote, que no es tan provocativo, pero lo suficiente como para resaltar sus pechos y despertar la imaginación.

Y sus ojos me atraviesan de manera desafiante.

Julie ya no es una niña, es una mujer. Una a la que no debería estar mirando así, aunque no puedo evitarlo.

Se humedece los labios, haciendo que algo dentro de mí se retuerza.

— ¿Hay cámaras aquí?

— Fuera, sí. —Hago una pausa antes de decir una mentira—. Dentro... no.

Ella asiente con un ligero movimiento de cabeza, como si quisiera ocultar su alivio. O su incomodidad.

— ¿Y ahora qué? ¿Me vas a retener aquí hasta que pase esa amenaza?

— No —mi voz suena más grave de lo que pretendo—. Te protegeré. Hasta el final.

Ella me mira fijamente y yo le devuelvo la mirada, tratando de recordar que es la hija de mi mejor amigo y que hice una promesa. Intento recordar que es intocable.

— ¿Y haces eso con todos los que proteges?

Mis pies se mueven y doy un paso hacia ella. Es extraño cómo Julie me atrae, sin saberlo ni quererlo. Quizás sea la maldita culpa que siento, no lo sé.

— Nunca he protegido a nadie como te protejo a ti.

Ella respira hondo y desvía la mirada, cruzando los brazos a la altura del pecho para protegerse, pero no retrocede. Y eso es un problema, ya que esta cabaña fue construida para mantener el mundo alejado.

Y ahora, Julie parece el mundo entero llamando a mi puerta.

Una sonrisa cínica curva sus labios carnosos y rojos, tan peligrosos y provocadores en ese rostro dulce que no debería excitarme tanto.

— No me he sentido muy protegida por ti en los últimos tres años —dice, con una voz demasiado suave para el veneno que encierra—. ¿Dónde estabas cuando más necesitaba a un padre?

La pregunta me golpea como un tiro bien dirigido. No porque no lo esperara, sino porque tiene razón y lo sabe. Aprieto los músculos de la mandíbula hasta que me duelen los dientes y no desvío la atención de ella.

— No soy tu padre.

Ella pone los ojos en blanco, descruza los brazos con un movimiento rápido y se pone las manos en la cintura, haciendo que el vestido se le suba unos milímetros por las piernas, como si el puto universo quisiera ponerme a prueba.

—¿En serio? Ni me había dado cuenta.

El sarcasmo gotea de su lengua como ácido, pero lo que veo detrás del escudo es más complejo. Es dolor y abandono. Es una chica que creció demasiado sola en un mundo en el que le prometieron que yo estaría cerca.

Y yo estuve, aunque no fuera donde ella pudiera verme.

—¿Quién eres? —pregunta, como si quisiera entenderme y, al mismo tiempo, desafiarme. Y todo en mí me alerta para mantener una distancia segura. Sin embargo, mi cuerpo ya se ha inclinado un centímetro más de lo que considero seguro.

—Soy quien aparece cuando el mundo te falla —susurro, haciéndola jadear y entreabrir los labios con sorpresa.

Me mira fijamente durante un largo segundo y gira la cara, en un intento inútil de protegerse.

— ¿Me vas a explicar qué está pasando?

— Hoy no.

Julie vuelve a cruzar los brazos y recorre la habitación con la mirada, volviendo a mirarme con los labios fruncidos en una línea recta.

— Entonces, al menos, muéstrame dónde voy a dormir.

No es una petición, es casi una orden. Y, por alguna razón, hace que algo dentro de mí se estremezca.

Asiento con un movimiento contenido y giro el cuerpo hacia la escalera. Ella me sigue y tengo que hacer un esfuerzo absurdo para soportar el calor de su cuerpo detrás de mí.

Sé exactamente cómo están organizadas las habitaciones y me aseguré de prepararlo todo con antelación. En una de ellas, todo lo que ella necesita: ropa de su talla, ropa de cama limpia, toallas nuevas y luz suave. Es un espacio seguro y acogedor, lo suficientemente lejos de mí como para ser aceptable.

Y demasiado cerca para ser seguro.

Subo los escalones lentamente, el sonido de nuestros pasos se desvanece suavemente por el pasillo de madera, rompiendo el espeso silencio de la cabaña. La puerta de la habitación de invitados está a la derecha, y me detengo frente a ella, la abro y enciendo la luz.

—Aquí —murmuro, sin mirarla.

La habitación es espaciosa, con ventanas de cristal oscuro que van del suelo al techo, una cama queen size de impecable lino blanco, un sillón junto a la chimenea empotrada en la pared y un escritorio de madera oscura. Minimalista, pero cálida, como todo en ella.

Como todo lo que, en contra de mi voluntad, preparé pensando en Julie.

Ella entra y lo observa todo durante unos segundos. Desliza los dedos por el respaldo de la silla, mira al techo y luego a mí.

— Es demasiado cómodo para ser solo un escondite.

No respondo.

— ¿Vas a cerrar la puerta con llave por fuera?

— No. —Mi tono es firme, pero bajo—. No estás encerrada aquí, Julie.

Ella asiente, frunciendo el ceño como si estuviera reflexionando. Quizás esté poniendo a prueba los límites de la verdad. Y luego, por primera vez desde que entramos en la cabaña, parece realmente cansada.

Despacio, cierra la puerta y, al hacerlo, abre los labios, como si quisiera decir algo, pero desiste y cierra la madera. Me quedo parado en el pasillo unos segundos después de que ella me cierre la puerta en las narices.

Su calor aún toca mi piel y su olor parece suspendido en el aire.

Y eso me jode más que cualquier enemigo.



CAPÍTULO 6

Cierro la puerta de la habitación lentamente, mirando a los ojos oscuros de Damian, y el clic de la madera vibra a través de mi brazo.

Aquí dentro es acogedor y el calor de la chimenea envuelve mi cuerpo de forma reconfortante, lo que no concuerda con la confusión que acabo de vivir. Es como si este lugar hubiera sido creado para convencerme de que estoy a salvo, incluso cuando mi mente sabe que nada es tan simple como parece.

La luz amarillenta se refleja en los muebles oscuros y en las paredes de madera pulida. La habitación es bonita y elegante, minimalista y lujosa, pero nada aquí parece impersonal, y eso es precisamente lo que empieza a molestarme.

Doy una vuelta lenta por la habitación, con los ojos captando los detalles con más atención ahora. La cama es amplia, con sábanas blancas impecables y una manta azul marino perfectamente doblada a los pies. Azul marino, mi color favorito. Extraño, pero tal vez sea una coincidencia.

Mis pies me llevan al escritorio que hay en la esquina. Sobre él hay una pequeña pila de libros. Cojo el primero sin pensar y me sorprende ver que es mi libro favorito, la edición exacta. La cubierta con un discreto relieve, las páginas amarillentas tal y como me gustan.

El segundo es otro título que he leído tres veces. El tercero... también.

Sostengo los tres durante unos segundos, reflexionando sobre la coincidencia. O tal vez la planificación.

¿Cómo lo sabía?

Poco a poco, vuelvo a colocar los libros en su sitio y miro de nuevo alrededor de la habitación. Me acerco al armario, abro las puertas con cuidado y el interior está perfectamente ordenado. Ropa doblada, colgada, todo nuevo. Toco un abrigo ligero y me sorprende ver que es de mi talla. Unos vaqueros de mi número. Mis dedos se deslizan por una blusa de lino, y la textura es exactamente la que suelo elegir.

Abro uno de los cajones. Ropa interior nueva, todavía con la etiqueta puesta. Todo de mi talla. A estas alturas, no estoy asustada, pero sí atenta y bastante confundida. Se necesita mucho más que un toque de obsesión para reunir este tipo de información. Es demasiado cuidado e intimidad.

Pero, ¿cómo sabe Damian estas cosas sin haber estado nunca conmigo?

Más abajo, zapatos, cuatro pares, todos de mi talla exacta. En la esquina de la cómoda, perfumes, los mismos que tengo en casa. Las mismas marcas y el mismo patrón de elección.

Mi respiración cambia, pero no se acelera.

Es como estar dentro de un rompecabezas que ya tiene mi imagen impresa, aunque yo no haya ayudado a armarlo.

¿Cómo lo sabe?

¿Será mi madre?

Casi me río de mi pregunta. Lo dudo, ella nunca prestó suficiente atención como para notar esos detalles sobre mí, y siempre tuvo más cosas que hacer y de qué preocuparse.

Damian, por otro lado, siempre ha estado lejos, pero, de alguna manera, se ha hecho presente. ¿Será él quien ha preparado

todo esto?

La pregunta me inquieta, porque, si fue él, eso significa que Damian Balestra pensó en mí con antelación. Mucho antes de que todo esto comenzara. Antes del ataque, antes de la amenaza.

Antes de hoy.

Vuelvo a la cama y me siento en el borde, con la mirada fija en el espacio frente a la chimenea. Todo aquí ha sido pensado para acogerme y conocerme, en la medida justa.

Y lo más extraño de todo no es el hecho de que él sepa tanto sobre mí, ni que la habitación sea perfecta, ni la ropa acertada, ni los libros o los perfumes. No es la precisión aterradora con la que reunió cada pieza de lo que me hace ser quien soy.

Lo más extraño es que no me siento expuesta. *Me siento vista.*

Como si alguien, por primera vez, hubiera prestado atención a los detalles que incluso mi propia madre siempre ignoró. Como si él, aunque distante, supiera verme mejor que todos los que han estado cerca durante toda una vida.

Y eso debería hacerme retroceder, pero lo único que consigue es confundirme aún más, porque él es Damian Balestra, el hombre al que mi padre llamaba hermano, mi padrino ausente.

El tipo de presencia que nunca fue afectiva, pero siempre fue definitiva. El hombre que apareció hoy, cubierto de furia y sangre para salvarme.

Lo que me intriga es que, desde el coche y el maldito silencio entre nosotros en la carretera, algo ya era diferente. No habló mucho, pero su presencia ocupaba todo el espacio, como si el coche hubiera sido hecho solo para él, con cada movimiento, cada respiración y cada comando firme al volante.

Y el olor... Dios mío, su olor. Madera, cuero y algo que no sé cómo explicar, solo sentir. Es fuerte y demasiado cálido. Lo

suficientemente denso como para hacerme mantener los ojos fijos en la ventana, incluso con el cuerpo suplicando volver a mirarlo.

Incluso con mi mente tratando de ignorar el hecho de que parecía un tanque de guerra al volante. Grande, sólido y absurdamente atractivo. Una fuerza viva y masculina demasiado poderosa como para ignorarla.

No solo es fuerte. Damian es el tipo de hombre que parece hecho para la guerra, y aun así, demasiado guapo para ser solo eso. Un depredador, conduciendo con una fuerza que daba escalofríos, como si el mundo entero pudiera derrumbarse si perdiera el control por un segundo.

Tan sexy.

Sexy de una manera equivocada y de una manera correcta. Y que me revuelve por dentro. Y no debería.



Me despierto en medio del silencio absoluto.

Tardo unos segundos en entender dónde estoy, con el cuerpo aún pesado por el sueño interrumpido y los pensamientos confusos. Poco a poco, los recuerdos de la noche anterior me van llegando, y siento la sábana calentita, el olor a madera calentada y el discreto sonido de la chimenea.

Respiro hondo al recordar con claridad dónde estoy y quién es Damian.

Cuando me arrastro fuera de la cama y mis pies tocan el suelo frío, me despierto por completo. El aire exterior parece querer

entrar por las rendijas y, a pesar del calor de la habitación, mi cuerpo nota el contraste.

Me doy un largo baño, dejo que el agua caliente corra por mi espalda y, por un instante, cierro los ojos. Es extraño cómo un lugar puede ser tan cómodo y tan inquietante al mismo tiempo.

Me pongo una de las prendas que me han dejado, unos pantalones de lana suave, un jersey azul oscuro de cuello alto, calcetines gruesos y un par de botas bajas. Todo combina, todo me queda bien, todo ha sido elegido para mí, y aún no sé cómo me siento al respecto.

Camino hacia la pared de cristal que domina la habitación y la vista me deja sin aliento. Las montañas Apalaches se extienden ante mí como un cuadro. Árboles cubiertos de niebla, troncos húmedos, ramas largas y retorcidas, como dedos esqueléticos apuntando al cielo gris. No se ve nada más que el bosque.

Es hermoso y aterrador. La belleza del aislamiento y la brutalidad de la naturaleza. Y también la certeza de que aquí nadie nos encontrará. Ni nos escuchará.

El calor de la chimenea me llama de vuelta, haciendo que mis pies se muevan hacia las escaleras. Bajo lentamente, tratando de no hacer ruido. Una parte de mí quiere oír su sonido, su respiración, el movimiento firme que me dice que no estoy sola, pero lo único que encuentro es la sala vacía, las luces apagadas y ninguna señal de Damian.

Me quedo parada unos segundos en el centro de la sala, buscando algún rastro suyo, un vaso usado, una puerta entreabierta, cualquier cosa. Y no encuentro nada. Es como si se hubiera desvanecido en el aire, y esa ausencia me molesta más de lo que me gustaría.

Sigo hasta la cocina de la casa, fijándome en lo moderna, sofisticada y demasiado organizada que es. El tipo de cocina que parece más un escenario de revista que un lugar donde realmente se preparan las comidas.

Sin embargo, hoy decido usarla. No sé qué se me pasa por la cabeza, tal vez un vestigio de normalidad, tal vez un deseo tonto de sentirme útil. O la esperanza de que, si huele el café, aparezca.

Cojo una sartén, unos huevos, pan, un poco de mantequilla y me preparo para empezar. No soy mala en la cocina, pero tampoco soy buena. Mi cerebro es ágil para muchas cosas, pero se aleja de lo básico cuando se trata de los fogones.

Los primeros minutos van bien, pongo el agua a hervir, separo el café molido, coloco las tostadas, pero entonces todo se va al traste. La mantequilla se quema demasiado rápido, el huevo se pega al fondo de la sartén y el café se derrama un poco. Intento controlar el fuego, pero ya es demasiado tarde.

Un olor amargo se eleva en el aire y un humo blanco comienza a escapar por los bordes de la sartén. Murmuro palabrotas, agitando la toalla.

«Genial, Julie. Brillante. Qué idea tan excelente», murmuro para mí misma, agitando como una idiota mientras la cocina se llena de ese aroma caliente y completamente equivocado.

Y como si lo hubiera invocado el humo, oigo el sonido. Pasos firmes y precisos. Aparece en la entrada de la cocina con el rostro serio, la mirada penetrante y ese aura de siempre, de que puede resolverlo todo y romperlo todo en segundos.

Damian Balestra.

Alto, sombrío y peligroso, con la expresión de alguien que ha matado por menos que un olor a quemido antes de las ocho de la mañana.

Lo más irritante de todo es la forma en que me observa. No con ira ni juicio, solo con una curiosidad genuina. Y tal vez la sombra de una sonrisa. No, creo que no. Me estoy volviendo loca.

Su mirada recorre la cocina antes de volver a mí. Sartén en la cocina, café derramado en la encimera, humo flotando en el aire y yo, con un suéter, el pelo recogido de cualquier manera, las mejillas

demasiado sonrojadas por la vergüenza y el calor. Una combinación desastrosa.

—Buenos días a ti también —digo, tratando de mantener la compostura, aunque mi dignidad se está derritiendo junto con la mantequilla quemada en el fondo de la sartén.

Él cruza los brazos, apoyándose en el marco de la puerta. La camisa oscura que lleva puesta está doblada en los antebrazos, revelando sus tensos músculos, y su cabello ligeramente despeinado delata que también acaba de despertarse.

O nunca ha dormido.

—¿Esto es un ataque químico? —pregunta con voz ronca por el sueño.

— Es el desayuno —respondo, levantando la barbilla—. O, al menos, eso iba a ser.

Damian entra lentamente, como si estuviera evaluando la escena de un crimen. El olor no es precisamente agradable, una mezcla de humo, café fuerte y mi orgullo chamuscado.

—Estoy impresionado —comenta, irónico—. No sabía que alguien pudiera equivocarse en tres cosas a la vez.

— Ahora ya lo sabes.

Se detiene a mi lado, me quita el paño de cocina de la mano y apaga el fuego con un gesto tranquilo. Todo en él es deliberado y preciso, letal incluso cuando solo está sosteniendo una sartén.

— Te despertaste y decidiste casi incendiar la cabaña, ¿por qué, exactamente?

— Pensé que un desayuno me ayudaría a sacarte algo. — Decido ser sincera. — Información, tal vez. Una conversación, una mirada que no parezca que estás a punto de explotar en cualquier momento.

No responde de inmediato, pero me mira, y por un segundo, su mirada se suaviza, lo que hace que mi corazón se acelere de una manera equivocada.

— Solo tenías que pedirlo.

—Ah, claro, porque tú eres muy comunicativo—. Pongo los ojos en blanco y cruzo los brazos—. Imagínate: «Ah, buenos días, Damian, ¿puedo saber quién quiere matarme y por qué estoy encerrada en una cabaña en medio de un bosque aislado en el fin del mundo?». Suena muy natural.

Él baja la cabeza por un instante, casi sonriendo, y odio que su mirada sea demasiado cálida y salvaje para esta fría cocina. Tragué saliva y contuve la respiración para calmar mi acelerado corazón.

—No es el fin del mundo, y no estás encerrada —comenta, acercándose a la encimera y limpiando el café derramado con una paciencia irritante—. Solo es el comienzo del invierno en los Apalaches, sobrevivirás.

— No lo sé, he leído algunas cosas en Internet.

— ¿Como qué?

Me encojo de hombros, tratando de parecer indiferente.

— Leyendas, criaturas, personas que desaparecen.

—Julie...

— Hay una historia sobre susurros en el bosque. Gritos que imitan voces humanas para atraer a sus víctimas. Sonidos que parecen familiares, pero no lo son. Gente que entra en el bosque y nunca vuelve.

Damian levanta los ojos lentamente y la comisura de sus labios se curva en una media sonrisa sarcástica, y siento que acabo de decir la cosa más absurda del mundo.

— ¿Y tú realmente crees en esa tontería?

—Por supuesto que no —respondo sin dudar—. Soy una persona racional. Lógica. Científica.

Hago una pausa, entrecierro los ojos y decido provocar.

— Pero tienes cara de alguien que ha matado a una criatura malvada.

Él no reacciona de inmediato, solo sigue mirándome fijamente, casi como si pudiera leer las intenciones ocultas detrás de mi tono ligero.

— He matado a muchas criaturas malignas, Julie —dice sin rodeos, como si solo estuviera reafirmando un hecho. Aprieto los labios y me sorprende no sentir miedo de Damian, ya que acaba de admitir que ha quitado la vida a varios seres. — Pero, créeme, ninguno de ellos era sobrenatural.

La respuesta me pone los pelos de punta y ya no sé qué decir ni cómo provocarlo. La verdad es que, aunque sé que no cree en los monstruos, Damian sigue pareciendo mucho más peligroso que cualquiera de ellos.

—Apártate —ordena mientras coge otra sartén—.

— ¿Vas a cocinar?

—Te voy a enseñar cómo se hace, antes de que le prendas fuego al techo.

Doy un paso hacia un lado, pero no mucho, porque quiero ver y sentir lo que pasa cuando él está cerca. Y, maldita sea, está muy cerca.

Mueve los huevos con una precisión absurda, como si todo en él fuera una extensión de su instinto. No habla mucho, solo cocina, y yo lo observo, hipnotizada y demasiado cerca.

Damian termina la preparación con una rapidez irritante y eficiente, y luego monta los platos a la perfección. No es solo habilidad, es control. Todo en él es eso, control. Cada gesto está cronometrado, cada elección bien calculada, y aún así, hay algo en la forma en que se mueve ahora que parece más ligero.

Cuando desliza el plato sobre la encimera hacia mí, me quedo quieta por un instante. Me sirve sin decir nada. La taza de café llega enseguida, fuerte y sin azúcar, tal y como me gusta.

Me siento en el taburete y él también. Uno frente al otro, separados solo por una mesa de madera oscura y todo lo que no sabemos cómo decir.

Comemos en silencio durante los primeros minutos. La comida está caliente, es sencilla y muy buena. Él come despacio, atento, como si todavía estuviera de guardia. Y tal vez lo esté.

Creo que Damian no sabe cómo relajarse. Quizás el mundo que conoce no se lo permite.

Observo los detalles, las manos grandes que sostienen la taza, la mandíbula rígida incluso cuando mastica, la barba mal afeitada y canosa, los ojos oscuros, los hombros demasiado anchos para este espacio.

Es muy hombre. No es que los otros que he conocido no lo sean, es que él es demasiado. No sé cómo explicarlo, es muy callado, muy intenso y complicado. Muy pasado. Y ahora, muy presente.

Y ya no puedo seguir guardándome las preguntas.

—Tú y mi padre —empiezo, con voz baja—. ¿Siempre fueron tan cercanos como él decía?

No desvía la mirada y, como siempre, tarda en responder. Esta vez, el silencio entre nosotros es diferente y un poco más profundo. Parece más difícil. Damian deja los cubiertos, casi como si necesitara las manos libres para sostener lo que está a punto de decir.

— Trabajamos juntos durante mucho tiempo —dice con control—. Era confiable, inteligente y terco como el carajo.

— ¿Eso es todo? —insisto, arqueando una ceja, queriendo más de lo que él está dispuesto a dar.

Me mira fijamente y veo el mundo entero detrás de sus ojos oscuros, pero el acceso me está restringido.

— Luca era Luca —dice, finalmente—. Uno de los pocos que sabía separar las cosas. Y eso vale más de lo que parece.

La respuesta me frustra y me intriga con la misma intensidad, ya que no niega nada y no se escaquea por completo. Pero tampoco dice nada verdadero, solo lo suficiente para alimentar el misterio.

—Eres muy bueno evitando responder preguntas—comento, llevándome la taza de café a los labios.

Él solo me mira de reojo, casi como si se estuviera divirtiendo.

—Y tú eres muy buena intentando hacer las preguntas correctas —responde.

Sonrío un poco. Y, por dentro, me pregunto si algún día me lo contará todo. O si voy a pasar esta temporada entre los árboles, intentando armar el rompecabezas de un hombre que se esconde mejor que cualquier leyenda urbana.



GREY

CAPÍTULO 7

Ella sigue en la cocina cuando me levanto de la encimera y llevo la taza vacía al fregadero. No digo nada, y no hace falta. Julie me observa como quien intenta descifrar un código para el que aún no tiene las claves adecuadas.

Y sé que es así. Todavía está descubriendo cómo romper mis defensas. Y el problema es que está muy cerca de conseguirlo.

Camino hacia el despacho, la puerta se cierra detrás de mí con un suave golpe, amortiguando el sonido del mundo exterior. El olor a madera encerada y cuero envejecido ya empieza a surtir efecto en mí, y me siento menos tenso.

Me detengo frente a la estantería y deslizo los dedos por algunos títulos, ediciones antiguas y códigos ocultos en lomos discretos. Tiro del tercer libro de la izquierda hacia la derecha, presiono otro en el extremo inferior y el sonido del pestillo al soltarse resuena en la habitación.

El suelo de la esquina izquierda cruje, las tablas se deslizan y revelan una escalera empotrada, el acceso directo a lo que me queda de cordura, la base que se encuentra debajo de la cabaña. Bajo lentamente, con los pies firmes en los peldaños metálicos, el silencio creciendo junto con el aire más frío y seco.

Aquí, debajo de la cabaña, entre el acero, el hormigón, la tecnología punta y las capas de protección, soy quien siempre he sido.

La puerta se cierra con un pestillo automático sobre mi cabeza, y ningún sonido se filtra ni ninguna señal entra. Aquí, el mundo podría arder y nadie lo sabría jamás.

Enciendo las luces y la sala de control aparece primero, con pantallas dispuestas en filas, paneles táctiles, mapas digitales y cámaras externas que muestran imágenes del bosque, cada ángulo alrededor de la cabaña siendo monitoreado en tiempo real.

Y las cámaras internas también, mostrando a Julie en una de las pantallas, de espaldas, lavando los platos con el pelo recogido en lo alto de la cabeza.

Desvío la mirada.

Activo el sistema de encriptación y veo que hay mensajes acumulados, rastreos pendientes y señales cruzadas que necesitan ser analizadas. Pero mis ojos no se fijan en eso, porque vuelven a la cámara que está en ella.

«Qué mierda», murmuro.

Atravieso la puerta interior y entro en la sala de armas, el olor a acero y pólvora es familiar y reconfortante, como un santuario privado. Compruebo mi chaqueta colgada en el gancho, solo para no volver a mirar a Julie en la cámara.

Empiezo a limpiar mis armas con movimientos automáticos, pero sin dejar de pensar en la chica. Y eso me irrita muchísimo. Incluso aquí abajo, donde puedo ser por completo el ejecutor de Tenebris, el hombre que Luca conocía, me siento perdido y distraído por su culpa.

El olor a café aún permanece en mis manos y la voz de Julie resuena en mi cabeza. Me preguntó por su padre como si yo tuviera las respuestas y, para ser sincero, las tengo, pero todo lo que pude darle fueron respuestas evasivas.

Las que son seguras.

Decir más significa abrir grietas y yo no sobrevivo con ellas.

Después de dejar de limpiar las armas, me dirijo al archivo físico. Los cajones son antiguos, pero están protegidos por múltiples capas de seguridad. Utilizo mi huella dactilar, luego el código, y la caja fuerte empotrada requiere una secuencia que nadie más conoce.

Dentro hay carpetas y documentos que no deberían existir. Fotos, informes. Cosas que Luca nunca supo que guardaba. En el fondo del cajón hay una caja metálica. La vuelvo a cerrar.

Hoy no.

Atravieso la base hasta el pequeño laboratorio, donde el equipo está encendido y esperando. Los archivos parpadean en las pantallas, listos para ser analizados. Hay un informe pendiente de Darya, un código que hay que descifrar, una señal inestable procedente del perímetro, pero, maldita sea, mi mente no está para trabajar.

Ella está arriba.

Cierro los ojos por un segundo y respiro hondo, como si el aire frío y controlado del *búnker* pudiera borrar el recuerdo de Julie provocándome, sin saberlo, en aquella cocina.

La boca ligeramente manchada de café, el suéter ajustado y la sonrisa provocadora, y la forma en que me mira y me desarma, sin siquiera entender lo que está haciendo.

Dejo de resistirme.

Vuelvo a la sala de mando con pasos pesados y me siento frente a la pantalla principal. Los monitores se iluminan, revelando las imágenes de las cámaras de seguridad internas. Julie aparece de nuevo en una de ellas, ya está en la habitación, sentada en el sillón cerca de la ventana de cristal con las rodillas dobladas, un libro en las manos y la frente ligeramente fruncida por la concentración.

El calor de la chimenea dibuja sombras doradas en su piel, en sus mejillas sonrosadas y en sus labios entreabiertos. Pasa la página con delicadeza, como si estuviera absorbiendo cada palabra. Es uno de los libros que le dejé, uno de sus favoritos. Y por alguna estúpida

razón, me siento satisfecho al verla leerlo, como si hubiera acertado en algo.

Se pasa horas leyendo y yo me paso horas mirándola, hasta que, de repente, Julie cierra el libro lentamente y se levanta, estirando el cuerpo. Se acerca a la ventana y observa el bosque, que está sumido en la niebla, con los árboles retorcidos como huesos antiguos bajo el cielo grisáceo.

No mira a la nada con firmeza ni con valentía, solo parece esperar a que algo surja y la desafíe.

Lentamente, se da la vuelta, con los pies descalzos tocando con cuidado el suelo de madera, y camina hasta la pared lateral de la habitación. El gesto parece aleatorio, pero su destino es exacto, los dedos se deslizan distraídamente sobre la superficie lisa, hasta encontrar un sutil recorte.

Un suave clic resuena en el silencioso ambiente cuando presiona el punto correcto, haciendo que la puerta de madera se deslice y revele una terraza cubierta envuelta en vapor.

La densa niebla se arrastra por el aire y se mezcla con el calor del hidromasaje ya activado, escapándose por las rendijas. La suave luz contornea los bordes de la estructura y el contraste entre el frío del exterior y el calor de la terraza es perfecto.

Arquea las cejas, sorprendida, y una amplia sonrisa se extiende por su rostro, espontánea, genuina y de oreja a oreja. Por un momento, parece una niña descubriendo un lugar mágico.

Y es con esos ojos con los que debería verla. Como una niña, la hija de mi mejor amigo, mi ahijada, pero Julie ya no es una niña. La forma en que el vapor toca su piel, sus hombros se relajan, sus ojos brillan; todo en ella es mujer.

Maravillada, Julie mira a su alrededor, aún sonriendo. Y no puedo culparla, la vista es realmente increíble, pero es una mierda que no esté hablando de las montañas.

Contengo la respiración cuando me doy cuenta de lo que empieza a hacer. Primero el suéter, que se quita por la cabeza con

un movimiento fluido, luego la blusa más fina, dejando al descubierto el sujetador, y luego se lo desabrocha, dejando al descubierto sus pechos redondos con pezones rosados y duros.

Tragué saliva.

Las manos bajan hasta la cintura de los pantalones y ella se los quita con calma, como si nada ni nadie la estuviera mirando. Si supiera que estoy aquí, a pocos metros de ella, observándola a través de una maldita cámara oculta, sería terrible.

Mi mano se cierne sobre el control de la cámara y sé lo que debería hacer. Apagarla y apartar la mirada, centrarme en otra cosa. Cualquier cosa que no sea ella. Pero mis dedos se mueven solos y cambian a la transmisión externa, ampliando la imagen y dándome una mejor visión.

Me quedo sin aliento.

Julie está completamente desnuda. Su piel es tan clara que parece casi translúcida bajo el vapor. Su largo cabello cae por su espalda en ondas doradas, hasta casi tocar la curva baja de su lumbar. La tenue luz del balcón ilumina su cuerpo en tonos miel y marfil, como si el propio bosque la observara con reverencia.

Al igual que yo.

Se apoya con ambas manos en el borde de la bañera, hundiendo ligeramente los dedos en la madera húmeda, y se inclina hacia delante antes de sumergirse. Las caderas se arquean y los pechos se balancean con el movimiento, su vientre se contrae suavemente al primer contacto con el agua tibia.

Entre sus piernas hay una pequeña cantidad de vello fino, claro y rubio como el resto de ella. Un detalle salvaje e inocente que me golpea como un puñetazo en plena cara.

Es tan hermosa, sin vanidad forzada. Solo un cuerpo real, bonito, despojado de cualquier intento de complacer. Un cuerpo que no ha sido preparado para ser visto y que, tal vez por eso, es imposible de ignorar.

Se sumerge lentamente, hasta que el agua lo cubre todo, dejando solo el cuello y los hombros al descubierto. El vapor se eleva en espirales perezosas y la superficie burbujea alrededor de su cuerpo como si tampoco supiera cómo lidiar con su presencia.

Y yo sigo quieto, con la sangre martilleando en mis oídos y bajando hasta mi polla. La culpa ardiendo bajo mi piel y corroyéndome con intensidad. Y el puto deseo. Ese maldito deseo clavado en mis ojos, en mi sangre.

Julie cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás, tan vulnerable y hermosa. Un suspiro se escapa entre sus labios, y yo no lo oigo, pero lo veo, y eso es peor.

Aprieto los puños con fuerza.

Ella pasa lentamente las manos por sus brazos y su pecho, masajeando su piel como si intentara deshacerse de algo. Y yo estoy aquí, escondido detrás de los monitores, observando cada detalle suyo con una excitación que no tiene nada de saludable.

Nada seguro.

Debería parar, debería respetar la promesa que le hice a mi mejor amigo, recordar que ella es la hija del hombre al que un día llamé hermano, que ese cuerpo, esa boca, esa mirada, no me pertenecen.

Y ella es demasiado sagrada para mí.

Pero, joder, no puedo, porque todo en mí está condicionado a observar, calcular y vigilar. Y ahora, ella se ha convertido en el centro de todo eso.

Ella es mi error, el único que no puedo cometer. Y aun así, sigo mirando, porque ver es lo único que puedo hacer con Julie.

Tocarla sería mi fin, sería como deshonrar la memoria de Luca, algo que no puedo hacer.



CAPÍTULO 8

El agua tibia me abraza con una fuerza suave, envolviendo cada curva de mi cuerpo desnudo. El vapor se eleva lentamente, como si tuviera tiempo de sobra para disolverse en el frío del exterior.

La terraza cubierta filtra la brisa, pero no me protege de la inquietud que crece en mi interior. Mis hombros se relajan en la superficie del agua, los ojos entreabiertos, perdidos en el paisaje gris que se extiende ante mí, las montañas grandiosas y salvajes que se alzan como murallas naturales contra el cielo opaco.

Es una vista impresionante. Sin embargo, por mucho que intente rendirme a la calma, algo dentro de mí no puede tranquilizarse.

Inclino la cabeza hacia atrás, apoyando la nuca en el borde caliente de la bañera, y suspiro. El vapor besa mi rostro, se desliza por mi cuello y baja delicadamente entre mis pechos. Paso los dedos por la superficie del agua, distraída, dibujando círculos sin forma.

Respiro hondo.

¿Qué estará haciendo ahora?

Damian.

Su nombre llena mi cabeza sin esfuerzo. Hay algo en la presencia de este hombre que no tiene sentido, pero que, aun así, me atrae. Habla poco, se encierra en sí mismo como un misterio.

Todavía tiene esa energía contenida, tensa, como si el mundo entero estuviera en peligro si se relajara por un solo segundo. Y a pesar de todo el control que irradia, el hombre me mira como si no supiera qué hacer conmigo. O como si lo supiera exactamente y no quisiera admitirlo.

Pienso en el desayuno, en la forma en que me observaba entre una respuesta evasiva y otra, o en cómo desviaba la mirada demasiado rápido, pero siempre parecía saber dónde estaba.

Este hombre es peligroso de una manera silenciosa, y odio admitir que eso me atrapa. Me atrapa demasiado. Y me quedo pensando en lo que papá pensaría de mí por sentirme un *poco* atraída por mi *padrino.*

Ay, Dios, eso suena tan mal que no sé cómo expresarlo con palabras. Era el mejor amigo de mi padre, como un hermano. Y sé que nunca tuvimos una relación cercana, pero papá guardaba una foto de Damian sosteniéndome cuando era un bebé.

Qué horror.

Exhalo un suspiro, irritada. No consigo entender quién era mi padre, no consigo entenderme a mí misma, no consigo entender a Damian, y la inercia me está destrozando el cerebro.

Estoy hecha de razonamiento, movimiento y estímulo. Mi cerebro necesita trabajar, descifrar y aprender. Crecí acostumbrada a estudiar durante horas, a resolver ecuaciones, a desentrañar la complejidad del cuerpo humano. Estar quieta, como ahora, con el agua burbujeando a mi alrededor, aunque sea ante este hermoso escenario y todo lo demás, me da la impresión de que me estoy hundiendo.

No en la bañera, sino en mí misma.

Me siento con más firmeza, el agua resbalando por mi cuerpo en cálidas olas. Paso las manos por los brazos y respiro hondo, sintiendo ya cómo la inquietud me recorre la columna. Si no hago algo con mi cabeza ahora, con mis manos, con mi tiempo, voy a perder la cabeza definitivamente.

No importa lo bonito que sea este bosque, la belleza no llena el vacío de estar sin control.

Me levanto de la bañera y el aire frío golpea mi piel mojada, haciendo que mi cuerpo reaccione con un escalofrío instantáneo, y un gemido entrecortado se escapa de mis labios. Mis pezones se endurecen aún más, mis pies encuentran el suelo de madera caliente y, por un segundo, todo parece más real.

Tiro de la toalla, me seco sin prisa, pero tampoco disfrutando del momento. El agua caliente ha quedado atrás. Ahora, la necesidad de actuar es más fuerte que cualquier lujo.

Entro en la habitación y me visto rápidamente, con una sudadera gruesa y cómoda, unos pantalones de lana y calcetines calientes. Dejo mi cabello húmedo suelto, aún sintiendo el vapor que se escapa de las puntas. Miro a mi alrededor por última vez, como si aún pudiera cambiar de opinión, pero no lo hago.

No sé si me escuchará, si estará encerrado detrás de alguna puerta secreta o fingiendo no verme. Pero necesito pedir un ordenador, un libro de medicina o un manual técnico. Cualquier cosa.

Si no me da algo para ocupar mi mente, me destruiré a mí misma.

Con pasos firmes y el corazón inquieto, empiezo a buscar a Damian. El silencio ensordecedor de la cabaña me molesta, es demasiado denso. No sé si es solo el aislamiento o si es él, ya que su fuerte presencia parece ocupar los espacios incluso cuando no lo veo.

Abro la primera puerta del piso de arriba y me encuentro con una habitación vacía. La segunda, un pasillo corto, ninguna señal.

—¿Damian? —lo llamo, tratando de mantener un tono neutro, como si fuera normal buscarlo por la casa como una huésped aburrida.

Pero no es normal. Nada aquí ni en nuestra relación es normal.

Empujo otra puerta, silencio total. Bajo las escaleras, busco en la sala de estar y no hay rastro de él. Camino más rápido, abro otra puerta y es un pequeño almacén vacío.

—¿Damian? —repito, ahora en voz más baja, como si su nombre no debiera resonar por las habitaciones, y como si ya supiera que estoy demasiado cerca.

Pongo la mano en el pomo de lo que creo que es un dormitorio o su escondite secreto, no lo sé. En esta casa hay tantas habitaciones para una sola persona. Estoy a punto de empujarla cuando oigo:

— Aquí.

La voz surge a mi espalda, baja y ronca, un poco tensa, pero, por desgracia, demasiado sexy. Doy un pequeño salto por el susto y me giro hacia él con el corazón acelerado.

Está de pie en la penumbra del pasillo, saliendo de la sombra como si hubiera sido esculpido por ella. Camisa negra ajustada al cuerpo, mangas dobladas hasta el antebrazo y una mirada firme dirigida directamente a mis ojos.

Demasiado guapo. Maldita sea.

Sus ojos bajan por mi cuerpo muy lentamente. Tan lentamente que me hace sentir incómoda. No es de forma lasciva, es aún más intenso, como si me estuviera examinando, viendo mi cuerpo a través de la gruesa tela de la sudadera, cada pelo fuera de lugar, cada centímetro de mi piel bajo la ropa.

Tragué saliva y sentí un hormigueo en la cara. No puedo mentir, me gusta cómo me mira, y me siento demasiado sucia.

—Necesito libros y un ordenador —digo rápidamente, antes de que mi mente empiece a inventar demasiadas teorías sobre esa mirada—. Cualquier cosa que me ayude a estudiar, a mantener la mente ocupada. Mi mente no funciona como la de los demás.

Él solo asiente una vez, con sus ojos oscuros fijos en mí.

—Lo sé.

Frunzo el ceño, confundida.

— ¿Lo sabe? ¿Cómo es eso?

— Sé que tienes un coeficiente intelectual de 154 —responde, como si estuviera hablando del tiempo o de la hora—. Tienes memoria fotográfica, eres autodidacta. Luca presumía mucho de eso.

Me quedo quieta, mirándolo durante dos segundos que se hacen eternos. Y entonces, se me escapa una sonrisa, pequeña y dulce. Siento un cosquilleo en el pecho, una sensación agradable. Papá amaba mi inteligencia, y yo amaba ser así por él.

—Al menos él estaba orgulloso de mí.

Damian inclina la cabeza, sus ojos se suavizan un poco, pero hay un destello de curiosidad que se apodera de su dura expresión.

— ¿Tu madre no?

La pregunta me pilla desprevenida. No por el contenido, sino por el tono. Creo que no sabe cómo es mi relación con mi madre y está genuinamente interesado en saber la respuesta.

—Pensé que lo sabías todo sobre mí —respondo, con una sonrisa afilada en la comisura de los labios, tratando de mantener el control.

Doy un paso hacia un lado y, debido a la luz que emana detrás de él, tengo que inclinar ligeramente la cabeza, forzando mi único ojo bueno a ajustar el enfoque. Un movimiento pequeño, casi imperceptible. Por desgracia, no para él.

Sus ojos se estrechan por una fracción de segundo y se da cuenta.

Maldición.

Enderezo el cuerpo y disimulo.

— Solo quiero los libros. Medicina, si es posible. Interna, farmacología, fisiología. Y algo sobre cirugía, si hay. Pronto comenzaré mi pasantía en el hospital y necesito prepararme.

Él no insiste, solo asiente una vez más y dice con voz firme:

— Lo tendrás todo. Mañana.

— ¿Y un ordenador?

— También.

— Y un móvil nuevo. —Arqueo una ceja—. Uno que funcione. El mío no funciona aquí.

Cruza los brazos, con la mandíbula apretada. Está tratando de decidir si me dará un móvil o no, lo que me lleva a concluir que solo podría hacer búsquedas sobre estudios en el ordenador.

Damian encontraría la manera de bloquear cualquier otra cosa. Parece ser muy controlador en ese sentido.

— Si prometes no ponerte en contacto con nadie. Ni siquiera un mensaje a tus amigas.

Esbozo una sonrisa irónica, sin ningún humor.

— No te preocupes, no tengo amigas. — Le respondo secamente, pero el silencio que se forma es como si él hubiera oído más de lo que dije.

Por un momento, todo se reduce a la distancia de un paso. Damian está aquí, parado frente a mí, demasiado grande y demasiado cerca. Y el mundo entero parece doblarse alrededor del espacio que aún nos separa.

Sus ojos me queman como si hubieran pasado demasiado tiempo guardando lo que no debía verse.

Y entonces se mueve, es un paso pequeño, pero suficiente para que yo deje de respirar. No habla, no me toca, pero todo en él grita. Sus ojos bajan rápidamente, pasando por mis labios, mi cuello, mis manos inquietas a los lados de mi cuerpo.

Y sin decir nada, me hace sentir como si me estuviera desnudando con la mirada, no de la sudadera, sino de todo lo que intento ocultar.

—¿Damian...? —me arriesgo con voz baja, demasiado temblorosa para mi gusto.

Él no responde, solo aprieta los labios y cierra los puños, y parece luchar contra algo que amenaza con romperse dentro de él. Una parte de mí quiere que diga o haga algo, pero él decide no hacer nada.

Damian retrocede.

—Buenas noches, Julie —dice, con un tono demasiado controlado como para no estar cargado de todo lo que quiere negar.

Y entonces me da la espalda.

Me quedo en el mismo lugar, parada en el pasillo, con el pecho hundiéndose lentamente, el aire escapando de mis pulmones como si hubiera perdido una guerra que ni siquiera sabía que estaba librando.

Mi *padrino* se va y se lleva consigo cualquier respuesta que pudiera obtener hoy.

Vuelvo a la habitación con el corazón encogido. Intento ocupar la mente, leo y pienso, luego me acuesto, pero nada funciona. Cada movimiento parece un eco de lo que pasó, o casi.

El tiempo pasa. No sé exactamente cuánto, pero mi estómago gruñe de hambre y finalmente decido bajar de nuevo. Me digo a mí misma que me guía la necesidad de comer, sin embargo, sé que es más que eso.

Llego a la cocina y veo que la mesa está puesta. Dos cubiertos, simétricamente dispuestos, servilletas dobladas, cubiertos alineados, vasos de cristal brillando bajo la luz amarillenta de la lámpara colgante.

Una fuente de pasta aún desprende vapor, perfumando el aire con ajo, aceite de oliva y un toque de queso fundido. El vino está abierto, pero solo se ha servido una copa.

Y él no aparece.

La silla frente a mí está empujada, intacta, como si se hubiera detenido aquí por un segundo y hubiera retrocedido. Lo preparó todo y, en el último momento, decidió que no podía sentarse conmigo.

Que no debía.

Tragué saliva, el silencio de la casa cortando más que cualquier respuesta que él pudiera haberme dado. Me senté lentamente y tiré de la silla con cuidado. Miré a mi alrededor una vez más, sin encontrar nada.

Sin encontrar a nadie.

Ceno sola, con un plato caliente delante de mí y un vacío que me quema por dentro. Y por mucho que la comida sea perfecta, equilibrada y deliciosa, cada bocado me sabe amargo.

Solo porque Damian está aquí, en esta casa, pero lejos de mí, escondiéndose e intentando ocultar todo lo que realmente me importa. Y eso, de alguna manera, duele más que si nunca hubiera hecho nada.



GREY

CAPÍTULO 9

Termino de poner la mesa con la precisión que he aprendido a cultivar entre balas y sangre. Los cubiertos están perfectamente alineados, las copas servidas en su punto exacto y el plato aún desprende vapor.

El olor de la comida llena la cocina con un calor reconfortante, casi doméstico. Aquí todo parece normal y humano. Y ese es precisamente el problema. Yo no lo soy.

Mi silla está frente a la suya, dos asientos, un intento fallido de convivencia y normalidad. No me siento. Sé que no puedo sentarme y tener una conversación civilizada con ella.

Si me uno a Julie, si escucho su voz de cerca, veo su boca moverse mientras habla con ese tono de quien nunca ha tenido que gritar para que la escuchen, perderé el maldito control que me ha costado años construir.

Lleno mi copa de vino y salgo de la cocina, dejando todo atrás. Paso por el despacho sin dudar, acciono la estantería con movimientos automáticos y, cuando se abre la entrada del *búnker*, siento que mi cuerpo empieza a desacelerarse.

El corazón aún late con fuerza, pero aquí abajo, sigo mandando yo.

Bajo los escalones uno por uno, sumergiéndome en el frío hormigón del único lugar donde puedo existir sin ceder al caos que

ella provoca en mí.

¿A quién intento engañar? Qué mierda de mentira. Hoy mismo he cedido a mis instintos más primitivos y la he observado desnuda, he admirado cada detalle de su cuerpo y la he deseado como si me estuviera permitido hacerlo.

La sala de control se ilumina con un brillo azul opaco, las pantallas se despiertan y los sistemas parecen respirar conmigo. Me siento, bebo un sorbo de vino generoso y no tarda en salir de la habitación e ir a la cocina.

Pongo a Julie en el monitor principal y la observo sentada a la mesa, sola. La sudadera holgada cubre su pequeño cuerpo, pero no oculta nada de lo que es. Su cabello rubio está suelto y seco. La luz de la lámpara la envuelve con una dulzura que no combina con este lugar, ni conmigo.

Mastica lentamente y toma un pequeño sorbo de vino, luego sonríe al plato. Y todo en mí se aprieta. No debería estar mirando, pero sigo con los ojos en la pantalla. No debería sentir nada, pero aún así, siento.

Mi tormento no solo proviene del hecho de que ella está aquí, sino de la forma en que existe, sin intentar ser deseada, sin esforzarse por parecer bonita. Y, aun así, es imposible apartar la mirada de ella.

He estado con demasiadas mujeres. Mujeres que sabían exactamente cómo vestirse, cómo maquillarse, cómo moverse para parecer deseables. Y Julie no lo intenta, simplemente lo es. Natural, hermosa, involuntaria. E inaceptable.

Por eso tengo que mantener la distancia.

Aprieto con fuerza el botón del comunicador.

— Mandarino.

La respuesta llega rápida y firme.

— Hable, jefe.

— Quiero libros. Medicina: farmacología, fisiología, cirugía. Nada básico. Lo que realmente se usa. Un cuaderno nuevo con los bloqueos necesarios. Y un celular encriptado.

— ¿Para cuándo?

— Mañana temprano. Antes de que se despierte.

— Hecho.

Cuelgo y vuelvo a mirar la pantalla, ella sigue ahí. Termina el plato con calma, se bebe el resto del vino. Cierra los ojos por un segundo, como si absorbiera el silencio de la casa. Y una parte de mí odia saber que se acostumbra a esto, que se adapta a la soledad, que no se queja.

Maldita sea, eso me da ganas de darle todo lo que quiere. Y, joder, no puedo.

Cambio la imagen. Accedo a otra línea, llamo a la única persona que ha vigilado a Julie de cerca durante más tiempo que yo.

— Kite.

— Grey.

— Háblame de Isadora Venti. Todo lo que observaste: comportamiento, costumbres, la dinámica con su hija.

El silencio al otro lado es breve, pero significativo, y él sabe exactamente de lo que estoy hablando.

— Parecían muy unidas en público. Mucho teatro, fotos y abrazos. Pero no había un intercambio ni un cuidado reales. La chica siempre parecía sola, incluso cuando estaba al lado de su madre.

—Isadora fingía muy bien—, digo, más para mí que para él.

—La simulación es el don de esa mujer. Tan convincente que yo mismo casi me lo creí, durante un tiempo.

Cierro los ojos con fuerza y la imagen vuelve con claridad. El recuerdo que intento enterrar desde el día en que vi bajar el ataúd de Luca bajo tierra. Su mujer, la viuda de mi mejor amigo, entrando en el apartamento que mantengo como fachada en Charlottesville,

días después de su muerte, con el rostro pálido y los ojos húmedos, diciendo que estaba sola, que Luca no volvería y que yo era el único hombre que la entendería.

Ojalá hubiera sido solo una vez.

Lo intentó más veces, en los peores momentos y en las ocasiones más despreciables. Toques disimulados, frases con doble sentido e invitaciones inapropiadas al final de una llamada. Hasta que tuve que hacer lo que mejor sé hacer. Cerrar todas las puertas con absoluta frialdad.

Ella lo entendió. O fingió entenderlo.

Desde entonces, nunca más lo intentó, y desde entonces solo nos vemos una vez al año. Dos días antes del cumpleaños de Julie, y nunca llamo ni aviso antes de aparecer, pero ella ya sabe lo que le espera.

El sobre negro, grueso, pesado y sellado que contiene todo lo que ella necesita para mantener el teatro en funcionamiento un año más. Dinero en efectivo, billetes grandes, limpios, sin marcar, directamente de la reserva que no pasa por ningún banco. Es suficiente para pagar cada mes el alquiler, las facturas del seguro médico, los estudios de Julie, el transporte, la comida.

Es toda la vida de Julie, financiada por mí.

Dentro del sobre hay más que dinero. Hay recibos cuidadosamente organizados que acreditan los pagos realizados a nombre de la madre, matrículas adelantadas, facturas pagadas, el seguro de vida al día. Todo hecho para que ella nunca tenga que preguntarse cómo o por qué. Y siempre, en el fondo, un papel con membrete con una única cláusula impresa en letras firmes:

«No se lo debes contar. Nunca».

Nada más. Nada menos.

Desde entonces, evito incluso su nombre, porque pensar en Isadora es como mancillar el nombre del hombre que me salvó.

— ¿Por qué nunca me dijiste nada?

— Pensaba que usted ya lo sabía todo —comenta Kite al otro lado de la línea.

— No lo sabía... exactamente todo.

En el fondo, siempre supe que su madre era una arpía disfrazada de mujer resiliente. Siempre supe que había algo raro en la forma en que sonreía demasiado en público y trataba a Julie como un accesorio. Siempre me di cuenta de que la relación entre ellas era complicada, tensa y demasiado fingida para ser real.

Pero no lo sabía todo. No sabía de la soledad en los ojos de la niña y de la ausencia disfrazada de cariño.

Apago el comunicador antes de que haga más preguntas. Antes de tener que admitir que tal vez no supe ver lo que realmente importaba.

Otra vez.

Vuelvo a mirar la pantalla principal, la imagen sigue siendo estable y nítida. Julie se levanta de la mesa con la misma calma con la que ha comido sola. Apaga la luz con un gesto automático, casi resignado. La habitación se sumerge en la penumbra y su silueta desaparece en el pasillo.

No apago la cámara, cambio a la *transmisión* de la habitación.

La veo entrar y cerrar la puerta con cuidado, sin golpearla, como si no quisiera molestar en una casa que ni siquiera sabe que está siendo observada. Se quita la sudadera lentamente, la dobla con calma y la deja sobre el sillón, quedándose en camiseta de tirantes y pantalones de algodón, sencilla y cómoda. Un tipo de intimidad que no debería afectarme, y me afecta muchísimo.

Julie se sienta en el borde de la cama, con los hombros ligeramente encorvados, los dedos entrelazados como si intentara convencerse de que todo está bien. Mira a su alrededor por un instante, esperando algo.

O a alguien.

Pero no viene nadie, así que se acuesta. Se tapa con la manta hasta la barbilla, se gira hacia la pared de cristal y cierra los ojos. Debería desconectar ahora y darle espacio. Respetarla.

Lo único que hago es permanecer en el mismo lugar, inmóvil, frente a la pantalla, como si el simple hecho de verla respirar me mantuviera vivo. Su pecho sube y baja a un ritmo lento y tranquilo, la boca entreabierta, el brazo doblado bajo la cabeza y el cabello suelto, esparcido sobre la almohada como un halo plateado.

Se duerme rápido, casi como alguien que no sabe que el mundo que la rodea está lleno de trampas, como alguien que todavía cree que hay seguridad en algún lugar. Y yo la dejo creerlo, porque mientras yo esté aquí, ella lo tendrá.

Ella no lo sabe, y nunca lo sabrá, pero cada latido de su corazón está protegido por mí. Aunque sea por mi propio deseo. O por la parte de mí que todavía piensa en cómo sería acostarme a su lado y tocar lo que intento enterrar cada día.

Apago lentamente el monitor, pero su imagen permanece en mi cabeza. Cierro los ojos y respiro hondo, mintiéndome a mí mismo que esta obsesión es solo por protección.



CAPÍTULO 10

Me despierto más tarde de lo que pretendía.

Mi cuerpo se hunde en el cálido colchón, el aire frío pasa rozando las ventanas y la luz filtrada por el bosque me envuelve como un capullo. El reloj marca casi las diez de la mañana, pero no me importa. Debe ser el clima de las montañas, me hace más perezosa.

Me estiro lentamente, con un bostezo ahogado, y camino hasta el armario. Cojo un albornoz suave, de tela gruesa y olor neutro, y me lo pongo encima de la ropa, en un intento por contener el frío. Me siento más pequeña de lo que soy dentro de él, y extrañamente protegida.

Bajo las escaleras lentamente, con los pies descalzos tocando la madera caliente. Y tan pronto como llego al último escalón, me detengo por unos instantes.

En la mesita hay libros apilados con cuidado. Son gruesos, técnicos, marcados con pequeñas etiquetas adhesivas que indican diferentes áreas, y junto a ellos, un cuaderno nuevo, fino y elegante. Y un móvil precintado.

—Dios mío... —susurro, con una sonrisa que brota en mis labios antes de darme cuenta.

Corro hacia ellos y salto sobre el sofá, arrodillándome, con los dedos recorriendo los títulos con entusiasmo. *«Anatomía sistémica y*

clínica», «Farmacología aplicada», «Manual de fisiología médica»...

Mi corazón se acelera.

Damian lo trajo todo. Y más. Son ediciones nuevas, importadas, algunas ni siquiera sé cómo las consiguió.

Mi felicidad es casi infantil. Coloco uno de los libros en mi regazo y lo abrazo contra mi pecho como si fuera el regalo de cumpleaños más valioso que jamás haya recibido. Sin saber por qué, siento que se me hace un nudo en la garganta.

Me giro en el sofá para observar la luz del día desde mi habitación a través de la ventana alta y veo cómo el sol incide sobre los árboles, aunque aquí abajo aún no ha llegado del todo. El ambiente sigue siendo cálido, iluminado solo por la luz natural que atraviesa la pared de cristal que cubre el fondo de la cabaña.

Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que ocurre fuera. La visión monocular retrasa mi percepción a veces, y el mundo tiene que alinearse para que pueda ver lo que tengo delante.

Y entonces lo veo.

En la terraza exterior, bajo la suave y fría luz de la mañana, Damian.

Lleva solo unos pantalones de chándal oscuros, lo suficientemente bajos como para mostrar parte de sus marcados oblicuos. Su cuerpo se mueve con absoluto control, las palmas de las manos presionadas contra el suelo mientras hace flexiones de una manera hipnótica. Los músculos de la espalda se contraen con cada subida, y los hombros anchos, dibujados con tatuajes que nunca había visto con tanta claridad, parecen esculpidos.

En el hombro derecho, una calavera sostenida por un cuervo con las alas abiertas. En el izquierdo, una serpiente trepando por una daga, con la sangre chorreando en finas líneas negras. En el antebrazo, un cartucho de balas, alineadas como si fueran una pulsera. Es tan provocativo.

Todo es tan agresivo e intenso, como él.

Y en medio de la espalda, cortando parte de uno de los tatuajes, hay una gran cicatriz. La piel es más clara, estirada, deformando ligeramente el dibujo, larga y profunda. Fue feo y dejó demasiadas marcas.

Mi corazón da un extraño salto. No es solo una cicatriz, es un símbolo, casi borrado en los bordes, en forma de triángulo roto, cortado por una línea vertical. Y me resulta demasiado familiar como para ignorarlo.

Mis manos tiemblan ligeramente al darme cuenta de que ya la he visto antes.

La vi en mi padre.

Papá me la ocultó bien, porque solo la vi dos o tres veces en toda su vida, pero es la misma marca. Igualita y en el mismo lugar. ¿Qué significa eso? ¿Qué significa?

Me distraigo con las preguntas sin respuesta al fijarme en el pelo empapado de sudor que gotea sobre el suelo de madera. Damian es lo más sexy que he visto en toda mi vida.

Todavía tengo el libro en los brazos, lo aprieto más fuerte contra mi pecho y me acerco a la pared de cristal casi sin pensar. Mis pies se deslizan lentamente hasta el límite del espacio y me apoyo para observarlo más de cerca.

Se levanta con un movimiento fluido, los músculos de su abdomen se contraen en capas. Camina hasta una pequeña estructura metálica montada al lado de la cabaña y se agarra a la barra, tirando de su propio peso como si fuera ligero.

Los dorsales se contraen y la cicatriz se estira, los tatuajes se mueven con el cuerpo. Sé que debería dejar de mirar, pero no sé si hay alguna forma de hacerlo. ¿Existe alguna manera de dejar de mirar a un hombre así?

Repite el movimiento, sin prisa, sin fallos. Y, de repente, baja de la barra, respirando profundamente. Y mira. No al cielo ni al bosque, sino, para mi sorpresa, directamente al cristal.

Mi corazón da un vuelco.

Me mira tan fijamente, tan directamente, que no sé si puede verme aquí dentro. El cristal oscurecido puede ocultarme, pero ¿y si no es suficiente?

Damian da un paso adelante y, por reflejo, yo doy un paso atrás, tropezando con mis propios pies. Sujeto el libro con más fuerza y me alejo rápidamente, volviendo al sofá con la cara y el cuerpo demasiado calientes.

Me tiro entre los cojines e intento esconder mi cara para no espiar más. Y es extraño cómo sigo viéndolo y sintiéndolo, incluso desde aquí. ¿Cómo lo hace con mi cuerpo? ¿Con mi mente?

El sofá me engulle aún más, mientras intento calmar mi corazón, fingiendo que sigo emocionada con los libros y que el sudor que le corre por la espalda no me ha afectado. Sostengo el libro como un escudo, con los ojos recorriendo las páginas abiertas, aunque no consigo absorber ni una sola línea.

El discreto ruido de la puerta al abrirse me revuelve el estómago. No necesito mirar para saber que es él. Damian entra como siempre, como si el espacio a su alrededor le perteneciera y su presencia rediseñara el ambiente. Sus pasos son firmes y silenciosos, y siento cómo el aire vibra a mi alrededor.

—Ah, has encontrado los libros —comenta con la voz aún ronca y la respiración un poco entrecortada por el entrenamiento.

Todo mi cuerpo responde. Su voz suena más grave así, cargada de esfuerzo, y parece tocar mi piel incluso antes de llegar a mis oídos.

Levanto la mirada lentamente.

Está parado a pocos pasos de mí, todavía sin camisa, con los pantalones de chándal colgando de las caderas, pero pegados por el sudor. Tiene el pelo completamente mojado, peinado hacia atrás, y su cuerpo brilla bajo la luz de la mañana que ahora invade la habitación con más fuerza. Cada músculo de su pecho, abdomen y hombros está marcado y rígido.

¿Cómo puede un hombre de cuarenta y cuatro años ser tan atractivo?

— Sí... —respondo demasiado rápido, con un tono más agudo de lo que me gustaría—. Gracias. De verdad. Me... ha gustado mucho.

Desvío la mirada, tratando de fijarla en los libros como si fueran más interesantes que los marcados abdominales de su vientre, donde una gota de sudor corre lentamente hacia la línea del abdomen.

Maldito sudor.

Maldito abdomen.

¡Maldito Damian!

—Qué bien —responde, con un ligero movimiento de cabeza, satisfecho con mi respuesta. Pero sus ojos no son neutros, son analíticos, observan cada pequeño movimiento mío como si quisieran entender lo que estoy ocultando.

Si supiera que lo estoy ocultando dentro de mí, su imagen, la sensación que me provoca verlo así.

Damian se dirige a la encimera de la cocina, coge un vaso de agua y se bebe el contenido de un solo trago. Su espalda se contrae de nuevo y el músculo de su brazo se tensa al sujetar el vaso. Ni siquiera el sonido del vaso al tocar el fregadero es suficiente para romper el silencio que se instala entre nosotros.

Se da la vuelta y vuelve a mirarme a los ojos.

— Si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo.

—De acuerdo —murmuro, sin poder mantener la mirada durante mucho tiempo.

Soy incapaz de mirarlo así. No con él así, casi desnudo y tan peligrosamente masculino y primitivo.

Damian echa un último vistazo a los libros, asegurándose de que todo está en orden, y luego sube las escaleras con la misma presencia imponente con la que entró. No se despide ni mira atrás.

Y, sin embargo, su presencia permanece en el calor que dejó en el aire. En el sudor que aún brilla en mi memoria, en el libro que aprieto contra mi pecho como si pudiera protegerme del hombre que acaba de entregarme todo, menos a sí mismo.



CAPÍTULO 11

Hace ya dos días que encontré la pila de libros sobre la mesita del salón, cuidadosamente ordenados. Desde entonces, me he sumergido en ellos como si mi cordura dependiera de ello.

Y, para ser sincera, creo que depende.

Estudiar siempre ha sido mi método favorito de evasión y, durante dos días, ha funcionado muy bien. Pero ahora todo está demasiado tranquilo como para ignorarlo.

Cierro el libro en mi regazo lentamente, con más cuidado del necesario, y me quedo mirando la portada como si tuviera las respuestas que los días aquí, junto al mejor amigo de mi padre, no me han dado.

Damian prácticamente desapareció después de ese momento en la sala, sudoroso, demasiado guapo y callado, como siempre. Desde entonces, se pasa el día encerrado en la oficina o dondequiera que se esconda cuando no quiere que yo lo vea. Sin explicaciones ni conversaciones. Sin avances en el asunto que me trajo hasta aquí.

Nada sobre quién quiere matarme o qué está pasando realmente.

El primer día, todo parecía demasiado surrealista como para cuestionarlo. Estaba frágil, agotada y muy confundida como para exigir respuestas. Y él... bueno, él parecía saber lo que estaba

haciendo. Tenía esa postura de alguien que vive en control, que cuida, resuelve y manda.

Sin embargo, con la mente despejada y el cuerpo descansado, soy incapaz de ignorar lo obvio. Hay algo que no cuadra aquí.

Estiro las piernas sobre el sofá, el albornoz se desliza por mis tobillos mientras apoyo los codos en las rodillas, me paso las manos por el pelo y respiro hondo. La cabaña está demasiado silenciosa y eso me está volviendo loca.

Quiero música o algo parecido. O saber sobre ese enemigo que quiere matarme. ¿Qué he hecho mal, al fin y al cabo? Nunca he hecho daño a nadie, ni siquiera tengo amigos, ¿por qué alguien querría matarme?

Damian no dice nada que responda a mis preguntas. ¿Me ha dado libros? Sí. ¿Comida? También. ¿Protección? Quizás. Pero ninguna respuesta. Ninguna verdad.

A estas alturas, empiezo a preguntarme si esta amenaza es real o solo una forma de traerme aquí. Esa noche, en la discoteca, todo sucedió tan rápido, y yo quise creer, quise confiar.

Él me salvó, me sacó de una situación repugnante. Fue tan firme y protector, aunque fue muy violento. Y fue más de lo que cualquier otra persona ha sido por mí.

Maldita necesidad, ¿mira lo que me ha hecho? Me ha traído a medio de la nada con un hombre guapo que no dice nada. Que desaparece, me deja sola con mi intelecto, con preguntas, y finge no oírme.

¡Maldita sea! ¿Y si me mintió?

Quizás no en todo, ni con mala intención. Sin embargo, ¿y si no hay nadie que quiera matarme? ¿Y si solo necesitaba sacarme de escena? ¿Y si esto no es protección? ¿Es aislamiento?

Dios mío, esto es un secuestro.

Damian Balestra me secuestró.

Pienso en mi padre. Durante toda mi vida, él fue un misterio reconfortante. Decía que era inversionista, que operaba en el mercado de riesgo. Tenía gráficos, números, hojas de cálculo y palabras bonitas. Pero ahora, mirando a mi alrededor en esta cabaña blindada, rodeada de tecnología, vigilancia, estructura militar y secretos, no me parece el tipo de lugar al que alguien del mercado financiero tendría acceso. Y creo que él tenía acceso a este lugar.

Y Damian es todo menos un civil. O una persona común. Mucho menos alguien que trabaja con cosas legales.

¿Y si mi padre tampoco lo era?

Cierro los ojos por un segundo, sintiendo un nudo en el estómago con la pregunta que nunca me atreví a hacer.

¿En qué estaba involucrado exactamente papá? ¿Y por qué Damian no quiere contármelo?

Apoyo el libro lentamente en el brazo del sofá y miro la pared de cristal como si fuera a encontrar alguna respuesta ahí fuera. Todo lo que veo es el bosque meciéndose al ritmo del viento, rápido y brusco. El cielo está extraño, oscuro y pesado.

Arriba, densas nubes se acumulan en capas espesas, casi metálicas. El tipo de gris que no se ve a menudo. No aquí. Un trueno lejano rompe el silencio con un sonido sordo, y una brisa helada atraviesa las rendijas de la estructura, como si toda la naturaleza estuviera conteniendo la respiración.

Se avecina una tormenta.

Un leve chasquido resuena en el exterior, las ramas golpean el cristal y un trueno más fuerte retumba, y la primera gota gruesa se desliza por la ventana, dejando un rastro irregular, y el día se vuelve sombra incluso antes de que llegue la noche.



Lleva lloviendo sin cesar casi media hora, tamborileando contra el techo como si el cielo se estuviera derrumbando sobre la cabaña. El sonido incesante ya se ha convertido en parte del ambiente, con un ruido de fondo que es incluso relajante, dependiendo del punto de vista.

Sin embargo, la luz parpadea una vez, luego dos, y se apaga de golpe, haciéndome respirar hondo para no perder los nervios.

El silencio de la energía cortada es inmediato, y todo a mi alrededor se sumerge en una densa oscuridad, tan opresiva como el bosque que rodea la casa. Mis ojos intentan adaptarse, pero con uno de ellos inutilizado desde siempre, el mundo ahora parece más torcido que nunca.

Busco a tientas con las manos temblorosas, buscando el móvil. Cuando finalmente lo encuentro en el brazo del sofá, el alivio dura solo un segundo. El dispositivo se ha quedado sin batería.

Genial.

Me obligo a respirar hondo de nuevo e intento mantener la calma. Sé que hay una linterna en el cajón lateral de la estantería, así que obligo a mis piernas a llevarme hasta allí, apoyándome en los muebles y tropezando en cada esquina del camino. Es un esfuerzo tremendo caminar en la oscuridad, y siento como si los latidos de mi corazón vibraran dentro de la casa.

— ¿Damian?

Lo llamo una, dos, tres veces. Intento gritar más fuerte que la tormenta, pero es en vano, el sonido de la lluvia y los truenos ahogan mi voz. Tampoco obtengo respuesta por su parte. Ningún paso pesado procedente del piso de arriba, ninguna sombra apareciendo en el pasillo para calmarme con esa mirada fría que nunca revela nada, pero que, de una forma extraña, me da más seguridad que cualquier palabra.

—¿Damian? —insisto, con la garganta empezando a cerrarse.

Nada más que la lluvia.

Nunca he sido de las que temen estar solas, pero esto es otro nivel. No es soledad, es prácticamente abandono y aislamiento. De repente, todos los rincones de la cabaña parecen más grandes, más fríos, como si me estuvieran observando.

Mis dedos finalmente encuentran el botón de la linterna y una luz tenue rompe la oscuridad, parpadeando. La mínima luminosidad revela el contorno de los muebles, el reflejo de la ventana empañada y lo vulnerable que realmente soy.

Sola, en medio de un bosque, sin comunicación y sin energía.

Y sin él.

«No puedo creer que me hayas dejado aquí sola», murmuro, incapaz de controlar mi irritación.

El miedo comienza a infiltrarse por los bordes de mi coraje, y mis dedos aprietan la linterna con fuerza, como si eso fuera a impedir que la noche me engullera. Intento pensar con claridad para recordar dónde dejé el portátil. Puedo usar su luz y aumentar mi campo de visión.

Cuando recuerdo que lo dejé en la habitación, me desanimo. Genial. Arriba, donde la oscuridad parece aún más densa. ¿Cómo puedo subir las escaleras sin romperme en mil pedazos?

Tragué saliva, con el sabor metálico del miedo arañándome la garganta. Mis pies permanecieron clavados en el frío suelo de madera, y traté de decidir si me arriesgaba a ir o me quedaba allí.

Antes de que pueda decidir, la linterna parpadea una vez, y otra, y luego se apaga.

«No...», susurro, apretando el botón varias veces, como si fuera magia. «No, no, no...», repito, con la voz cada vez más aguda y desesperada.

La luz no vuelve y la oscuridad me envuelve de nuevo, y esta vez parece tener dientes.

Como el armario del baño.

Tenía solo unos cinco años cuando comprendí que mi madre solo me sonreía cuando mi padre estaba cerca. Él me quería, de eso nunca dudé, pero pasaba mucho tiempo fuera, y era en esos intervalos cuando ella mostraba quién era realmente.

Cuando hacía algo que le disgustaba, mamá no gritaba. Nunca me gritó. Tampoco me pegaba. Pero me encerraba en el armario del baño. Tenía que encoger las piernas para poder caber en él, y era tan oscuro y frío.

«*Los niños mimados tienen que aprender en la oscuridad*», decía para justificar su tipo de castigo.

Y yo aprendí a no hacer ruido, a respirar despacio, a no llamar a nadie, porque nadie venía.

Cuando mi padre volvía a casa, ella volvía a ser la madre perfecta. Y yo, la hija sonriente. Nunca se lo conté. Ni siquiera cuando me preguntó por qué tenía las uñas tan cortas. O por qué no me gustaba dormir con las luces apagadas.

Por un instante, es como si el olor a moho volviera. El azulejo frío contra mi espalda, las voces apagadas del exterior, el pestillo girando, cerrándose, y el sonido de los pasos alejándose

— *Cuando dejes de llorar, te abriré, Julietta.*

Nunca supe cuánto tiempo pasaba allí dentro, solo sabía que no podía llorar en voz alta, ni golpear la puerta ni gritar. Y ahora, todo parece igual.



GREY

CAPÍTULO 12

La pantalla del monitor parpadea una vez y luego se apaga.

Maldición.

La palabra resuena en mi cabeza incluso antes de que el silencio del *búnker* se instale por completo. El ruido constante de los equipos, la respiración electrónica de las cámaras, el sutil zumbido de la red, todo cesa, como si el corazón de la base hubiera dejado de latir.

Me quedo completamente inmóvil durante unos segundos, y hasta parece que la oscuridad que me rodea me mantiene en mi sitio. Entonces, mi ira estalla.

— ¡Vadim, maldito inútil! —gruño entre dientes, mientras me dirijo a la estantería donde guardo el móvil—. Te mandé hacer el maldito mantenimiento el mes pasado. Te lo mandé. Y el desgraciado me dijo que todo estaba en orden.

Mentira. Siempre está todo en orden, hasta que deja de estarlo. Y ahora estoy atrapado aquí abajo, en la base más segura que he construido, encerrado con cerraduras automáticas que no se abren sin energía. Una precaución genial, claro, excepto cuando se vuelve en mi contra.

Y el pensamiento que se impone sobre los demás, sofocando incluso la irritación, es sobre ella.

Julie.

La última imagen que vi, antes de que todo se apagara, fue ella sentada en la sala con las piernas cruzadas sobre el sofá, un libro de medicina abierto en su regazo, el ceño fruncido. Estudiaba con la misma concentración de quien intenta salvar a alguien, como hacía Luca. Solo que ahora se había quedado sola y en la oscuridad.

No me preocupan las entradas ni las salidas. Cuando se va la luz, se activan los cierres de seguridad y el perímetro es inviolable. Ningún hijo de puta entra, y ella tampoco puede salir.

Pero eso no impide nada de lo que pueda pasar aquí dentro. Me he dado cuenta, y aunque ella no lo diga ni se queje, hay algo en su mirada que no es normal. Un ligero desvío en el enfoque, una vacilación al moverse en ambientes con poca luz, no sé. Ya he notado un pequeño error en sus reflejos, demasiado sutil para los ojos comunes, pero no para los míos.

Dejarla sola ahora es inaceptable.

Enciendo la linterna del móvil e ilumino el camino hasta la mesa metálica, buscando herramientas con manos rápidas. Mis dedos encuentran la llave inglesa, la barra de hierro y la caja de llaves dinamométricas. Ninguna de ellas me servirá sin energía, la cerradura de la puerta del *búnker* fue construida para resistir invasiones, incluidas las mías.

Aun así, ahora me veo obligado a romperla, a destruir mi propia creación solo para llegar hasta ella.

—Maldición —susurro, probando el peso del hierro en mis manos.

No debe estar gritando pidiendo ayuda. Julie es de las que se lo guardan todo, pero conozco su silencio, el que precede al pánico, ese vacío que lo envuelve todo cuando uno está solo o demasiado vulnerable.

No.

No se quedará sola allí arriba. No se lo permitiré.

El primer golpe resuena como un trueno sordo en el interior del *búnker*. El segundo vibra por el metal, reverberando hasta los huesos de mi brazo. No es el método correcto, ni el más eficaz, pero es el más rápido.

Y, sinceramente, no tengo tiempo.

Golpe tras golpe, el cerrojo reforzado cede poco a poco, hasta que, tras un chasquido metálico y grotesco, el sistema de seguridad se rompe. Un haz de luz atraviesa la rendija y yo no pienso, solo corro.

Subo las escaleras con la linterna del móvil temblando en la mano, saltando los escalones de dos en dos, me duelen los músculos, pero lo ignoro. Siento como si los latidos de mi corazón fueran una cuenta atrás.

No la encuentro en la sala y mi pecho se oprime de una manera extraña.

—¡Julie! —grito, alto, por primera vez en mucho tiempo, con una voz más grave y desesperada de lo que pretendía.

Doblo el pasillo, la luz de la linterna atraviesa la oscuridad y entonces la veo.

Apoyada contra la pared, sentada en el suelo con las rodillas encogidas contra el pecho. La linterna inútil a su lado. Sus ojos, muy abiertos y húmedos, reflejan el débil brillo de mi móvil y, por un momento, mi cuerpo se paraliza. Porque ella está aquí, frágil, expuesta y encogida en un mundo que no puede ver bien.

Me arrodillo de inmediato, dejando caer la barra de hierro con un golpe sordo, y lo único que importa es que está respirando. Antes de que diga nada, sus brazos se lanzan alrededor de mi cuello, tirando de mí con fuerza, como si fuera a hundirse si me soltara.

El impacto del contacto me atraviesa por completo.

Es tan cálida y suave, tan frágil, que me deja completamente inmóvil por un segundo. Mis brazos reaccionan por instinto, rodeando su delgada cintura, atrayéndola más cerca, más profundo.

Su respiración errática golpea mi cuello y, por un momento, que no dura más que un maldito latido, todo lo que soy se pliega a lo que ella es.

Inclino la cara sin pensar, y el perfume de su cabello, algo entre lavanda y ese olor íntimo de piel limpia y cálida, me golpea como un recuerdo que nunca tuve, pero que mi cuerpo reconoce.

Aprieto su cintura con más fuerza, mis dedos se hunden en su suave piel, queriendo marcarla y asegurarme de que no se desmorone.

Julie tiembla en mis brazos, y es una sensación increíble.

—Pensé que te habías ido— dice en voz baja, todavía temblorosa, cortada por algo que no es solo miedo—. Pensé que me habías dejado sola aquí. En la oscuridad.

Cierro los ojos por un segundo, luchando contra el golpe sordo que esas palabras me dan en el pecho. Yo, que me he pasado la vida evitando ser necesario para alguien, ahora soy el único nombre que ella llama en la oscuridad.

«Nunca te dejaré sola», murmuro con voz ronca mientras la acuno en mis brazos, sellando mi promesa.

Y en ese instante, no importa cuántos hombres haya matado o cuántas veces me hayan llamado monstruo. Ahora, lo único que importa es que ella me necesita. Y yo estoy aquí.



Ella sigue aferrada a mí, y aunque mi cerebro me dice que este acercamiento es un error, sigo con Julie en mis brazos. Cuando

su respiración comienza a calmarse y su delicado cuerpo se relaja contra el mío, con un poco de insistencia y cuidado, paso uno de mis brazos por debajo de sus rodillas y la levanto del suelo.

Ella no protesta, solo esconde su rostro contra mi hombro, y el calor de su piel parece adherirse a la mía. La llevo hasta el sofá de la sala, guiado por la linterna de mi celular y por los instintos que he aprendido a no ignorar.

La acomodo con cuidado, sentándola primero y luego inclinando su cuerpo lentamente hasta que queda recostada entre los cojines. Sus ojos aún brillan con restos del susto y su cuerpo, aunque más tranquilo, todavía se encoge.

Es algo que me molesta más de lo que debería.

—Voy a buscar unas mantas —susurro, mientras me inclino para alejarme, y antes de que pueda hacerlo, sus dedos se cierran alrededor de mi mano, firmes y cálidos.

— No me dejes sola —pide, de una forma tan astuta que me hace hervir la sangre—. Aquí está más oscuro de lo normal.

Me detengo y su mirada busca la mía en la penumbra, sin estar segura de verme.

—Es por los árboles —comento, aunque sé que ella ya conoce la respuesta. Es jodidamente inteligente. Aun así, sigo explicándole —. El dosel es demasiado denso. Cuando llueve, la luz casi no atraviesa. Parece que el mundo se ha apagado ahí fuera.

Suspira profundamente, como quien está a punto de abrir una herida que ha guardado durante demasiado tiempo. Y luego dice:

— No veo bien. —Julie hace una pausa y su pecho sube y baja de forma irregular, como si acabara de correr una maratón—. Mi ojo derecho funciona, el izquierdo no ve nada. Solo he aprendido a disimular—. Me siento a su lado de nuevo, atento. Silencioso, pero siento que todo se mueve dentro de mí. —Pensé que estaba sola aquí— continúa, en voz baja—. En medio de la nada, sin luz, sin visión. Ni siquiera con toda mi racionalidad, con todo lo que sé, pude

pensar con claridad. Lloré un poco— confiesa, con la voz quebrándose al final.

Cedo a mis instintos y extiendo la mano para tocar su rostro. Mis dedos apartan un mechón de pelo pegado a su piel caliente.

—Está bien llorar, Julie.

Ella gira la cara hacia mi voz. Y, por primera vez, parece querer verme de verdad.

— ¿No vas a comentar nada sobre mi ceguera? ¿O ya lo sabías?

— No lo sabía —admito, con la voz más baja de lo que quería —. Tu padre nunca me lo contó.

La confesión flota entre nosotros, cargada de recuerdos que ella aún no conoce.

— Cuando empecé a perder la vista del ojo izquierdo, tenía ocho años —continúa—. Le hice jurar que no se lo contaría a nadie. No quería que me encontraran más rara de lo que ya era.

Esbozo una pequeña sonrisa en la oscuridad.

—Nunca fuiste rara. Y él cumplió su promesa.

Ella cierra los ojos, como si eso la aliviara.

Y, por alguna razón que no puedo explicar, siento que estoy exactamente donde debería estar.

— Cuando era pequeña, mi madre me encerraba en lugares oscuros. Siempre cuando mi padre se iba de viaje —suelta de repente, haciendo que mis músculos se tensen, pero no digo nada —. El armario del baño o de las escobas, la despensa, cualquier lugar sin luz. Decía que así era como los niños mimados aprendían a obedecer. En la oscuridad.

Ella se ríe débilmente, sin humor.

— Julie...

— Nunca se lo conté a papá. No quería preocuparlo.

Sus ojos se vuelven hacia mí y puedo sentir el cuello de Isadora entre mis manos. Puedo ver a esa zorra asfixiándose hasta morir en mis manos.

— Tenía miedo —admite.

— Ahora estoy aquí —logro decir sin dejar traslucir la ira que siento en ese momento.

— Lo sé. Gracias.



CAPÍTULO 13

La lluvia sigue golpeando el techo, intensa y ruidosa. Cada vez que un rayo atraviesa el interior de la sala e ilumina un poco el rostro de Damian, aprovecho para mirarlo antes de asustarme con el trueno.

Sé que va a hacer ruido, pero siempre me sobresalto.

Sigo tumbada en el sofá con la manta que Damian me ha traído cubriéndome hasta el pecho. Me ha dejado sola durante unos dos minutos o menos. No quería, pero me estaba muriendo de frío.

Está sentado a mi lado, sosteniendo el móvil con la linterna encendida, la luz es débil y un poco temblorosa, pero es suficiente para mantenernos fuera de la oscuridad total.

Es extraño lo mucho que su presencia lo cambia todo, porque, después de que llegó, el miedo irracional desapareció y todo quedó bien. Pero cómo no, esos hombros anchos que ocupan casi la mitad del sofá, esa respiración pesada, todo eso funciona mejor que cualquier cerrojo o linterna.

Siento que ahora el mundo puede desahogarse ahí fuera, y yo estaré bien, intacta por dentro, siempre y cuando él esté aquí.

Llevamos casi quince minutos en silencio, y no es malo ni incómodo. Ya le he rozado el pie *sin querer* tres veces y le he pedido perdón, solo para oírle carraspear y moverse en el sofá.

Sinceramente, no sé qué me está pasando. Nunca había sentido mis hormonas tan alteradas, y mucho menos había sido tan atrevida en mi vida. Vale, salí con ese idiota, pero no sentía mi cuerpo arder como ahora.

¿Será la cabaña? Debe ser eso. Hay una energía especial en este lugar.

Odio pensar de forma irracional, pero es mucho mejor que admitir que me siento atraída por un hombre que debería tratarme como a una hija y nunca lo ha hecho. Un hombre que debería haber cuidado de mí después de que mi padre muriera, y al que apenas he visto en tres años.

Apenas lo he visto en toda mi vida.

Quiero preguntarle tantas cosas a Damian. Algunas me queman por dentro desde hace días, otras sé que quizá nunca tengan respuesta. Y hay otras que probablemente él enterraría antes incluso de permitirme acercarme.

Pero algo dentro de mí insiste. No es solo curiosidad, es necesidad. Una parte de mí necesita entender quién es él, de verdad. Y, tal vez, descubrir por qué estar cerca de él me hace sentir menos perdida, incluso cuando todo a mi alrededor se está derrumbando.

Sé que tengo que ir despacio, como quien pisa la orilla de un lago helado, midiendo la temperatura del agua antes de lanzarse. Con él, todo es así, un paso en falso y se cierra, un movimiento brusco y desaparece.

No quiero que huya ahora, ni que se esconda detrás de ese cómodo silencio que ha construido como armadura.

Está bien, haré un acuerdo estúpido conmigo misma; cuando el próximo rayo atraviese el cielo e ilumine la cabaña, si él me está mirando, le haré una pregunta. Una simple e inofensiva. Una que no lo asuste, ni lo obligue a defenderse o mentir.

Primero llega el destello, cortando la oscuridad como una cuchilla. Luego, el trueno, grave y prolongado, vibrando en las

paredes. La luz que atraviesa las paredes de cristal es suficiente para que vea a Damian mirándome a la cara.

No de pasada ni por casualidad. Me está mirando.

Nuestras miradas se cruzan en ese intervalo de tiempo en el que todo parece suspendido. El sonido, la lluvia, incluso el aire entre nosotros. Su mirada no me atraviesa como un cuchillo, sino que me atrapa, como si quisiera retenerme para siempre.

Cuando la luz se apaga, vuelvo a quedarme ciega.

Respiro hondo y me muevo en el sofá, armándome de valor para hacer la primera pregunta.

— ¿Dónde se conocieron papá y tú?

Él se queda mudo, y yo no sé si me ha oído, pero enseguida responde:

— En el orfanato. Yo tenía nueve años. Tu padre tenía once.

Eso ya lo sabía. Papá me lo contó cuando yo tenía unos doce o trece años. Y, a diferencia de todas las demás cosas que ocultaba, nunca intentó suavizar esto. Dijo que no tenía familia, que creció en ese lugar hasta los dieciocho años. Nada de adopción ni visitas. Solo él y un montón de otros chicos tratando de sobrevivir al abandono.

Allí fue donde conoció a Damian. Dijo que era el único que prestaba atención a todo y sabía exactamente quién estaba a punto de quebrarse, quién iba a intentar escapar y quién era realmente peligroso.

Cada vez que hablaba de él, su voz cambiaba y se volvía más firme, más leal. Como si el vínculo que tenían fuera más que amistad. Era supervivencia. Y, en el caso de mi padre, confianza absoluta. Decía que Damian era el único que tendría el valor de hacer lo necesario cuando nadie más tuviera estómago para ello.

Pero escucharlo de su boca, aquí y ahora, en esta habitación oscura, hace que todo parezca más real. La forma en que habla, directa, me muestra que eso también lo marcó, aunque nunca lo admita.

—Guardaba una foto tuya —continuo, apretando ligeramente la manta contra mi cuerpo—. Una en la que me sostienes en brazos. Yo era un bebé y tú tenías cara de odiar estar haciendo eso. Damian no dice nada. Era extraño —murmuro, recordando la imagen con claridad—. Porque él siempre decía que, si algún día no podía cuidar de mí, serías tú quien lo haría.

No lo veo con claridad, porque la linterna del móvil solo ilumina parte de su rostro, dejando el resto sumido en la sombra, pero siento que su cuerpo se tensa como si hubiera recibido un golpe. Sus hombros se bloquean y no dice ni una palabra.

—Durante mucho tiempo, no entendí lo que quería decir con eso —confieso, en voz más baja—. Pero ahora, no sé, parece que tiene sentido, él confiaba en ti, más que en cualquier otra persona.

La linterna parpadea por un segundo, casi se apaga, pero vuelve con una luz aún más débil. Y tengo la sensación de que acabo de abrir una puerta dentro de Damian que él mantuvo cerrada durante años.

— Mi vida es complicada, Julie. Por eso no pude estar presente en tu vida como tú querías. Como tú necesitabas.

Hago un esfuerzo para que el nudo en mi garganta baje.

—No quiero que seas mi padre —se me escapa, un poco amargada—. No lo necesito.

—Lo sé —responde seco—. Y aunque lo necesitaras, yo no puedo ser tu padre. Yo no.

No entiendo exactamente qué quiere decir con eso, pero qué bien que no pueda ser mi *padre.* Sería incorrecto que me sintiera atraída por alguien que me ve como una hija o algo así.

— Sabes que no vas a poder retenerme aquí mucho tiempo, ¿verdad? —le pregunto, y él se queda en silencio, porque ya sabe la respuesta. — No lo entiendo, Damian. Y necesito entenderlo. Ni siquiera entiendo por qué he venido contigo.

Respira hondo.

— Te habría traído a la fuerza.

Resoplo.

— Ah, genial.

— Mi vida es complicada.

— Ya me lo has dicho, y aun así no lo entiendo —le respondo y me siento en el sofá, frente a él, aunque estemos a oscuras—. Explícame un poco. ¿Qué eres? ¿A qué te dedicas? ¿Quién quiere matarme?

Permanece en silencio durante unos segundos, lo suficiente para que piense que simplemente va a ignorar mis preguntas. Pero entonces veo un pequeño movimiento. Lentamente, Damian apoya los antebrazos en las rodillas mientras inclina el cuerpo hacia delante y parece elegir con cuidado lo que quiere decir.

O tal vez está tratando de no decir más de lo necesario.

—Soy el tipo que aparece cuando las cosas se pasan de la raya —dice en voz muy baja, y tengo que esforzarme para oírlo—. Cuando alguien necesita ser encontrado, callado, desaparecer. Cuando los sistemas fallan y las reglas ya no se aplican, yo hago lo que hay que hacer.

Tragué saliva.

No me mira, pero siento el peso de sus palabras como plomo.

— Me pagan muy bien por ello, pero a veces es algo personal. Y, en la mayoría de los casos, las personas que saben que existo harían cualquier cosa por fingir que no lo saben.

Me quedo callada, asimilándolo todo. Es como si cada frase suya arrancara una capa de la versión del mundo que creía conocer. Pero hay algo que late más fuerte dentro de mí que el miedo.

— ¿Mi padre era solo un inversor?

Damian se pone tenso, no me responde y ni se mueve.

— No vamos a hablar de tu padre —dice finalmente, con voz más firme, y suena casi como una reprimenda.

No le obedezco.

— Dímelo, por favor —insisto—. ¿Sabía usar un arma?

— Para, Julie.

—Damian... —susurro—. Dímelo, por favor.

Exhala con fuerza y, cuando vuelve a hablar, hay algo quebrado en su voz:

— ¿Por qué quieres arruinar la imagen que tienes de tu padre?

Respiro hondo y mi corazón late contra mis costillas, rápido y ansioso, pero no retrocedo.

— Porque siento que no sé nada sobre él. Nada real. Solo lo que él ha decidido mostrarme.

Damian se queda callado, y el silencio entre nosotros es largo y doloroso, sin embargo, decide hablar.

— Tu padre haría cualquier cosa por ti. Y eso es lo único que necesitas saber.

No es mucho, pero al mismo tiempo es mucho. Mi padre haría cualquier cosa por mí, eso tiene muchos significados y muchas formas de interpretarlo. Y también duele un poco, ya que todavía no lo entiendo lo suficiente.

— ¿Me vas a decir quién quiere matarme?

— Estás haciendo muchas preguntas.

Me humedezco los labios con la lengua y decido continuar. Está respondiendo a mis preguntas, aunque no con claridad, pero estoy consiguiendo sacarle algunas cosas a este hombre impenetrable.

— Sí. Necesito saber la verdad. ¿Es alguien de la universidad? — Me arriesgo con lo primero que se me ocurre.

— ¿Qué?

Parece sorprendido.

— No sé, allí no le caigo bien a nadie, y ese idiota apareció de la nada e intentó... — La frase se me queda atascada en la garganta, me da vergüenza continuar—. Fui tan tonta. No se trasladó desde la costa oeste, ¿verdad?

— No.

Cierro los ojos con fuerza y me golpeo la cabeza con las palmas de las manos, para calmar mi estupidez.

— Debería haber sospechado, nadie es trasladado en esta época del año. Soy tan inteligente, pero por culpa de un chico guapo, me dejé llevar.

—¿Te pareció guapo ese chico? —me pregunta Damian, haciéndome detenerme a pensar por un momento, y luego se encoge de hombros en la oscuridad.

—Un poco.

Hace un ruido extraño, que parece más un gruñido ahogado y ronco, que sale del fondo de su garganta. No es exactamente una respuesta, ni una provocación, pero tampoco es una actitud neutral.

— ¿Estás celoso? —le pregunto, entre risa e incredulidad.

No responde de inmediato, y su silencio dice mucho más que cualquier negación. Se nota en la forma en que cambia su respiración, en el peso de su cuerpo, que ahora parece más rígido, y en el ligero chasquido de sus dedos cuando cierra la mano contra la pierna.

Damian está tenso. Y es por mi culpa.

—No seas ridícula —dice finalmente, en tono seco. Pero no suena enfadado, sino molesto. Casi ofendido.

Eso me arranca una pequeña sonrisa, porque es la primera grieta que veo en esa dura fachada de hielo, la primera reacción genuina que no está rodeada de control o indiferencia.

—Pensándolo bien, solo recordar su rostro me da náuseas.

—Genial —murmura, y se queda callado inmediatamente después, lo que me reconforta más que cualquier otra cosa.

Creo que estoy rompiendo el férreo protocolo que este hombre ha creado a nuestro alrededor, solo por una frase tonta.

— Luca... ¿fue una coincidencia o mala suerte?

— No se llama Luca. Mintió para llamar tu atención.

Exhalo un suspiro, tratando de alejar la ola de frustración que viene con la confirmación. Y, por supuesto, es inútil, y me siento aún más ridícula, como si cada pequeña pieza de mi vida se estuviera desmontando poco a poco y yo ni siquiera me hubiera dado cuenta de que eran desechables.

Claro que no tenía el mismo nombre que mi padre. Fui tan estúpida al creerme sus mentiras.

Lo que más me molesta no es haberle creído, sino saber que no sé nada de lo que está pasando a mi alrededor. La única persona que puede darme las respuestas está sentada a mi lado, y solo me dirá lo que él quiere que yo sepa.

Siento cómo la ira se mezcla con la vergüenza, y las preguntas se agolpan dentro de mí.

¿Quién era ese tipo, entonces? ¿Por qué se acercó a mí? Y lo más importante, ¿qué quería?

—Por supuesto que no —murmuro, con una risa seca y amarga. Ya he comprendido que estoy lidiando con algo mucho más grande de lo que pensaba.

Damian vuelve la cara hacia mí y, aunque la luz de la linterna apenas le ilumina el rostro, siento su mirada atravesándome.

—Alguien que entiende muy bien lo que vales para mí —dice, haciéndome fruncir el ceño sin entender.

— ¿Qué?

— La persona que te persigue.

Damian no está diciendo que alguien quiera hacerme daño por quien soy, está asumiendo que yo soy la forma más eficaz de hacerle daño a *él*. Y, joder, eso cambia muchas cosas. Creo que cambia todo mi mundo.

Siento un escalofrío recorriendo mi piel y trago saliva, incapaz de articular palabra. No importa que Damian no haya mencionado nombres, lo que acaba de admitir es más peligroso que cualquier otra cosa.

De repente, la lámpara del techo parpadea dos veces antes de encenderse por completo, bañando la habitación con una luz amarillenta. Mis ojos tardan en adaptarse y, por un instante, todo parece más expuesto de lo que debería.

Damian no aparta la mirada. Y veo su rostro completo por primera vez en todo el día. La mandíbula tensa, la profunda línea entre las cejas y la sombra oscura bajo los ojos.

Está frustrado. O algo así. Quizás me tiene miedo. No por quién soy, sino por lo que pueden hacerme para llegar a él. Y es extraño, porque siento que eso me hace olvidar todo lo que creía saber sobre este hombre.

—¿Por qué yo? —susurro, casi sin aliento—. ¿Por qué soy la debilidad de alguien como tú?

Cierra los ojos por una fracción de segundo y luego se levanta del sofá, alejándose de mí. No me responde, y de alguna manera, su silencio dice más que cualquier cosa que pudiera decir en voz alta.



GREY

CAPÍTULO 14

Vuelvo a perder el sueño.

No es la primera vez y, para ser sincero, he dejado de contar cuántas veces he pasado la noche en vela. Ya ni siquiera intento luchar contra ello. Dormir toda la noche se ha convertido en un lujo que mi mente no se permite desde que todo se fue al infierno.

Desde que Luca murió.

Respiro hondo y miro al techo oscuro durante un rato, luego me doy la vuelta en la cama una vez más, antes de rendirme definitivamente. Paso la mano por la mesita de noche hasta encontrar el reloj y veo que son las 4:30.

Siempre es a esa hora, como si mi cuerpo hubiera sido entrenado para despertarse antes de cualquier amenaza. Antes de que algo salga mal.

Echo las sábanas hacia atrás y me levanto, el suelo de madera firme bajo mis pies está helado, pero no me molesta. Antes de ir a la oficina, mis instintos me llevan directamente a su puerta.

Giro el pomo con cuidado y la abro lo justo para mirarla. La suave luz de la luna entra por las rendijas de la cortina, delineando delicadas sombras en la habitación, y en el centro de la cama está ella, durmiendo, hermosa, tranquila y vulnerable.

Su cabello rubio está esparcido sobre la almohada, su pecho sube y baja a un ritmo lento y tranquilo. Sus labios están

entreabiertos y tengo la impresión de que está soñando con algo bueno.

Algo que nunca pasaría si ella supiera la verdad sobre mí.

Si supiera lo que le pasó a su padre, ¿me seguiría mirando de la misma manera? Definitivamente, no. Pero ella es mía, ¿no? Mi responsabilidad, por encima de todo.

Mi maldición.

Me apoyo discretamente en el marco de la puerta con los ojos aún clavados en ella. Solo unos segundos más, aunque no tenga derecho a ello. Aunque me pertenezca y no pueda tenerla.

Respiro hondo y, sin hacer ruido, vuelvo a cerrar la puerta. Bajo al despacho y entro en *el búnker*, fingiendo que ninguna parte de mí quería quedarse y admirarla mientras dormía, estar cerca de ella solo para verla respirar.

Enciendo las luces y pulso el botón principal de la central, y solo tardan unos segundos en encenderse las pantallas. Una a una, se encienden las luces de los monitores, revelando mapas, archivos, protocolos de seguridad y una notificación parpadeando en la esquina superior derecha de la pantalla principal.

Un mensaje cifrado con remitente Darya. Mierda. Ya sé lo que es, incluso antes de abrirlo.

Esperaba un descanso más largo después de la última misión. Lo del político ruso y los documentos filtrados en Varsovia fue el tipo de operación que consume tiempo y energía.

Pensé que, después de eso, me daría unos días, tal vez dos semanas de paz, no sé. Lo suficiente para mantener a Julie a salvo y resolver mis asuntos pendientes. Lo suficiente para entender qué es exactamente lo que está cambiando dentro de mí desde que la traje aquí.

Pero estamos hablando de la maldita Darya, y cuando envía algo cifrado, no se puede esperar.

Abro el mensaje y mis ojos recorren las líneas de código hasta que el contenido aparece traducido en la esquina de la pantalla. Lo leo una vez, luego otra y suelto un taco en voz baja.

Destino: Santiago, Chile.

Objetivo: Javier Velásquez, intermediario del tráfico de armas biológicas en la frontera sur.

Objetivo: Captura y extracción de datos.

Contacto local comprometido. La misión requiere un dúo especializado en infiltración y contrainteligencia.

Elección: Raven.

Salida en 72 horas.

Claro que es urgente y que implica demasiada mierda como para que lo haga alguien normal. Y es lógico que Darya sepa exactamente lo que está pidiendo. Esa hija de puta siempre lo sabe. Pero eso no impide que me maldiga a mí mismo y tense los músculos de la mandíbula mientras el cursor parpadea en la pantalla como si me retara a decir «no».

No quiero ir.

No ahora.

No con Julie durmiendo en la habitación de arriba y con su imagen aún fresca en mi mente, su rostro tranquilo y dulce, su respiración ligera, su cuerpo frágil bajo la manta como si estuviera en paz.

La traje aquí para protegerla, ¿y ahora voy a tener que dejarla?

No es la primera vez que el trabajo me aleja, sin embargo, es la primera vez que alguien me hace dudar.

Cojo el móvil y tecleo rápidamente.

Damian:

Maldita misión.

Darya:

Lo sé. ¿Lo confirmas?

Damian:

Sí. Misión recibida. Pero quiero que todos estén atentos a Charlottesville y a mi cabaña mientras estoy fuera.

Darya responde en cuestión de segundos.

Darya:

Ya está, Grey. No te preocupes por tu chica.

¿Mi chica?

Leo la frase de nuevo y lentamente, y siento como si las palabras saltaran de la pantalla a color y me golpearan en la cara. No escribo nada más.

¿Mi chica?

Cierro la pantalla y me quedo inmóvil, mirando el reflejo distorsionado de mi rostro en el monitor apagado. La luz del *búnker* proyecta mi silueta en la superficie oscura, y es extraño, porque ya ni siquiera me reconozco.

Mi chica.

El ejecutor, eso es lo que soy. El hombre que cruza fronteras, elimina objetivos y desaparece sin dejar rastro. El tipo que no tiene raíces, que no se apega y que no tiene a nadie.

O, al menos, no tenía.

Ahora parece que tengo una chica de diecinueve años que duerme en la habitación de arriba, una chica que no debería significar nada. *Que no puede significar nada.* Pero que está

demasiado clavada en algún punto entre lo que queda del hombre y lo que queda del monstruo.

¿Era así como se sentía Luca cada vez que tenía que marcharse, cada vez que elegía qué proteger y qué dejar sangrar?

Tener algo que perder nos hace vulnerables. Y la vulnerabilidad, en mi mundo, es una invitación abierta a la muerte. Es una mierda, y ahora es demasiado tarde.

Julie es mi chica.



GREY

CAPÍTULO 15

El sol apenas comienza a rasgar el cielo cuando oigo el sonido de neumáticos subiendo por el estrecho camino de tierra. Un zumbido lejano, pero inconfundible. Ya sé quién es, incluso antes de confirmarlo en las cámaras.

Raven.

Siempre impaciente y actuando como si el mundo tuviera que girar a su ritmo. Me acerco a la puerta principal y la abro antes de que tenga la oportunidad de golpear la madera como una niña mimada.

Baja del SUV negro con una maleta colgada al hombro y otra que arrastra por la correa. Lleva gafas de sol que le cubren la mitad de la cara, el pelo recogido en un moño desordenado en la parte superior de la cabeza y esa maldita arrogancia pegada al rostro, como si tuviera derecho a invadir mi territorio cuando le da la gana.

— No puedes quedarte aquí.

Se detiene a medio paso de la entrada, arqueando una ceja bien definida hacia mí, y una sonrisa cínica y provocadora comienza a formarse en sus labios.

—¿Por qué no? —replica, seca y desafiante—. Siempre me quedo aquí cuando tenemos trabajo juntos, Grey.

Y tiene razón. Raven y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, lo suficiente como para habernos hecho amigos y haber

aprendido a convivir con los defectos del otro. Cuando tenemos una misión juntos, ella viene a la cabaña y pasamos unos días difíciles y desafiantes, porque ella es imposible en todos los sentidos.

Ella intenta entrar a la fuerza y yo sostengo la puerta, la tensión entre nosotros se acumula como electricidad. Raven aprieta los ojos, como si finalmente empezara a darse cuenta de que hay algo malo en mí.

Y sé que tenemos menos de tres minutos antes de que empiece a enfadarse y se abalance sobre mí, causándome algún daño en la cara.

—¿Qué te pasa? —pregunta, con un toque de irritación.

Me muerdo la lengua para no soltar la primera excusa estúpida que se me ocurre. No puedo decírselo. No aquí y así.

— Será mejor que te quedes en un hotel en la ciudad —le digo, con la mandíbula apretada—. Esta vez.

Ella suelta una risa seca, se quita las gafas de sol y las tira sobre la maleta con indiferencia.

—No seas ridículo, Grey. —Su voz es cortante y burlona—. Sabes lo peligroso que es eso. Si me ven entrando en un hotel ahora, levantará sospechas. Puede echarlo todo a perder.

Una vez más, sé que tiene razón. Cada célula de mi cuerpo lo sabe. Sin embargo, eso no disminuye la ira que siento ardiendo bajo mi piel. Mierda, estoy jodido.

Antes de que pueda pensar con claridad, ella atraviesa la puerta como un huracán. Con los dientes apretados, agarro sus maletas y las arrastro hacia dentro, lanzándolas contra la pared del salón con fuerza, haciendo que el sonido resuene y acabe con la tranquilidad del lugar.

Para mi disgusto, oigo pasos ligeros en las escaleras y, al girarme por puro instinto, veo a Julie.

Baja lentamente y somnolienta, con una camiseta holgada que le cae sobre el hombro y unos pantalones cortos que dejan al

descubierto unas piernas que mi frágil control no puede soportar. Su cabello rubio está revuelto y parece demasiado vulnerable.

Pequeña y hermosa.

Sus ojos se encuentran con los míos, luego se deslizan hacia Raven, y es inmediato, su delicado rostro se cierra en una expresión ceñuda y un poco confusa, diría incluso que disgustada.

Raven también ve a Julie y suelta, sin filtro, el primer pensamiento que le pasa por la cabeza:

— Joder.

El aire de la habitación se vuelve denso y Raven me lanza una mirada asesina, mezclada con incredulidad, como si hubiera perdido completamente la cabeza. Julie permanece parada en el último escalón de la escalera, con la mirada dividida entre nosotros dos, tratando de entender qué mierda está pasando.

Raven, o mejor dicho, *Sienna*, sigue en medio de la sala con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, y parece dispuesta a actuar si es necesario. Su mirada atenta está clavada en Julie, evaluando la situación mientras mantiene la postura, fría y perfectamente controlada, como siempre le han enseñado.

Julie, a diferencia de ella, respira hondo. Veo cómo se estira la camiseta a la altura de la cintura, los dedos cerrándose sobre la tela en un nervioso apretón. Aun así, da un paso adelante.

Una extraña sensación me oprime el pecho de una forma que detesto.

Ella duda solo un segundo antes de extender la mano, con la barbilla levantada con una indignación absurda, incluso vistiendo una camiseta holgada y pareciendo recién despertada.

— Julietta Venti — se presenta con voz firme, pero sus ojos delatan todo su malestar.

Julietta. No Julie.

Elige su nombre completo como si fuera una armadura, levantando un muro invisible entre ella y Sienna. Como si,

instintivamente, supiera que necesita protegerse, aunque sin entender exactamente de qué.

Sienna tarda un instante más de lo necesario en responder, y ese segundo de vacilación me dice más que cualquier palabra. Aun así, extiende la mano y toma la de Julie con la misma seguridad metódica con la que haría cualquier movimiento calculado.

—Sienna Markov —responde, con un acento ruso más evidente de lo normal, cargado de arrogancia, encanto y una amenaza velada.

—Sienna es una amiga —digo, atrayendo la atención de ambas hacia mí, y me siento como si estuviera entre la espada y la pared. Maldita sea, prefiero lidiar con cien malditos hombres en un campo de batalla que con ellas dos mirándome así. —Se quedará... unos días.

Julie esboza una sonrisa forzada y asiente, dirigiendo su atención hacia mí. Es evidente que está confundida y molesta. Y también enfadada, por la forma en que aprieta los labios y contrae los músculos de la mandíbula.

—Entendido —comenta, lanzándome una mirada amarga, y me doy cuenta de que cree que Sienna es mi mujer.

Maldición.

Lo peor es ver cómo le duele. Aunque intente ocultarlo, aunque sea tan orgullosa y esté tan decidida a no mostrar debilidad, yo lo veo. Y verlo me irrita de una forma sorda, instintiva, que casi me hace actuar sin pensar.

Sienna sigue sosteniendo la mano de Julie y, durante un momento que dura demasiado, parece estudiarla. No como a un enemigo, ni como una amenaza, sino como un nuevo elemento en el juego, algo que aún está decidiendo si aceptar o destruir.

Y no me gusta la tensión en el cuerpo de Julie ni la curiosidad depredadora en los ojos de Sienna. No me gusta la maldita sensación de que, de alguna manera, le fallé incluso antes de darme cuenta de que tenía que protegerla.

La mirada de Sienna recorre el rostro de la chica como si estuviera buscando algo. Un rasgo, un reflejo o algo que tal vez ni siquiera Julie sabe que tiene. Noto la sutil tensión en la forma en que sus dedos se aprietan ligeramente antes de abrir la boca.

—Tienes los ojos de... —comienza, pero su voz se quiebra por un segundo. Es rápido, casi imperceptible. Pero para mí es tan claro como un disparo en medio de la noche.

Iba a decir otro nombre. El nombre en clave de Luca.

Julie, sin darse cuenta de lo que casi revela, frunce el ceño y retira la mano. El gesto es pequeño y lleno de desconfianza.

— ¿De quién?

Sienna parpadea, recuperando el control de su hermoso y entrenado rostro con una rapidez impresionante. Su fría sonrisa vuelve, pero esta vez parece forzada e incómoda bajo la superficie impecable.

—De Luca. Tu padre.

Las palabras explotan en la sala y veo a Julie congelarse, el impacto atravesándola como una descarga eléctrica. La forma en que respira profundamente, tratando de mantener la compostura, y la manera en que su mano se cierra en un puño junto al cuerpo delatan su nerviosismo.

Julie no sabía que Sienna conocía a su padre. Y aún no sabe que él también formaba parte del mundo que ahora la rodea.

Sienna, como siempre, actúa como si hubiera cumplido con su parte y el resto ya no fuera problema suyo. Se vuelve hacia mí con la maleta firme en la mano, sus ojos me atraviesan como si yo fuera solo una variable más en el ambiente.

«Me instalaré en una de las habitaciones», dice, sin dar lugar a ninguna objeción.

Sube las escaleras sin mirar atrás, dejando tras de sí un rastro de tensión tan fuerte que parece llenar toda la casa.

Me quedo parado, con el puño cerrado, listo para acercarme a Julie y explicarle, deshacer el maldito nudo que se ha formado. Pero, antes de que diga nada, ella es más rápida.

«Tengo que estudiar», dice en un tono demasiado bajo y tranquilo para alguien que está apretando los dientes con fuerza. «Pronto empiezo las prácticas en el hospital y tengo que prepararme».

Siento como si alguien me hubiera clavado un clavo en el pecho. Y sin que pueda discutir, sin tener la oportunidad de llamarla para que vuelva, se da la vuelta y sube las escaleras casi corriendo.

Oigo la puerta de la habitación cerrarse con un golpe seco que me hace cerrar los ojos por una fracción de segundo. Solo y mirando a la nada, con la otra maleta de Sienna tirada en la esquina de la habitación, siento la rabia bullir dentro de mí.

No contra ella, exactamente, sino contra la puta situación. Contra la mierda en la que se ha convertido mi vida. Por la forma en que Julie ha hablado y actuado, como si estuviera decidida a marcharse pronto.

¿Y lo peor de todo? Ni siquiera he empezado a resolver las mierdas de mi propia vida.



CAPÍTULO 16

Cierro la puerta detrás de mí con más fuerza de la necesaria y miro alrededor de la habitación, que parece más pequeña que antes. O tal vez sea solo mi cabeza confusa tratando de encontrar espacio donde no lo hay.

Intento sacar la imagen de Sienna y Damian de mi cabeza, pero no puedo.

Obligo a mis piernas a moverse hasta el escritorio, agarro el primer libro que encuentro en la pila y vuelvo a la cama, como si enterrarme en los estudios fuera suficiente para sofocar lo que me corroe por dentro.

Me tiro sin cuidado, el colchón se hunde por mi peso, y abro el libro de anatomía humana por la mitad, sin siquiera mirar la página correcta.

Sienna.

Su nombre resuena en mi mente como una herida que no deja de sangrar. Alta, elegante y perfecta. Una mujer que parece salida de un anuncio de una revista cara. Tan hermosa y seductora, una belleza capaz de destruir a un hombre sin el más mínimo esfuerzo.

Y ella combina con Damian de una manera que me duele solo con mirarlos.

Hablan el mismo idioma, respiran el mismo aire. Mientras que yo soy solo eso, una chica perdida en un mundo que no fue hecho para ella. Rara y torpe de pies a cabeza, sin el más mínimo encanto natural. El tipo de persona a la que los demás miran dos veces, no por su belleza, sino por su rareza.

Cada vez que pienso en ellos juntos, algo dentro de mí se aprieta. Un nudo caliente y amargo que crece en mi garganta. No es ira ni envidia, y mucho menos celos. No puede ser. Nunca he sentido celos de nadie antes, ¿por qué los sentiría de él?

Pero sé que es algo. Algo feo, pesado e incontrolable.

Acerco el libro, forzando mis ojos a enfocar las palabras, tratando de memorizar el sistema circulatorio como si mi vida dependiera de ello. Y, durante unas horas, lo consigo.

Me sumerjo en los estudios como quien intenta salvarse de un incendio, cada diagrama, cada descripción médica me aleja de los pensamientos que no deberían estar aquí. Me obligo a memorizar, analizar, resolver, a no pensar en los dos que están abajo.

Pero es inútil.

La quietud de la casa solo hace que mi mente trabaje más en lo que no debería. ¿Qué están haciendo? ¿Hablando de mí? O peor aún, ¿estarán teniendo sexo? Ah, mierda. Están teniendo sexo.

Cierro el libro con fuerza, lo que produce un fuerte golpe en la habitación sofocante. Maldita sea, eso es, ellos se pertenecen el uno al otro, y yo soy la *ahijada* de Damian, nada más que eso. Nunca funcionaríamos juntos.

Mierda, ¿por qué me duele?

Me levanto de la cama y me siento en la silla frente al escritorio, tratando de obligarme a volver a uno de los libros de la pila. Abro uno de ellos y las letras bailan delante de mí, mezcladas, sin sentido.

El silencio de la casa se cuela por las rendijas de mi puerta y es demasiado evidente como para ignorarlo. Los latidos de mi

corazón vibran con fuerza dentro de mi cabeza, impidiéndome concentrarme en los estudios.

Cierro el libro lentamente y me levanto sin pensarlo mucho, con los pies descalzos tocando el frío suelo de madera. No hago ruido, ni quiero hacerlo. No sé si estoy tratando de esconderme o de protegerme de la respuesta que ya sé que voy a encontrar.

Abro la puerta con cuidado y asomo la cabeza, espiando el pasillo. Espero oír algo, una risa ahogada o un murmullo, el sonido de pasos, cualquier cosa, pero no oigo nada.

Todo lo que oigo es el sonido de mi propia respiración.

Salgo de puntillas y bajo las escaleras, despacio y con cuidado, para no hacer ruido. Muy callada, le pido a Dios que no encuentre a los dos desnudos, follando en el salón o en la cocina.

Al llegar abajo, no encuentro a nadie. Todo está vacío.

Doy una vuelta completa por la casa y busco en todas las habitaciones, pero no los encuentro. Me detengo ante la puerta del despacho, el único lugar que aún puede ofrecer una respuesta. El lugar que, hasta ahora, era territorio suyo. Sostengo el pomo por un momento, con la mente suplicándome que no lo abra, pero aun así lo abro.

El vacío me golpea como un puñetazo en plena cara.

El despacho está en silencio, el monitor del ordenador apagado, la silla de cuero empujada hacia atrás sin cuidado. Ni rastro de Damian o Sienna. De nadie.

Se han ido.

Juntos.

Mis pulmones se comprimen y me falta el aire. Siento un dolor en el pecho como nunca antes lo había sentido, un dolor lento y profundo, como si me estuvieran arrancando algo de dentro con unas pinzas.

Contraigo los músculos de la mandíbula, obligando al cuerpo a moverse. Subo las escaleras sin sentir los pies, como si estuviera

flotando. Entro en la habitación y cierro la puerta con más fuerza de la que me gustaría, el ruido seco vibrando en mi brazo.

Me arrastro hasta el escritorio, cojo el libro, lo abro por cualquier página. No importa cuál, solo necesito algo a lo que aferrarme.

Cojo el bolígrafo con la mano temblorosa y miro las líneas impresas, tratando de obligar a mi cerebro a memorizar información que, en este momento, no tiene ninguna importancia.

Ni siquiera sé exactamente por qué siento que me rompe el corazón, pero aun así me obligo a ocupar mi mente y no pensar en los dos juntos.



GREY

CAPÍTULO 17

En cuanto Sienna entra en *el búnker*, ya noto el cambio en el ambiente.

Camina hacia el centro de mando como una bala trazada y sus ojos agudos recorren los monitores. No necesita más que unos segundos para ver lo que no debería verse.

Entonces se detiene, con el cuerpo tenso y la mirada clavada en la pantalla que muestra la habitación de Julie. Su ira es casi tangible cuando gira sobre sus talones y se dirige directamente hacia mí con una expresión dura y retorcida.

— ¿Te has vuelto loco? —dice incrédula—. ¿Por qué hay cámaras en la habitación de la niña?

Tenso los músculos de la cara, sintiendo cómo la tensión me sube por la espalda. Contengo el impulso de responder con brutalidad y cruzo los brazos, con la voz baja y áspera al decir:

— Protección.

Sienna niega con la cabeza, inquieta, con la mirada fija en mí como si quisiera desnudarme hasta el alma. Camina de un lado a otro, con el cuerpo irradiando impaciencia y el temperamento difícil al borde de la explosión.

— Pensé que ibas a cuidar de la hija de *Falcon* a distancia, no bajo tu techo.

Su nombre me golpea como un disparo. Falcon, el nombre en clave que Luca llevaba, el nombre que para nosotros significaba más que solo misiones y sangre derramada. Significaba lealtad, promesa y hermandad.

Y ahora, es mi deuda.

—Tenía que traerla aquí—digo, con las palabras rasgándome la garganta.

Sienna se vuelve de nuevo, rápida, afilada como una cuchilla.

—¿Por qué? —insiste, sin darme espacio para escapar—. ¡Traerla tan cerca es demasiado peligroso, demasiado arriesgado, Grey! Lo sabes.

Siento la ira palpitando bajo mi piel. El calor, la desesperación contenida y la culpa comienzan a corroerme y me dan ganas de desahogarme golpeando alguna pared hasta que deje de sentir los dedos de mis manos.

— ¡Lo sé, joder! —grito, y el sonido seco corta el espacio entre nosotros.

— Entonces, ¿por qué lo hiciste, joder? —me responde ella.

Ya no puedo ocultarlo. No sirve de nada mentirle.

Ni a mí mismo.

—Shade —confieso, la palabra escapándose como un fragmento.

El nombre llena el *búnker* con una nueva tensión. Sienna se queda paralizada, la conmoción, el reconocimiento, todo pasa por su rostro en una fracción de segundo, antes de sentarse pesadamente en una de las sillas de la central.

Apoya los codos en las rodillas, baja la cabeza por un instante, respira hondo, tratando de reunir las piezas rotas que tiré al suelo.

— Ay, qué mierda —murmura, cerrando los ojos durante unos segundos—. Qué gran mierda. —Me quedo callado y, lentamente, ella levanta las pestañas hacia mí—. ¿Cuándo ibas a contármelo?

— Lo resolveré yo solo —respondo con brusquedad, como si eso bastara para dar por terminada nuestra conversación.

Sienna suelta una risa sin humor y amarga.

—Ah, claro. Eres imbatible, Grey.

La provocación me afecta de inmediato, pero no es ella lo que me irrita. Es la verdad que late en mis venas, quemándome como ácido. Toda esta mierda se me ha ido de las manos.

—Es mi mierda —gruño—. Falcon era mi mejor amigo, y si su hija está en peligro por mi culpa, yo lo resolveré.

Sienna se levanta y camina hacia mí, deteniéndose a un paso de distancia. Su rostro es hermoso, incluso endurecido por la ira y con ganas de matarme lentamente.

— También era mi amigo, Grey. Y yo lo quería.

—Lo sé.

—Quiero ayudar —dice con firmeza, como si desafiara cualquier orden que yo pudiera intentar darle.

Asiento lentamente, tratando de comprender su punto de vista, pero el movimiento de la cabeza me resulta demasiado pesado y, por un instante, siento como si llevara el peso del mundo sobre mis espaldas.

— Pero yo soy su padrino.

Sienna se aleja de mí y gira sobre sus talones, con el rostro cerrado en una expresión sombría mientras camina hacia los monitores y, con un movimiento brusco y certero, apaga todas las pantallas.

Luego se vuelve hacia mí, lanzándome una mirada firme y dura, sin dejarme espacio para dar una excusa por lo siguiente que dice:

— Entonces deja de mirarla así.

El impacto de las palabras me golpea incluso antes de que las entienda.

Doy un paso adelante, con todo el cuerpo rígido; la ira, el instinto, todo hierve en mi interior. Creo que falta poco para que empecemos a atacarnos y se desate una pelea.

Ella sabe que no dudaré en lanzarme sobre ella, porque Sienna es lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a mí. Al fin y al cabo, fui yo quien la entrenó. Pero el alumno no puede superar a su maestro.

—¿De qué manera? —pregunto entre dientes, con un tono bajo y amenazante.

Sienna no retrocede ni vacila al acercar sus ojos a los míos.

— Como si fuera tu mujer.

La afirmación cae como una lluvia de granadas en *el búnker*, pesada e irreversible. Y, por un maldito segundo, no puedo negarlo. Porque ella lo vio. Y, en el fondo, yo también lo sé. Pero no permito que lo que dijo eche raíces.

Doy un paso adelante, con el cuerpo tenso al límite, la rabia hirviendo dentro de mí.

— No te metas en esto, Sienna —susurro de forma letal, dejando claro que ella no tiene nada que ver con esto.

Sus ojos se estrechan, endureciéndose, pero no por miedo. Ella nunca me ha tenido miedo, solo esa maldita terquedad que siempre la ha puesto en las peores situaciones y, de alguna manera, siempre la ha sacado viva de ellas.

Doy un paso más, invadiendo su espacio y dejando muy claro que no se lo estoy pidiendo.

— Y no olvides quién te ha convertido en lo que eres hoy.

Ella traga saliva, no en un gesto dramático ni retrocediendo de forma obvia, pero lo suficiente como para contener las respuestas que quiere lanzarme. Y eso, de alguna forma enfermiza, solo aumenta el jodido respeto que le tengo.

Me dirijo al panel de la pared, saco el archivo de la misión y enciendo uno de los monitores para proyectarlo en la pantalla

principal, haciendo que el clic resuene en la sala como un disparo. Rápidamente, cambio de tema, interrumpiendo el momento a mitad.

— Concéntrate en lo que importa.

Señalo el mapa que aparece, el trazado de las calles de Santiago iluminando el fondo de la sala.

— Santoro. Intermediario de armas biológicas en la frontera. Información cruzada indica movimientos sospechosos en las próximas horas. Infiltración, extracción de datos, neutralización si es necesario —digo todo de una vez, directo y seco.

Sienna respira hondo, recogiendo lo que le queda de orgullo, y se acerca a la pantalla. Su cuerpo sigue tenso, pero ahora está concentrada y profesional, tal y como la han entrenado para ser.

Sigo explicando, ignorando el peso que late en lo profundo de mi pecho, resultado de todo lo que ella ha dicho. Y lo que, en el fondo, sé que es verdad.

Soy un cabrón por mirar a Julie de esa manera.



CAPÍTULO 18

El olor de la comida que se extiende por la cocina es cálido y acogedor, de una manera que parece no encajar con el clima pesado que flota entre nosotros.

Estoy parada cerca del fregadero, doblando servilletas y alineando platos en la encimera, mientras Damian termina de remover algo en las ollas. No habla mucho, solo da instrucciones secas y monosilábicas, parece que le cuesta mucho esfuerzo hablar conmigo.

Y lo que más me molesta es que no me mira. Ni una sola vez. Como si mi presencia le resultara incómoda o mirarme fuera a abrir una puerta que está tratando desesperadamente de mantener cerrada.

Mientras preparo la mesa, mil pensamientos se disparan en mi cabeza. ¿He hecho algo mal? ¿Está enfadado porque me he encerrado en mi habitación todo el día? ¿O es por ella?

La imagen de Sienna, hermosa, elegante y perfecta, atraviesa mi mente como una hoja fina y afilada, lo suficiente como para hacerme daño.

Termino de colocar los cubiertos, coloco los platos con más precisión de la necesaria, y parece que ese esfuerzo meticuloso me protegerá de lo que estoy sintiendo. Y es en ese preciso momento cuando oigo pasos en la escalera.

Sienna aparece en el umbral de la puerta con una sonrisa perezosa en el rostro y, para mi incomodidad, vistiendo una blusa gris demasiado grande para su esbelto cuerpo.

No necesito una bola de cristal para saber que es una prenda de Damian y que debe oler a él. Y aunque intento ser racional, siento cómo se me revuelve el estómago.

— La cogí del armario de la habitación de invitados —le informa a Damian con naturalidad, echándose hacia atrás un mechón de su oscuro cabello—. Se me olvidó meter pijamas en la maleta.

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza, esbozando una débil sonrisa, tratando de disimular la incomodidad que me invade por dentro. Quizás no lo haya hecho con mala intención o quizás sea realmente solo una cuestión práctica.

Aun así, no me gusta. Y siento, incluso antes de mirar, que Damian se da cuenta. Maldita sea, este hombre se da cuenta de todo.

— La próxima vez, presta más atención, no me gusta que usen mi ropa —se queja él, y ella frunce la nariz en una mueca y pone los ojos en blanco.

Damian termina de servir la comida, y también noto la tensión acumulada en sus anchos hombros. Sienna se acomoda a la mesa y parece que ya pertenece al lugar. En silencio, yo también me siento, apretando el tenedor con más fuerza de la necesaria.

El olor de la comida es realmente bueno, llenando el aire pesado con algo más ligero. Pero, antes de que pueda concentrarme de verdad en el plato, Sienna dice, con una sonrisa pícara en el rostro:

— Mmm, qué bien huele. Parece que has mejorado en la cocina.

Damian no duda ni un segundo.

— Cállate y come —gruñe sin levantar la cabeza.

Sienna se ríe, poniendo los ojos en blanco otra vez, como si estuviera acostumbrada a ese tipo de respuestas. Se vuelve hacia mí, todavía sonriendo.

—Siempre está de mal humor. Con el tiempo, te acostumbras.

Esbozo otra sonrisa, pequeña y educada, y solo asiento con la cabeza, metiéndome la comida en la boca para evitar tener que responder nada. Mastico en silencio, sintiendo las miradas posadas sobre mí, cada una con un significado diferente.

Y mientras observo la interacción fácil y natural entre los dos, una parte muy pequeña, pero muy cruel, de mí se pregunta qué estoy haciendo aquí.



Después de cenar, vuelvo a la habitación y Damian no intenta detenerme.

Cierro la puerta detrás de mí y apoyo la frente contra la madera, respirando profundamente antes de alejarme. La habitación está tal y como la dejé, la tenue luz de la lámpara proyecta suaves sombras en las paredes, pero no es suficiente para alejar el vacío que se instala en mi pecho.

Cojo el libro del escritorio, forzando mis ojos a leer las palabras impresas, intentando concentrarme en el estudio como hice antes. Pero esta vez es diferente. Mi mente se niega a hacer lo que yo quiero, las letras se mezclan y las frases pierden su sentido incluso antes de ser procesadas.

Suspiro y tiro el libro a un lado. Me arrastro hasta la cama, me acuesto boca arriba y miro al techo oscuro, esperando quedarme dormida, pero no lo consigo.

Quizás sea mejor volver a casa. Quizás venir con Damian haya sido una mala idea desde el principio.

Empiezo a pensar en las posibilidades, enumerándolas como una ecuación lógica. Si hay una amenaza real, iré a la policía. Si aparece un nuevo *«idiota»*, me daré cuenta. No soy tan ingenua ni tan fácil de manipular.

No necesito que Damian me proteja, puedo hacerlo sola. Estuve bien después de que papá muriera. No le necesité a él ni a mamá. No necesité a nadie. Sé que puedo hacerlo sola.

Es lo que me repito a mí misma, aunque cada latido de mi corazón intente convencerme de lo contrario.

Giro la cara hacia un lado y mi mirada se posa en la cómoda. Un impulso irracional me hace levantarme y caminar hasta allí. Abro con cuidado el cajón de arriba y dentro está la moneda que me dio mi padre, lo último que me queda de él, además de la nostalgia.

Cojo la moneda y siento el frío del metal contra la palma de mi mano. La luz de la lámpara se refleja en los bordes desgastados, lanzando pequeños destellos plateados por la habitación oscura. Me siento en el borde de la cama, con el objeto firme entre los dedos, y, por un momento, solo lo miro.

«¿Qué hago, papá?», susurro, más para mí misma que para cualquier otra cosa. «¿Me quedo o me voy?».

La pregunta flota en la habitación vacía, sin respuesta, sin eco, desapareciendo en el mismo silencio que me consume por dentro. Ninguna visión, ninguna señal. Solo yo, la moneda y el nudo en el pecho.

Si mi corazón no sabe qué hacer, dejaré que la suerte decida.

— Cara, cabaña, corona, casa.

Apoyo la moneda en la punta de los dedos, cierro los ojos por un segundo y la lanzo al aire. El metal gira en el aire, captando destellos de luz antes de golpear el colchón y rodar hasta detenerse, rebotando una última vez antes de quedarse inmóvil.

Abro los ojos lentamente y la miro.

Cara.

Mi pecho se oprime de una manera que no estaba preparada para sentir. Aunque fingí no tener expectativas, aunque me dije a mí misma que no importaba, la verdad es que sí importa.

Porque una parte de mí quería quedarse, no quería rendirse tan fácilmente. Sin embargo, ahora ya no tengo excusas.

Me voy.

Y, por alguna razón, siento que dejar esta casa va a doler mucho más de lo que debería.



Es casi la una y media de la madrugada cuando me levanto de la cama con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, vibrando dentro de mis oídos con tanta fuerza que casi me deja sorda.

La casa está completamente en silencio, así que tengo que hacer un esfuerzo absurdo para no hacer mucho ruido. Me pongo unos vaqueros, una sudadera y unas zapatillas y me recojo el pelo en una torpe coleta. Cojo la pequeña mochila que dejé preparada con lo esencial y me guardo la moneda de mi padre en el bolsillo delantero, donde puedo sentir su peso contra mi cuerpo.

Bajo las escaleras muy despacio, de puntillas. La luz de la luna se cuela por las ventanas, dibujando sombras extrañas y curiosamente bonitas en las paredes. No miro atrás, porque no quiero pensar demasiado en lo que estoy haciendo. Tampoco quiero dudar.

La puerta principal cede con un ligero chasquido cuando giro el pomo, y la fría brisa de la madrugada me golpea como una bofetada. Respiro hondo y salgo. El aire de las montañas es cortante y húmedo, y aún lleva el olor de la lluvia que ha caído en los últimos días. Miro hacia abajo y veo que el suelo está empapado, los senderos ocultos bajo el barro y las ramas rotas, pero ni siquiera eso me impide continuar.

Enciendo la linterna de mi móvil y empiezo a bajar por el sendero principal, el mismo por el que vi subir el coche de Sienna esta mañana. Mis pies se hunden en la tierra húmeda, cada paso tira de mi cuerpo hacia abajo como si el mundo entero quisiera retenerme aquí.

No creo en las historias sobre estas montañas, y mucho menos en leyendas urbanas, monstruos o espíritus antiguos. Lo peor que hay en este mundo son las personas, y a esas ya las conozco bien. Aun así, tengo la sensación de que me observan.

Este bosque parece vivo.

El viento silba al pasar entre los árboles, arrastrando ramas y hojas de un lado a otro. Incluso con la linterna, mis ojos intentan adaptarse a la oscuridad, pero todo parece más grande y confuso, más traicionero que a la luz del día.

Es horrible tener visión monocular.

Me obligo a seguir adelante, esquivando las ramas bajas, los troncos caídos y las piedras sueltas, quejándome de la poca luz del móvil, pero decidida a seguir adelante y llegar a casa de alguna manera.

De repente, el suelo cede bajo mis pies, en un barranco camuflado por el barro. Resbalo antes incluso de poder gritar, la

gravedad tirando de mi cuerpo hacia abajo con fuerza. Intento agarrarme a algo, a cualquier cosa, pero mis manos solo encuentran tierra húmeda y piedras sueltas.

Caigo con todo mi peso.

Ruedo unos metros cuesta abajo antes de golpear el suelo con un estruendo. Siento un dolor agudo en el tobillo derecho en el momento en que intento moverme. Es punzante y sube por la pierna, clavándose en la cadera.

Suelto un gemido ronco, mordiéndome el interior de la mejilla para no gritar de verdad.

Mierda.

Intento levantarme, apoyando el peso en el otro pie, pero el dolor es tan fuerte que casi me derriba de nuevo. El tobillo me late tan fuerte que me deja mareada y sin aliento.

Maldición, me torcí el pie.

Miro a los lados y veo la mochila tirada unos metros atrás, entreabierta, parte del contenido esparcido por el barro y mi celular aún más lejos, con la linterna hacia arriba, dándome un poco de luz.

¿Cómo voy a salir de aquí? Qué mierda.

Cierro los ojos, respiro hondo, tratando de reunir fuerzas que no tengo.

Empiezo a preguntarme si fue una buena idea huir en mitad de la noche, porque ahora estoy sola, herida y perdida en un bosque de las malditas montañas Apalaches.



GREY

CAPÍTULO 19

Estoy en *el búnker* con Sienna desde que terminó la cena.

Trabajar codo con codo con ella siempre ha sido fácil, dos armas apuntando en la misma dirección, dos cerebros calibrados. Y después de lo que me ha echado en cara hoy, más temprano, mantenerme alejada de Julie parece ser la única manera de evitar otro enfrentamiento.

Para evitar más problemas, apagué las cámaras de su habitación y me obligué a olvidar que lo había hecho. Al menos por ahora.

Ahora estamos centrados en los mapas, las rutas de infiltración y los códigos de seguridad.

—La extracción es en un edificio abandonado en la zona norte —informa Sienna, señalando una marca en el mapa digital—. Si Santoro sospecha algo antes de tiempo, desaparecerá del radar. Quizás al lado chileno de la frontera, quizás más allá.

—No vamos dejar que se escape —respondo seco y ajusto la imagen aérea de la zona—. Tú te infiltras por el ala oeste, yo cierro el perímetro exterior. Si todo sale mal, plan B. Evacuación por ruta subterránea.

Ella asiente sin dudar, con el rostro serio.

— ¿Confías en el contacto local? —pregunta en voz baja, sin levantar la vista de la pantalla.

— Confío en el dinero que le pagamos. — Aparto el archivo hacia un lado, mostrando otro plano de la zona de escape. — Pero, si es necesario, quemaremos las naves y limpiaremos el terreno. Nadie vivirá para contarlo.

Es directo y sin dramas, tal y como siempre hemos operado.

Por primera vez en horas, casi consigo olvidar la jodida incomodidad que siento en el pecho y fingir que nada ha cambiado. Hasta que el teléfono vibra en el bolsillo de mis pantalones.

Contesto antes incluso del segundo tono.

— Grey —digo.

Al otro lado, el sonido de una respiración acelerada y luego la voz de Daniels, uno de los hombres de seguridad externa, atraviesa mis oídos.

— Hay movimiento en el borde norte de la cabaña —informa rápidamente—. Acabo de ver algo pequeño y rápido. No parece un animal.

Frunzo el ceño, la tensión aumenta en un segundo.

— ¿Estás seguro? —pregunto, girándome hacia los monitores —. Aquí hay muchos ciervos y zorros. Sabéis que no debéis llamarme por eso.

— Lo sé, señor —responde Daniels con firmeza—. Pero no era un animal. Parecía... humano.

Mi estómago se revuelve antes de que mi cerebro pueda racionalizarlo. Dejo el teléfono sobre la mesa y cruzo el *búnker* en unos pocos pasos, con los dedos volando sobre el teclado para comprobar las cámaras externas. Las imágenes se cargan lentamente y cada segundo es como si un martillo me golpeara la cabeza.

Veo la *repetición* de la grabación, la cuenta atrás en la esquina de la pantalla, el movimiento captado por la cámara lateral. Una pequeña silueta, con el pelo recogido en una coleta y una

mochila a la espalda, bajando por el sendero y desapareciendo en medio de la noche.

Julie.

La sangre se me hiela en las venas, antes de hervir.

Se fue hace ocho minutos.

Un rugido sube por mi pecho y, en un movimiento brusco, lanzo un puñetazo a la mesa, cuyo impacto resuena en el pequeño espacio cerrado, haciendo vibrar la estructura metálica.

Sienna se gira, alarmada, pero yo ya estoy en movimiento.

— ¿Qué ha pasado, Grey?

— Julie se ha escapado.

— Oh, mierda.

— Voy a buscarla —aviso, cruzando rápidamente la habitación para coger la chaqueta que cuelga de la silla y la pistola que nunca debería haberme quitado de la cintura.

Mi mente entra inmediatamente en modo combate, cada minuto que ella está ahí fuera, sola y en la oscuridad, es un minuto menos para que yo la traiga de vuelta sana y salva.

Empujo la puerta del *búnker* con violencia, subo las escaleras de tres en tres, atravesando la casa como un huracán. La noche me envuelve al salir y el aire frío de la madrugada me desgarra los pulmones al cruzar el porche de la cabaña. La oscuridad de las montañas es casi total, la humedad de la lluvia aún lo impregna todo.

Daniels aparece por el lateral de la casa, anticipando mi reacción, y me tiende una linterna sin decir una palabra. Cojo el objeto y lo enciendo, un haz de luz atraviesa la oscuridad, revelando el camino embarrado que tengo delante.

—Detrás de mí —gruño, sin mirarlo.

Él asiente y me sigue, manteniendo una distancia respetuosa, sabiendo que es mejor que intentar detenerme ahora.

Mis ojos recorren el sendero, analizando las huellas, cada arañazo en las ramas bajas y cada trozo de barro removido. El instinto habla más alto que cualquier lógica, y sigo su rastro como un cazador buscando sangre en la maleza.

Julie no está entrenada para caminar por este terreno de mierda. Por eso, es fácil identificar las huellas más superficiales, pasos cortos y vacilantes, como los de alguien que intenta correr y pensar al mismo tiempo.

El sendero es irregular y resbaladizo. Las ramas rotas delatan su paso hace unos minutos. Y no tarda mucho en cambiar el patrón del sendero, el barro se acumula de forma extraña, como si algo o alguien hubiera resbalado por la ladera.

Sigo la dirección de las ramas rotas, la hierba aplastada y la tierra desplazada hasta encontrar el barranco. Me detengo al borde del mismo, iluminando con la linterna la pronunciada pendiente que desciende abruptamente hacia la oscuridad.

—¡Julie! —grito, y mi voz resuena entre los árboles.

Durante un segundo interminable, el silencio es mi única respuesta. Y entonces, débil, pero lo suficientemente clara como para arrancarme el aire de los pulmones, oigo su voz.

—¡Damian..., aquí!

El sonido proviene de algún punto más abajo, oculto por la espesa vegetación y el terreno inestable. Me giro rápidamente hacia Daniels y le miro con expresión dura y seria, antes de dar una orden.

— Ilumina el barranco y quédate aquí. Si necesito refuerzos, te llamaré.

Él asiente de nuevo, ya posicionando la linterna para cubrirme. Sin dudar, sin pensar en las consecuencias, empiezo a bajar. Las botas se hunden en el barro húmedo, las ramas me arañan la piel, pero no puedo preocuparme por eso.

Utilizo los árboles como apoyo, deslizándome parte del camino, controlando el peso de mi cuerpo para no caerme. Mis

pasos son calculados y mis movimientos firmes, puro instinto y entrenamiento.

Sin embargo, no es solo eso lo que me mueve ahora.

Es ella.

Es la maldita idea de que Julie esté herida, sola y vulnerable en medio de esta oscuridad de mierda. Y nada, absolutamente nada, me impedirá llegar hasta ella. Ni el barro, ni la gravedad, ni esta maldita selva.

La luz de la linterna oscila frente a mí, proyectando sombras grotescas en los árboles y las rocas, y cuando finalmente la veo, se me corta la respiración. Julie está acurrucada contra una roca, con una pierna doblada de forma extraña y el pelo pegado a la frente por la humedad. Su blusa está manchada de barro y tiene cortes superficiales en las manos, como si hubiera intentado agarrarse a cualquier cosa para no caer más profundamente.

Verla así, caída y herida, despierta en mí algo primitivo, bruto y violento. Corro el último tramo y me arrodillo a su lado, con la rodilla hundiéndose en la tierra húmeda.

—Julie.

Ella levanta la cara hacia mí, con los ojos brillantes y asustados. Respira rápido y temblorosa, parece estar dolorida.

— Creo que me he torcido el pie.

Paso la linterna a la otra mano y empiezo a examinar su cuerpo inmediatamente, deslizando con cuidado mis manos por sus brazos y costillas, buscando algo más allá de lo obvio. Veo el tobillo hinchado, rojo, que ya empieza a formar un hematoma.

— Es un esguince feo. No podrás caminar con eso.

Apoyo su pie con cuidado en mi rodilla y, a pesar de toda mi precaución, ella suelta un gemido de dolor. Sus dedos se aferran con fuerza a la tela de mi camisa y ese contacto, aunque sea un reflejo del dolor, me afecta de una manera que no sé cómo manejar.

Esforzándome por mantener el control, le quito la zapatilla para ver mejor.

— Ay... —gime de nuevo.

— ¿Puedes mover los dedos?

Julie lo intenta, mordiéndose el labio con fuerza, y puedo ver un pequeño movimiento. Pequeño y doloroso, pero aún así, un movimiento.

— ¿En qué pensabas cuando saliste de casa de madrugada, Julie?

Sigue con las pestañas bajadas, evitando mirarme. Su respiración sigue siendo irregular, su piel está fría y su blusa mojada por el rocío del sendero se le pega al pequeño cuerpo.

— Solo... necesitaba pensar —dice, pero está claro que miente.

—¿Pensar? —repito con cierta aspereza—. ¿En medio del bosque, de noche y sola?

—Pensé que querías estar a solas con tu novia— replica, frunciendo los labios e intentando sacar su pie torcido de mi mano con un movimiento débil y orgulloso—. No tenías por qué venir. Estoy bien.

Me irrita su terquedad y, más aún, que piense que Sienna es mi novia.

—No es mi novia —digo entre dientes—. Y no estás bien.

Le aprieto el pie con más fuerza, pero sin hacerle daño. Solo para recordarle que el tobillo todavía le duele y que, a pesar de su actitud de dura, está herida, vulnerable, y que yo soy un idiota.

— No hace falta que me mientas.

—Julie —la reprendo, preguntándome cuándo me convertí en un hombre que intenta explicar las cosas.

—Llevaba puesta una camiseta tuya.

— Nuestra relación es complicada, pero eso no tiene nada que ver.

— Solo quiero irme a casa, y vosotros dos podéis seguir viviendo vuestra complicada relación.

Respiro hondo, sintiendo que mis pulmones están a punto de explotar.

—Julie —le digo en voz baja, pero con la dureza suficiente como para que no se atreva a replicar—. Cállate dos minutos y deja de comportarte como una adolescente malcriada. —Me mira con el mentón levantado y los ojos brillantes de ira. No me responde y parece dolida. — Casi te caes por un barranco y podrías haberte roto la pierna. Podría haber sido peor.

Respira hondo y se nota que el orgullo todavía se le atraganta en la garganta. Y entonces, por fin, baja la mirada por un segundo, lo suficiente para romperme por dentro.

—Es tan guapa y parece conocerte mejor que nadie —admite, haciendo que mi corazón se estreche contra mi pecho—. Solo pensé que estaba de más.

Llevo mi mano libre a su cara manchada de barro, apartando algunos mechones de pelo rubio de su rostro y haciéndola parpadear lentamente. Incluso con la poca luz, es lo más bonito que he visto nunca, y eso me da miedo, algo que nunca había sentido antes.

Es extraño cómo puede hacerme querer matar por ella y, al mismo tiempo, ser mi maldita debilidad.

Luca, ¿qué me has hecho al darme a tu hija? ¿Sabías que rompería todas mis barreras? No nací para esto, y estaba bien sin sentir nada más que lealtad hacia Tenebris y mis hermanos.

— No hay nada entre nosotros dos. —Ella parpadea y asiente, tragando saliva, pero no articula ninguna palabra. —No vuelvas a huir, Julie —le digo en voz baja y rígida—. No tienes ni idea de lo que tu ausencia me hace sentir... y, por Dios, espero que nunca tengas que descubrirlo.

Me mira durante un segundo demasiado largo, con los ojos brillantes, aún llorosos, y es difícil de soportar, pero no dice nada, y eso es suficiente para desestabilizarlo todo.

Siento sus dedos agarrando lentamente la manga de mi chaqueta, como si buscaran algo en lo que apoyarse.

—Está bien —susurra, y por un instante el mundo entero parece ralentizarse—. No voy a huir más.

—Y Sienna... —continuo, y ella abre los labios, respirando hondo, esperando mis próximas palabras, demasiado ansiosa—. Sienna sabe quién soy realmente, ella y yo somos iguales, eso es todo. Pero ella no me desestabiliza, no se mete en mi cabeza ni me... hace querer destruir el mundo solo porque otro hombre la ha mirado.

Julie se lame los labios y traga saliva, asintiendo lentamente. Su respiración se mezcla con la mía, y noto que parece un poco satisfecha con lo que acabo de decir.

— Te llevaré a casa.

— ¿A la mía? ¿O a la cabaña? —¿Quieres saberlo?

—A la cabaña —digo, sin moverme.

Ella parpadea lentamente, apretando los labios en una línea recta antes de soltar el aire con un gemido entrecortado.

— ¿Esa también es mi casa?

Levanto los ojos para mirarla y, por alguna razón, Julie parece ansiosa por mi respuesta, como si pertenecer a alguna parte de mi mundo, por pequeña que sea, fuera mucho.

— Sí. También es tu casa.

— ¿Y esta vez me dejarás encerrada?

— No. Pero te mantendré cerca —murmuro, decidido a encender todas las cámaras de su habitación—. Donde pueda ver todo lo que estás haciendo.

— Es imposible ver exactamente todo lo que hago. Cuando estoy en mi habitación, no hay forma de vigilarme.

Mi cuerpo se tensa al oírla, e trato de ignorarlo para que no sospeche. Quizás, en algún momento, le diga que hay cámaras por toda la cabaña, pero por ahora prefiero que no lo sepa.

Me doy la vuelta.

—Súbete a mi espalda —le ordeno.

— Damian...

— Ahora, Julie.

Ella resopla y obedece. Cuando su cuerpo roza el mío, sé que no voy a poder dormir esta noche. Tener a Julie tan cerca de mí, sentir su calor en mi espalda y, aun así, ser tan intocable, es jodidamente duro.

Sus brazos se enroscan alrededor de mi cuello, sus piernas se apoyan con cuidado en el costado de mi cuerpo y, en pocos segundos, la estoy cargando como a un cachorro de mono.

Ella apoya la cara en mi hombro y siento su corazón acelerado latiendo contra mi pecho, lo que me hace respirar profundamente.

Doy un paso, luego otro.

Siento su nariz rozar mi nuca sin querer, y un escalofrío recorre mi espina dorsal, alojándose directamente en mi polla. Sujeto sus piernas con más fuerza, aprieto los dedos contra las curvas de sus muslos, y juro que si vuelve a suspirar, soltaré el puto mando en el suelo.

—Vamos a dar la vuelta —murmuro, más para mí mismo, desviándome hacia un lado del sendero—. El suelo es más estable por el otro lado.

— Conoces bien este lugar, ¿verdad? —Su voz me hace cosquillas en la oreja y tengo que mover la cabeza para mantener el control.

—Sí.

El camino de vuelta es una mierda. El suelo está resbaladizo, todavía mojado por la lluvia, y su peso, aunque ligero, me obliga a concentrarme más. Pero es imposible concentrarse con Julie pegada a mí de esta manera. Cada curva de su cuerpo está presionada contra mi espalda.

Se aferra aún más a mí, y eso es mil veces peor para mi traicionero cuerpo.

Su cara se hunde más en mi hombro y siento su aliento caliente contra mi piel. Mi pecho se oprime de una forma que odio, sobre todo porque Julie no tiene ni idea de lo que me está haciendo.

No sabe que ese tipo de contacto, de cercanía, esa mierda, destroza a hombres como yo.

Hombres que aprendieron a matar antes que a sentir.

Acelero el paso, los músculos gritando, la sangre corriendo pesadamente por las venas directamente hacia mi polla erecta. Su olor se mezcla con el del bosque, dulce, limpio, incluso cubierto de tierra.

—¡Grey! —Oigo la voz de Daniels delante.

Levanto la vista y lo veo con la linterna apuntando en mi dirección, iluminando parte del camino. Su rostro se sorprende al verme con Julie a la espalda, pero es lo suficientemente inteligente como para no decir una mierda.

— ¿Está herida?

— Tobillo —Es solo lo que digo, sin dejar de caminar—. Avanza y ábrete paso hasta la entrada de la cabaña. Ve delante e ilumina todo.

Daniels responde con un «sí, señor» y comienza a caminar rápido, haciendo que la luz de la linterna se abra paso entre los árboles.

Yo le sigo, con Julie todavía pegada a mí. Su calor me hierve por dentro, y el control, lo poco que me quedaba, se desmorona un poco más con cada maldito paso.

—¿Grey? —Julie murmura en mi oído, haciéndome cerrar los ojos por una fracción de segundo—. ¿Por qué te llama Grey?

Tragué saliva.

— También es mi nombre.

— ¿Apellido?

— No... nombre de trabajo.

Ella respira hondo.

— ¿Como un nombre artístico? —pregunta con sinceridad, y yo suelto una breve risa. —Ah, claro que no —concluye ella misma.

— Es más complicado que eso.

— Grey —susurra de nuevo, y odio que me guste cómo suena esa palabra en su boca—. Te queda bien.

—Prefiero que me llames Damian.

Suspira contra mi nuca, casi de alivio, haciendo que mi mandíbula se contraiga. Mis dedos se hunden aún más en sus muslos, y la única razón por la que no hago una locura aquí, en medio del maldito bosque, es el sonido de Daniels a unos metros y el hecho de que ella está herida.

— Yo también prefiero Damian —susurra, y aunque no puedo ver su rostro, puedo sentir la dulce sonrisa de Julie, que hace que mi corazón palpite con fuerza dentro de mi pecho.

Lo último que dice aún resuena en mi nuca cuando veo las luces de la cabaña frente a mí, los contornos del porche iluminados por la linterna de Daniels. Su cabeza descansa sobre mi hombro y su cuerpo se relaja un poco más, como si ahora me dejara abrazarla.

En cuanto llego al primer escalón del porche, aparece Sienna. Empuja la puerta principal con fuerza, con el rostro serio y el pelo recogido en lo alto de la cabeza. Sus ojos recorren la oscuridad hasta posarse en mí. O mejor dicho, en Julie, pegada a mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, bajando rápidamente los escalones para alcanzarme y seguirme de cerca. Su voz es firme,

pero la conozco lo suficiente como para saber que está realmente preocupada.

— Se ha torcido el pie —respondo, subiendo directamente con Julie todavía en brazos, y ella me sigue de cerca—. Está bien.

Sienna se detiene después de oírme. Podría ofrecer su ayuda o intentar sujetar la maldita puerta. Podría decir cualquier mierda. Pero no dice nada, solo me observa pasar con Julie, que le esconde la cara, avergonzada.

Yo tampoco la miro.

Entro directamente y cruzo la sala, haciendo que el suelo cruja bajo mis botas. El calor de la chimenea aún encendida calienta el aire, pero lo único que realmente arde es lo que llevo contra mi pecho.

Julie.

La chica a la que nunca debí haber dejado entrar en mi mundo.

Subo las escaleras con ella, sin preocuparme de si Sienna todavía nos observa desde la puerta. Ahora, lo único que importa es cuidar lo que es mío.

Empujo la puerta de la habitación con el hombro, la cierro con el pie y la llevo directamente a la cama. Solo entonces la siento lentamente, mis manos siguen sosteniendo su cuerpo más tiempo del necesario. *Solo unos segundos más.* Solo para asegurarme de que está aquí, de que ha vuelto.

Me agacho, le cojo con cuidado el pie lesionado y lo apoyo en el borde de la cama. El tobillo está más hinchado ahora, la piel roja, rígida, con el hematoma empezando a agrandarse.

Ella hace una leve mueca de dolor, pero no se queja.

— Voy a buscar el botiquín.

Ella asiente y, cuando me doy la vuelta para ir a buscar el botiquín al tocador, siento su mirada en mi espalda. Abro el cajón con más fuerza de la necesaria y encuentro el botiquín de primeros

auxilios donde lo dejé, organizado y funcional, al contrario que todo lo que está pasando dentro de mí.

Vuelvo lentamente.

Ella está igual que la dejé, sentada, con el pie apoyado en el borde de la cama y el pelo todavía revuelto. Tiene barro manchándole las piernas y la blusa sucia se le pega al cuerpo.

Y aun así, es jodidamente hermosa.

Me agacho de nuevo, tirando con el pie del banco que hay junto a la cama. Me siento despacio y coloco su tobillo sobre mi pierna con cuidado.

— Te va a doler un poco.

Julie asiente y mantiene los ojos clavados en los míos, y parece querer leer algo que ni yo me atrevo a admitir en este momento. No se aparta de mí ni se queja, solo respira hondo y se mantiene firme, como solo alguien terco y jodidamente más fuerte de lo que parece puede hacerlo.

Limpio los arañazos con cuidado, pasando el paño húmedo por la piel fina y sensible de la pierna, arrastrando el barro seco. Tiembla con mi tacto, pero se mantiene quieta, con todo el cuerpo tenso y la mandíbula apretada.

Puedo ver cada fibra de esfuerzo en ella, y sé que no es solo por el dolor. Es por estar aquí, vulnerable, conmigo frente a ella.

—No tienes por qué hacer esto —dice de repente, con tono firme, pero con un aire de incomodidad de quien no sabe muy bien cómo manejar la situación.

— Sí que tengo que hacerlo —respondo sin pensar. Y antes de que ella intente rebatirlo, añado: — Quédate quieta.

Julie resopla. No ofendida, sino como si no supiera qué hacer con tanta atención. Lo cual, sinceramente, también es mi caso.

Me concentro en la compresa, presionando el vendaje alrededor del tobillo. El calor de su cuerpo aún emana hacia mí, incluso con la corta distancia y el toque cuidadoso. Y trato de

concentrarme solo en lo que estoy haciendo, solo en la parte práctica.

Pero entonces ella suelta:

— ¿Cómo voy a bañarme ahora?

Hago una pausa.

Levanto la vista.

Ella me está mirando, y hay un brillo en sus iris azules. No es sensual ni provocativo. Es solo un maldito recordatorio cruelmente práctico de que necesitará ayuda incluso para lo más básico.

Siento un nudo en la garganta.

— Lo solucionaremos.

Ella levanta una ceja, y juraría que parece decepcionada con mi respuesta vacía.

— No quiero que Sienna me ayude a bañarme.

Tragué saliva y Julie no apartó la mirada. Ni un milímetro. Se quedó mirándome, esperando a que reaccionara o dijera algo sobre lo que acababa de exigir.

Debería ser solo una petición, directa, clara y sencilla. Sin embargo, viniendo de ella, con esa voz baja y esa maldita mirada que parece querer descubrir todos los secretos de mi mundo, suena como una maldición. Una trampa.

O peor. Como una invitación que ella ni siquiera sabe que ha hecho.

Retrocedo un poco, solo para intentar recuperar el aliento. Y luego sigo cuidando su pie, pero esta vez ella gime de dolor.

— Entonces, déjame ocuparme de eso.

No responde de inmediato, pero noto que se le sonrojan las mejillas, y lo único que hace es mirar mis manos trabajando en su tobillo lesionado. Se muerde el labio inferior y asiente con un movimiento casi imperceptible.

Mierda.

Termino de vendarle y le sujeto el pie un segundo más antes de soltarlo lentamente. Me levanto y no me alejo, me quedo de pie frente a ella, mirándola durante un instante demasiado largo para ser normal.

Solo ella.

Solo yo.

Y toda esta mierda que está creciendo entre nosotros.

Respirando hondo, me doy la vuelta y camino hasta el baño para encender la luz. Abro el grifo de la ducha y compruebo la temperatura del agua en la bañera, la ajusto con calma y la lleno lo suficiente para que ella pueda entrar sin esfuerzo. El vapor del agua caliente comienza a elevarse en el aire y mi cuerpo se calienta.

No por el baño. Por ella.

Vuelvo a la habitación y me detengo frente a ella, sentada con las manos en el regazo, el tobillo vendado y estirado, el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante como si estuviera decidiendo si realmente es una buena idea.

— Todavía puedo llamar a Sienna.

— No.

Asiento con la cabeza.

— Vas a tener que dejar que te lleve otra vez.

Ella levanta las pestañas y esboza una discreta sonrisa en la comisura de los labios.

— Me estoy acostumbrando a eso.

Joder.

Despacio, inclino el cuerpo, paso un brazo por detrás de su espalda y el otro por debajo de sus rodillas. Ella me mira muy de cerca y siento que sabe lo que está haciendo conmigo, es una mierda que le permita hacerme perder el control de esta manera.

Su cuerpo vuelve a encajar contra el mío, cálido, suave y, joder, ni siquiera debería estar fijándome en eso, pero lo hago. Su

olor, incluso sucio de tierra y bosque, todavía me golpea en el pecho como un puñetazo. Y me gusta.

Cuando entro en el baño con ella en brazos, el sonido del agua llenando la bañera es lo único que rompe el silencio entre nosotros. Lentamente, me agacho con ella y la siento en el borde de la bañera, sin soltarla de inmediato.

Mis manos siguen sujetando a Julie, su rostro demasiado cerca, el aire demasiado caliente, su respiración mezclada con la mía.

— Si quieres que me vaya... —empiezo a decir, pero la frase se me queda atascada en la garganta cuando sus ojos se clavan en los míos.

Julie inclina ligeramente la cabeza, con las pestañas húmedas, el rostro iluminado por la luz amarilla del baño.

— No quiero que te vayas.



CAPÍTULO 20

No esperaba que esto sucediera.

No imaginé que al decidir volver a casa hoy, todo terminaría conmigo sentada en el borde de la bañera caliente, envuelta en vapor y en el aroma amaderado del jabón, con Damian arrodillado frente a mí y mirándome tan intensamente que me hace arder la cara.

El agua corre detrás de mí, lenta, suave, pero lo que me marea es la energía palpitante entre nosotros. Es tan densa e incandescente, casi insoportable.

— Voy a tener que quitarme esto —dice con una voz más ronca de lo normal, demasiado baja, como si se tragara su propio tono antes de que se le escapara más profundamente.

Se refiere a la blusa.

No sé si fue una buena idea que me diera un baño, pero odiaría que Sienna estuviera aquí, en su lugar. No es que la odie, solo quiero que sea él quien me cuide. Por supuesto, en ese momento no pensé claramente en todos los matices, como por ejemplo, el hecho de que él me verá desnuda.

Eso debería asustarme o darme miedo, pero algo en mi vientre se retuerce de ansiedad.

Asiento en silencio, porque no confío en mi voz para verbalizar nada ahora mismo. Mi pecho se oprime y mis hombros

parecen más pequeños de lo que deberían mientras el calor de la bañera me sube por la espalda. Su mirada no me invade, pero tampoco oculta la tensión que se acumula entre sus cejas.

Se acerca más, todavía de rodillas, y sus dedos tocan la barra de la sudadera, sucia de barro y empapada. Es solo un toque, solo el comienzo de un simple movimiento, y mi cuerpo reacciona como si fuera una sentencia. Un escalofrío sube lentamente desde mi lumbar hasta la nuca, tan nítido que estoy segura de que él también lo siente.

Sus dedos se congelan por un segundo, pero luego continúan tirando lentamente de la tela y levantándola con cuidado, pasando por encima de mi cabeza como si cada centímetro menos entre nosotros significara un nuevo peligro. Cuando la sudadera sale por completo, me quedo solo con una camiseta fina y transparente frente a él, con los pezones de mis senos resaltando.

Siento que el aire se vuelve más pesado, no por vergüenza, sino por conciencia.

Contempla mis pezones rígidos durante unos segundos y respira hondo, tratando de mantener el control y apartar la mirada rápidamente, como si quisiera huir de la imagen que acaba de ver.

Pero el cuerpo es una droga, porque no miente. Damian cierra los puños y su respiración se vuelve más pesada, la tensión en sus hombros delata el esfuerzo que hace por no mirarme.

Debería encogerme, cruzar los brazos sobre el pecho o decir que puedo darme la vuelta sola, pero no me muevo.

—Los pantalones también —murmura, casi sin voz.

No digo nada, solo lo miro y luego asiento con la cabeza.

La forma en que se acerca de nuevo es diferente, más lenta, como si pisara cristales y casi no confiara en sí mismo cerca de mí, y por alguna razón, eso me hace sonreír.

Sus dedos tocan la cintura de mis pantalones y mi piel responde antes que mi mente, arrancándome un gemido

entrecortado. El calor que sube entre mis piernas no es fiebre, es una peligrosa mezcla de excitación, adrenalina y algo que nunca he sentido con nadie más.

Con cuidado, empieza a deslizar la tela por mis piernas, prestando más atención cuando llega al tobillo vendado. Los pantalones caen al suelo y me quedo solo en bragas, feliz de que sean lo suficientemente pequeñas como para que él *pueda verme.*

Y él me mira por completo, mi cuerpo sucio, arañado y con el pelo pegado a las sienes.

Damian no dice nada, pero tampoco se aleja.

Mi corazón late tan rápido que estoy segura de que él puede oírlo. No sé exactamente por qué, pero me siento valiente. Quizás porque él dijo que no hay nada entre él y Sienna o por la forma en que me mira.

O simplemente por haber venido a buscarme. Por no haberme dejado escapar.

Respiro hondo y, antes de cambiar de opinión, inclino mi cuerpo hacia delante, aunque por dentro tiemblo. Acerco mis labios a los suyos en un toque ligero y frágil, casi cobarde, para ser sincera, pero aun así, es un beso.

Él se queda paralizado.

No mueve ni un músculo, no responde, lo único que hace es mirarme como si acabara de dispararle y él todavía estuviera procesando el impacto de la bala.

Maldición. No le ha gustado. He cruzado una línea y he metido la pata.

— Lo siento —susurro, sintiendo cómo se me sube la sangre a las orejas—. Yo... no sé por qué lo hice. Solo... —Ni siquiera puedo terminar la frase, se me queda atascada en la garganta.

Estoy a punto de alejarme definitivamente cuando él se abalanza sobre mí, rodeando mi nuca con una mano mientras sus

ojos me queman los míos. Mi corazón se acelera una vez más y mi cuerpo se estremece, todos los pelos de mi piel se erizan.

Mi respiración se detiene en mi garganta antes de que él aplaste mi boca con la suya con tanta fuerza que sofoco un gemido. Su mano sigue sujetando mi cara con firmeza, y la otra se desliza hasta mi cintura, atrayéndome hacia él.

Su lengua invade mi boca de manera exigente y posesiva, y yo me rindo, llevando mis manos a sus hombros, apretándolos con todas mis fuerzas, queriendo sentir más de Damian.

Todo su cuerpo responde, como si se hubiera incendiado, los músculos se tensan y aprieta aún más mi cintura, haciendo que todo a mi alrededor gire y me arrastre con él.

—Julie... —susurra.

— Shhh, no digas nada —le respondo, mordiéndole el labio inferior y volviendo a besarlo, incapaz de separar mi boca de la suya. Damian sabe bien, caliente, salado y masculino, lo que combina con el olor de su piel y el del bosque impregnado en su ropa. — Solo sigue besándome.

Él obedece y su boca vuelve a la mía con urgencia. No es delicado ni comedido, es posesivo y tremendamente sexy. Un beso que lo exige todo de mí, que me deja sin aliento, sin juicio y sin lógica.

Su lengua se desliza contra la mía con intensidad, y siento como si conociera cada rincón de mi boca incluso antes de explorarla. Sus manos suben por los costados de mi cuerpo, tocando mi piel, mis costillas, la curva de mi pecho.

Todo lo que hace parece calculado y, sin embargo, desesperado por más.

Mis dedos suben hasta su cabello y lo tiro con fuerza mientras profundizo el beso. Otro gemido se escapa de mí cuando él presiona su cuerpo contra el mío, solo entonces me doy cuenta de que estoy temblando, con Damian arrodillado entre mis piernas.

—No tienes ni idea de lo que me estás haciendo —dice contra mi boca, con nuestras frentes juntas y su respiración cálida e irregular mezclándose con la mía.

— Creo que tengo una idea.

Cierra los ojos por un segundo, tratando de contenerse, y sé que ha traspasado todos los límites que prometió no cruzar.

— Si sigues, no podré detenerme. — Damian me sujeta la cara entre las manos, deslizando los pulgares por mis mejillas—. Y tú estás herida, necesitas descansar.

Su aliento roza mis labios, es tan cálido y lleno de contención que, en lugar de retroceder, me acerco más, con los labios casi tocando los suyos de nuevo.

— ¿Me vas a ayudar a quitarme el resto de la ropa?

Cierra los ojos por una fracción de segundo y suelta un largo suspiro con una sonrisa cínica en los labios. Sin articular palabra, se levanta y sus manos tocan mi cintura con cuidado, ayudándome a ponerme de pie mientras sostiene mi peso.

Me lleva dentro de la bañera y el vapor denso sube acariciando mi piel, mezclándose con el calor que Damian provoca en mí. Me doy la vuelta, dándole la espalda, y oigo cómo cambia su respiración detrás de mí.

Sujeto la barra de la camiseta, me la quito por encima de los hombros y me quedo solo en bragas. Mi cuerpo se estremece con su mirada sobre mi espalda desnuda, pero me gusta la sensación de que me observe.

Tiro la camiseta al suelo y corro la cortina de la ducha, pero no la cierro del todo, dejo una pequeña rendija para que pueda verme. Y me encanta tener ese poder en este momento, sobre lo que Damian quiere ver y lo que yo le dejo ver.

Me pongo de pie con cuidado, apoyando el peso en la pierna buena, y me bajo lentamente las bragas mojadas. La tela se pega a

la piel, se desliza por los muslos y cae a mis pies, y para provocar, también le tiro la prenda en su dirección.

El agua caliente envuelve mi cuerpo con un calor que casi duele, y me sumerjo hasta la mitad, cerrando los ojos por un instante y soltando un suspiro.

— ¿Todo bien?

— Sí.

Me muerdo el labio inferior para contener la sonrisa, pensando si debería provocarlo un poco y pedirle que venga a ayudarme a enjabonarme el cuerpo. Ocultando una media sonrisa, me concentro en la ducha, dejando que el agua limpie mi cuerpo y elimine todos los restos de barro.

Con cuidado, me levanto y cierro el grifo.

— Ya terminé.

En cuestión de segundos, el sonido de sus pasos llena la habitación, pero la cortina no se mueve, aunque lo siento muy cerca de mí.

— Toma —dice, extendiendo el albornoz por encima de la barra de la cortina, con la tela gruesa y seca colgando a mi alcance.

Lo agarro con ambas manos, lo tiro lentamente y me envuelvo en él, haciendo movimientos lentos para no sentir dolor en el tobillo. Su olor está en el albornoz, no es tan fuerte, pero aún así, está ahí.

Aparté la cortina después de cerrarlo y lo encuentro de espaldas, respetando un límite que yo no pedí. Noto la mandíbula contraída, el cuello tenso y el puño derecho cerrado, como si necesitara recordar lo que no puede hacer.

—¿Lista? —pregunta.

—Sí.

Lentamente, se da la vuelta, sus ojos recorren mi cuerpo solo por un segundo, pero es suficiente para reavivarme por completo.

Incluso bajo la gruesa tela del albornoz, mi cuerpo reacciona, y él se da cuenta.

Damian se acerca a mí y pasa un brazo por detrás de mi espalda, el otro por mis rodillas, y me levanta con una facilidad que debería ser ilegal. Me acurruco contra su pecho como si fuera mi refugio seguro, y la bata se ajusta contra mí, haciendo que su calor me invada.

Salimos del baño y me lleva por la habitación con la respiración fuerte y controlada, pero no parece estable. Su cuerpo está demasiado caliente, la mandíbula apretada, y la forma en que me sujeta con firmeza las piernas lo dice todo.

Me pone en la cama y me acuesta lentamente sobre las sábanas, con tanto cuidado que casi me olvido del dolor en el tobillo. Sus grandes manos arreglan el edredón hasta la altura de mi pecho, pero su mirada no se despega de mi rostro.

No dice nada, y yo tampoco. Solo dejo que nuestras miradas se crucen, tratando de entender lo que hay detrás de su expresión tensa.

— Yo... —comienzo, con voz baja, un poco vacilante, pero también algo firme—. Creo que no voy a poder ponerme el pijama.

Su ceja se arquea, casi imperceptiblemente.

— ¿Quieres que te traiga otro?

Respiro hondo, porque no es eso lo que quiero. Me humedezco los labios lentamente y continúo, tratando de mantener un tono ligero.

—Me gustaría una camiseta tuya —murmuro—. Solo una camiseta. Grande. Que me sirva como... pijama improvisado.

Me mira con una intensidad que me desarma, y no necesito decir nada más, porque sé que ha entendido el verdadero motivo de mi petición. No es solo porque esté herida.

Sienna llevaba una camiseta suya y yo también quiero una.

Quiero su olor en mi piel. Quiero sentir que, de alguna manera, esta parte, esta intimidad, este espacio, este pedazo de hogar, también es mío.

Échale los labios en una sonrisa casi cínica y se inclina para besarme la frente antes de salir de la habitación. Y aunque no haya dicho nada, sé que me la traerá.



GREY

CAPÍTULO 21

— ¿Qué ha pasado?

La voz de Sienna resuena en el pasillo en cuanto cierro la puerta de la habitación de Julie. Está apoyada contra la pared, con los brazos cruzados y la mirada fija en mí. Pero esta vez no es solo curiosidad, es pura inquietud.

—Se ha escapado —respondo sin rodeos.

Sus cejas perfectamente arqueadas se levantan de inmediato, su expresión se contrae en confusión.

— ¿Se ha escapado? ¿Por qué?

Cruzo los brazos y respiro hondo. No quiero tener esta conversación. No ahora. No con Julie tumbada al otro lado de la puerta, esperándome. Pero, maldita sea, ya que estamos aquí.

— Celos.

Sienna exhala por la nariz, se lleva una mano a la frente y se la frota lentamente, como si su cerebro estuviera tratando de procesar lo absurdo de lo que acabo de decir. Poco a poco, su expresión se tuerce y se nota su incomodidad.

— ¿De quién?

— De ti —digo lo obvio—. Ella pensaba que eras mi mujer.

Su nariz se arruga inmediatamente y su boca se tuerce en un gesto casi cómico de repulsión.

— ¿Tú y yo? Qué asco —se queja, haciendo un gesto exagerado con los labios, con un tono jocoso para intentar suavizar el ambiente. Sin embargo, sus ojos ya están en otra cosa, razonando rápidamente, procesando lo que viene después. — Maldición. Si está celosa, es peor de lo que imaginaba. Le gustas.

Me quedo en silencio. No lo confirmo ni lo niego.

Da un paso hacia mí, con una expresión que cambia sutilmente. El contacto que sigue es ligero, pero firme. Un puñetazo en el pecho, fraternal y un poco irritado.

— Está mal, Grey. Eres su padrino. No importa lo que sientas —dice en voz baja, pero sin tono acusatorio. Sienna solo parece preocupada—. Es solo una niña.

— Te respeto muchísimo, Sienna —mi voz baja una octava—. Por eso no quiero que me des opiniones que no te he pedido. Ni sobre mí. Ni sobre ella. Ni sobre lo que hay entre nosotros.

Ella fija sus ojos en los míos y, por primera vez en mucho tiempo, parece cansada.

— ¿Le has dicho que te vas mañana?

— Todavía no.

Sienna cierra los ojos por un segundo, frunce el ceño como si intentara encontrar una forma de decirme algo sin empeorar lo que ya está jodido.

— Va a salir herida y, cuando descubra la verdad... —Su voz se quiebra y luego añade en voz más baja—: Te odiará, Damian.

— Nunca lo descubrirá.

Sienna respira hondo y asiente con una sonrisa triste. A continuación, da un paso atrás, sin apartar la mirada de mí.

—Espero que no —dice—. De verdad.

Y por un instante, dejamos de ser soldados entrenados. Solo dos personas en medio de una mierda mucho más grande de lo que pueden controlar.



Vuelvo a la habitación con la camiseta doblada en las manos, la tela gruesa y ligeramente gastada entre mis dedos parece más pesada de lo que debería. He elegido una de las más viejas que tengo, cómoda, blanca, holgada y con mi olor.

Es lo suficientemente grande como para envolver su pequeño cuerpo y, de alguna manera, eso parece correcto, como si, al ponérsela, ella estuviera envuelta por mí.

Giro la manija lentamente y la puerta cruje suavemente cuando la empujo con el hombro. La tenue luz de la lámpara mantiene la habitación en tonos ámbar, cálida, tranquila e intocable.

Julie está acostada de lado, con el edredón subido hasta la cintura, las piernas ocultas, el tobillo lesionado descansando inmóvil sobre la colcha. Su cabello mojado está esparcido sobre la almohada y su respiración es lenta y profunda, moviendo sutilmente su pecho.

Está dormida.

Sin apartar los ojos de ella, cierro la puerta con cuidado. Doy unos pasos, pero no me acerco a la cama, me detengo en medio de la habitación, solo observando.

Julie es preciosa.

Mis dedos se cierran sobre la tela y mi pecho se contrae. No sé qué diablos estoy haciendo aquí, ni en qué momento esto se convirtió en algo más de lo que debería. Solo sé que, ahora, parado en esta habitación, mirándola dormir, lo único que me atraviesa es un sentimiento jodidamente peligroso.

Pienso en Falcon, pero soy incapaz de dejar que su nombre se forme por completo dentro de mi maldita cabeza.

Recuerdo el sonido de su risa, la confianza que tenía en mí y la forma en que me miraba con ese aire de quien sabía que, si todo salía mal, yo seguiría allí, dispuesto a matar por él.

También es imposible olvidar lo que le hice. Sin embargo, no dejo que el recuerdo avance. No puedo. No aquí y ahora, delante de ella, que duerme de una forma tan pura y hermosa.

Me acerco y dejo mi camisa sobre la cama, pero me quedo quieto unos segundos más, simplemente mirándola. La suave piel de su rostro bajo la tenue luz, el contorno de sus largas pestañas y su pecho subiendo y bajando lentamente, como si el mundo estuviera en paz por primera vez en mucho tiempo.

Julie Venti, la chica a la que juré proteger, la hija del hombre que confió en mí hasta el final. La única que puede romperme con una mirada, incluso cuando tiene los ojos cerrados.

La única a la que... nunca debería tocar.



La mañana es fría y la fina niebla de las montañas aún no se ha disipado por completo cuando salgo a la terraza de la cabaña. El aire cortante llena mis pulmones como navajas y, por un instante, casi se siente bien sentir el frío mordiendo. La sensación me recuerda que todavía estoy aquí y que hay algo que proteger.

Sienna está fuera, con un top ajustado y *leggings* oscuros, estirando los brazos en la barandilla con la naturalidad de quien

podría estar en un campo de batalla o en un estudio de danza y seguir pareciendo que tiene el control.

Se da la vuelta cuando me oye.

— Si quieres, puedo ir con Blade. Tú quédate. — Su tono es firme, pero diferente al de ayer, parece casi rendida. — No hay problema. Los dos lo resolveremos todo.

Suelto una risa corta y seca, sin ningún humor.

— ¿Qué mierda fue eso? ¿Qué te picó?

Sienna hace una mueca, luego vuelve a estirar los hombros, con la mirada fija en el horizonte nublado del bosque. El silencio entre nosotros es del tipo que solo existe entre quienes han visto lo peor del otro.

—Pasé la noche pensando —responde ella, por fin—. En todo. En lo que hemos pasado, en las mierdas que hemos sobrevivido.

— Sí. La vida nunca ha sido justa con nosotros. Y siempre parece llevarnos al límite para sacarnos lo mejor.

Me dedica una sonrisa triste.

— Tú y yo lo hemos sido todo, Grey —dice mientras se acerca, poniendo las manos en la cintura y mordiéndose el labio inferior con fuerza, como si odiara y amara con la misma intensidad lo que Tenebris nos ha convertido—. Soldados, espías, asesinos. Hemos sangrado por códigos que ni siquiera entendíamos.

—Así nos crearon.

Sienna asiente.

—Lo sé. Y también sé que nunca podremos cambiar nuestro pasado ni lo que nos convirtieron. Pero, incluso con todas las reglas para no sentir, incluso con todos los castigos, eres mi hermano y te quiero muchísimo. Si dices que quieres quedarte por ella, te apoyaré. Sin preguntas, sin juicios.

Respiro hondo, cruzo los brazos y miro al vacío que tenemos delante. Por un momento, dejo que sus palabras calen en mí. Sienna

nunca ha sido de decir ese tipo de cosas, y precisamente por eso me pesan tanto en el pecho.

— Te respeto mucho por eso —digo en voz baja—. Pero me iré. No quiero darle a Tenebris motivos para vigilar más de cerca lo que no debe. Cuanta menos atención se preste a Julie, mejor. Mejor para ella.

— ¿Crees que el consejo le haría daño? —pregunta.

—Sí —respondo con sinceridad—. Luca violó una de las reglas y tuvo una hija, y mira dónde ha acabado. Por regla general, Julie pertenece a Tenebris, pero conseguí que renunciaran a ella.

Me paso las manos por el pelo, sintiéndome un poco agobiado.

— No puedo imaginar a Julie siendo como nosotros —Sienna prácticamente lee mis pensamientos.

—Yo tampoco, es demasiado pura. Le prometí a Luca que la protegería y eso es lo que voy a hacer. No dejaré que la toquen.

Ella traga saliva y asiente, como diciendo que estará a mi lado si quiero destruir la maldita organización, lo cual es imposible, como ambos sabemos.

De repente, el ruido de un motor llama mi atención. Uno de los vehículos de la base se detiene frente a la cabaña, atravesando la niebla con los faros aún encendidos. Es uno de los míos. Las puertas se abren, uno de los hombres baja primero, luego ella, Adele.

El abrigo oscuro golpeando sus piernas, el moño bajo sujeto a la altura de la nuca y la postura erguida. La mujer en la que confío sin necesidad de mirar por encima del hombro. Viene con dos maletas y la expresión de quien sabe exactamente por qué está aquí.

Bajo los escalones de la cubierta en silencio, y Adele se acerca junto al guardia de seguridad, que lleva las maletas hasta la

terraza. Se detiene a dos pasos de mí, con la mirada firme y serena, asintiendo con reverencia.

— Señor Balestra.

— Adele.

— ¿Hay algo que quiera que haga por usted antes de irme?

Niego con la cabeza.

—Está en la habitación, ha dormido bien. —Voy a ir al grano. —Tiene el tobillo hinchado, pero vendado. Hay un botiquín en el baño y analgésicos en el estante de arriba. Cuídela como si fuera su hija.

— Sí, señor. Cuidaré bien de ella —afirma, con ese tono que no admite réplica—.

— No la deje salir de la propiedad. Ni dar vueltas sola. Mantenga los horarios de los medicamentos y evite que use mucho la pierna. Y... —Me detengo un segundo y luego sigo hablando—. Si le pregunta cuándo volveré, no le dé una fecha, pero dígale que será pronto.

—¿Puede moverse libremente por la casa? —pregunta, y sé que se refiere al *búnker*. Sienna y yo ya hemos arreglado la cerradura digital, de todos modos, no quiero impedirle entrar en los sitios.

— Sí. No hay problema.

Adele no necesita nada más, entiende más con menos.

—Vadim vendrá mañana a hacer el mantenimiento del generador, pero creo que esta noche lloverá. Si eso ocurre y se va la luz, no la dejes sola, ¿de acuerdo? No le gusta la oscuridad.

— Voy a repartir velas y linternas por toda la casa.

— Genial.

— ¿Hay algo más que deba saber?

— Eso es todo, Adele. Puedes entrar. — Asiente con la cabeza, le dedica una pequeña y contenida sonrisa a Sienna y pasa

junto a nosotros para entrar en la cabaña y ponerse a trabajar.

— Siempre es tan seria, ¿verdad?

— Sí. Pero es de fiar, y eso es lo más importante.

Sienna hace un puchero exagerado y asiente.

—Vale. Pero no te olvides de despedirte de ella antes de irnos, ¿vale? No quiero que piense mal de nosotros.



CAPÍTULO 22

Me despierto con la luz que se cuela por las rendijas de la cortina, escuchando sonidos lejanos. Pasos en el balcón, voces apagadas y algo que se coloca dentro de un maletero. Hay más movimiento de lo normal.

Me froto los ojos y bostezo, y me incorporo lentamente en la cama. El tobillo me late y gimo de dolor, pero me olvido de él cuando miro al pie de la cama y veo la camiseta de Damian.

Estiro el brazo y la cojo, sintiendo la tela entre los dedos. Todavía sentada, me quito la bata y me la pongo, luego me levanto, dejándola caer sobre mis muslos. Siento un calor extraño y agradable, y su olor, impregnado en la ropa, me pone la piel de gallina.

Con cuidado y cojeando, salgo lentamente de la habitación, apoyando el pie con cautela en cada escalón. Las voces de fuera se hacen más fuertes a medida que me acerco, y puedo ver a algunos hombres uniformados. No reconozco ninguna cara por la ventana, pero todos parecen saber dónde pisan.

En cuanto llego al salón, veo a una mujer elegante y alta de espaldas a mí. Lleva un abrigo oscuro y un moño bajo en la nuca. Está arreglando algo en la encimera de la cocina, tan concentrada que me da miedo hasta respirar y molestarla.

Se da la vuelta en cuanto nota mi presencia y, con pasos que parecen flotar, camina hacia mí, mirándome con una expresión fría,

pero que, de alguna manera, no es hostil.

—Buenos días, señorita Venti —dice con un tono de voz claro y firme, casi neutro—. Disculpe el alboroto. Les pedí a los hombres que tuvieran cuidado, pero son como animales.

Parpadeo lentamente y asiento con la cabeza, dando un paso vacilante hacia el sofá mientras intento fingir que nada de esto es nuevo para mí.

— ¿Trabaja con él?

—Hace muchos años —responde, sin esbozar ninguna sonrisa ni intentar suavizar la respuesta.

Me siento con cuidado, tirando de la blusa hacia abajo, como si fuera un escudo, y me odio por no haberme puesto bragas. Sus ojos me siguen por un instante, antes de posarse en una taza sobre la mesa de centro.

La empuja ligeramente en mi dirección.

— Está caliente. Café solo y poco azúcar. ¿Acierta?

Asiento, sorprendida, y sus ojos recorren mi rostro con calma, casi como si hubiera ganado una apuesta. Me inclino un poco hacia delante y agarro la porcelana caliente.

— ¿Cómo te llamas?

— Adele. Aparte de los ojos de Luca, tienes los mismos gustos que él.

Mi mundo deja de girar por un segundo y la taza tiembla un poco entre mis dedos, sin que pueda levantar la vista hacia Adele.

— ¿Conociste a mi padre?

— Sí. Luca era un buen hombre. Para mí, un hombre leal. De los que ya no quedan —dice, y yo asiento lentamente con la cabeza mientras esbozo una sonrisa, como si entendiera lo que eso significa.

Por dentro, todo en mí se contrae. Porque cada vez que alguien habla de mi padre, parece que él era un universo entero y yo

solo conocía una ínfima parte de lo que era. La más pequeña. La que quedó después de que se convirtiera en un fantasma.

—Todo el mundo parece conocerlo mejor que yo —murmuro, más para mí misma que para ella.

Creo que Adele me oye, pero no dice nada, solo me mira como si hubiera hablado demasiado y endereza los hombros al retirarse en el mismo momento en que Damian entra por la puerta principal.

El sonido de sus botas contra el suelo me revuelve el estómago. Hay algo en la forma en que atraviesa la casa que parece desafiar el tiempo y el espacio, es como si el mundo entero se doblara para abrirle paso cuando aparece.

El uniforme táctico negro resalta cada línea de su cuerpo. La camiseta pegada al pecho, la funda ajustada, las botas un poco sucias de barro, el pelo un poco revuelto y sexy.

Sus ojos oscuros se posan en mí y, sin dudarlo, Damian camina hasta donde estoy en el sofá y se arrodilla frente a mí. Sin decir nada, inmediatamente, sus manos tocan mi tobillo con delicadeza, analizándolo.

— ¿Te duele?

—Un poco —admito, sintiendo un nudo en la garganta—. Pero estoy bien. No te preocupes.

Observa la venda y pasa los dedos alrededor de la zona con cuidado, firmeza y atención para quitar el vendaje, y parece leer mi cuerpo, buscando exactamente dónde me duele y dónde no puede volver a hacerme daño.

Sus ojos se entrecierran ligeramente.

— Necesitas tomar el analgésico. Descansa de verdad y no te hagas la fuerte.

La frase me hace levantar una comisura de la boca, casi una sonrisa sarcástica.

— Soy fuerte.

Él suelta un breve suspiro por la nariz y esboza una casi sonrisa, que muere antes de nacer, pero que aún así me calienta el pecho de una manera inexplicable. Vuelve a cubrirme el pie y, cuando sus ojos vuelven a los míos, por alguna razón inexplicable, me duele el corazón.

— ¿Vas a salir?

Hace una pequeña pausa, pero suficiente para que me duela aún más por dentro.

— Tengo trabajo —responde en voz baja—. Es importante, pero Adele te cuidará bien.

Mi mano se cierra sobre su camisa, la tela es gruesa y cálida, pero tengo la sensación de que se me escapa entre los dedos. Respiro hondo y suelto el aire, antes de que el orgullo me detenga:

— No puedes dejarme aquí sola.

Levanta los ojos lentamente y, cuando me mira, es como si el mundo se detuviera a mi alrededor. El rostro de Damian está serio, pero hay una pequeña grieta en sus ojos oscuros.

— Volveré pronto, lo prometo.

Me muevo en el sofá, tratando de ignorar el dolor en el tobillo. Mi mano sube lentamente hasta su rostro, mis dedos rozando su barba mal afeitada. Él no retrocede, no se mueve, solo me mira, como si estuviera conteniendo la respiración.

— Solo... quédate aquí un segundo más —susurro.

El segundo que pido es el tiempo exacto que necesito para inclinar la cara y apoyar mis labios en los suyos.

El beso comienza con calma. Un toque suave y vacilante, pero, en el instante en que su boca responde y nuestras lenguas se tocan, algo se enciende en Damian. Su mano sube por el lado de mi cara, sus dedos son firmes y cálidos, atrayéndome hacia él como si fuera inevitable.

Su boca se une a la mía con urgencia, hambre, rabia y *culpa.*

Siento su sabor, el calor, la tensión que vibra bajo nuestra piel. Mis dedos agarran el uniforme, los nudillos apretados contra su pecho, y cuando aleja la boca, solo por un segundo, su frente se apoya en la mía.

«No me hagas quedarme, Julie», dice con voz entrecortada. «No puedo».

— Ya es demasiado tarde para eso.

Me besa la frente, rápidamente, como si necesitara alejarse de mí, y luego se aleja para marcharse, y yo le dejo ir.



CAPÍTULO 23

La casa está en silencio y parece que hay algo fuera de lugar.

Me levanto lentamente, sintiendo un dolor punzante en el tobillo, e ignoro la molestia que late con cada paso. Detrás de mí, el pasillo permanece demasiado tranquilo, y frente a mí está la puerta de su despacho.

Desde que llegué aquí, este lugar siempre ha tenido un aire de prohibición. Un territorio demasiado privado como para pisarlo. Pero hoy, sola, con la mente inquieta y el corazón lleno de preguntas sin respuesta, cruzo la línea.

Agarro el pomo y lo giro, haciéndolo ceder con facilidad. Lo primero que me golpea es el olor, a madera y papel envejecido, con una humedad controlada. Todo está impecablemente organizado. Parece que he entrado en una cápsula hecha solo para él. Un mundo dentro del mundo.

Las estanterías van del suelo al techo con libros alineados. Cojeando, me acerco a ellas, deslizo los dedos por los lomos y, uno a uno, los títulos me sorprenden. Estrategia, filosofía, historia militar, geopolítica.

Primeras ediciones de Sun Tzu, Maquiavelo, Jung. Dostoievski descansa junto a Orwell, y una antigua edición de Kafka parece haber sido releída varias veces. Hay algo muy íntimo e intelectual aquí. Creo que Damian no lee solo para distraerse, sino para comprender, descifrar y, sobre todo, controlar.

Atravieso el espacio con dificultad hasta llegar a la mesa de caoba oscura. La madera brilla bajo la suave luz, reflejando sombras duras en los bordes. Paso la palma de la mano por la superficie pulida, sintiendo el frío de la madera penetrar en mi piel. La silla de cuero negro gira ligeramente cuando me siento. Mis ojos se deslizan por el tablero de la mesa y noto que no hay nada fuera de lugar.

Todo sistematizado, exactamente como Damian.

La pantalla del ordenador está apagada, el monitor en *modo de espera*, esperando una orden. Durante unos segundos, dudo, pero el dedo se mueve antes de que pueda pensar mucho y la imagen que aparece hace que el aire de mis pulmones desaparezca.

Soy yo en el salvapantallas.

Me quedo paralizada en la silla, me sudan las manos, pero no consigo separarlas del brazo del sillón. Es una foto mía, tomada fuera de la facultad. Llevo el pelo suelto, recogido detrás de las orejas, las gafas resbalándome por la nariz, la bata doblada en el antebrazo izquierdo, libros y un bolso apoyados contra el pecho, y una blusa blanca manchada de café.

Sé exactamente qué día fue tomada esa foto. Era un seminario sobre emergencias médicas y triaje en el campo. Un estudiante chocó conmigo en el pasillo abarrotado y el café se derramó y manchó mi blusa, y aun así, no volví a casa. Me quedé y lo vi todo.

Y alguien estaba allí, observándome.

La foto no es un registro público, no es de un mural institucional. Fue tomada a distancia, pero con suficiente nitidez como para captar los detalles, y con un tipo de intimidad que me hace estremecer.

Damian me observaba antes que nada. Entonces, ¿por qué nunca se acercó? ¿Por qué se quedó lejos, escondido detrás de la lente?

Con el corazón acelerado, apago el monitor y arrastro un poco la silla hacia atrás. Estiro una de mis manos hacia los cajones y el

primero se desliza con facilidad. Hay carpetas, papeles con códigos y anotaciones incomprensibles, objetos prácticos que parecen no salir nunca de su sitio, todo minuciosamente organizado.

En el segundo cajón, mis dedos tocan algo diferente. Es un álbum, pesado y forrado con cuero oscuro, con los bordes desgastados. No tiene nombre, ni fecha, ni ninguna marca visible.

Pongo el álbum sobre la mesa, el cuero cruje cuando suelto la hebilla, como si estuviera rompiendo un pacto. Mis dedos dudan por un instante antes de pasar la primera página.

Lo primero que veo es a un Damian más joven, tal vez de unos dieciocho años. Los rasgos aún firmes, pero menos marcados. Los ojos menos oscuros y la sonrisa más leve. No es el hombre que conozco ahora, es alguien que aún no ha sido totalmente quebrantado.

Y a su lado, mi padre.

El reconocimiento es un puñetazo directo en el estómago. La forma en que le sujeta el hombro a Damian, la forma en que ambos ríen juntos, como si el mundo entero fuera un lugar soportable cuando estaban juntos.

Hay un tercer hombre también. Alto, de expresión seria, pero cómodo entre ellos. Los tres juntos, como si fueran hermanos. Es un tipo de vínculo que no se forja por la sangre, sino por el dolor.

Las fotos se repiten en otros momentos. Algunas en las que están riendo, rodeados de botellas y humo. Otras, con uniformes negros, serios, alineados como si fueran parte de algo más grande. No son ropas militares comunes, son más discretas y oscuras, peligrosas, como las que Damian llevaba hoy.

Y sé que pertenecen a algo que no existe en los registros oficiales.

Cada imagen parece más intensa que la anterior, más cargada, y sin embargo, en todas ellas Damian está en el centro, como el eslabón que mantenía a los otros dos en pie. O como la tormenta que vendría después.

Entonces, paso otra página y mi corazón se detiene.

Una foto mía. O mejor dicho, de cuando era un bebé, en sus brazos.

Damian está sentado, vestido de negro, con el pelo un poco más largo, con la expresión tensa de quien intenta parecer relajado y fracasa estrepitosamente. Yo, pequeña, tumbada sobre su pecho, dormía con la boca entreabierta y un bracito suelto, colgando hacia un lado.

Él me sostiene como alguien que no tiene práctica, pero no quiere cometer errores. Como alguien que no está hecho para eso y, sin embargo, me sostiene como si lo estuviera.

Siento que se me cierra la garganta.

Paso la página con los dedos temblorosos y veo a Sienna. Más joven, tal vez unos quince años, con el pelo recogido y la postura rígida. Está entre los tres hombres, como si también formara parte de aquello, no solo como observadora, sino como alguien que se crió en el mismo fuego que ellos. El mismo uniforme oscuro, la misma expresión contenida, la misma ausencia de infancia.

¿Qué significa esto?

Estas personas, estos recuerdos, conocen a mi padre mejor de lo que yo jamás podré conocerlo.

Cierro el álbum con cuidado, sintiendo mi respiración entrecortada y mi corazón latiendo con fuerza contra mis costillas. Por un segundo, dejo la palma de mi mano sobre la cubierta, como si pudiera absorberlo todo con solo tocarlo. Pero la verdad es que nada de lo que he visto me da respuestas, solo más preguntas.

Más inquietud y más distancia entre lo que sé y lo que necesito descubrir.



Ya ha pasado más de un día desde que Damian se fue, y el tiempo aquí dentro no parece obedecer a las mismas reglas que en el resto del mundo, porque los minutos se arrastran demasiado.

Adele cumple los horarios a la perfección, me prepara las comidas, revisa mi vendaje, pero habla poco y, para ser sincera, yo tampoco. Su presencia es firme y silenciosa, es como si estuviera aquí solo para mantener la estructura en pie mientras algo más importante está fuera. Mientras alguien más importante está fuera.

He tenido dificultades para dormir y, por eso, decidí dormir en la habitación de Damian. La almohada tiene su olor, al igual que la camiseta que me pongo y su cama. Todo eso me hace sentir un poco menos sola.

Aferrada a sus mantas, me quedo profundamente dormida, pero algo me despierta de repente.

Me despierto con una sacudida, el pecho oprimido y sin aire, como si algo me hubiera sacado de allí antes de tiempo. Las sábanas están húmedas de sudor, pegadas a la piel, y me cuesta respirar. Mis ojos tardan unos segundos en adaptarse a la densa oscuridad de la habitación, que es total.

No suelo dormir en la oscuridad, siempre dejo una luz tenue encendida. Levanto la mano y busco a tientas hasta encontrar el interruptor de la lámpara, encendiéndola rápidamente, casi con rabia. La luz amarillenta me calma por un instante y recorro la habitación con la mirada. La puerta está cerrada, la cortina corrida sobre la ventana, nada parece fuera de lugar.

Vuelvo a acostarme lentamente, obligando a mi cuerpo a calmarse, pero mi pecho aún late con fuerza. Toco la almohada, tratando de encontrar una posición más cómoda, cuando mis dedos tocan algo extraño, haciendo que mi corazón vuelva a latir con fuerza contra mis costillas.

Me siento en la cama y tiro del objeto con cuidado. Es un sobre blanco, liso, sin destinatario ni remitente. Sin nada.

¿Cómo ha llegado aquí?

Con las manos temblorosas, lo abro, con el estómago revuelto incluso antes de saber qué hay dentro. Saco el papel y lo despliego lentamente, cada centímetro me da ganas de vomitar.

Leo en silencio.

«Podría empezar con una advertencia, Julie, pero tú no escuchas las advertencias.

Las personas como tú solo escuchan cuando el corazón se acelera, cuando la piel se eriza, cuando el instinto comienza a gritar, e incluso así, tardan en obedecer.

Él te trajo aquí pensando que podía esconderte. Pero lo que se esconde... suele llamar la atención.

Eres observable, ¿sabes? Por la forma en que te recoges el pelo, por la forma automática en que compruebas si la luz está encendida antes de dormir, por cómo te muerdes la comisura de los labios cuando sientes que estás sola, pero temes admitirlo.

No estás sola, pequeña Julie. Nunca lo has estado.

Y él lo sabe.

Y tal vez por eso no puede respirar bien cuando lo miras de esa manera.

¿De verdad crees que entiendes quién es él? ¿Que conoces los nombres que lleva? ¿Las muertes que nunca te ha contado?

Estuve con él cuando esa alma aún tenía forma. Vi lo que le hizo a sus amigos. Lo que permitió y lo que sacrificó. Y si crees que

hay algo en él que te salvará, tal vez seas estúpida y merezcas ahogarte.

No estoy aquí para hacerte daño. Todavía no. Pero me gusta ver cómo lo que es precioso empieza a resquebrajarse. Y tú, Julie, estás llena de grietas.

Sigue durmiendo con la luz encendida, sigue creyendo que estás fuera de la oscuridad, porque, en algún momento, te mostraré lo que hay dentro, y cuando eso suceda, sangrarás.

— Shade.

La carta se me resbala entre los dedos y cae sobre mi regazo. Siento que todo mi cuerpo se congela, mis ojos siguen fijos en la caligrafía perfecta, fría y sin fallos. Cada frase parece haber sido escrita con cuidado, como si hubiera sido pulida para alcanzar un lugar muy específico dentro de mí.

Él estuvo aquí mientras yo dormía.

Presiono la palma contra mi pecho, tratando de controlar la respiración, e intento doblar el papel con los dedos temblorosos. De reojo, miro hacia la puerta, sigue cerrada, y nada en esta habitación parece fuera de lugar, al mismo tiempo que todo parece diferente ahora.

¿Quién es Shade? ¿Y qué quiere de mí?



GREY

CAPÍTULO 24

Santiago, Chile – Casa de campo, 03:12

La noche parece extraña desde que salimos del coche.

El aire está más seco y frío, y el silencio entre los árboles no es natural. No hay viento, solo una tensión suspendida, casi palpable, de que algo malo va a pasar o que está a punto de pasar.

Entro con el arma baja, los ojos atentos y todo el cuerpo tenso bajo la tela oscura del uniforme, cada fibra en estado de alerta. Raven está al otro lado de la propiedad, avanzando por el flanco, y aunque la comunicación entre nosotros es mínima, nuestra sincronía es perfecta.

—Dos en la retaguardia. Voy a limpiar. —Su voz llega seca al punto, sin ninguna vacilación, tal y como le enseñaron.

—Treinta segundos— respondo, mientras cruzo el estrecho pasillo de la casa de campo, que más bien parece una trampa.

La madera bajo mis pies cruje ligeramente, pero no reduzco la velocidad. El pasillo desemboca en una sala iluminada solo por una lámpara colgante y sucia. Un hombre susurra algo por la radio, otro monta un rifle con prisa, y un tercero, nuestro objetivo, Javier Velásquez, está sentado con las piernas abiertas, sudoroso y paranoico.

Es suficiente para mí.

Con dos zancadas largas, le meto una bala en la rodilla al primero, haciéndole gritar y caer al suelo, arrastrando parte de la alfombra. El segundo levanta el arma, pero soy más rápido y le doy una patada en la muñeca y otro golpe seco en la mandíbula, haciéndole caer, y el sonido del impacto en el suelo resuena más fuerte de lo que debería.

Velázquez se levanta desesperado, pero es demasiado tarde. Avanzo rápidamente y le agarro el brazo, empujándolo bruscamente contra la pared. Su cabeza gira con el impacto, pero el hijo de puta todavía tiene fuerzas suficientes para sacar una navaja del bolsillo lateral de sus pantalones y clavármela en el costado del abdomen.

El corte es profundo, caliente y ardiente. La sangre corre por el costado de mi cuerpo y aprieto los dientes por el fuerte dolor, pero gracias a mi entrenamiento e instintos, soy incapaz de detenerme o retroceder.

Le clavo el codo en la cara con fuerza, haciéndole crujir la mandíbula. El olor a sangre lo impregna todo y empiezo a perder el control, aunque solo por dentro.

Retiro el cuchillo de mi abdomen sin dudar, el metal sale caliente, manchado de rojo. Siento un dolor agudo, pero aguanto firme. Lo tiro lejos y presiono la herida con la mano izquierda.

Con la derecha agarro la nuca de Velásquez, empujando su cara contra la pared. Una. Dos. Tres. Cuatro veces. El sonido de los huesos rompiéndose resuena en mi brazo, aún así, no me satisface, pero es suficiente para casi borrarlo.

—Grey, tenemos que llevarlo vivo a Dubái, ¿te acuerdas? —dice Raven mientras se acerca a mí con una pistola en ristre.

Me arrodillo sobre él, presionándole el brazo e inmovilizándolo. Su sangre mancha mi guante, y la mía mancha el suelo.

—Tienes suerte. Tienes que salir de aquí con vida, Javier, pero te juro que preferirías no haber salido —murmuro, antes de sedarlo con la jeringa que Raven me desliza por el suelo de la habitación.

—Un poco más y le habría aplastado la base del cráneo —refunfuña de forma autoritaria, pero yo lo ignoro—. Ah, mierda. Estás sangrando.

— No es nada.

—Necesitas puntos—. Raven echa un vistazo, pero no ofrece ayuda. Sabe que no es el momento.

— No. Saber que va a despertar en una de nuestras salas de contención, con agujas en el brazo y el estómago vacío, es suficiente para mí.

— Sí, lo dirá todo. Nombres, rutas, fórmulas. Quién se llevó la carga biológica en Iquique.

—Misión cumplida —comento, apretando la mandíbula por el dolor de la herida.

En menos de dos minutos, metemos el cuerpo de Javier, sedado y esposado, en el maletero del coche que dejamos en el camino de tierra. Raven se pone al volante y yo me echo el abrigo por encima de la camisa rota, presiono la herida y dejo que el asiento trasero me engulla.

La sangre sigue brotando, las costillas aún me duelen. Cierro los ojos por un segundo y pienso en Julie. Maldición. Estoy deseando volver a la cabaña y estar con ella.

— ¿Seguro que vas a aguantar? —pregunta Raven, haciéndome abrir los ojos y mirarla por el espejo retrovisor—. Puedo parar y vendarte.

— He estado peor.

— Y has matado por menos.

—Exacto.

Raven esboza una sonrisa, una de esas que no llega a los ojos. Y eso es todo, ninguno de los dos necesita decir nada más.



GREY

CAPÍTULO 25

Freno el coche en la entrada de grava de la cabaña.

Por un instante, lo único que se oye es el sonido del motor apagándose y el crujido de mis huesos, quejándose cuando apoyo el cuerpo para bajar del vehículo. El lado izquierdo de mi torso aún late con dolor, pero desde pequeño aprendí a convertir el dolor en combustible.

Raven insistió en suturar la herida y tuve que ceder. Los puntos aguantaron el vuelo y la sutura, aunque seca, empieza a tirarme bajo la camisa negra. Todavía estoy cubierto de sangre seca, sudor y humo, pero mi respiración es lo suficientemente regular como para atravesar otra puerta.

Adele me espera en el balcón, como siempre, sin parecer ansiosa. Sus ojos calculan mi expresión incluso antes de que diga nada. Está entrenada para ello, y es mejor que mucha gente que conozco.

Lleva el mismo moño bajo de antes y tiene la misma postura erguida y la mirada firme. Ve la sangre en el cuello de la chaqueta y mis dedos vendados, pero no reacciona, porque sabe lo que he ido a hacer.

—Señor Balestra —dice simplemente, con un ligero movimiento de cabeza, antes de abrirme paso—. ¿No ha tenido tiempo de darse una ducha?

La miro por encima del hombro y ella mantiene la cabeza erguida, seria.

—Quería llegar pronto a casa —digo, cruzando ya la entrada de la cabaña.

—Claro.

—¿Cómo está ella?

— Bien, está durmiendo en su habitación. El tobillo se le desinflamó bastante al tercer día. Ayer volvió a caminar, con pasos ligeros. Leyó mucho, comió poco y casi no habló. Durmió lo suficiente. — Adele sigue mi ritmo con discreción, manteniendo los detalles fríos y prácticos, como si estuviera leyendo un informe. — Entró en el despacho una vez, pero no forzó nada. Su comportamiento siguió siendo controlado. Su presencia es... silenciosa, pero sólida.

Asiento una sola vez, quitándome con cuidado la chaqueta ensangrentada y colgándola en el respaldo de la silla que está junto a la puerta. La tela, ya rígida por la sangre seca, se balancea ligeramente y el olor metálico parece más fuerte ahora, mezclado con tierra y pólvora. Mis manos presionan el costado del cuerpo por puro instinto, como si pudieran contener algo que ya se ha escapado.

— Puedes recoger tus cosas. He pedido que vengan a recogerte, el coche estará aquí en quince minutos.

— Ya he preparado la maleta —responde ella, sin sorpresa.

Adele no exige un agradecimiento en voz alta, ni pregunta nada ni me da consejos. Hace lo que tiene que hacer y desaparece. Por eso confío en ella. No porque me entienda, sino porque no f e finge entenderme.



Giro lentamente el pomo de mi habitación y empujo la puerta sin hacer ruido. Lo primero que veo es a Julie durmiendo en medio de mi cama, con su cabello rubio suelto y esparcido sobre las almohadas y la sábana bajada hasta la mitad de los muslos.

Lleva puesta la blusa que le dejé, demasiado grande para su pequeño cuerpo, y aun así, la hace demasiado hermosa para alguien que debería odiarme por haberla sacado de su mundo.

Su respiración es lenta y profunda, y la luz tenue deja sombras en el contorno de la mandíbula, en las pestañas y en la curvatura del hombro.

Doy un paso hacia dentro y el suelo cede ligeramente bajo mi peso, pero no hace suficiente ruido.

—Damian... —susurra sin abrir los ojos. Su dulce voz ronca por el sueño, tan suave y, joder, la echaba muchísimo de menos—. Has vuelto...

Se mueve en la cama y se hunde de nuevo, girando ligeramente la cara hacia la almohada. Me quedo quieto, mirando la línea de su columna bajo la fina tela de mi camiseta. Con cada respiración, su cuerpo se mueve en lentas ondas, y por más que lo intento, no puedo apartar la mirada de la parte expuesta de su trasero.

Me obligo a caminar hasta el baño, porque necesito una ducha fría. O lo suficientemente caliente como para quemarme. Después de quitarme la ropa y los zapatos, abro el grifo y dejo que

el agua caiga sobre mi cuerpo, lavando la sangre. El corte en mi costilla todavía late y siento que mi hombro derecho está un poco agarrotado, pero al menos estoy entero.

Cuando salgo del baño, me encuentro a Julie sentada en el borde de la cama. Con las piernas cruzadas, la cara recién despierta y una mano frotándose los ojos con delicadeza.

—Damian..., creía que estaba soñando... —dice, somnolienta, con la blusa colgando de un lado del hombro y los mechones de pelo revueltos enmarcando su rostro. Jodidamente hermosa. —¿A qué hora llegaste? —pregunta, acomodándose en la cama.

—Hace una hora —respondo, firme y en voz baja, sin dar más explicaciones. No necesita los detalles.

Julie se levanta lentamente, su pie derecho toca el suelo con vacilación, pero el izquierdo pisa con firmeza. El progreso es visible, aunque discreto. Aún cojeando un poco, se acerca y siento como si estuviera volviendo a mí.

Se detiene frente a mí, a menos de un paso de distancia. Sus ojos azules recorren mi cuerpo hasta la herida en el abdomen, aún cubierta por una venda improvisada, ahora mojada y manchada de sangre, con la piel enrojecida alrededor.

«¿Qué ha pasado?», pregunta, y aunque su voz es baja, el peso de su entonación revela más de lo que quiere mostrar.

Le sostengo la cara entre las manos, con los pulgares tocando suavemente los lados de la mandíbula. La piel está caliente, suave y viva, mis dedos se deslizan hasta el pelo y me quedo así, sujetándola ligeramente, como si mi tacto pudiera calmarla más que cualquier respuesta.

«Estoy bien», digo, mirando sus grandes ojos, que ahora parecen demasiado grandes para esta pequeña habitación. «Ya pasó».

Ella no discute conmigo, pero la forma en que sus labios tiemblan por un segundo y sus ojos vuelven a bajar a la banda me

dice que no me cree. O que me cree lo suficiente como para no llevarme la contraria en este momento.

Julie se acerca hasta que su cuerpo toca el mío. Sus brazos se enredan en mi cintura y su rostro se hunde en mi pecho desnudo, como si quisiera desaparecer entre mis brazos.

Siento su respiración mezclarse con mi piel, y cuando habla, su voz suena apagada, cargada de un calor inesperado que me golpea justo en medio de la cicatriz que no ha cerrado.

— Me alegro de que hayas vuelto.

— Me alegro de haber vuelto.

Sus brazos permanecen alrededor de mí más tiempo del que merezco, y aunque la herida me arde, no tengo valor para apartarla de mí, así que nos quedamos así.

— Has usado mi jabón —gruño al sentir mi propio olor en su piel. Ella se ríe suavemente, ocultando su rostro, y yo apoyo las manos en su delgada cintura.

—Pensé que no te importaría.

Se aleja lentamente y me mira con determinación. Me coge de la mano y me lleva hasta la cama, como si fuera natural cuidar de alguien como yo.

—Déjame ver —dice, sentándose y esperando a que me ponga delante de él.

Obedezco en silencio.

Saca el botiquín de primeros auxilios del cajón de la mesita de noche y retira la venda con cuidado. No se inmuta al ver el corte, pero mi mandíbula se bloquea, porque solo tengo una toalla cubriendo mi pene, y verla así, sentada frente a mí, me hace pensar cosas que no debería.

—Es profundo —murmura—. Deberían haberte puesto más puntos.

—Ha sido suficiente —respondo—. He estado peor.

—Eso no significa que tengas que seguir haciéndote daño— replica con suavidad, y aunque no me mira a los ojos, sé que está conteniendo muchas cosas entre dientes.

Limpia alrededor con el algodón empapado y luego aplica un nuevo vendaje. Su toque es delicado y firme, como si supiera dónde puede tocar y dónde no. Observo el movimiento de sus manos, la concentración en su rostro y, por un segundo, dejo que la tensión de mis hombros se relaje.

— Ha pasado algo mientras estaba fuera.

Frunzo el ceño, confundido. Adele no me dijo nada, y me habría informado si le hubiera pasado algo grave a Julie. Ella sabía que tenía que informarme de todo.

— ¿Qué?

— No se lo he contado a nadie —admite, haciendo que todo mi cuerpo reaccione. Me quedo inmóvil, con los ojos clavados en los suyos, esperando. Y, de repente, el aire parece más denso, incluso para respirar.

— ¿Qué pasó?

Julie se queda callada y termina de vendarla, luego deja caer las manos a los lados del cuerpo y respira hondo.

— Dejaron un sobre debajo de la almohada. Una carta. Para mí. —Respira hondo, organizando las palabras—. Pensé en hablar con alguno de tus hombres, pero pensé que, si se lo contaba, te llamarían. No quería interrumpir lo que estabas haciendo.

Siento un nudo en el estómago.

Doy un paso atrás, me froto el pelo con la mano y me aprieto la nuca con tanta fuerza que me duele. Me arde el pecho, pero no es la costilla, es la rabia palpitante por haber tocado lo que es mío.

— No he recibido ningún informe de movimientos sospechosos —digo entre dientes.

— No sabía si era algo serio o solo algo para asustarme.

— Toda amenaza es seria, Julie —replico secamente—. Más aún cuando ocurre aquí, bajo mi techo, contigo. —Mi sangre corre más rápido y siento que mis dedos se tensan—. ¿Qué decía la carta?

Ella duda, y eso ya me dice más que cualquier respuesta directa.

— Creo que me conoce. O cree que me conoce. Y hablaba de ti, decía que me observan y que están cerca.

Cierro los ojos por un segundo y me llevo una mano a las sienes para masajearlas con fuerza.

—Dame la carta. Ahora.

Se levanta, camina hasta el cajón donde lo guardó y me lo entrega. No dice nada, pero la forma en que me mira dice que sabe que alguien acaba de firmar una sentencia.

Y que nunca olvido una falta, y mucho menos perdono a quien toca lo que es mío.



GREY

CAPÍTULO 26

El viento en la cubierta es frío, pero la ira me mantiene caliente por dentro, ardiendo lentamente, como una mecha demasiado larga para apagarse por sí sola. El cielo está nublado, las nubes son pesadas y la madera bajo mis pies cruje con el peso de mis pasos.

Los siete hombres que debían encargarse de la seguridad de la cabaña están aquí fuera, en fila, con los hombros tensos y la cabeza gacha. No se atreven a mirarme a los ojos, porque saben que han fallado.

Y fallarme a mí tiene un alto precio que pagar.

Daniels está en el centro, como si supiera que será el primero en caer. Me detengo frente a ellos y no digo nada durante largos segundos, solo observo. Y el silencio pesa más que gritar, porque lo que viene después, todos lo saben, es mucho peor.

Saco la carta del bolsillo y la abro, mis ojos se deslizan por la caligrafía familiar, como si releerla fuera a confirmar lo que ya sé desde que miré la letra curva y limpia.

Shade.

El desgraciado estuvo aquí, entró en mi casa y observó a Julie de cerca.

Levanto los ojos lentamente y cada uno de ellos siente mi mirada fija en ellos. Nadie se atreve a moverse.

—La noche del tercer día, las cámaras se congelaron durante treinta minutos—gruño entre dientes, rompiendo el silencio como una cuchilla afilada—. Estaban aquí. Siete hombres armados, siete pares de ojos. ¿Cómo no se dieron cuenta de que algo iba mal?

Hago una pausa, solo para que asimilen lo enfadado que estoy, y luego continúo:

—Entró en mi casa.

Nadie responde, pero la incomodidad se refleja en sus tensas expresiones, en los músculos de sus mandíbulas apretadas y en sus manos temblorosas que intentan mantenerse firmes. Daniels aprieta los dedos contra sus vaqueros como si fuera posible ocultar la culpa en el pliegue de los pantalones.

— ¿Alguien me va a decir cómo un maldito fantasma cruzó mi perímetro, desactivó las cámaras y dejó una nota debajo de la almohada de la mujer a la que juré mantener con vida?

Ninguno de ellos se atreve a responder.

Me acerco a Daniels, un paso, luego otro, hasta estar tan cerca que su olor me irrita. Cigarrillo barato mezclado con sudor y miedo.

— ¡Habla, joder! —exijo, bajando la voz una octava, subterránea—. Quiero oírlo de tu boca. ¿Dónde estabas?

Éxita. Mierda.

— Pensé... que todo estaba bajo control —susurra—. Estaba en mi cita con Miles y Joe, pero salimos diez minutos a fumar un cigarrillo. Todo estaba tranquilo.

— Tranquilo —repito, casi riéndome—. ¿Qué te hizo pensar que esta cabaña había sido alguna vez un lugar tranquilo?

No espero que responda, mi mano se cierra en un puño y el puñetazo sale rápido, directo a su mandíbula, con toda mi fuerza y rabia.

Daniels cae de lado, tambaleándose por el impacto. No grita, ni se queja, solo se endereza de nuevo, con la mano en la cara y la

sangre corriéndole por la barbilla.

—Shade entró en mi puta casa —gruño—. Pasó por los putos sensores. Pasó por vosotros. Pasó por todo. Llegó a mi habitación y dejó una carta en la almohada donde dormía Julie.

Uno de los otros traga saliva, y el tercero, el de la hija, tiembla ligeramente. Es Miles, también culpable, ya que debería estar trabajando en lugar de salir a fumar cigarrillos con los demás.

—Tú, tú, tú, tú... salgan —les ordeno a los hombres que no estaban de servicio la noche del fallo, y se alejan apresuradamente, dando pasos pesados sobre la madera de la cubierta. Nadie se atreve a discutir ni a preguntar.

Me quedo solo con Daniels, Joe y Miles. Los tres que estaban aquí y deberían haber impedido esta mierda. Permanecen en silencio, todavía tratando de entender si hay espacio para la redención. Una parte de ellos sabe que esto no se trata solo de un error, se trata de las consecuencias.

— Yo los entrené. Los elegí a dedo, los alimenté, los vestí. Les pagué una fortuna, los respeté. Confié en ustedes. — Doy un paso adelante. — Y aun así... me fallaron. — Tiro la carta al suelo y cae suavemente, casi sin hacer ruido. El papel blanco destaca sobre la madera oscura. — Dejaron que el enemigo cruzara nuestro perímetro. Dejaron que entrara en mi casa —continuo, firme—. Llegó hasta ella.

Saco el arma lentamente y, por un momento, la miro en mi mano, admirando el peso del metal en mi palma.

—Podría haberse llevado a Julie y ustedes ni siquiera se habrían dado cuenta —digo, y un nudo amargo se me forma en la garganta.

— Jefe, yo... —Miles empieza a hablar, pero desbloqueo el arma y apunto a su cara, haciendo que Joe se ponga tenso y Daniels me mire, no por valentía, sino por culpa.

—Cállate —le digo mientras disparo el primer tiro en la frente, él cae con un golpe seco al suelo, con los ojos aún abiertos y

sorprendidos.

Joe también intenta decir algo, pero no se lo permito. El segundo disparo le atraviesa el centro de las cejas y cae de lado, con un sonido de carne blanda, y la sangre brota rápidamente entre las tablas.

Daniels permanece de pie, con los hombros temblorosos y los ojos fijos en los cuerpos de sus compañeros durante dos segundos que se hacen eternos. Sabe que él también va a morir. No puedo perdonar un error como ese.

Me acerco lentamente y apunto con el arma a su frente, pero aún no disparo.

— Yo te entrené, Daniels. Te cubrí cuando nadie más confiaba en ti. Te guardé el puesto en la organización cuando casi te derrumbaste en Siria. Te traje cerca, cerca de ella. —Hago una pausa y acerco mi cara a la suya—. ¿Y qué hiciste? Saliste a fumar. —Cierra los ojos avergonzado. — Pusiste su vida en peligro. Y eso, para mí, tiene un precio.

Dicho esto, apoyo el cañón del arma contra la piel de su frente y aprieto el gatillo, haciendo que el disparo resuene por el bosque. La cabeza de Daniels se inclina hacia atrás antes de desplomarse, y el cuerpo cae sobre los otros dos.

Me quedo observando los tres cuerpos por un momento, con el dedo aún en el gatillo, respirando firme y pesadamente. Sin embargo, no me arrepiento. Soy incapaz de dejar vivo a quien ponga en peligro a *mi* Julie.

Saco el móvil del bolsillo y marco el número de uno de mis hombres.

— Necesito que limpien la cubierta.

— Sí, señor.

— Quiero todas las imágenes de la última semana. Satélite, infrarrojos, reconocimiento facial, patrón térmico, escaneo del suelo,

todo —ordeno—. Si tienen que abrir toda esta maldita selva para encontrar una huella, lo harán.

—Sí, señor.

Cuelgo sin decir nada más. La sangre en el suelo aún está caliente y se escurre lentamente por las rendijas de la madera, dibujando caminos rojos como pequeños ríos.

Guardo el arma con un movimiento firme, girando el cuerpo lentamente. Mis hombros siguen tensos, el corte aún late en mi cintura, pero nada se compara con lo que hierve por dentro. La traición, el fracaso de mis hombres, la proximidad de Shade.

Cruzo el porche con pasos pesados y la madera cruje bajo mis botas. Empujo la puerta de la cabaña y entro, y me encuentro con Julie, con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos.

No me hace falta mucho para comprender que lo ha visto todo.



CAPÍTULO 27

Desde las paredes de cristal de la sala, lo veo todo.

La oscuridad parece más densa de lo normal y no oigo exactamente lo que se dice fuera, pero su expresión ha cambiado desde que mencioné la carta. El silencio entre una frase y otra es demasiado pesado para ser casual, y eso hace que mi corazón se acelere.

Tragué saliva y crucé los brazos a la altura del pecho, en un intento inútil de protegerme, fuera de lo que fuera. Mantuve la atención fija en los movimientos rígidos y calculados de Damian.

Los tres hombres siguen alineados frente a él, y a pesar de la distancia, se nota que algo malo va a pasar. No se mueve como un hombre enfadado, sino como alguien decidido.

El primer disparo hace que mi cuerpo se tense y doy un pequeño salto por el susto. El segundo llega tan rápido que apenas tengo tiempo de reaccionar. El tercero es el más cruel, porque se acerca al hombre y le dice algo, le pone la pistola en la frente y, mirándole a los ojos, aprieta el gatillo.

Damian acaba de matar a tres hombres y no parece arrepentido en absoluto de lo que ha hecho. Parecía tan natural y tranquilo que es imposible describirlo con palabras.

Me quedo de pie en medio de la sala, sin saber qué hacer. No es exactamente conmoción, ni miedo, es algo que me atrapa por

dentro y me hace echar raíces en el suelo. Lo que acabo de ver es Damian. Es lo que realmente es.

La puerta se abre y él entra, clavando sus ojos en los míos de inmediato. Su presencia lo llena todo, como si el aire de la cabaña estuviera moldeado por él. Sus ojos están un tono más oscuros, brillando de ira mezclada con furia.

No puedo hablar. Para ser sincera, apenas puedo respirar. Pero lo que me impacta no es lo que acaba de hacer ni la ropa manchada de sangre, ni su silencio, sino darme cuenta de que, incluso después de verlo matar a tres hombres sin dudarlo, no le tengo miedo.

—Julie... —susurra.

Doy varios pasos atrás, no por instinto de supervivencia, sino porque algo dentro de mí reconoce su voz grave como una llamada. Si se acerca demasiado ahora, si me pone las manos encima, sé que voy a ceder. Voy a caer y perderme en él. Y de alguna manera que todavía me niego a entender, él no es solo el hombre que mató por mí. Es el hombre al que quería que volviera por mí.

Damian sigue inmóvil, observándome. Sus ojos siguen siendo sombríos e intensos, como si parte de él aún estuviera afuera, entre la sangre y los cadáveres.

Pero entonces, con un gesto lento y deliberado, saca el arma de la parte trasera de sus pantalones y levanta el brazo lentamente, sosteniéndola en la mano como en un gesto de paz. A continuación, se inclina ligeramente, manteniendo la mirada fija en la mía, y coloca el arma en el suelo de la sala, junto a la puerta, demostrando que no es una amenaza para mí.

—Acabas de matar a tus hombres—digo, sin poder disimular la incredulidad en mi voz. No es un juicio, es que todavía no entiendo todo lo que estoy sintiendo, pero la frase se me escapa antes de que pueda procesarla.

Damian asiente una vez con la mandíbula apretada.

—Tuve que hacerlo —responde con voz grave y firme como una roca—. Te pusieron en peligro.

—¿Mataste a los tres... solo por la carta? —replico, tratando de entender sus límites. O la falta de ellos. Necesito saber hasta dónde es capaz de llegar por mí, por ira o por cualquier otra cosa.

Da un paso adelante, con las manos aún a la vista, como si cada movimiento estuviera pensado para que no retrocediera más.

— No fue solo por la carta. —Su voz es baja, pero hay una intensidad aterradora en sus palabras—. Fue porque fallaron, porque su trabajo era mantenerte a salvo mientras yo no estaba aquí. Y, aun así, alguien entró en mi maldita casa y tocó tu almohada mientras dormías.

Damian da otro paso, más lento, y se detiene a unos metros de mí. El silencio entre nosotros parece vibrar, como si algo estuviera a punto de suceder. Sus ojos bajan hacia el arma en el suelo, luego vuelven a mí.

—Julie, no puedo permitir fallos como este. No cuando se trata de ti.

Todo dentro de mí da vueltas, y la parte racional todavía intenta entender si esto es una exageración o justicia. Pero la otra parte, la que escuchó su ira, la que vio los cadáveres en la terraza, la que reconoce la forma en que me mira, esa parte lo entiende.

Entiende que él no se guía por las leyes. Se guía por la lealtad y el instinto. Se guía por mí. Y eso, tal vez, es lo que más me asusta ahora.

—Nunca te haré daño, si eso es lo que te preocupa —dice en un susurro, como si las palabras le dolieran—. Sé que ahora me tienes miedo.

Niego con la cabeza.

—Sé que no me harás daño—digo, conteniendo el aliento—. Es solo que no se me pasó por la cabeza que fueras a matarlos—admito, con un nudo amargo en la garganta.

Damian rompe toda la distancia que nos separa y, esta vez, no puedo retroceder, porque sé que es demasiado tarde cuando me sujeta la cara entre las manos y me acaricia las mejillas con los pulgares.

— Es como aprendí a hacer las cosas. Es de esa fuerza de donde aprendí a proteger lo que es mío.

—¿Matar? —pregunto sin moverme, sin pestañear ni disimular la mezcla de sorpresa y fascinación que me provoca esta conversación. La pregunta sale más baja de lo que me gustaría, pero aún así, llena de curiosidad.

—Matando a cualquiera que amenace tu vida.

Asiento lentamente, porque no sé qué hacer con esa información. No es una sorpresa, algo en mí ya lo sabía, pero escucharlo de su boca, con ese tono frío y definitivo, es como recibir un puñetazo en el estómago y no tener tiempo para recuperar el aliento.

Respiro hondo, tratando de organizar el torbellino que se ha apoderado de mi cabeza. Recuerdo la imagen que vi en su ordenador. El salvapantallas. El momento capturado incluso antes de que todo esto existiera para mí. Sin embargo, para él, ya existía. ¿Es eso posible?

—En tu ordenador... hay una foto mía —digo en voz muy baja, pero sé que él escucha cada sílaba—. Es de antes de que nos volviéramos a encontrar. Mucho antes. ¿La hiciste tú?

Damian me mira con un silencio que parece más una pregunta que una respuesta. Su mandíbula se mueve, como si estuviera considerando si vale la pena decirme la verdad ahora o protegerme de ella.

— Pregunta lo que realmente quieres saber, Julie.

La frase me atraviesa con más fuerza de la que esperaba. Él lo sabe, siempre lo ha sabido. Me humedezco los labios con la lengua, tratando de dar forma a lo que lleva días, semanas, quizá

desde el primer instante en que me di cuenta de que él sabía demasiado sobre mí, atascado en mi garganta.

— ¿Has matado antes por mí? —pregunto, casi sin poder articular palabra—. ¿Antes de hoy? ¿Antes de aquella noche en la discoteca?

Su silencio dura un segundo más de lo que me gustaría, y cuando responde, la sencillez de sus palabras me desgarra más que cualquier confesión larga.

—Sí. A veces. — El suelo parece moverse bajo mis pies y un escalofrío me recorre toda la columna vertebral, pero es una pena que aún no sea por miedo. He eliminado todas las amenazas que te rodeaban —afirma, clavando sus ojos en los míos con intensidad—. He matado a cada maldito hombre que te miraba mal. A cada uno que te miraba como yo —sisea.

Todo mi cuerpo responde, incluso antes de que yo piense. El corazón late tan fuerte que parece querer salirse del pecho. La adrenalina se mezcla con mi sangre, y Damian está a punto de decir algo más cuando me acerco más, pegando nuestros cuerpos y mirándole directamente a los ojos.

—Quizás debería estar huyendo de ti ahora, Damian — susurro—. Pero todo lo que mi cuerpo quiere es estar más cerca.

Damian se abalanza sobre mí con una intensidad que me deja sin aliento. Una de sus manos me sujeta con firmeza por la nuca, con los dedos enredándose en mi cabello, mientras que la otra me agarra la cintura con tanta fuerza que parece fundirme con él.

Su boca toma la mía con una urgencia cruda y hambrienta, como si se hubiera estado conteniendo durante siglos. Me impulso y me subo a su regazo, con las piernas alrededor de su cintura, los brazos alrededor de su cuello, y eso hace que el beso se profundice, transformando el momento en algo más feroz.

Éme firmemente por los muslos, apretándome contra él como si el mundo exterior no importara. Y, a decir verdad, realmente no

importa. No aquí y ahora. No después de todo lo que ha dicho, de todo lo que ha hecho por mí.

Si él es el hombre que mata por mí, tal vez yo sea la mujer que arde por él.

Me lleva hasta la encimera de la cocina y suelto un gemido ahogado al sentir el granito helado contra la parte posterior de mis muslos, lo que hace que un escalofrío me recorra la espalda, mezclándose con el calor que arde entre mis piernas.

Con dedos temblorosos, agarro la barra de su camisa, aún manchada de salpicaduras de sangre, y tiro de ella con tanta fuerza que la tela cede, rasgándose en el hombro y deshaciéndose en mis manos, hasta caer al suelo.

Mi pecho sube y baja rápidamente, como si no hubiera suficiente aire en el mundo para mí. Y, por un segundo, me detengo. Solo para mirar y tocar a Damian.

Mis manos recorren su pecho, trazando cada línea y músculo definido, cada tatuaje marcado en la piel. Las yemas de mis dedos se deslizan por el hueso de la clavícula, por el contorno del abdomen y, con cada caricia, lo siento.

Dios, siento todo lo que él lleva consigo. Todo lo que él es. Todo lo que este hombre ha hecho, lo que ha sobrevivido o destruido. Y, aun así, está aquí, abrazándome como si yo fuera lo único que no está dispuesto a perder.

Me atrae hacia él y, cuando sus manos encuentran los botones de mi blusa, sus dedos aprietan, tiran y rasgan, haciendo que dos, tres, cuatro botones salgan volando, reboten en el suelo y desaparezcan por la cocina. Su sonido queda ahogado por el de mi propio corazón, que late con fuerza en mis oídos.

Damian se aleja lo suficiente para mirarme. *Para verme*. Su mirada desciende, se oscurece y se endurece, como si yo fuera una visión que ha intentado prohibirse tener durante demasiado tiempo.

Sus ojos recorren mi cuerpo como una sentencia, como si cada parte de mí le perteneciera. Y, de alguna manera, sé que

siempre me ha pertenecido.

Me sujeta la barbilla, obligándome a mirarle a los ojos, y con la voz más grave, más sombría y más arrastrada que le he oído hasta ahora, dice:

— No iré al infierno por ser un asesino, Julie... — Su aliento roza mis labios, cálido, sucio y pecaminoso. Los oscuros ojos de Damian me queman de forma desgarradora. — Iré al infierno por desvirgarte. Por ensuciarte. Por hacerte... —Me muerde el labio inferior, lo tira y lo chupa, arrancándome un gemido—. Tan mía, que ni siquiera Dios podrá separarte de mí.

Baja la cabeza y muerde mi pezón rígido con tanta fuerza que un grito ronco se desgarra desde lo más profundo de mi garganta, desesperado e incontrolado. Echo la cabeza hacia atrás, mi cabello se desliza por mis hombros mientras mis piernas se aprietan aún más contra su cintura, pegando nuestros cuerpos, buscando, implorando por más, por todo, por él entero.

El calor de su boca, el arrastre de sus dientes alrededor del pezón, la forma en que su lengua se desliza justo después, como si pidiera perdón y cometiera el mismo delito al mismo tiempo, es una tortura deliciosa y adictiva.

Sus labios bajan sin control, salvajes, voraces, como si cada parte de mí necesitara ser tomada, mordida y marcada. Su pecho sube y baja con fuerza, y siento sus manos apretando mis muslos, sujetándome en mi lugar.

Mi pezón palpita y arde entre el dolor y el placer, entonces él arrastra los dientes por la curva de mis pechos, por la línea de mi cuello, hasta clavar un beso posesivo en el hueco entre mi hombro y la clavícula. La succión es fuerte y profunda.

—No tienes ni idea... —gruñe contra mi piel, deslizando las manos hacia mi trasero y empujándome con fuerza hacia el volumen pesado y duro que late contra mi centro, casi haciéndome perder el aliento—. De lo mucho que me contuve para no hacerlo antes.

Mis piernas se aprietan aún más alrededor de sus caderas y mis dedos se aferran a su cabello en la nuca, tirando de él y arañándolo, buscando cualquier cosa que me mantenga sujeta, porque parece que estoy cayendo en él, en lo que somos, en lo que él me convierte.

—Damian...

—Mía —impone.

—Tuya... —Sale de mi boca antes de que me dé cuenta, antes de que pueda contenerme. Y en el instante en que lo digo, me doy cuenta de que siempre he sido de Damian Balestra.

El gemido ronco estalla contra mi boca y él me besa de nuevo, y esta vez no hay espacio para nada más que su lengua aplastando la mía, invadiéndome, tomando y dominando cada centímetro. Es salvaje, urgente y torturante, al mismo tiempo que parece una especie de alivio.

Sus manos bajan hasta la goma de mis bragas, tirando de ellas con tanta fuerza que siento cómo se rompe la tela con un chasquido, y el aire se escapa de mis pulmones cuando me doy cuenta de que ya no hay barreras entre nosotros.

Desliza dos dedos entre mis piernas, encuentra mi carne caliente, húmeda, suplicando por más, y el gruñido que se escapa de su pecho no parece humano.

— Tan húmeda para mí... — Me muerde la barbilla, con los ojos salvajes, hambrientos y negros clavados en mi rostro. — Siempre has sido para mí, ¿verdad?

No puedo responder, solo gimo, echando la cabeza hacia atrás y sintiendo su suave toque en mi entrada.

Damian desliza la punta de los dedos y comienza a circular mi clítoris con la presión exacta entre el placer y la tortura, y la sensación es tan intensa, tan absurda, que jadeo por completo, sintiendo todo mi cuerpo temblar, como si fuera a romperme en su regazo.

— Habla, Julie... —exige, sujetándome la cara con la mano libre y obligándome a mirarlo—. Habla de quién eres.

— Tuya... — balbuceo, desesperada, temblando, gimiendo, retorciéndome entre sus manos. — Soy tuya. Joder, soy tuya, Damian.

Sus labios se curvan en una sonrisa en la comisura de la boca que es puro infierno, pecado y perdición. Casi una advertencia de que nada, absolutamente nada, me salvará de él ahora. Y, Dios, ni siquiera quiero ser salvada.

Me agarra la cara con fuerza, apretándome la mandíbula como si necesitara mantenerme sujeta, y me besa. Su boca toma la mía con tanta fuerza que siento el sabor metálico de mi propio labio, aplastado entre sus dientes.

Devuelvo el impulso, tiro y muerdo, hundiéndome en él, tratando de agarrarme, de arrancar algo, cualquier cosa que me ancle en ese preciso instante, porque todo en mí está a punto de explotar.

Damian interrumpe el beso, dejándome sin aliento, y se aleja rápidamente para arrodillarse ante mí. Sus ojos están tan oscuros y salvajes, tan llenos de un hambre animal, que parece imposible que este hombre esté hecho de la misma materia que cualquier otro.

Me sujeta los muslos y los abre, exponiéndome como si fuera algo que siempre supo que iba a poseer, y luego me empuja hasta el borde de la encimera, hasta que mi cadera queda casi fuera de ella, completamente entregada a él.

— Linda. Perfecta. Tan mía... — Respira, y el aire caliente golpea directamente mi centro completamente húmedo, palpitante y suplicando por su toque.

Mirándome, hunde la cara entre mis piernas y su boca desciende con una violencia que me roba el aliento. Su lengua se desliza entre mis labios inferiores, caliente, gruesa y hambrienta, hasta encontrar mi clítoris y chuparlo, succionándolo con tanta

fuerza que todo mi cuerpo se arquea y un grito se escapa de mi garganta.

Sus manos sujetan mis muslos abiertos, los inmovilizan, los aprietan, dejando claro que no voy a ir a ninguna parte y que no hay escapatoria, no hay espacio ni otro mundo más allá de lo que él está haciendo conmigo ahora.

—Damian..., Dios... —Dejo escapar un gemido arrastrado, un sollozo ronco, un susurro sucio de quien está suplicando por más, incluso sin poder soportarlo.

Él sigue chupando fuerte y rítmicamente, con la nariz rozando mi hueso pélvico, la lengua deslizándose, circulando, presionando con una precisión absurda y perfecta. Su barbilla se desliza, húmeda, los gruñidos ahogados contra mí hacen que todo mi vientre se contraiga y mis músculos se tensen, como si el orgasmo estuviera escalando tan rápido que no puedo, no puedo y ni siquiera sé cómo contenerlo.

«Tan dulce, joder...», gime, con la voz vibrando contra mí, y yo casi me derrumbo, casi me desmorono por completo.

Sus dedos se clavan en la parte posterior de mis muslos, sujetándome con tanta fuerza que sé que me dejará marcas. Su boca alterna entre chupar, lamer, presionar, torturar y aliviar, y todo mi cuerpo vibra, se retuerce, reacciona como si estuviera hecha solo para eso. Solo para él. Solo para ese toque. Solo para ese hombre arrodillado entre mis piernas como si rezara por mí.

O como si me condenara.

— Damian..., yo... — No puedo terminar de hablar.

El orgasmo me golpea como una descarga eléctrica que atraviesa cada nervio, cada músculo y cada célula. La vista se me nubla por un segundo, mi columna se arquea, mis manos vuelan hacia su cabello, tirando, agarrando y hundiendo los dedos, mientras mi cabeza cae hacia atrás y un gemido desesperado explota de mis labios, alto y sucio.

— Eso, joder... —gruñe, sin darme tregua—. Córrete en mi boca, Julie. Córrete para mí.

Y disfruto hasta que mi cuerpo no puede más, hasta que me tiemblan las piernas y me duele el pecho. Hasta que no existe nada más que él.

Todo mi cuerpo palpita, vibrando por la explosión de placer que me ha dejado completamente entregada y fuera de mí. Las piernas me tiemblan, el pecho sube y baja descoordinadamente.

Él se levanta, arrastrando las manos por mis muslos, subiendo como si su tacto pudiera encenderme de nuevo y, Dios, lo consigue. Su barba gris está húmeda, manchada con los restos de lo que acaba de hacerme.

Me agarra la cara, tirando de mí como si fuera a fundirme con su boca, y me besa de forma salvaje y animal. Mi sabor está en sus labios y en su barba, en la lengua que me invade con tanta hambre que todo mi cuerpo se enciende de nuevo y suplica por más.

Su mano me aprieta la nuca, sujetándome con fuerza y manteniéndome inmovilizada mientras su cadera se encaja en la mía, y el sonido que se escapa de mi boca se convierte en un gemido ahogado cuando siento la erección presionando mi vientre, dura, pesada y caliente, palpitando contra mí.

—Esto... —gruñe entre dientes, con la boca arrastrándose por mi barbilla y luego por la línea del cuello— es lo que me haces.

Antes de que Damian pueda tomarme, un sonido agudo e irritante invade la cocina. Es el estridente tono de su móvil. No se aleja de inmediato, me sujeta la barbilla, me aprieta el muslo y respira fuerte contra mi boca, como si aún estuviera tratando de decidir qué viene primero. Apagar el teléfono o destruirme por completo.

— Joder... —murmura, hundiendo la cara en la curva de mi cuello, mordiéndome la piel como si eso fuera suficiente para matar la absurda necesidad que aún vibra entre nosotros.

El tono sigue sonando y ahora es imposible ignorarlo.

—Está bien —susurro.

Cierra los ojos por un momento y respira hondo, retrocede un poco más, maldiciendo en voz baja. Sus manos se deslizan hasta el bolsillo, saca el móvil y mira la pantalla.

— Joder. Tengo que contestar —se queja, mirándome—. Habla —murmura y vuelve a acercarse, haciéndome sentir su polla palpitante contra mi vientre—. Sí —responde suspirando profundamente y luego cuelga.

Damian inclina la cabeza, apoyando la frente en la mía.

— Ve al dormitorio, Julie.

—¿Vas a salir? —pregunto, con la respiración entrecortada, todo mi cuerpo temblando, la mitad de mí todavía suplicándole que no pare.

Niega con la cabeza, deslizando las manos desde mis caderas hasta mi nuca, sujetándome con fuerza y obligándome a mirarlo.

—No iré lejos —responde con la mandíbula apretada, casi rechinando los dientes—. Es cerca. Todavía es aquí, en la zona de la cabaña. Pero tengo que resolver un problema. No es seguro que salgas, ¿de acuerdo? Quédate aquí dentro.

Asiento con la cabeza, tragando saliva. Mi cuerpo aún palpita, los músculos están tensos, mi centro vibra por el orgasmo que me ha dado.

Me pasa el pulgar por la barbilla, luego por la línea de la boca, al tiempo que suelta otro suspiro profundo.

— Espérame en la habitación —ordena, tirando de los lados de la blusa y cerrándola contra mi cuerpo—. Ve. Ahora —añade, ayudándome a bajar del banco. Abrazo mi cuerpo y obedezco sin preguntar.



GREY

CAPÍTULO 28

El olor del bosque húmedo invade mis fosas nasales tan pronto como cruzo la terraplén. El frío de la noche se arrastra por mi piel, haciendo que mi respiración se vuelva pesada.

Los hombres están posicionados, esperándome. Héctor está de pie al borde del sendero, con la mano sujetando firmemente el rifle, la expresión dura y rígida, los ojos escudriñando la oscuridad. A su lado, Connor y Mateo.

Cuando me acerco, Héctor me mira y asiente ligeramente con la cabeza.

— Hemos detectado movimiento en los sensores del sendero sur —dice con voz firme—. Connor lo ha localizado. Estaba escondido, tumbado en el barro, camuflado y esperando quién sabe qué.

Me acerco más y lo veo en el suelo, de rodillas, con las manos atadas a la espalda. La ropa manchada de barro, hojas enredadas en el pelo, la cara hinchada, probablemente de cuando Connor lo tiró al suelo.

Sus ojos me miran, muy abiertos y con las pupilas dilatadas, y hay algo en su rostro que me irrita más de lo que debería. Es arrogancia, y la maldita sensación de alguien que cree saber algo que tú no sabes.

De manera calculada y firme, me acerco y saco el arma de la funda, porque me gusta su peso en la mano, el sonido del metal, el clic del cargador, el olor a pólvora vieja que desprende.

Y me gusta aún más el efecto que tiene en la gente.

—¿Quién eres? —pregunto—. Y, lo más importante... ¿por qué coño estás respirando tan cerca de mi casa?

El hombre no responde de inmediato, lo que me irrita muchísimo. El desgraciado esboza una sonrisa torcida y sucia, llena de dientes rotos, en un intento inútil por disimular su desesperación.

Connor da un paso adelante, pero levanto la mano y lo detengo.

—No estaba armado —informa Héctor—. Pero... —Se agacha, saca algo del bolsillo del tipo y me lo tiende—. Esto lo llevaba consigo.

Es un trozo de papel doblado, sucio y arrugado. Se me revuelve el estómago, porque incluso antes de abrirlo, ya sé lo que es. Lo despliego y reconozco la letra. Es una nota de Shade.

«El olor de su cabello es mejor de lo que imaginaba. Pero, maldita sea, ¿por qué te estoy contando esto? Seguro que ya lo has probado, ¿verdad, Grey?

¿Te has dado cuenta de que duerme profundamente? ¿O es que se está acostumbrando a mi presencia?

Puedes reforzar las puertas, instalar más cámaras, llenar este bosque de hombres armados. Nada de eso cambia el hecho de que ya he estado más cerca de ella de lo que te gustaría.

Y volveré a estarlo.

Pronto.

Mis manos se cierran con tanta fuerza que oigo crujir mis propios huesos. El papel se arruga y cruje en mi puño, y la sangre

sube, espesa y caliente por mis venas, violenta, hasta latir en la base del cráneo.

Tiro al hombre por el cuello de su chaqueta mugrienta, lo levanto con tanta fuerza que sus rodillas golpean el suelo, haciendo un chasquido. Abre la boca para hablar o tal vez para reír, pero no se lo permito.

El primer puñetazo es tan fuerte que siento cómo el hueso de la mandíbula cede bajo mi puño.

«¿Quién más está aquí?», gruño, tirando de él de nuevo, golpeándolo una vez más. *«¿Quién más está aquí, joder?»*, pregunto de nuevo, esta vez, vociferando.

La sangre le brota de la nariz y la boca, gotea en el barro, salpica mi brazo, y lo único que hace el desgraciado es reír y toser.

— No estoy aquí para responderte, Grey —escupe en el suelo —. Solo para entregarte el mensaje. Y para recordarte que ella nunca estará a salvo.

El chasquido que se oye a continuación es el de mi puño rompiéndole dos dientes delanteros.

— No tienes ni idea de lo que estás diciendo. — Le aprieto la mandíbula con tanta fuerza que casi se la aplasto. — Si crees que soy lo peor que hay en este mundo, es porque nunca has visto cómo soy cuando tocan lo que es mío.

Miro a mis hombres.

— Llevadlo al cobertizo y arrancadle todo. Quiero que tenga una muerte lenta y dolorosa —ordeno, soltándolo con fuerza y haciéndolo caer al suelo como un saco de huesos rotos. — Y limpien esto, quiero que no quede rastro. De arriba abajo. Si hay alguien más, lo encontraremos. Aunque tenga que derribar cada árbol de este maldito bosque.

Héctor y Connor asienten con la cabeza. Mateo se agacha, agarra al tipo por los brazos y lo arrastra, ignorando sus gemidos de dolor.

Me quedo un segundo más en el sitio, con el papel arrugado en la mano y el olor a sangre impregnado en mi nariz, mezclado con el sabor metálico de la rabia en mi boca. Y Dios sabe que esa mierda no se va a ir hasta que le arranque la cabeza con mis propias manos.



CAPÍTULO 29

De tanto esperar a Damian, terminé durmiéndome, pero tuve un sueño incómodo y turbulento. Creo que extrañé tenerlo a mi lado, aunque nunca hayamos dormido juntos.

Cuando abro los ojos, la habitación sigue estando medio a oscuras, pero una suave claridad comienza a dibujar contornos por la ventana. Busco a tientas a mi lado, buscándolo, y mi corazón se hunde contra mi pecho al notar que el lugar está vacío y frío.

Me siento en la cama y coloco con cuidado el pie lesionado en el suelo antes de bajarme, cojo la bata, me la pongo y salgo de la habitación. Cojeo un poco y mi corazón late más rápido de lo que debería. No sé si es preocupación o solo inquietud al darme cuenta de que él me importa más de lo que me gustaría.

Encuentro a Damian en la sala, sentado en el sofá, con todo el cuerpo recostado contra el respaldo, una copa de whisky en la mano, los ojos duros y vacíos, fijos en un trozo de papel arrugado sobre la mesa de centro.

Tiene la mandíbula marcada y apretada, la barba ensombreciendo el maxilar, los tatuajes dibujados en sus brazos parecen más vivos ahora, tal vez por toda la tensión acumulada en su cuerpo.

Parece agotado, pero no derrotado. Es como si estuviera a punto de explotar.

Me acerco y no lo pienso dos veces antes de acurrucarme contra él, como si su brazo fuerte, ancho y cálido fuera el único lugar del mundo que todavía tiene sentido. Su olor invade mi nariz, whisky, pólvora y sudor.

El brazo de Damian se mueve al instante, atrayéndome hacia él y abrazándome como si fuera un gesto automático y natural, como si siempre le hubiera pertenecido. Y tal vez sea así.

Mis ojos bajan, curiosos, y se detienen en el trozo de papel arrugado. Algo se revuelve en mi estómago, porque reconozco la letra. Es la misma que la de la carta anterior.

Extiendo la mano lentamente, con los dedos vacilantes, una parte de mí no quiere saberlo, y la otra parte no soporta desconocer lo que está escrito. Cojo el papel, aliso el arrugado y empiezo a leer.

Y tengo la misma sensación que antes. Frío y helado, un puñetazo en el pecho. Una mano invisible apretándome la garganta.

Empiezo a temblar mientras leo sus palabras, y mi respiración se detiene en el mismo instante en que el brazo de Damian me aprieta la cintura, acercándome a él, como si percibiera el efecto que la nota de Shade tiene en mí.

No dice nada, solo me abraza y me aprieta, respirando profundamente contra mi cabello.

—Damian... —susurro, y mi voz sale débil—. Tienes que decirme qué está pasando. De verdad.

—Julie —dice con tanta dificultad que siento que le duele—. Hay cosas que no podrás soportar saber.

Tragué saliva y me lamí los labios.

—Puedo soportarlo—. Las palabras salen de mis labios antes de que pueda pensar si es verdad o no. Quizás no lo sea, y quizás ni siquiera esté preparada. Sin embargo, no importa, porque algo dentro de mí necesita saberlo. Necesita entender lo que está pasando. —Puedo soportarlo—, repito, y no sé si lo digo para mí misma o para convencerlo a él.

Pero sé que lo único que me mantiene respirando ahora es el hecho de estar en los brazos del hombre más peligroso que he conocido.

El único hombre capaz de protegerme y destruir el mundo por mí.

— Háblame.

Damian niega lentamente con la cabeza.

—Nunca... —Respira hondo y aprieta la mandíbula—. Nunca he hablado de esto antes.

Deslizo la mano por el tatuaje de su antebrazo, sujetándolo con fuerza, como si así pudiera mantenerlo aquí, presente, entero y conmigo.

—*Por favor,* Damian —le suplico, siento que es la única forma de romper esa barrera que ha construido alrededor de su corazón, para ver lo que hay dentro.

Su silencio parece durar siglos, hasta que cede.

—Fue hace siete años —susurra lentamente, con voz grave y llena de un dolor tan denso que parece material—. Una misión en Nayaf. Frontera. Irak.

Mi cuerpo se contrae y mi corazón late tan fuerte que empiezo a quedarme sin aire.

—Llevábamos cuatro días infiltrados. Yo, Luca, Shade y... ella. —Su mano se lleva a la barba y la aprieta, como si quisiera arrancarse las palabras de dentro—. Se llamaba Malika, era iraquí. También era nuestra traductora.

Siento un nudo en la garganta al mismo tiempo que él cierra los ojos.

— No era solo una traductora, Malika era una de los nuestros, parte del equipo. —Damian deja escapar una risa seca y sin humor —. Inteligente, perspicaz y buena en lo que hacía. Era la que

establecía los contactos, se encargaba de las negociaciones, de la logística, del puente con los bajos fondos de Oriente Medio.

Respira hondo y con dificultad, y aprieta la mandíbula con tanta fuerza que le cruje.

—Y ella... —Cierra los ojos y niega con la cabeza—. Ella y Shade... tenían un acuerdo tácito. No tenía nombre, nunca lo tuvo. Ella lo era todo para él.

El nudo en mi garganta se aprieta tanto que casi no puedo tragar.

— ¿Y para ti? —pregunto, haciendo que me mire de reojo y asienta ligeramente—. ¿Eran amigos?

— Sí. Creo que más que eso.

Mi corazón se contrae y odio sentir celos en una situación como esta. No se trata de mí, se trata de ellos, y aun así, mi corazón se niega a entenderlo de manera racional.

¿Por qué siempre tiendo a actuar de forma errática cuando estoy cerca de él?

— Es complicado. Malika y yo... — La frase se queda en el aire y él se pasa las manos por el pelo—. No quería hacerte daño.

— No la amabas —concluyo, haciendo que las fosas nasales de Damian se dilaten por la ira.

— Shade la cuidó después de que yo lo arruinara todo.

Damian se queda en silencio durante un largo minuto, dándole vueltas a algo en su cabeza y apretando los dientes con fuerza.

— ¿Qué le pasó?

— La misión era rescatar a un informante. Algo sencillo. Al menos sobre el papel. Pero se convirtió en una emboscada en cuanto pusimos los pies en esa maldita carretera. —Su rostro se endurece en una expresión severa y siento cómo se tensan los músculos bajo mi mano—. IED, explosión, fuego, disparos por todas partes.

Me quedo paralizada, incapaz de articular palabra o respirar correctamente.

—Malika salió disparada hacia el este. Y Luca, hacia el oeste. Shade quedó inconsciente. —Damian hace una pausa para respirar hondo. Parece completamente destrozado—. Y yo... tuve que elegir, Julie.

Cuando la última frase llega a mis oídos, siento como si alguien me hubiera clavado un puñal directamente en el pecho, justo encima del corazón.

— Luca sangraba mucho, tenía una pierna destrozada y la arteria abierta. Si no lo hubiera sujetado... —Cierra los ojos durante una fracción de segundo—. Sabía que no pasaría de esos diez minutos. Y Malika estaba demasiado lejos, no podía llegar a los dos. — Siento cómo se me escapa el aire de los pulmones y me duele el pecho de una forma física, casi insoportable. — Hice lo que cualquier hombre habría hecho. — No me mira cuando habla, pero noto su tono duro y amargo, cruel consigo mismo. — Salvé a mi hermano. Salvé a Luca. Salvé al padre de una niña pequeña que lo esperaba en casa. Las lágrimas llenan mis ojos, pero no caen. Cuando volví... Aprieta los dientes y veo que sus ojos se enrojecen, llenos de algo que no sé si es dolor, culpa u odio hacia sí mismo. Ella ya estaba muerta.

Los dos nos quedamos en silencio durante un segundo, que parece una eternidad. Y giro mi cuerpo para sostener su rostro entre mis manos, atraer su mirada hacia mí y decirle que todo está bien.

—Él cree que tú la mataste— susurro, más para mí que para Damian.

—Estaba llena de agujeros. Con disparos en el pecho, tirada al borde de esa maldita carretera. —Su mandíbula tiembla—. Shade se despertó unos minutos después y lo único que vio fue a la mujer que amaba muerta.

Cierro los ojos y apoyo mi frente en la suya, acariciándole la nuca y respirando hondo.

—Shade nunca me perdonó— admite con amargura—. No por no haber podido salvarla. Sino por haber elegido a Luca. Por no haberla elegido a ella.

Todo mi cuerpo tiembla, y no sé si es por esta horrible historia, por su dolor o por mi propia mente tratando de procesar que, al fin y al cabo, este hombre que me protege también carga con la culpa de alguien que nunca dejará de querer destruirlo.

Ahora lo entiendo. Shade no solo quiere vengarse, quiere que Damian sienta exactamente lo que él sintió aquel día. Perder a alguien que no puede ser reemplazado.

Rodeo los hombros de Damian y me acurruco más contra él, abrazándolo con fuerza. Y sé, sin lugar a dudas, que si todo el infierno se abre contra nosotros, yo no iré a ninguna parte.

— No dejaré que se acerque a ti otra vez, Julie. Le arrancaré la cabeza, aunque tenga que ir al infierno y volver para ello.

— Shii... — susurro, tratando de calmarlo, pero es inútil. No hay nada que pueda apagar el fuego que lo consume por dentro ahora. — Está bien, Damian.

—Te voy a matar —repite, rechinando los dientes—. Esta vez... de verdad.

—¿Ya lo has intentado antes? —le pregunto, aunque sé que quizá no quiera oír la respuesta.

—Sí. Cuando intentó matarte a ti y a Luca —admite, susurrando contra mi cabello.

La conmoción me hace dejar de respirar por unos instantes, y mis manos aprietan la tela de su camisa como si mi vida dependiera de ello.

— Eras solo una niña pequeña. Y aun así, te metió en esta mierda. —Me aprieta con tanta fuerza que casi me duele—. Voy a matarlo, Julie. Aunque para ello tenga que morir en el intento.

En cuanto oigo lo último, siento que algo dentro de mí se rompe. O quizá haya despertado, no lo sé.

Me alejo lo suficiente para sujetarle la cara con ambas manos, obligándole a mirarme a los ojos, oscuros en claros, negros en azules. Y cuando sus iris se encuentran con los míos, sé que es lo más real que he hecho en mi vida.

— No. — La palabra sale dura, temblorosa y desesperada—. Tienes que prometerme, Damian. Prométeme que no vas a morir. — Aprieta la mandíbula, entrecierra los ojos y contiene la respiración. —Prométemelo... —repito, apretando más su cara entre mis manos, sintiendo cómo todo mi cuerpo tiembla, si me dice que no puede prometerlo, me romperé por la mitad. Me derrumbaré. —Solo te tengo a ti, Damian. No puedes dejarme sola. Nunca. No puedes. No me hagas esto.

Su mirada vacila y, por primera vez, veo al Ejecutor quebrarse. Veo al hombre detrás del arma, detrás de la sangre, detrás de la brutalidad. Veo a Damian. Solo a mi Damian.

Cierra los ojos por un segundo, apoya su frente en la mía y, cuando habla, su voz es casi un susurro.

—Lo intentaré. —Me sujeta la cara con más fuerza y posesividad que nunca—. Intentaré no morir. Por ti. —Su pulgar se desliza por mi mejilla, recogiendo una lágrima que ni siquiera había notado que caía.

—Por favor, Damian. No mueras —le pido mientras acerco mis labios a los suyos y lo beso con delicadeza.

Si hay algo cierto en el mundo ahora mismo, es que este hombre lo es todo. Todo lo que tengo. Todo lo que soy. Todo sin lo que nunca más podré vivir.



CAPÍTULO 30

Damian sigue sosteniendo el vaso de whisky casi vacío y continúa mirando el trozo de papel arrugado sobre la mesita, que parece quemarle más que cualquier dosis de alcohol en la sangre.

Me levanto lentamente y me detengo frente a él, deslizo mi mano por su nuca, tirando de él lentamente y obligándolo a levantarse. Se resiste durante medio segundo, pero luego simplemente cede a mi toque.

—Ven—. Lo tiro de mí, con mi mano agarrándole firmemente por el antebrazo tatuado—. Necesitas un baño.

No protesta, solo deja que lo guíe hasta su habitación, como si, por alguna razón, ahora yo fuera lo único capaz de mantenerlo en pie.

Abro la puerta, enciendo la luz, cruzo la habitación arrastrándolo conmigo y voy directamente al baño. Me agacho y giro la llave, dejando que el agua caiga fuerte, caliente y humeante, llenando el espacio de vapor y jabón.

—Entra. —Le indico, volviéndome hacia él, agarrándole por la cadera y empujándole suavemente hacia el interior del cuarto de baño—. Ahora.

— ¿Ahora me das órdenes?

— Parece que sí.

Su mirada se clava en la mía durante un largo segundo, antes de soltar el vaso sobre la cómoda y tirarse de la camisa por la barra, revelando cada músculo definido de su cuerpo caliente y duro y la nueva cicatriz. Luego se quita las zapatillas, se desabrocha los pantalones, los tira al suelo y, sin soltarme, mira hacia atrás y se mete bajo el agua.

Cruzo los brazos, me apoyo en la encimera y lo observo, sin saber qué me deja más fuera de control: si verlo así, mojado, con su culo firme mirando hacia mí, íntegro y vulnerable; o saber que, por alguna razón que ni él mismo entiende, me ha dejado cuidar de él.

No se demora en la ducha, no se permite relajarse demasiado. Damian no es ese tipo de hombre. Es rápido y eficiente. El agua corre por su cuerpo, llevándose parte de la sangre seca y la suciedad.

Cuando sale, le entrego la toalla sin mirar sus partes bajas. Tragué saliva y, mirando al suelo, esperé a que se envolviera la tela gruesa alrededor de la cintura. Una vez hecho esto, levanté la cara y lo observé pasar las manos por el pelo.

—¿No quieres mirar? —pregunta, haciendo que mis mejillas se sonrojen—. Te has puesto roja.

Esbozo una tímida sonrisa y desvío la atención. Por Dios, creo que no hay nada en el mundo más hermoso que este hombre.

— Pensé que querías privacidad.

Cruzo los brazos a la altura del pecho, tratando de protegerme de su energía dominante.

— ¿Te quedaste ahí parada, mirándome mientras me duchaba, y ahora vienes a hablarme de privacidad?

— Pero yo no estaba mirando —replico, a la defensiva—. La parte de delante —añado, arrancándole una sonrisa cínica.

Damian se acerca a mí, presionándome aún más contra la encimera, y jadeo por su cuerpo mojado y caliente. Mi pie bueno se

balancea, el otro se apoya de lado. Siento un nudo tan grande en la garganta que casi no puedo respirar.

Suavemente, Damian desata el lazo de mi bata, pasando la tela gruesa por mis brazos hasta que cae al suelo. A continuación, agarra el dobladillo de mi camisón y me lo quita por la cabeza.

Me quedo solo en bragas delante de él, con los pezones endurecidos y los pelitos erizados.

Siento el aire pesado y demasiado eléctrico, cortante.

Su mirada recorre cada centímetro de mi piel, lenta, posesiva y obscena. Suspirando, desliza sus manos hasta las mías y me sujeta con fuerza, llevándolas a su cintura, guiando mis dedos hacia su cadera.

Mi corazón se acelera tanto que parece una bomba a punto de explotar.

—Vamos. —Su voz suena ronca, grave, arrastrada y deliciosamente sucia—. Quítamela.

Tragué saliva. Mis manos temblaban al obedecer y, lentamente, desaté el nudo de la toalla, haciendo que la gruesa tela cediera y se deslizara, para luego caer al suelo entre nuestros pies.

—Mira —ordena—. Mírame, Julie. Mira a quien te pertenece.

Mis ojos se deslizan lentamente, sin control, y cuando encuentro lo que él quiere que vea, todo mi cuerpo vibra, ardiendo desde dentro hacia fuera.

En cuanto me coge la mano de nuevo y me empuja hacia él, dejo escapar un gemido involuntario, porque me hace envolver su polla y apretarla. La piel está caliente, palpitante y dura, mientras que el miembro es tan grande y aterrador como perfecto.

—¿Sabes lo que va a pasar ahora? —Su pulgar roza mi barbilla, obligándome a mirarle a los ojos—. Voy a follarte.

Cuando las palabras llegan a mis oídos, mi vientre vibra de anticipación. Son tantas cosas juntas: miedo, excitación, deseo y

ganas de ser completamente suya. Todo explota dentro de mí y me engulle al mismo tiempo.

Sus manos se deslizan por mis muslos, firmes, cálidas y pesadas, como si estuvieran trazando un mapa de cada centímetro de piel, cada línea y curva, cada parte de lo que ahora es suyo.

Solo suyo.

Sus dedos se hunden en la parte posterior de mis muslos y, con un movimiento rápido, me levanta del suelo. Suelto un sonido ahogado y breve en el momento en que mis piernas se cierran alrededor de su cintura, sujetándome a él.

La polla de Damian arde contra mi vientre, haciéndome suspirar, mientras su barba áspera roza mi barbilla, mi cuello y me deja completamente fuera de mí.

— Aguanta —me ordena contra mi boca, mientras sus brazos me aprietan más.

Lo agarro con fuerza, rodeándole el cuello, hundiendo los dedos en su cabello mojado, en su espalda, en sus tatuajes, en todo lo que es suyo. Todo lo que, de alguna manera, siempre ha sido mío.

Damian me lleva a la cama entre besos descoordinados y manos prominentes, que me tiran y me aprietan con fuerza. Me tira a la cama con cierta hambre y urgencia, con una especie de deseo latente.

Su gran cuerpo cae sobre el mío, apretándome contra las sábanas, y lo único que sé ahora, con cada célula de mi cuerpo, cada latido acelerado de mi corazón y cada gota de sangre ardiendo en mis venas, es que nunca más seré de nadie más.

Con los dedos, me quita las bragas, pasando la suave tela por mis piernas y tirándola a algún rincón de la habitación. Su mirada desciende, más oscura, hambrienta y letal, por mi coño, como si estuviera a punto de destruirme por dentro.

—Tan hermosa, abierta para mí... —gruñe, lleno de deseo bruto y salvaje—. Mía, Julie. Solo mía. Y de nadie más. Nunca.

Mi piel comienza a hormiguear.

Sus grandes manos se deslizan por mis piernas, suben hasta mi cintura, hundiendo sus gruesos dedos en mi piel, marcándome como suya.

— Abre las piernas para mí —me ordena en voz baja, con la voz vibrando contra mi cuerpo—. Ábrelas bien, quiero ver tu coñito. Quiero chupártelo y perderme aquí, entre tus piernas.

Jadeando, obedezco.

Cuando me acomodo, me sujeta con fuerza por la parte posterior de los muslos, tirando de mí hacia la punta de la cama y colocándome exactamente donde él quiere. Baja la cabeza y el calor de su aliento roza entre mis piernas, haciéndome perder el aliento.

Me mira durante un segundo intenso, que parece contener mil promesas, y ninguna de ellas es pura. Todas son sucias y peligrosas. Pero me encantan, porque son todas mías.

—Eso, Julie. —Su mirada se clava en la mía, y cuando habla, es casi un gruñido—. Toda mojada para mí.

Lentamente, Damian desliza su lengua caliente y firme por mi húmeda hendidura, de abajo hacia arriba, presionando la punta y saboreando cada gota de mi placer.

—Joder... —gruñe, rozando ligeramente mis dientes en mi clítoris antes de chupar con la fuerza justa y volver a lamerme más fuerte y más profundo—. Tan dulce..., tan perfecta.

Arqueo mis caderas hacia su cara, hundiendo una mano en las sábanas y la otra en su brazo, mientras mis piernas comienzan a temblar.

Él sigue lamiéndome, con la boca caliente y los ojos oscuros fijos en los míos, contemplando mis reacciones, suspiros y cada gemido que suelto por culpa de su lengua en mí.

— Eso, Julie..., siéntelo —susurra con voz ronca y hambrienta —. Siénteme. Solo a mí.

Hace círculos en mi sensible clítoris y mete un dedo en mi húmeda entrada, arrancándome un grito de sorpresa. No duele, pero es nuevo y diferente, y muy placentero.

Con cuidado, hace movimientos de vaivén mientras juega con mi clítoris. Gimo su nombre y mi cuerpo va al encuentro de su dedo, pidiendo más contacto.

Desliza otro dedo y siento una ligera molestia, pero el placer concentrado en mi nervio es mucho mayor, lo que me hace echar la cabeza hacia atrás y abrir más las piernas para él.

—Damian..., por favor... —le suplico, pero ni siquiera sé exactamente por qué.

Retira los dos dedos de mi interior y aleja la boca de mi punto de placer, y yo refunfuño. Me sonrojo cuando lo veo lamer los dedos mojados con mis fluidos, pero al mismo tiempo es bueno darse cuenta de lo mucho que Damian me desea.

Se coloca sobre mí, me sujeta la cara con una mano y me obliga a mirarle a los ojos, y luego, con la mano libre, sujeta su polla y encaja la punta contra mi entrada, pesada, caliente y palpitante, haciéndome jadear y temblar.

—Mírame, Julie —me ordena—. Mira al hombre que te está convirtiendo en mujer. El único hombre que te tendrá así. El único que es tu dueño.

Temblando y un poco nerviosa, le sujeto la cara, desesperada y sintiendo que mi corazón está a punto de explotar, todo mi cuerpo vibrando, ardiendo y deseando más de este hombre.

Él presiona mi entrada antes de empujar un poco más, haciendo que mi cuerpo ceda y arda con la misma intensidad. Siento que algo dentro de mí se estira y arde, por lo que grito de dolor.

—Mía —gruñe.

Damian empuja la cadera una vez más, tan profundamente que siento cómo traspasa la barrera, tomándolo todo para él. Mi virginidad, mi cuerpo y mi alma. Y, sobre todo, mi corazón.

Y mi maldita vida.

— Joder... —el gemido parece arañarle la garganta—. Estás tan estrecha—. Cierra los ojos por un instante, como si necesitara controlarse—. Estás deliciosa.

Su cuerpo pesa sobre el mío, su pecho definido y fuerte pegado al mío, y su mano se desliza por el lateral de mi muslo, subiendo, apretando, sujetándome como si quisiera esculpirme en sus manos y marcarme para siempre.

Al principio se mueve muy despacio, pero con fuerza y profundidad, con la crueldad justa. En el punto exacto en el que el placer y el dolor se mezclan y se confunden. Cada embestida me hace gemir y jadear, agarrarme con más fuerza, apretar sus hombros y su nuca, cualquier cosa que me mantenga entera o me destruya por completo.

—Eso, Julie, siente mi polla dentro de tu coñito— dice mientras busca mi boca para besarme—. Siente cómo es que te folle.

Sus manos me sujetan por las caderas y me empujan contra él para intensificar su penetración, y yo gimo de placer.

—Damian...

— Joder... —gruñe, tirándome del pelo, echándome la cabeza hacia atrás y obligándome a mirarle a los ojos oscuros. Y, Dios, son puro infierno y cielo. Puro caos y redención—. Mírame mientras te hago mía.

Se mueve con más intensidad, y cada embestida me arranca un grito ahogado. Todo mi cuerpo arde y palpita.

—Soy el único hombre que te va a follar así —dice, clavando sus ojos en los míos—. ¿Lo entiendes?

—Sí —lloro.

— Di que eres mía, Julia. Dilo —ordena, empujando sus caderas más profundamente y haciéndome jadear.

—Soy tuya, Damian. Soy tuya.

Dios, nunca volveré a ser de nadie más. Nunca. Porque soy suya. De Damian. De Grey. Del hombre que es mi infierno y mi paraíso. Todo junto. Todo mezclado.

Las embestidas continúan más fuertes, casi como si quisiera grabar su nombre dentro de mí. Mis ojos se llenan de lágrimas, no solo por el dolor, sino también por el placer.

Sus caderas se mueven de forma frenética y brutal, como si quisiera romperme en pedazos, solo para luego volver a pegarme, a su manera. Su mano se desliza hasta mi nuca, me tira del pelo y me echa la cabeza hacia atrás, dejando mi cuello al descubierto para que lo chupe, haciendo que se me erice todo el cuerpo.

—Ay, Damian—, gimo al mismo tiempo que él me chupa el cuello y me toma, convirtiéndome en su mujer en el sentido más crudo y real de la palabra.

— Solo mía, joder. Solo mía.

Damian desliza una mano entre nuestros cuerpos, encuentra mi clítoris hinchado y comienza a circular con el pulgar. Grito, incapaz de soportar las oleadas de placer que esto me provoca.

Las chupadas en el cuello, el dedo en mi punto más sensible, sus fuertes embestidas contra mí, todo ello crea una presión dentro de mí, un calor tan grande y creciente que siento que mi cuerpo arde.

Es como una bomba a punto de explotar, y yo estoy en el centro de su radio de destrucción, pero lo quiero, lo necesito y suplico por más.

— Dios mío. Damian —grito, cerrando los ojos y mordiéndome el labio inferior—. Damian, por favor. Yo...

Apartó la boca de mi cuello y apretó más fuerte con el pulgar, al ritmo de sus embestidas, tan intensas y rápidas que me volví loca de excitación. Acerqué mi cara a la suya, buscando su boca para poder besarlo o morderlo, quizá ambas cosas.

—Córrete para mí, Julie —me ordena contra mi boca, tragándose mis gemidos desesperados—. Córrete sintiendo que eres mía. Que solo yo puedo tenerte así. Que solo yo te hago mujer. Joder, Julie... córrete para mí.

Todo mi cuerpo se arquea, explota, vibra, arde, implosiona y vuelve a explotar, en un orgasmo tan violento, tan intenso, tan destructivo, que me hace olvidar quién soy, dónde estoy, qué es el aire, qué es el suelo.

Y en el segundo en que mi cuerpo se aprieta, palpita y lo atrapa dentro, él gruñe, aprieta los dientes, me sujeta con fuerza por las caderas y se hunde una última vez, tan profundo y fuerte. Tan él.

— Joder..., mi... mi... mi... — balbucea mientras empuja rápidamente las caderas varias veces y explota dentro de mí, derramándolo todo, marcándome y llenándome con su placer.

Un segundo después, su cuerpo se derrumba sobre el mío, su pecho sube y baja pesadamente, su corazón late con fuerza contra el mío, el calor de su piel me quema y me consuela, robándome una sonrisa cansada y satisfecha.

Desliza lentamente la mano por mi brazo y mi hombro, hasta que sus dedos se hunden en mi cabello. El pulgar acaricia mi mejilla, subiendo hasta la sien, y sus ojos arden dentro de los míos. Tan oscuros e intensos, tan llenos de algo que va más allá del deseo y la posesión, algo que roza la locura.

Que roza el amor más destructivo y visceral que puede existir.

— Nadie te tocará, Julie. — Su mano sujeta con más fuerza mi nuca, acercando mi cara a la suya, hasta que nuestras frentes se tocan. — Yo te protegeré de eso. De él. De todo. De cualquier mierda que respire cerca de ti.

—Lo sé.

—Si se te vuelve a acercar... —Su mandíbula cruje y su mirada se vuelve más letal—. Lo juro por mi puta vida, Julie, que

partiré a ese hijo de puta en dos. Le arrancaré la cabeza. Lo destruiré. Acabaré con todo.

Sus manos sostienen mi cara como si fuera lo más preciado que ha existido jamás.

—Te protegeré de todo, Julie —dice en voz baja, pero con intensidad—. De él. Del mundo. De mí mismo, si es necesario. Pero te protegeré. Te lo juro.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, sé que si alguien es capaz de cumplir una promesa así, ese es Damian Balestra.

—Confío en ti —susurro, haciendo que me atraiga hacia él y me acurruque en su pecho.



GREY

CAPÍTULO 31

El *búnker* está sumido en un silencio frío y metálico, solo roto por el sonido de los ventiladores de los ordenadores, las luces parpadeantes del panel de control y mi respiración lenta y pesada.

La silla de cuero cruje ligeramente cuando me inclino hacia delante con los codos apoyados en la mesa. Deslizo los dedos por *la pantalla táctil* del monitor, ampliando la imagen térmica del bosque. Hay movimiento en el perímetro. Otra vez. Exactamente en el mismo punto en el que intentaron entrar hace dos días.

Mi mandíbula palpita y se me bloquea. El sabor amargo de la ira se extiende por mi boca como veneno.

—Grey... —La voz de Darya resuena en el auricular, cortante y profesional—. Confirmado. Son dos objetivos. Calor corporal constante. Están cruzando la zona norte, al menos desde las tres y dieciocho.

— Ya lo veo —murmuro, más irritado de lo que pretendía—. ¿Están barriendo la zona este?

—Térmico, infrarrojos, *escáner* de suelo y patrón facial cruzando con los datos que enviaste. —Ella teclea rápido, y el sonido de los clics se mezcla con el de los ventiladores—. Y no, Grey..., no es solo él. Shade no está solo en esto.

Me inclino más, con la mirada fija en el mapa. Mi corazón no se acelera, solo se vuelve más pesado y concentrado. Más letal.

—El refugio en la zona sur... —empiezo, y Darya completa la frase antes de que termine.

—Se utilizó hace unas dieciocho horas. Huellas recientes. Alguien os ha estado observando muy de cerca.

Cierro los ojos por un segundo. Uno. Solo uno. Y todo encaja. Las cámaras congeladas, las interferencias en el sistema. Los sensores del suelo desactivados manualmente. La nota dejada en la habitación de Julie.

Hijos de puta. Pensaron que iban a acorralarme en mi propia casa. Que iban a sacarme del juego al acercarme a ella.

— Tus hombres están haciendo un buen trabajo, Grey — susurra ella, tratando de convencerme de que no mate a nadie más. Al menos, por ahora—. Pero Shade está motivado. Y, por desgracia, creo que va un paso por delante.

— Entonces, hagamos que dé un paso atrás.

— ¿Quieres salir de ahí?

— La cabaña está comprometida. El perímetro ya no sirve. A partir de ahora, jugaré en la ciudad. Donde tengo control total. ¿Entendido?

— Ya configuro las líneas de seguridad, envío el protocolo y activo los satélites —responde con brusquedad—. Avísame cuando quieras partir.

— En menos de dos horas —confirmo, con los ojos recorriendo el panel, absorbiendo cada dato, cada maldita falla que alguien pensó que podría usar en mi contra—. Y avisa a Blade. Lo quiero conmigo en el perímetro de la ciudad.

Al otro lado de la línea, Darya suelta ese suspiro corto, medio burlón y preocupado, que solo ella sabe hacer, cuando sabe que está a punto de tener el doble de trabajo.

—Está en Japón. Haciendo un favor a la *Yakuza* —responde secamente, como si dijera que el tipo solo ha salido a comprar pan.

Aprieto los dientes mientras me enderezo en la silla, cerrando la mano sobre el ratón y apretándolo más fuerte de lo que debería.

— Haz que vuelva —mi voz baja una octava, cargada de ese tono que nadie en Tenebris se atreve a cuestionar—. Sigo siendo su jefe.

El silencio al otro lado de la línea no es de sorpresa ni de incomodidad. Es respeto y obediencia, porque no se trata solo de ser el Ejecutor, el hombre que limpia la suciedad cuando nadie más tiene estómago para ello, se trata de ser quien define las reglas y organiza el tablero.

Darya lo sabe. Blade lo sabe. Raven también, por mucho que le guste fingir lo contrario, con esa actitud insolente y desafiante que solo existe porque yo se lo permito. Porque, al fin y al cabo, también responde ante mí.

Estoy en cada maldita reunión del Consejo, no solo porque soy bueno en lo que hago, sino porque, además de ser el hombre que ejecuta, soy quien comanda a los demás soldados también.

El silencio de Darya no dura mucho.

—Entendido. Ya está recibiendo la notificación. Si tarda, sé cómo tirar de su correa —responde con un tono agudo y petulante.

—Genial.

Me recuesto, cruzo los brazos y miro las cámaras parpadeando, el mapa térmico del bosque y los puntos rojos que oscilan donde no deberían.

—Grey... —Darya hace una pausa—. Si encuentra a Julie, le contará lo que has hecho. Raven dijo que ustedes están..., eh..., bueno..., más o menos... juntos. Y apuesto a que Shade ya lo sabe.

Me llevo una mano a las sienes y aprieto con fuerza.

— No puedo creer que hablen de mi maldita vida personal.

—Estaba preocupada.

—Voy a cortarle la lengua —murmuro, haciéndola suspirar al otro lado de la pantalla.

— Tienes que tener cuidado. Ella sufrirá. Tú sufrirás.

— Lo atraparé antes de que eso suceda. Lo atraparé antes de que se acerque a ella.

Aprieto tanto la mandíbula que siento que soy capaz de romperme los dientes.

— Está bien.

—Que venga —gruño—. Esta vez no voy a fallar. Voy a enterrar a cualquier mierda que respire cerca de ella.

Colgamos y la pantalla se apaga, reflejando mi propia expresión distorsionada en el cristal oscuro. Me levanto de la silla y cruzo el *búnker* de vuelta a la mesa de armas, eligiendo cuáles me llevaré conmigo.

Todo tiene que ser perfecto. Tengo que estar dos pasos por delante de Shade. Siempre. Porque no hay margen para el error cuando se trata de ella. Nunca.



Toda la habitación vibra al mismo ritmo que mi corazón.

El olor a acero, aceite, pólvora y cuero que impregna este lugar es casi una segunda piel, tan parte de mí como los tatuajes de mis brazos o la cicatriz que llevo en la espalda.

Deslizo el cargador hasta encajarlo en la pistola, el sonido del clic se mezcla con los chasquidos de los monitores, mientras mis ojos analizan, calculan y procesan cada dato que llega.

El leve sonido de la puerta al abrirse me llega, tan sutil que es casi imperceptible. Para cualquiera pasaría desapercibido, pero no

para mí. Mis sentidos no me permiten distraerme tanto.

Mi cerebro está entrenado para registrar y catalogar cualquier cosa. Y sé exactamente quién es, incluso antes de mirar. Quizás, en el fondo, sabía que ella vendría. Quizás dejé esa puerta abierta a propósito.

O tal vez, una parte jodida y oculta de mí siempre quiso que ella lo viera, que supiera quién soy realmente.

No me giro inmediatamente, mis dedos siguen encajando los cartuchos, alineando los rifles, comprobando los cargadores como si ella no estuviera justo detrás de mí.

Pero está ahí, puedo sentirlo. Puedo oír su respiración acelerada, sus pasos vacilantes y el silencio cargado que solo alguien en estado de shock puede producir.

Y sé exactamente lo que está viendo. La mesa de acero cubierta de armas alineadas con precisión milimétrica, pistolas, fusiles, rifles de precisión, cuchillos tácticos, explosivos, cargadores, equipos de rastreo, ordenadores que muestran mapas, imágenes térmicas, satélites, drones y coordenadas.

Todo meticulosamente organizado, porque el caos exterior solo se controla con disciplina aquí dentro.

—¿Qué lugar es este...? —La dulce voz me llega, un poco más baja de lo habitual y también más temblorosa, con un poco de esa jodida mezcla de sorpresa, conmoción y algo que no es miedo. No me tiene miedo, y eso es lo más peligroso que podría pasar.

Dejo el cargador en la encimera, respiro hondo y, lentamente, me giro hacia ella. Todo mi cuerpo se mueve al ritmo que he aprendido a usar para controlar cualquier cosa, desde un campo de batalla hasta un interrogatorio. O, ahora, a ella. Porque, en el fondo, todo se reduce a eso. Control. Y ella está justo en el centro del mío.

Está aquí, parada frente a mí, con los brazos cruzados, como si esa frágil postura pudiera protegerla de lo que ve. Como si existiera alguna barrera capaz de mantenerla alejada de lo que soy.

Y no la hay. Nunca la ha habido. Nunca la habrá.

Y tal vez, en el fondo, ella ya lo sabía. Tal vez, de alguna manera distorsionada, siempre supo que el hombre que la arrastró a este mundo no es solo el tipo que le sostiene la mano cuando tiene miedo.

Es el depredador que arranca la cabeza a quien se atreve a mirarla de forma equivocada.

«Te estaba buscando», dice, sin disimular su tono de incomodidad y confusión. Parece alguien que acaba de abrir una puerta del infierno y está tratando de entender si debe salir o si ya es demasiado tarde.

—Nos iremos de aquí en dos horas —le informo, lo que la hace parpadear lentamente con sorpresa.

— ¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué?

—Haz las maletas.

Julie respira hondo y traga saliva.

— Es por él, ¿verdad?

— No quiero poner en peligro tu seguridad.

Ella asiente con los labios apretados.

Dejo las armas a un lado y me acerco a ella. Por un instante, solo soy el hombre que se despertó con ella en mis brazos, que le sujetó la cara mientras la hacía disfrutar. Y que sintió cada suspiro, cada temblor, cada parte de ella convirtiéndose en mía.

Le sostengo la cara con ambas manos en cuanto rompo nuestra distancia, pegando nuestros cuerpos.

—Haz las maletas —repito, más bajo y con menos dureza, y ella respira hondo, posando las manos abiertas sobre mi pecho.

— ¿Se ha vuelto muy peligroso aquí?

Le acaricio la mejilla con el pulgar, una caricia que no es precisamente suave, sino más bien posesiva, como si necesitara recordarle a ella, y a mí mismo, a quién pertenece ahora.

— El aislamiento ya no es protección, se ha convertido en un riesgo. Y no voy a dejarte en un lugar donde no puedo garantizar cada maldito segundo de tu seguridad.

Ella asiente lentamente, apretando los labios una vez más y mordiéndose ligeramente el labio inferior. Y veo en su mirada que está procesando más que eso, Julie está entendiendo que el hombre que tiene delante, el hombre que la sujetó mientras la poseía, es el mismo que ahora habla de seguridad como quien habla de vida o muerte.

Y, joder, eso es exactamente lo que es. Vida. O muerte. *Y ella es mi vida*.

—Así que es aquí... —susurra con una media sonrisa—. Aquí es donde te quedabas cuando desaparecías.

Enrollo un mechón rubio de su cabello en mi dedo y lo tiro suavemente, ampliando su sonrisa.

—Sí. Aquí es donde soy... eso. —Mi pulgar se desliza por la línea de su barbilla, subiendo hasta la sien, y mi mirada no se despega de la suya—. El hombre que hace lo que hay que hacer, que mata si es necesario, que te protegerá y cuidará de ti. El hombre que quemará el mundo entero solo para mantenerte a salvo.

Ella no retrocede. Y, Dios, eso me jode por completo.

—¿Quién necesita un superhéroe cuando tiene a Damian Balestra? —bromea, acercando más nuestros rostros y pegando nuestras frentes.

Inspiro profundamente, hasta que su aroma entra en mis pulmones y se mezcla con el olor a metal, pólvora, cuero y todo lo que representa este *búnker*. Todo lo que soy y de lo que ella, ahora, forma parte.

Mi pulgar acaricia la línea de su mejilla, acariciando su delicado rostro.

— No tienes ni idea de lo que me has hecho. Ni de lo que haría..., de lo que haré si alguien vuelve a intentar acercarse a ti.

Su pecho sube y baja rápidamente, y ella cierra los ojos por un segundo, como si asimilar esas palabras fuera más difícil de lo que debería. Como si entendiera que el hombre que ahora la sostiene es el mismo que apunta con un arma con la misma facilidad.

Y que, por ella, no lo pensaría dos veces antes de apretar el gatillo.

Me tira de la nuca, hundiendo los dedos en mi cabello, y pega su boca a la mía. El beso es fuerte, bruto, intenso y urgente, lleno de necesidad y deseo. Mi lengua toma la suya con tanta fuerza que parece que voy a devorarla. Se encuentran, luchan y se enredan.

Su sabor me invade, se mezcla con la rabia, el alivio, la desesperación, esa maldita obsesión enfermiza que corre por mis venas.

Aprieto más su cara entre mis manos y la atraigo hacia mí, como si le dijera sin palabras: eres mía. Solo mía. Y no te dejaré ir. Nunca. Ni viva. Ni muerta. Ni jodida.

—Eres mía, Julie —le susurro contra la boca, como el gruñido de un animal al límite—. Mía. Y no dejaré que nada ni nadie, ni siquiera este maldito mundo, toque lo que es mío.

Profundizo el beso y se vuelve más intenso, desesperado, mientras mi pecho se pega al suyo. Mis manos la agarran con más fuerza, como si quisieran romperla y, al mismo tiempo, protegerla.

Eso es lo que ella hace conmigo, me rompe y me mantiene entero.

Todo al mismo tiempo.

Todo junto.

Todo suyo.



CAPÍTULO 32

Por mucho que intente fingir normalidad, cuando la ciudad se acerca por la ventanilla del coche, mis dedos aprietan el tejido de los vaqueros sin que me dé cuenta. Es extraño estar de vuelta, después de haber estado encerrada en esa cabaña.

Creo que me estaba acostumbrando al aislamiento, a estar rodeada de árboles, al sonido de la lluvia, al olor de la tierra mojada.

El coche reduce la velocidad en una calle que, para cualquiera, sería solo otra más con fachadas neutras, edificios comunes, perfectamente camuflados entre la arquitectura de la ciudad, sin embargo, yo sé que no es solo un edificio. Es una fortaleza.

Su fortaleza.

En cuanto bajamos, Damian se coloca cerca de mí, con la mano firme en mi espalda, guiándome hacia dentro como si fuera algo que tuviera que proteger del viento.

No hay portero. Para ser sincera, no veo a ningún empleado. No hay movimiento. Solo un pasillo limpio, paredes grises, suelo impecable y olor a hormigón, acero y limpieza. Todo muy tranquilo, frío y absolutamente controlado.

Su cara.

El ascensor es privado y la puerta se desliza con el sonido sordo del metal de alta precisión. Sin botones, solo un *escáner*. Damian pasa el pulgar por el lector y, al instante, el panel se ilumina, permitiendo el acceso. Sin biometría, nadie sube. Creo que ni siquiera se podría respirar aquí dentro.

— No toques nada —murmura, más para sí mismo que para mí, apretándome ligeramente la cintura y acercándome a él mientras se cierran las puertas—. Voy a registrar tus datos biométricos y te daré una contraseña en breve.

—Vale —respondo, más bajo de lo que me gustaría, sintiendo el peso extraño y, al mismo tiempo, reconfortante, de saber que, de alguna manera retorcida, eso es él diciendo que formo parte de ello.

El sonido del ascensor es casi inexistente. Y es increíble cómo todo está diseñado para ser eficiente, silencioso y funcional. Es una sensación extraña, como si hubiera entrado en una cápsula, una caja fuerte o una prisión, que es también el lugar más seguro en el que he estado en mi vida.

Cuando se abre la puerta, contengo la respiración. El apartamento es exactamente como él. Frío, preciso y minimalista. Lujo mezclado con brutalidad y líneas rectas.

Hormigón visto en las paredes, suelo de cemento pulido que refleja la luz natural que entra por los enormes ventanales de cristal blindado. Acabados de acero cepillado, iluminación indirecta, calculada milimétricamente para que no sea ni más ni menos de lo necesario.

Cada mueble parece una pieza de ajedrez elegida a dedo. Un sofá de cuero negro, largo, bajo, alineado contra una pared de cristal que revela toda la ciudad al exterior. Una mesa de comedor de madera oscura, maciza, acompañada de sillas de líneas duras, sin florituras ni curvas innecesarias.

La cocina es abierta, con una encimera de piedra negra, electrodomésticos empotrados, todo oculto. Todo en su sitio y nada fuera de control.

Es bonito, lujoso, pero también un poco sofocante. Tengo la sensación de estar muy protegida, como si estuviera dentro de su mente. Y es una fortaleza, una prisión. Una zona de guerra.

— Entonces... aquí es donde vives.

— A veces.

Frunzo el ceño, confundida.

— ¿Cómo es eso?

Damian no responde de inmediato. Cierra la puerta detrás de nosotros, activa el cerrojo digital, vuelve a poner en marcha el *escáner* y solo entonces se da la vuelta, mirándome con esa mirada que lo dice todo.

Me muerdo el labio, tratando de contener la incomodidad que no sé si proviene de la curiosidad o del hecho de estar, una vez más, abriendo una puerta a su mundo. Se pasa la mano por la barba, un gesto clásico en él, calculando cuánto me va a dejar saber o cuánto quiere admitir.

«Tengo un apartamento en Nueva York», comienza, y cada palabra suena como si fuera una pieza de un rompecabezas gigante que, hasta ahora, ni siquiera sabía que existía. «Otro en Dubái. Londres. Praga. Moscú. Y algunos otros... provisionales».

Lo dice todo como quien menciona tener diferentes tipos de herramientas, como si fueran activos, bases operativas, y no hogares. Pero algo me dice que, de hecho, no son hogares, son puntos estratégicos, fortalezas repartidas por todo el mundo.

Esa es la vida que lleva. Esa es su realidad. Ese es el hombre que ahora está frente a mí y, de alguna manera insana, me quiere a su lado.

— Pero este... —Se acerca a mí, recorriendo con la mirada el apartamento como si revisara mentalmente cada rincón, cada pared, cada línea—. Este lugar es mi favorito.

Tragué saliva y me humedecí los labios.

— ¿Por qué?

— Porque es en esta ciudad... — Da un paso más, acortando toda la distancia que nos separa, y sus ojos se clavan en los míos. — Donde vives.

Mi corazón se acelera tanto que creo que me va a salir del pecho. Siento que el aire se vuelve más pesado y cálido. Y, de repente, es como si todo a mi alrededor perdiera el foco. Ya no hay apartamento ni ciudad. Ya no hay amenaza. Solo estamos él y yo.

Sonrío mientras entrelazo mis brazos alrededor de su cuello, mientras él desliza sus grandes manos hacia mi cintura, atrayéndome hacia su cuerpo.

— Y ahora, aquí es donde vas a vivir, Julie —susurra, con voz ronca y demasiado cerca de mis labios—. Aquí. Conmigo.

Mis dedos aprietan su nuca, atrayéndolo hacia mí.

— ¿Sí?

Damian me sujeta la barbilla con una mano, firme y dominante, y pega su frente a la mía, mirándome como si quisiera tatuar una verdad dentro de mí. Su mano aprieta mi cintura con más fuerza mientras murmura:

—Sí.

Captura mi boca en un beso salvaje, sellando lo que acaba de decirme.

Y, por primera vez desde que todo esto comenzó, desde que él entró en mi vida, trastornando cada parte de mí, lo entiendo. Lo siento y lo acepto. Porque yo también lo quiero. Quizás sea incorrecto y enfermizo.

Maldita sea, es una locura.

Pero ya no importa, porque lo amo, de una manera que no tiene arreglo, que no tiene cura.

Y soy suya. De la misma manera errónea, brutal y absoluta en que él es mío. Hasta el final. Hasta el infierno.

Hasta donde nos lleve este amor.



— Tengo que ir a mi casa —digo, cruzando los brazos y mirándolo desde donde estoy, sentada en la silla de la isla de la cocina.

La mirada de Damian se levanta de inmediato, como si la frase sonara como una amenaza velada. Frunce el ceño con expresión severa y las cejas se le juntan al mismo tiempo que se le tensa la mandíbula.

— No —responde seco e inmediato. Sin margen para la negociación—. Ahora vives aquí. Creía que lo habías entendido.

Pongo los ojos en blanco.

— No te estoy pidiendo permiso —le respondo, apretando los brazos contra el cuerpo, más para mantener la compostura que por cualquier otra cosa—. Solo te lo estoy comunicando.

Él suelta un suspiro profundo, se pasa la mano por la barba y luego se apoya en la encimera con una mano en la cintura y me mira como si estuviera decidiendo si encerrarme en la habitación o esposarme al sofá.

—¿Por qué coño quieres ir allí, Julie? —pregunta, irritado—. No hay nada más para ti en esa casa.

Tragué saliva, pero no retrocedí.

— Mis libros, Damian. Mis cosas de la universidad. Mis cuadernos, mi bata, mis gafas, mi ropa, mi... todo. No me fui de allí para hacer un viaje. Me fui huyendo. Y si es para vivir contigo... —

Respiro hondo, apretando las yemas de los dedos contra la encimera —. Quiero hacer un cambio de verdad.

Su pecho sube y baja lentamente, como si estuviera contando mentalmente hasta diez, o hasta mil. Sus ojos se estrechan, como quien evalúa los riesgos, calcula las rutas de escape o prepara toda una operación en su cabeza en menos de tres segundos.

— No me gusta esa idea —gruñe, apretando la mandíbula, y veo cómo le palpita el músculo del maxilar—. Ni un poco.

— Tienes que dejarme hacerlo —replico, cruzando las piernas y echándome el pelo hacia un lado como quien finge una seguridad que no tiene—. Y, sinceramente, si voy a vivir aquí, contigo, quiero mis cosas, Damian. Las necesito. —No responde, solo me mira fijamente. —Puedo llevarme a diez de tus hombres conmigo, si quieres. Quince. Veinte. Tú eliges. Entro, cojo lo que es mío y me voy. No tardaré más de una hora. Lo prometo.

Damian cierra los ojos por un instante, respira hondo y exhala con fuerza, apretándose la punta de la nariz como quien intenta desesperadamente encontrar una salida que no implique encerrarme en algún lugar hasta que me olvide de la idea.

Cuando abre los ojos, estos están más oscuros y peligrosos, pareciéndose más a Grey que a Damian.

—Quince hombres. —Su voz suena arrastrada, pesada, como si le doliera permitirlo—. Coches blindados y una ruta segura. Comunicación abierta conmigo en todo momento. Si una mosca se posa en el lugar equivocado, vuelves sin terminar esta mierda.

Sonrío, aunque me parece una exageración.

— Hecho.

Él no me devuelve la sonrisa, ni un milímetro, solo niega lentamente con la cabeza, se aleja, se pasa la mano por la nuca, luego por la barba, y murmura, más para sí mismo que para mí:

— Debo estar completamente jodido de la cabeza.

Bajo de la isla de la cocina y doy unos pasos hacia él, tratando de suavizar su dura expresión.

— Vuelvo enseguida.

— No me hagas arrepentirme de esto, Julie.

— No lo haré.

Acerco ligeramente mis labios a los suyos y noto que cede un poco, aunque todavía no sonríe.



CAPÍTULO 33

El coche se detiene frente al edificio y, por mucho que me haya preparado mentalmente durante todo el trayecto, una punzada incómoda me invade el pecho. Volver a casa es extraño, casi surrealista.

Cuando bajo, me doy cuenta de que Damian no bromeaba. *Quince hombres*. Dos coches delante, otro detrás, uno en la esquina y dos más parados en la otra calle. Rodeando toda la manzana como si fuera la puta jefa de Estado. O un objetivo a punto de ser atacado. Lo que, en su cabeza, es lo mismo.

Subo a mi piso acompañada por cinco de ellos. El sonido de las botas resuena en el elegante pasillo de mármol claro, con zócalos altos y paredes blancas impecables. El edificio es sofisticado, como todo lo que mi madre siempre se ha esforzado por mantener. Las apariencias siempre han sido más importantes que cualquier otra cosa. Más importantes que el amor. Mucho más importantes que yo.

Me detengo frente a la puerta y mis dedos aprietan el asa del bolso con tanta fuerza que me llega a hormiguear. Respiro hondo, trago mi incomodidad y me vuelvo hacia ellos.

— Voy a entrar sola.

Uno de los hombres de Damian cruza los brazos, mira la puerta y luego a mí, claramente incómodo.

—Señorita Venti, con todo respeto, eso no forma parte del protocolo.

— No he pedido su opinión —le interrumpo con firmeza, levantando la barbilla—. He dicho que voy a entrar sola. Si necesito ayuda, gritaré.

Él intercambia miradas rápidas con los demás, y es evidente que no le gusta mi idea. Pero, al final, saben quién es su jefe. Y que, si quiero, en menos de cinco segundos, puedo llamar a Damian y ponerlos a todos de rodillas.

—Cualquier señal, cualquier cosa, solo tienes que pulsar este botón —dice, entregándome un pequeño dispositivo—. Si lo pulsas, entramos.

Inclino la cabeza, asintiendo.

— Es más discreto que gritar.

Cojo el aparato, lo guardo en el bolsillo de la chaqueta y me dirijo a la puerta. Mi corazón late tan rápido que puedo sentirlo en los oídos. Giro la llave en la cerradura y la manilla se abre con un chasquido metálico que conozco muy bien.

Empujo la puerta y me encuentro con la misma habitación, el mismo olor, las mismas paredes y, al mismo tiempo, todo es tan extraño y distante. Algunas luces están encendidas, lo justo para que no esté todo a oscuras. Atravieso la habitación, miro a mi alrededor y se me hace un nudo en la garganta, pero no lo dejo traslucir.

—¿Mamá?

Silencio. Durante unos segundos, solo se oye el sonido de mi propio corazón retumbando en mis oídos. Y entonces, oigo unos pasos y ella aparece.

Hermosa, impecable e intacta.

Vestida con un costoso vestido de satén, con el maquillaje perfecto, el cabello peinado, como si su hija no hubiera desaparecido

durante varios días. Tiene una copa de vino en la mano y esa mirada de aburrimiento y desprecio cuando me ve.

— Ah... — dice, como quien ve a alguien a quien no esperaba, pero tampoco le importa. — Has vuelto.

Aprieto los brazos contra el pecho, obligándome a no derrumbarme delante de ella.

Da un generoso sorbo al vino y arrastra el trasero hasta el sofá para sentarse, cruza una pierna sobre la otra y arquea una ceja.

—Así que te dejó salir de tu madriguera —dice con desdén—. Interesante.

Siento algo subir por mi garganta, es caliente y ácido, y me quema directamente en el estómago. No es tristeza ni dolor, creo que es rabia. La cruel, fría y definitiva percepción de que, de todas las cosas que he perdido, la única que nunca tuve fue ella, mi madre.

—He venido a recoger mis cosas.

Ella suelta una risa corta y burlona, de esas que rasgan el oído y arrastran el alma con ellas. Da otro sorbo al vino y luego se arregla meticulosamente la bata y me mira como si fuera entretenimiento barato.

— ¿Te vas a vivir con él?

—Sí —respondo sin pestañear ni bajar la mirada, y por eso veo el momento exacto en que sus cejas se levantan medio centímetro, algo incrédulas.

— ¿Tú, tan recta, tan moralista, yendo a vivir con un hombre peligroso como él? —dice con voz venenosa e inclina ligeramente la cabeza, entrecerrando los ojos—. Vaya. ¿Qué te ha dicho, eh? ¿Qué te ha prometido para que le entregues toda tu vida así?

Mi sangre se calienta y empieza a hervir, pero intento mantener el control. Cruzo los brazos y sostengo su mirada.

—¿Por qué quieres saberlo? Hasta hace un mes, ni siquiera hablabas de él.

Arquea una ceja, golpea ligeramente la copa de cristal con la uña y me dedica una media sonrisa que, durante años, me ha desarmado y me ha hecho dudar de mí misma.

—¿Te enseñó él a ser tan atrevida? —pregunta, levantando la barbilla para poner a prueba mis límites.

Respiro lentamente, contengo el nudo que se forma en mi garganta, las ganas de encogerme y el reflejo condicionado que ella me inculcó desde que era niña.

Y no agacho la cabeza ante ella.

— No. — Me acerco un paso. — Solo estoy cansada de pasarme la vida intentando entender qué hice tan mal para que nunca me quisieras, estoy cansada de ser tu hija.

Ella parpadea y, por un segundo, veo ese brillo ácido y venenoso, ese reflejo sombrío que siempre aparece cuando siente que puede herirme y hurgar lo suficientemente profundo como para arrancar el dolor de donde cree que aún existe.

— Te acostaste con él.

Todo mi cuerpo se tensa y siento que se me revuelve el estómago. Aprieto el asa del bolso con tanta fuerza que me duelen los huesos de los dedos.

—Dios mío. —Ella se ríe—. Tú y él os acostasteis. La princesita perfecta de papá, tumbada en la cama de su mejor amigo. Épico, ¿no crees?

Mis uñas se clavan en la palma de la mano y mi cara se convierte en un signo de interrogación, porque, por mucho que sepa que puede ser cruel, no imaginaba que fuera tan baja.

—Nada de eso es asunto tuyo —gruño, apretando los dientes y controlando las ganas de lanzarle esa copa de vino a la pared o a la cara.

Mamá esboza una sonrisa cínica.

—Tu padre... —hace una pausa teatral, entrecerrando los ojos y levantando la barbilla medio centímetro— debe estar revolviéndose

en su tumba ahora mismo.

Y esa frase hace que todo dentro de mí se rompa.

— ¡Cállate! —grito, y ella se ríe a carcajadas, bebiendo vino y moviendo la cabeza de un lado a otro, como si mi vida amorosa fuera muy divertida.

—Eres patética— dice con irritación, girando el resto del vino en la copa, mirando el líquido rojo como si fuera más interesante que yo—. Te estás vendiendo a cambio de protección, ¿no? Metiéndote en la cama de un asesino para fingir que por fin eres alguien.

Sus palabras me duelen en el pecho.

—No. —Levanto la barbilla y, aunque tengo la garganta seca y la voz me sale más baja de lo que me gustaría, continúo—. Me entregué a un hombre que me mira como si yo lo fuera todo. —Doy un paso, y es suficiente para ver cómo su sonrisa vacila, aunque intenta mantener la compostura, no lo consigue. — Y no te equivoques, mamá, ese asesino haría cualquier cosa por mí.

Dicho esto, le doy la espalda antes de que responda y me dirijo a mi habitación. Y siento como si las cadenas que me ha impuesto desde que era niña se hubieran roto.



Después de hacer las maletas, los hombres las colocan en el ascensor con sus comunicadores activos y miradas atentas, siguiendo el protocolo perfecto y rígido que les ha enseñado Damian.

Estoy cruzando la sala, lista para atravesar la puerta y, finalmente, enterrar mi vida con mamá, cuando su voz me alcanza.

—Julie.

Aunque no quiero, me detengo y me giro lentamente para mirarla.

Cruza los brazos, apoya una mano en la barbilla y observa por un segundo cómo se llevan las maletas, y luego vuelve a mirarme. Su mirada ya no transmite ira ni desprecio, solo indiferencia, lo cual es mucho peor.

Y me duele mucho.

— Crees que lo sabes todo, ¿verdad? Crees que, porque ese hombre te cogió, te encerró, te protegió, te folló, ahora lo entiendes todo... Que conoces a él o a tu padre.

—He conocido más sobre mi padre en estos últimos días con Damian que en los años que he vivido aquí —replico, apretando la correa del bolso en mi hombro y sosteniendo su mirada penetrante.

Ella esboza una sonrisa maliciosa, como la de alguien que conoce un secreto lo suficientemente sucio como para destruirlo todo.

—Ah, dulce Julie. —Da dos pasos hacia delante, bajando la voz y arrastrando cada palabra como si fuera una cuchilla afilada en mi piel—. No sabes nada.

Pongo los ojos en blanco y resoplo, aunque mi corazón empieza a acelerarse y siento un sabor ácido en la garganta.

— No te cansas, ¿verdad, mamá? Me voy, te librarás de mí. No te cuesta nada dejarme ir en paz.

Levanta el dedo índice y amplía su cruel sonrisa.

— Solo te diré una cosa, y guárdala bien, Julie. Cuando descubras la verdad, cuando lo entiendas todo, te destruirá. Destrozará cada ladrillo del castillo de protección que este hombre ha construido para ti.

Deja escapar una risa seca que me estremece el alma. Y odio que no parezca solo una provocación, sino una verdad absoluta.

— ¿En serio, mamá? —Arqueo una ceja y cruzo los brazos, sintiendo cómo se me llenan los ojos de lágrimas porque ella es incapaz de dejarme marchar sin una pelea—. Creo que realmente me odias. Y es jodidamente injusto, porque yo no tengo la culpa de las cosas que han salido mal en tu vida.

Me ignora y da un paso más, y cuando vuelve a abrir la boca, me susurra:

— ¿Y sabes qué es lo peor? —Inclina la cabeza, analizándome como si quisiera memorizar mi reacción—. Ni siquiera puedo contártelo. —Me río, pero es una risa sin humor—. Porque si abro la boca, si te digo lo que sé... —Levanta la mano y se pasa el dedo por el cuello, en un gesto lento y cruel—. Él me matará.

Por un momento, todo mi cuerpo se paraliza, pero decido no caer en su trampa. Entonces, me obligo a poner los ojos en blanco en lugar de llorar e ignoro el nudo que se forma en mi pecho.

— El drama. Siempre ha sido tu talento más inútil —digo, un poco brusca—.

Ella sonríe.

— No tienes ni idea, querida.

Me doy la vuelta y no miro atrás. Salgo de casa, cruzo el pasillo, entro en el ascensor con los hombres de Damian pisándome los talones y, en cuanto se cierran las puertas, aprieto los ojos con fuerza, respiro hondo e intento contener el temblor de mis manos, así como mis lágrimas.

Sin embargo, no lo consigo y me derrumbo.



CAPÍTULO 34

La puerta se abre y lo primero que siento es su olor.

Damian está en medio de la sala, de pie y de espaldas, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo el móvil a la altura de la cara. Su voz es baja y grave, con ese tono que utiliza cuando habla de negocios. De su vida. De la parte de su vida que aún no entiendo del todo.

Y que tal vez ni siquiera quiera entender.

— No —responde secamente—. Eso no es problema mío. Ya no. Resuélvelo tú.

Suelto un profundo suspiro, dejo el bolso en el sofá y me tiro en el mismo sitio, sintiendo cómo mi cuerpo se hunde en los mullidos cojines. El olor de Damian lo impregna todo, el cuero, la tela, el aire e incluso mi piel.

Me quito las zapatillas, acerco las piernas al pecho y abrazo las rodillas. Y, aunque está ocupado y con el ceño fruncido del Ejecutor, al que todo el mundo teme, no me quita los ojos de encima.

— Si vuelve a aparecer, no me llames. Haz lo que tengas que hacer. — La mano se eleva hasta la mandíbula, masajeando el maxilar con la barba grisácea, y la línea del músculo se tens

Las palabras no tienen mucho sentido para mí. Y, para ser sincera, no necesito que lo tengan. Ahora no se trata de eso. Se

trata de que, incluso lidiando con todo lo que está pasando, no me quita los ojos de encima.

Siento el calor de su mirada calentando mi piel, y es reconfortante, al igual que me oprime el pecho con una mezcla de ira, dolor y todo lo que desbordé en el ascensor y en el coche, y que ahora no sé dónde meter.

Cuelga el teléfono con un:

— Resuelve esta mierda. No me vuelvas a llamar por esto.

Apaga el móvil y lo tira sobre la encimera, y no dice nada inmediatamente, solo se queda mirándome y analizándome.

— Entonces... — Rompe el silencio con esa voz que, aunque baja, parece arañarme por dentro. — Lloraste todo el camino hasta aquí, ¿eh?

Me muerdo el labio inferior y sostengo su mirada, tratando de fingir que no es gran cosa.

— Sí. — Me encojo de hombros, acerco las rodillas y cruzo los brazos alrededor de ellas como si eso fuera a mantenerlo todo en su sitio. — No es nada.

— ¿Qué ha hecho?

— Habló. Eso es todo.

—¿Y qué dijo? —¿Quieres saberlo?

— ¿Por qué me odia tanto? —pregunto, y dejo caer los hombros—. Sé que interrumpí sus sueños, pero no es culpa mía. Era una niña. —Él contrae el músculo de la mandíbula y su respiración cambia. Me doy cuenta de que, si mi madre estuviera aquí, Damian haría cosas que me darían pesadillas durante una semana. O más. — Solo... — Mi voz se atasca en la garganta por el llanto. — No lo entiendo, ¿sabes?

Lentamente, camina hacia mí y, cuando se detiene frente a mí, se agacha, me sujeta la barbilla con un toque más firme que gentil, más posesivo que cariñoso, que me hace sentir mil veces mejor.

— No llores más por ella, ¿vale?

Asiento en silencio y él se queda mirándome fijamente durante lo que parece una eternidad.

—Ya me he acostumbrado a eso —susurro después de un rato.

— Nunca te acostumbrarás a eso, Julie. No lo permitiré.

Esbozo una media sonrisa y creo en lo que oigo, porque cuando habla así, no hay más verdad en el mundo que esa.



Damian está de espaldas a mí, preparando la cena. Algún tipo de pasta fresca con salsa roja que él mismo ha hecho. Claro, porque, además de parecer un tanque de guerra, todavía tiene esa maldita habilidad de ser bueno en todo. Incluso cuando no es necesario.

Me apoyo en el marco de la puerta, me abrazo a mí misma y me quedo observándolo. Es increíble que, incluso picando ajo y cebolla, Damian parezca listo para disparar un arma si entra un enemigo.

Me muerdo el labio inferior y respiro hondo, armándome de valor para sacar el tema que he estado rumiando durante las últimas horas. Estar en la ciudad es una oportunidad perfecta para recuperar un poco de libertad, y estoy dispuesta a convencerlo de ello.

—Estaba pensando en algo —comienzo a hablar, fingiendo indiferencia.

No responde de inmediato, pero la mano que remueve la salsa se ralentiza y todo su cuerpo parece encenderse y ponerse

más atento y alerta.

—¿En qué piensas? —pregunta sin volverse, pero sé que me está escuchando. Sé que está leyendo mis reacciones sin siquiera mirarme.

—Que quizá pueda volver a la universidad. —Lo suelto de golpe, como quien se arranca una *tirita*.

Se detiene por completo y el silencio que se instala entre nosotros es tan pesado que llega a dar palpitaciones. Apoya ambas manos en la encimera, baja la cabeza y respira profundamente.

—No —responde con dureza y aspereza. Y no me gusta cómo suena a mis oídos. Sé que es frío y brusco, pero conmigo siempre ha intentado ser flexible y un poco amable.

Mis fosas nasales se dilatan.

—Damian. —Doy un paso, meto las manos en los bolsillos de la sudadera y me esfuerzo por parecer más tranquila de lo que realmente estoy—. No puedo esconderme para siempre.

Lentamente, se da la vuelta y noto que todo su cuerpo está tenso, con el ceño fruncido y los ojos oscuros entrecerrados, con la mandíbula dura y rígida, lo que lo hace tan sexy e irresistible.

— No hemos vuelto a la ciudad para que tú andes por ahí — gruñe, pronunciando cada palabra como si fuera una sentencia o una orden militar.

Controlo mi deseo de responder con descaro e intento sonar un poco más amable.

— Lo sé, pero no es justo para mí. No puedo renunciar a mi vida.

Cruza los brazos, la camisa negra tensándose sobre sus anchos hombros, y me mira como si hubiera perdido la cabeza.

— Solo hasta que resuelva todo con Shade.

Incapaz de contenerme, pongo los ojos en blanco y pongo las manos en la cintura, inclinando el cuerpo hacia delante en señal de desafío.

— ¿Y estás seguro de cuánto tiempo va a llevar eso? —le espeto—. ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? ¿Cinco?

Su mirada se oscurece.

— No.

—Exacto. —Respiro hondo y enderezo los hombros—. Esto puede llevar años, Damian. Y sabes que no voy a dejar de vivir, ni a esconderme, y mucho menos a renunciar a mi vida, a mis sueños, a lo que soy, porque hay un loco ahí fuera.

Él suspira profunda y pesadamente, como si estuviera contando hasta diez para no romper nada. Decido seguir insistiendo, porque quiero volver a la universidad, aunque sea arriesgado.

Aunque sea peligroso, quiero vivir.

—Puedo llevarme a algunos de sus hombres conmigo —ofrezco, levantando las manos en señal de rendición y conteniendo una sonrisa—. Me acompañan, me dejan en la puerta, me recogen. Y estoy segura de que encontrará la manera de hacerlos circular por el campus.

Aprieta tanto la mandíbula que juraría que oigo rechinar los dientes.

— Y... —añado, dando mi golpe final—. Prometo que he aprendido la lección. No me interesaré por ningún chico nuevo.

Damian suelta la cuchara y me lanza una mirada salvaje y sombría, que me quema la piel y acelera mi corazón.

— Si tú... —Su voz suena ronca y más posesiva que cualquier otra cosa que haya oído jamás—. Si miras a otro hombre, morirá—. Da un paso hacia mí—. Morirá sin saber qué le ha golpeado. Sin tener tiempo siquiera para entenderlo.

Suelto una risa y sé que estoy loca por gustarme esas cosas tan malas que dice, esos celos absurdos y desmesurados.

— ¡Dios mío, Damian! —Niego con la cabeza y aprieto los labios para contener la sonrisa, pero esta brota de todos modos—. Estás completamente loco.

Él no sonríe, solo se acerca más, hasta que me inmoviliza contra la encimera y nuestros cuerpos se tocan, y su mirada ardiente me atraviesa por completo.

—Lo estoy. —Me sujeta la barbilla, haciendo que mi cara se gire hacia él. Su boca está tan cerca de la mía que siento el sabor del vino en su aliento cálido—. Y la culpa es toda tuya.

Sé que, de alguna manera loca, esto es amor. Un amor equivocado y nada perfecto, pero es mi primer y único amor.

Y algo dentro de mí me dice que es para siempre.



GREY

CAPÍTULO 35

El panel del ascensor pita y se enciende la luz del vestíbulo privado del apartamento. Dos segundos después, la puerta se abre en el momento exacto. Sin margen de error, tal y como él es.

Blade entra con una camisa social negra, traje entallado, corbata floja, cabello negro peinado hacia atrás, sin un solo cabello fuera de lugar. Tiene una expresión impasible y una mirada fría y analítica estampada en el rostro.

—Has tardado —le digo, llenando mi copa de cristal con whisky y apoyándome en el lado del cuerpo en la encimera de la isla de la cocina.

Da dos pasos hacia mí, se quita la *chaqueta*, la dobla y la coloca en el respaldo del taburete, ajustándose la corbata con el movimiento más tranquilo y controlado que existe, y solo entonces me mira.

— He venido lo más rápido posible, teniendo en cuenta que estaba en Tokio —responde, haciéndome resoplar y dar un sorbo a mi bebida—. Estaba devolviendo un antiguo favor.

—¿A quién? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Se arregla la manga de la camisa, cierra el puño y luego responde:

—*Yakuza*.

Sonrío brevemente con ironía y sacudo la cabeza.

—Joder, Blade.

Él no me devuelve la sonrisa, solo me mira a su manera, como quien te disecciona antes de decidir si vives o mueres.

— La deuda era antigua, había que saldarla. — Se ajusta los puños de nuevo, como si cualquier desalineación fuera inadmisible. — Ahora estoy aquí, eso es lo que importa.

Me bebo el resto de mi copa y asiento con la cabeza.

— Entonces, vayamos al grano. Shade.

— De acuerdo. — Da dos pasos más, coge la tableta que dejé en la encimera y empieza a deslizar el dedo por la pantalla, analizando los datos con calma, pero concentrado, como un cirujano en medio de una operación a sangre fría. — ¿Ya sabes dónde está?

— No exactamente. — Respiro hondo y abro el mapa en el panel—. Pero sé que quiere que vaya tras él. Está dejando pistas falsas, provocándome, poniendo a prueba mis límites.

Blade asintió lentamente, sin levantar mucho la cabeza.

— ¿Y vas a morder el anzuelo?

Sonreí levemente.

— Nunca muerdo el anzuelo. — Doy la vuelta al mostrador, me acerco al panel digital, pongo otra imagen en la pantalla, rastreos térmicos, imágenes de satélite y drones. — Tiro de la cuerda hasta romperle el cuello a quien la sostiene.

Él emite un sonido que casi parece un suspiro.

— Me gusta ese plan. — Hace una pausa, ajustándose la manga una vez más, como si alinear la tela fuera parte del proceso mental. — Quiero su cabeza tanto como tú.

Estoy a punto de abrir la boca cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo. Meto la mano para coger el aparato y lo compruebo. Pantalla negra, llamada cifrada de un número interno que ya me imagino de quién es.

Contesto.

— Hola.

— Grey, tenemos un problema. — La voz al otro lado suena tensa y un poco entrecortada.

— ¿Qué tipo de situación?

— Es que... — Hay una pausa que me hace apretar la mandíbula con fuerza durante un segundo. — Se ha suicidado.

Me quedo en silencio, procesando la información. Mi mano aprieta tanto el móvil contra mi oído que me duelen los dedos. Siento que mi corazón se acelera y se endurece al mismo tiempo, como si pesara toneladas.

— Repítelo —ordeno, brusco.

— Se suicidó, Grey. Lo encontramos hace un momento.

Cuelgo sin responder. Blade se da cuenta inmediatamente del cambio en mi expresión, cierra la tableta e inclina ligeramente la cabeza, evaluando mi expresión como quien lee un informe de autopsia.

— ¿Qué pasa? —pregunta, impasible.

Tardo en responder y trago saliva con tanta fuerza que me molesta el nudo en la garganta.

—Se ha suicidado.

Blade entrecierra los ojos y, para alguien que parece estar hecho de piedra, eso lo dice todo.

— ¿No estaba a punto de hacer el juramento final?

Cierro los ojos y respiro hondo, sintiendo un ligero dolor en el pecho. No es físico, sino de una forma que detesto, que solo provocan cosas que no deberían existir en Tenebris.

— Faltaba una semana.

Ese chico.

Ese maldito chico no era solo un nombre más en la base de datos de la maldita Tenebris. No era solo un soldado más, una

sombra más, un número más. Era *su* hermano*,* y ella no lo sabe. No sabe que existió, que vivió, y ahora no sabe que murió.

Me llevo las manos a la nuca, apretando con tanta fuerza que los dedos crujen. La sangre late en mis sienes, martilleando y amenazando con estallar. Y siento cómo la maldita culpa me consume por completo.

—La última vez que estuve en el orfanato, me di cuenta de que él no encajaba allí —comenta Blade, analizando mis expresiones —. Era de esperar que algo así sucediera. No todos sobreviven. Lo sabemos, Grey.

Suelto una risa corta y amarga que me desgarra la garganta.

—Nunca debió haber estado allí, lo sabes. —Escupo las palabras—. Nunca.

Blade levanta la vista hacia mí y asiente, pero su postura me dice que está listo para juzgarme.

—Estaba allí porque Luca tomó decisiones. Y las decisiones tienen un precio.

Aprieto los dientes.

— No. Estaba allí por mi culpa.

Blade inclina ligeramente la cabeza, calculador y analítico, como si estuviera a punto de hacer una incisión.

—No —replica, frío—. No podemos engendrar vidas, porque pertenecemos a la muerte, y quien le pertenece no tiene derecho a la vida, ¿recuerdas? Son las palabras de nuestro juramento. Aun así, Luca tuvo a Julie.

Me quedo en silencio, porque tiene razón. Pero ¿cómo puedo estar en contra de Luca en este momento, si hizo algo tan precioso como mi Julie? No puedo imaginar una vida sin respirar el mismo aire que ella.

—Conoces las reglas. Todos las conocemos. —Se ajusta la corbata, dejándola perfectamente centrada—. La vida no pertenece

a la muerte, Grey. Y Tenebris es muerte. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

Parpadeo, cerrando las manos hasta que los nudillos crujen.

—Lo sé.

— Luca rompió una regla. Miró a Julie, a ese bebé, y no tuvo el valor de hacer lo correcto... — Blade hace una pausa para corregirse—. Lo que se le exigía.

— ¿Tú habrías tenido el valor?

— ¿Qué? —pregunta, frunciendo sus gruesas cejas.

— ¿Tendrías el valor de entregar a tu hijo al sector de formación infantil de Tenebris? ¿Para que creciera como tú? ¿Para que lo entrenaran, moldearan, quebraran y volvieran a armar como a ti? ¿Y nunca supiera que era tu hijo?

Los ojos oscuros de Blade parecen vacilar por una milésima de segundo, y sé que lo he dejado sin respuesta a mi pregunta, que aunque es fácil de responder con un «sí» o un «no», es jodidamente compleja.

— La verdad es que no lo sé, Grey.

Cierro los ojos con fuerza y la primera imagen que me viene es la de ese maldito bebé en mis brazos. Tan pequeño y frágil, inocente. Y, de alguna manera que nunca entendí, mío. Desde el primer segundo en que lo miré.

— Le prometí a Luca que cuidaría del chico —murmuro, más para mí mismo que para él.

—A Luca nunca le importó —me recuerda Blade, y sé que es cierto, pero aun así, todo fue idea mía. Su vida habría sido diferente si yo me hubiera quedado callado.

— Ese bebé se convirtió en la liquidación de la deuda.

—Exacto—, confirma Blade—. El precio por mantener a Julie fuera de Tenebris.

Y ahora, ese niño está muerto. El precio se ha pagado. La deuda, tal vez, nunca se haya saldado realmente.

Aprieto la mandíbula y siento cómo crujen los dientes.

— La pregunta ahora es: — Levanto la mirada, encuentro la de Blade y vuelvo a razonar, dejando de lado las tonterías. — ¿Se suicidó o alguien hizo que pareciera un suicidio?



CAPÍTULO 36

Volver a la universidad, después de todo, es extraño.

Extraño en el sentido de que es incómodo, surrealista y, de alguna manera, justo lo que necesitaba.

El mundo aquí no ha cambiado. Los pasillos siguen iguales, las voces, las conversaciones, los grupitos, las miradas de reojo. Las mismas personas, las mismas dinámicas. Todo igual.

Sin embargo, yo ya no soy la misma, y no sé si alguna vez volveré a serlo.

La única diferencia visible, además del hecho de que ahora soy oficialmente la chica que vive con un hombre como Damian Balestra, es que, mire donde mire, hay un hombre suyo vigilándome.

Parado en el estacionamiento, en el pasillo del campus, sentado en el banco de la plaza frente al bloque de medicina. A veces, fingiendo estar hablando por teléfono, otras, fingiendo leer un libro. Y, en algunas ocasiones, ni siquiera se molesta en disimular, solo se queda allí, mirándome, con los brazos cruzados, con cara de pocos amigos, la mano siempre demasiado cerca de la cintura, donde sé que tiene un arma.

Debería molestarme, y tal vez incluso asustarme, pero, en realidad, me siento segura. ¿Es incorrecto y enfermizo? Sin duda, pero esta es mi vida ahora. Y, de todas las cosas extrañas que

forman parte de mi mundo hoy en día, esta es la única que parece normal.

Me paso todo el día concentrada. O, al menos, intentándolo. Entre las clases, los laboratorios, los profesores, los apuntes, las miradas recelosas y los cuchicheos, porque, claro, la gente se da cuenta de que hay algo diferente a mi alrededor, pero el día transcurre con normalidad.

Cuando por fin termina, vuelvo al apartamento acompañada de un séquito, como si fuera la presidenta de los Estados Unidos. Me alegro de que no crucen la puerta y, al entrar, siento que me he quitado un peso de encima.

Dejo los libros y la mochila en un rincón del sofá y me dirijo al dormitorio. La puerta del baño está entreabierta, dejando pasar un poco de luz al dormitorio y trayendo el suave sonido del agua de la ducha. Me tiro en la cama y dejo que mi cuerpo se hunda en el colchón, y solo entonces respiro hondo y cierro los ojos.

Me concentro en el sonido del agua corriendo, en la forma en que el chorro golpea los azulejos y en el aroma de su jabón que se escapa por la puerta entreabierta.

Damian ha estado diferente últimamente. No es que se haya alejado de mí, no es como si se hubiera distanciado. Está agobiado y sé que no va a desahogarse. No me parece el tipo de hombre que comparte sus problemas con nadie.

Los hombres como él no comparten sus propios fantasmas, solo los cargan y sangran. Y matan por aquellos a quienes aman. Y, si es necesario, también mueren.

Respiro hondo y abro los ojos, decidiendo si debo entrar en el baño. No voy a insistir en que se abra conmigo, lo intenté ayer y se enfadó, se acostó en la cama solo después de que yo me durmiera.

Pero tampoco quiero que pase por esto solo. Sea lo que sea, quiero que sepa que puede contar conmigo. Y que lo quiero, cada pedazo de él, incluso los quebrantados y los demasiado pesados para que yo los cargue.

Me levanto de la cama, me quito las zapatillas y, de puntillas, cruzo la habitación. Empujo la puerta del baño lentamente y la nube de vapor se escapa, abrazándome como si fuera parte de él.

—Damian... —lo llamo en voz baja.

Él no dice nada, pero oigo el agua salpicando el cristal de la mampara. Doy un paso más y luego otro, hasta que su sombra se dibuja detrás del cristal esmerilado. Y, por primera vez, me doy cuenta de que quizá él me necesita tanto como yo a él.

La sombra detrás del cristal se mueve y, de repente, la puerta de la ducha se desliza hacia un lado, dejando escapar más vapor y calor que emana de su cuerpo. Nuestras miradas se cruzan, negras contra azules, y esbozo una pequeña sonrisa.

Échame del brazo y me atrae hacia su cuerpo, bajo la ducha, empapándome con el agua tibia. Con determinación, sus manos encuentran los botones de mi blusa y comienzan a desabrocharlos.

Uno, dos, tres botones, y luego el cuarto se desabrocha. Después el quinto y el sexto. Hasta que la blusa se abre, deslizándose por mis hombros, pesada, mojada, cayendo como si la propia tela entendiera que ya no tiene lugar aquí.

Las manos continúan y bajan hasta el dobladillo de mi camiseta, luego se deslizan hasta mi cabeza, y él tira la prenda fuera de la ducha. Los dedos firmes van directamente a la cintura de los pantalones y, lentamente, Damian baja la cremallera y yo le ayudo a bajar la prenda.

Sus ojos recorren cada parte de mi cuerpo, lentamente y con un deseo latente, como si estuviera cartografiándola. Llevo las manos hacia atrás y me desabrocho el sujetador, dejando que la tela empapada caiga entre nosotros.

Sin romper el contacto visual, Damian desliza los dedos por mis hombros, apartando los mechones de pelo mojado, sujetándome la cara con una mano, mientras la otra baja hasta agarrarme la cintura, luego el costado de la cadera, acercándome a él, apoyando mis pechos contra su pecho.

—Eres lo único en el mundo capaz de destruirme, Julie.

Contengo la respiración en la garganta. Ya ni siquiera sé qué es el frío, el calor, qué es el agua, el sudor, qué es mío y qué es suyo.

Deslizo mis manos por su pecho, sintiendo sus músculos duros, su piel caliente, todo su cuerpo tenso como si estuviera a punto de explotar. Inclina la cabeza, rozando mis labios con los suyos, bajando por mi cuello, mordiéndome suavemente y chupando, dejando un rastro caliente y posesivo, marcado donde sabe que nadie más lo tocará.

Sin previo aviso, se agacha frente a mí y mete dos dedos a cada lado de mis bragas, haciendo que la tela se deslice pesadamente por mis piernas, antes de caer al suelo.

Sonrío al verlo de rodillas frente a mí. El hombre al que todo el mundo teme, el ejecutor, el depredador, el monstruo vestido de hombre, arrodillado ante mí.

Sus manos sujetan con fuerza mis muslos, sus dedos presionan la carne y aprietan con fuerza. Saca la lengua y yo jadeo de excitación al sentirla tocar mi sensible entrada.

—Damian... —gimo, agarrándome a sus hombros.

Él gruñe contra mi coño y sigue lamiéndome de manera vulgar y obscena. Cada lametón hace que mis piernas tiemblen, y me cuesta incluso mantenerme en pie.

— Joder —gruñe, mordiendo, chupando, haciéndome jadear —. Siempre tan húmeda para mí. Tan dulce.

Todo mi cuerpo tiembla y mis músculos se contraen, mi pecho sube y baja descontroladamente, y mi cabeza cae hacia atrás, gimo fuerte y le dejo jugar con mi clítoris. Sus hábiles manos me sujetan con más fuerza, y su lengua recorre un camino tortuoso, lento, subiendo y bajando, chupando y lamiendo como si quisiera romperme por dentro.

El sonido de mis gemidos, del agua cayendo, de su boca destruyéndome, todo se mezcla y se convierte en una sola cosa.

—Damian... —Mi voz sale débil—. Enséñame. —Lo suelto antes de que mi cerebro procese las palabras. Aún con la boca sobre mí, me mira a los ojos y yo le sujeto la cara con una mano—. Enséñame a darte placer también.

Su cuerpo se congela por una fracción de segundo y sus manos aprietan mis muslos con tanta fuerza que dejo escapar un grito de sorpresa. Lentamente, se levanta, haciendo que su barba se arrastre por mi piel sensible, subiendo por mi vientre, por el centro de mi pecho, hasta llegar a la altura de mi cara.

Su polla, dura, grande, gruesa y palpitante, roza mi vientre, y siento lo cerca que está del límite.

Damian me sujeta la barbilla con el pulgar y el índice.

— Entonces ponte de rodillas ante mí —ordena.

Sin pestañear, obedezco y me arrodillo, con los ojos levantados, fijos en su mirada. Admiro su cuerpo duro y fuerte, dominante y musculoso, y siento con cada célula de mi cuerpo que quiero hacerlo feliz, olvidando todas las cosas malas del pasado.

Damian me presiona la mandíbula, obligándome a mantener los ojos fijos en él, a no apartar la mirada, a no parpadear ni escapar de esa mirada que me domina.

Su polla, justo en dirección a mi boca, dura, gruesa y palpitante, casi rozando mi barbilla, y el olor me invade, me adormece, me embriaga de una manera que no sé si es más sucia o perfecta.

—Sujétalo —me ordena, rodeando mi muñeca con sus dedos y obligándome a agarrar su polla—. Aplica un poco de presión —gruñe, guiándome sin apartar los ojos de mí—. Con movimientos de vaivén.

Temblando, mi mano obedece y se desliza por la base de su polla, la piel caliente late contra mis dedos, y es tan pesada, tan

ancha, que me pregunto cómo algo así cabe dentro de mí.

— Eso, buena chica —jadea, cerrando los ojos por un segundo—. Ahora, abre la boca y trágatelo.

Suavemente, rozo los labios con el glande, luego le doy un beso seguido de una lamida lenta, generosa y provocativa, untando toda la cabeza con saliva. Siento cómo se tensa todo su cuerpo y los dedos de mi mandíbula aprietan con más intensidad, como si fuera una advertencia de que en cualquier momento puede perder el control.

— Joder...

Cierra los ojos durante más tiempo, la cabeza se le inclina un poco hacia atrás y me agarra el pelo con la mano, tirando con fuerza y obligándome a inclinar la cara y mirarlo de abajo hacia arriba, en una posición que grita entrega y sumisión.

—Eso, chica mía —gruñe, como una bestia hambrienta—. Eso, mírame, al hombre que es tu dueño, mientras te enseño a darme placer.

Deslizo la lengua por toda la extensión, muy lentamente, saboreando el gusto de la piel, la sal y el olor. Un gemido gutural se escapa del fondo de su garganta y vibra directamente en mi espina dorsal, haciendo que todo mi cuerpo reaccione, como si fuera mi recompensa, mi premio por obedecer. Por ser suya.

Me agarra más fuerte del pelo y me tira, guiando el movimiento.

— Naciste para esto, Julie —gruñe, empujando su polla más adentro de mi garganta, tan profundo que siento que se me llenan los ojos de lágrimas—. Para arrodillarte así. —Más profundo—. De rodillas frente al hombre que es tu mundo.

Después de tragarme toda su polla, la saca y la empuja de nuevo, enseñándome cómo se hace, y siento que mi boca se amolda a él.

Damian me agarra el pelo con tanta fuerza que me arde el cuero cabelludo, pero no quiero que me suelte. No quiero que me alivie, lo quiero todo, tal y como él, brutal, crudo y completamente mío.

— Eso, *mi amor...* — Su voz suena tan grave y ronca que me estremece cada parte de mi cuerpo—. Qué boca tan deliciosa.

Su cadera avanza y siento cómo invade mi boca hasta el fondo otra vez, el reflejo me hace atragantarme, pero él no se detiene. Para ser sincera, creo que incluso le gusta verme así.

— Eso... — Me agarra más fuerte del pelo, me obliga a mirarlo, incluso con los ojos llorosos y la cara roja, incluso con la garganta luchando contra su tamaño. — Qué bueno es follar tu boca.

Retira la polla, solo lo suficiente para dejarme respirar, y un hilo de saliva se desliza por la comisura de mi boca, baja por la barbilla y se mezcla con el vapor caliente que invade todo el baño.

— Abre más la boca —ordena, sujetándome la cara con una mano y presionándome la barbilla con el pulgar hacia abajo, obligándome a abrirla de par en par—. Eso, así. Quiero que me demuestres que has aprendido bien.

Oírlo hace que mi vientre palpite, y aunque estoy arrodillada, inclino más el trasero hacia atrás y se lo muestro, tragándomelo todo. Damian sigue guiándome, sujetándome la cabeza y tirando de ella en el momento justo, dictando su ritmo y su intensidad.

Sigo avanzando y tragando, chupando y enterrando su polla más profundamente en mi garganta, haciendo que todo su cuerpo vibre.

—Joder, Julie—gruñe, al mismo tiempo que aprieta los dientes y los músculos de sus muslos se tensan, con la respiración pesada y animal. —Mírame.

Me sujeta la cara con ambas manos y empieza a empujar más fuerte y más profundo, haciéndome sentirlo todo. Damian gruñe y

los dedos de mi cara me aprietan con fuerza, y continúa con un intenso ritmo de vaivén.

—Julie —gruñe con voz ronca—. Joder. Mírame mientras me corro en esa boquita que es solo mía. Solo mía, joder.

Siento su cadera avanzar una vez más, la base presionando mis labios, tan profundamente que mis ojos se llenan de lágrimas de nuevo, y entonces, lo siento explotar.

—Joder—. Deja escapar un sonido animal, y siento el chorro caliente llenando mi boca, deslizándose por mi garganta, marcándome por dentro. Ni siquiera lo pienso bien, solo lo trago todo.

Él me sujeta la cabeza con firmeza, con los ojos fijos en los míos, el pecho subiendo y bajando rápidamente, como si su propio cuerpo no supiera cómo lidiar con lo que acaba de pasar.

Su sabor se desliza por mi lengua, caliente, salado y amargo y, aun así, perfecto.

Cuando se retira lentamente, tira de mi cabeza hacia atrás, me sujeta la cara, pasa el pulgar por la comisura de mi boca, recogiendo el exceso de saliva, de placer y de todo lo que queda de ese momento sucio y perfecto, y esboza una sonrisa de pura satisfacción.

— Así es como me gusta. Así es como te quiero.

Aún de rodillas, sonrío, mirándolo con el pecho tan apretado, tan lleno y dominado por este hombre, que ni siquiera sé si algún día podré vivir sin eso. Sin él.

Y, sinceramente, ni quiero hacerlo.



GREY

CAPÍTULO 37

—Levántate —le ordeno, al tiempo que tiro de Julie hacia arriba, pegando nuestros cuerpos.

El agua caliente de la ducha nos empapa, pegando su cabello rubio a su rostro y convirtiéndola en una visión infernal, hecha para destruirme. La giro contra la fría pared, con sus redondos pechos rozando los azulejos. Una de mis manos sujeta firmemente su delgada cintura, y la otra sube hasta sujetar sus muñecas por encima de su cabeza.

— No te sueltes —le exijo—. Te quiero así, toda mía y atada a mí.

Deslizo los dedos por su vientre plano, provocándola y haciéndola gemir, coqueta, mientras su cuerpo tiembla y sus rodillas ceden un poco, pero yo la sostengo.

—Me debilitas, Julie —le susurro al oído, rozando con los dientes su delicada piel—. Y soy peligroso cuando me pongo así, porque mataría por ti sin pensarlo dos veces.

Apoyo la cadera entre sus muslos, obligándola a abrir más las piernas para mí. La punta de mi polla roza la entrada cálida y húmeda de su coño, y gruño bajo, sintiendo el calor pulsando contra mí.

Está tan mojada que le gotea por los muslos, y el sonido obsceno que se forma entre nuestros cuerpos es jodidamente

bueno. Paso el glande de un lado a otro, lentamente, sin entrar, solo para sentir cómo tiembla y se le contraen los músculos, deseando más y suplicando por mi polla.

— Pon el culo para mí.

Ella obedece medio segundo después, y yo le sujeto la cadera con firmeza, manteniéndola en su sitio y frotando de nuevo la punta de mi polla en su punto más sensible, solo para oírla jadear y verla arquearse debajo de mí.

— Di que quieres que te folle.

—Lo quiero —susurra, jadeando—. Por favor, Damian.

Aprieto aún más su cuerpo contra la pared de la ducha y sus manos se apoyan en los azulejos empapados, resbalando ligeramente con el agua caliente que sigue cayendo sobre nosotros.

Apoyo una mano en su cadera, obligándola a arquearse más, y deslizo la otra entre sus muslos, sintiendo el calor que late desesperadamente en su coño mojado para mí.

Por puro instinto, se pone de puntillas, ofreciéndome todo lo que tiene. Su culo redondo roza mi erección, haciéndome gruñir de excitación. Sostengo mi polla contra la entrada empapada y deslizo la cabeza por la cálida hendidura, haciéndola estremecerse.

— ¿Sientes eso? —murmuro, rozando mi boca húmeda en la curva de su cuello—. Todo esto es tuyo, Julie.

Me hundo completamente dentro de ella, y el sonido que ella emite reverbera en los azulejos y en mis huesos, volviéndome aún más loco. Sujeto firmemente su cintura y empiezo a embestirla con un ritmo fuerte y profundo.

Su trasero golpea mi abdomen con cada embestida, y ella gime sin pudor, temblando, agarrándose a la pared con tanta fuerza que sus dedos se ponen blancos.

—Así —gruño, mordiéndole el lóbulo de la oreja—. Te vas a correr de pie para mí, toda mojada y abierta.

—Damian —grita, apretando el coño alrededor de mi polla, y tengo que controlarme para no correrme rápido.

Julie arquea la espalda, empinándola aún más hacia mí, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Deslizo una de mis manos por su vientre hasta encontrar su clítoris palpitante y empiezo a masajearlo con movimientos circulares, mientras sigo penetrándola profundamente y sin parar.

Ella se estremece, todo su cuerpo tiembla bajo mi tacto.

—Córrete para mí— le exijo, con la boca pegada a la curva de su cuello—. Quiero sentir esta coñito apretando mi polla mientras gritas mi nombre.

— Yo... estoy a punto... —gime.

Acelero, hundiéndome con fuerza, marcando su cuerpo con cada embestida. Siento cuando empieza a derrumbarse, el interior contrayéndose en espasmos involuntarios y la cabeza cayendo hacia adelante.

Hundo los dientes en su hombro, no con tanta fuerza como para hacerle daño, pero sí para convertir su gemido en un grito ahogado y desesperado, y entonces ella explota en un orgasmo delicioso de ver. Su cuerpo tiembla, se sacude, y su coño se aprieta tan fuerte a mi alrededor que me arranca mi propio clímax.

—Joder... —articulo, hundiéndome hasta el fondo, eyaculando dentro de ella con un rugido sordo, todo el cuerpo contraído, tomado por un placer bruto y violento.

Nos quedamos así, conectados, jadeando, mojados por el vapor y la lujuria. Mis brazos la envuelven por detrás y su frente se apoya en la pared fría, todavía temblorosos, pero relajados.

—Han destrozado todo mi interior, Julie. Todo, excepto lo que ahora tocas. Nadie lo ha tenido nunca. Ni lo tendrá. Solo tú — admito, depositando besos en sus hombros.

Despacio, la giro hacia mí, sus ojos se encuentran con los míos, azules y nublados por el placer. Todavía jadeante, como si

intentara volver a su propio cuerpo después de lo que acabamos de hacer.

Su piel de porcelana está húmeda, el pelo pegado a la frente y las mejillas sonrojadas, y nunca ha estado tan hermosa.

—Lo sé —dice en voz baja, con la voz entrecortada—. Y lo protegeré con todo lo que tengo. —Siento un nudo en la garganta—. No soy buena en eso, Damian —continúa, con una pequeña sonrisa, casi triste—. Pero cuidaré cada parte de ti que nadie ha tenido. Aunque me rompa en el intento.

Mis dedos aprietan su cintura con más fuerza. Lo que acaba de decir me desgarra y me une al mismo tiempo. No sé qué he hecho para merecer a esta chica, pero si alguien intenta quitármela, sangrará hasta los huesos.

Apoyo mi frente contra la suya, respirando profundamente y tratando de controlar el tumulto dentro de mi pecho. Ella no tiene idea de lo que esas palabras significan para mí. Pero algún día lo sabrá. Y cuando lo sepa, espero que siga mirándome de la misma manera.

Como si no fuera un arma y aún mereciera ser amado por ella.

—Ven—le susurro, rodeándole la cintura con los brazos—. Vamos a salir de aquí antes de que te vuelva a follar contra esta pared.

Ella se ríe, tímida, y yo me odio un poco más por querer ver esa sonrisa todos los días de mi puta vida.



Ella está durmiendo.

Y lo hace con su cuerpo entrelazado al mío. Su pierna descansa sobre mi muslo, su rostro escondido en el hueco de mi cuello y su cálida respiración contra mi piel.

Observo cada línea de su rostro, la curva de sus labios aún entreabiertos, el suave rubor de sus mejillas, su cabello esparcido sobre mi pecho, sus uñas cortas descansando sobre mi abdomen y sus ojos cerrados con una paz que no existe en ningún otro lugar, excepto aquí, a mi lado.

Dentro de mi mundo oscuro y complicado.

Por mucho que intente convencerme de que solo es deseo, solo el maldito juramento que le hice a su padre, sé que no es así. Con ella, nunca lo fue. Desde el momento en que miré a esa niña en brazos de Luca y vi sus ojos brillar con toda la intensidad posible, lo supe.

Julie era la excepción y sería la grieta en mi coraza.

Mi fallo fatal.

Aprieto mis brazos alrededor de ella, tirando de su cuerpo contra el mío como si eso fuera suficiente para alejar lo que está por venir. Porque sé lo que se avecina. Sé que la verdad late bajo la piel, lista para explotar, que el pasado que enterré con tanto esfuerzo aún respira, pero ella no lo sabe.

No tiene ni idea de lo que hice. Ni de lo que perdí. Ni de lo que entregué para que ella tuviera esta oportunidad de vivir.

Me muerdo el labio, cerrando los ojos por un instante. Es aquí, en esta habitación, con ella durmiendo en mis brazos, donde me doy cuenta de que amo a esta chica. No es el tipo de amor que se dice en voz alta, creo que mi amor no cabe en palabras. Es un sentimiento crudo, imperfecto y manchado. El tipo de amor que mata para proteger, que destruye el mundo si ella sangra.

—Eres mía— murmuro contra los mechones húmedos de su cabello, con voz baja y ronca—. Aunque algún día huyas, aunque lo descubras todo, seguirás siendo mía.

Ella suspira en sueños, como si lo sintiera. Como si respondiera con su propio cuerpo a lo que mi boca no se atreve a decir.

Y aquí, abrazado a Julie, me invade un miedo que nunca había sentido. No a los enemigos, a la muerte o a una misión fallida. Sino a perderla, a que un día abra los ojos, me mire y no vea al hombre que la salvó, sino al monstruo que nunca debería haberse acercado a ella.

—¿Qué has dicho? —pregunta ella, somnolienta.

Me quedo paralizado por un segundo. Sus ojos azules se abren lentamente, húmedos y demasiado dulces para este mundo. Parpadea varias veces, tratando de despertarse y mirarme. Sé que ha oído lo que he dicho. O, al menos, parte de lo que he dicho.

—Nada importante.

Julie extiende la mano con delicadeza y me toca la cara, acariciándome suavemente con los dedos, lo que me obliga a cerrar los ojos por un breve instante. Un gesto tan pequeño y tan íntimo que parece desgarrar algo dentro de mí.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, ella sonríe, como si me hubiera visto por completo y aún así decidiera quedarse.

—¿Crees que algún día te abrirás conmigo? —pregunta, y su voz no tiene reproche, solo curiosidad genuina.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente lo procese por completo.

— ¿Por qué ahora?

Julie se muerde ligeramente el labio inferior, vacilante, y luego desliza los dedos hasta mi hombro. Traza una línea invisible, lentamente, hasta llegar a la base de mi nuca. Entonces susurra:

— Por la cicatriz que tienes en la espalda. Mi padre tenía una igual.

Contengo la respiración y me quedo en silencio durante un rato.

Podría mentir, y una parte de mí todavía quiere hacerlo, pero ella ya ha visto demasiado. Ya está demasiado involucrada en mi vida, y lo único que puedo ofrecerle ahora es la verdad. Una parte de ella, para ser sincero.

— Tenía dieciocho años. Estaba en el orfanato, era mi turno.

—¿Tu turno para qué?

—Del juramento —murmuro, mirando al techo y tragando saliva—. Así es como nos marcan. Todos los que sobreviven a la infancia allí dentro..., todos los que pasan las pruebas, los entrenamientos, las pruebas, reciben la marca. La cicatriz es el símbolo de que pertenecemos. De que juramos nuestra lealtad.

Ella palideció un poco.

— ¿Lealtad a quién?

La miro y lo pienso por una milésima de segundo, pero decido hablar.

— A Tenebris.

Nunca le había dicho el nombre en voz alta, y siento como si el aire pesara como el plomo solo por mencionar la organización que convierte a los niños en armas y a los hombres en fantasmas.

—¿Qué es Tenebris? —susurra con curiosidad, mientras sus dedos acarician mi rostro, enfocando mi mirada.

Desvío la mirada hacia el techo de nuevo, buscando fuerzas para continuar.

— Una organización que opera al margen de la ley, de la moral, de todo. No tiene bandera. No tiene rostro. Se creó hace décadas para ocuparse de problemas que los gobiernos no resuelven. Objetivos imposibles, eliminaciones limpias y control silencioso. Somos los que hacemos lo que nadie quiere admitir que hay que hacer.

Ella traga saliva, pero no retrocede.

— ¿Y tú?

— Me entrenaron para eso. Desde antes de saber andar bien. Aprendí a disparar antes de escribir mi nombre. A matar antes de entender lo que era vivir. — Vuelvo a mirarla y, por alguna razón, me duele el pecho. — La cicatriz en mi espalda es lo que quedó de mi humanidad arrancada.

Parece luchar contra algo, creo que es contra la compasión y el horror. Sin embargo, no me suelta y no cambia la forma en que me mira.

— Mi padre también era de Tenebris, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Y él me protegió de eso?

— Sí. Todos los días.

— Eso explica muchas cosas. Los viajes y todo lo demás — susurra con una sonrisa triste—. ¿Era difícil para él?

— ¿Ser padre y formar parte de algo tan jodido? —Ella parpadea lentamente y asiente—. Luca sabía separar las cosas.

Cierra los ojos por un instante y sé que está tratando de organizar las piezas del rompecabezas que hemos ocultado durante tanto tiempo. Cuando vuelve a abrir los ojos, hay una sutil determinación en sus iris azules.

— ¿Y tú? ¿También me protegerías de ellos? ¿De Tenebris?

Pongo mi mano sobre la suya, que aún descansa sobre mi rostro.

— Ya lo estoy haciendo, Juli. Y seguiré haciéndolo, aunque algún día me odies por ello.

Se acerca, sin romper el contacto visual, hasta que sus labios tocan mi clavícula.

— No te odiaré, Damian. *Nunca.*

Las palabras me queman más que cualquier bala que me hayan disparado. Una promesa tan dulce y sincera, dicha con tanta fe que parece sagrada. Y, sin embargo, sé que solo dice eso porque no lo sabe todo.

No sabe lo que he hecho, lo que le oculto.

Cierro los ojos, tratando de contener la oleada de sentimientos que me invade con violencia. Su olor, su piel cálida contra la mía, la forma en que parece encajar perfectamente en ese espacio donde, durante tanto tiempo, solo existía el vacío.

Si ella supiera todo, me odiaría. No importa lo que diga ahora, no importa lo que sienta. El amor es frágil en comparación con la verdad. Especialmente si esa verdad es capaz de romperle el corazón.

Respiro hondo y la abrazo con más fuerza, como si pudiera mantenerla ciega y protegida solo por abrazarla así, contra mí.

—Duérmete, *mi amor* —le susurro al oído—. Mañana hablaremos de lo que quieras.

Ella asiente, con su respiración suave contra mi piel, su cuerpo pegado al mío una vez más. Pero incluso después de que se duerme, sigo despierto, con los ojos clavados en el techo oscuro y el corazón latiendo lento, pesado y contenido.

Y, sobre todo, culpable.



CAPÍTULO 38

Cierro la mochila con un rápido tirón de la cremallera, me colgo una de las correas al hombro y me levanto apresuradamente, caminando hacia la cocina. Me pongo las zapatillas sin parar, saltando sobre un pie para meter el otro e intentando no tropezar con los cordones.

Abro la boca en un gran bostezo y le regaño a Damian por haberme hecho acostarme tarde, cuando veo a un hombre apoyado en la encimera, de espaldas parcialmente hacia mí, vertiendo un líquido oscuro en una taza.

Lleva una camisa social negra de mangas dobladas que moldea sus brazos con precisión casi matemática. Y también se mueve con elegancia, como si cada gesto fuera el resultado de un cálculo y no de un impulso.

En cuanto se gira hacia mí, nuestras miradas se cruzan y tengo la extraña impresión de que él ya sabía que yo estaba aquí. Sus ojos son de un marrón oscuro intenso y parecen diseccionarme.

—Tú debes de ser Julie —dice, con demasiada calma y educación—. Yo soy Blade. —Hace una pausa y luego se corrige—. Damian me dijo que tenía que usar mi verdadero nombre contigo, se me había olvidado. Soy Kazuki.

— ¿Qué? ¿Blade? —casi tartamudeo.

—Kazuki —dice, sin dar lugar a discusión.

Inclino ligeramente la cabeza, procesando sus *nombres* y su rostro. Su acento es sutil, casi imperceptible, y la forma en que permanece inmóvil, con una postura impecable y una expresión imperturbable, me hace pensar en un personaje de una película de espías.

O de terror.

—¿Eres amigo de Damian? —pregunto, manteniendo la voz neutra, pero con la curiosidad palpitando fuertemente dentro de mí.

Una casi sonrisa toca sus labios, pero desaparece demasiado rápido para parecer real.

— Sí, creo que sí, nos conocemos desde hace muchos años.

—¿Eres como él?

Kazuki levanta una ceja, casi divertido por la pregunta.

—¿Es eso un cumplido o una acusación?

Me río brevemente y el ambiente extraño se rompe por un segundo.

— Quiero decir, ¿tú también formas parte de *Tenebris?*

Por un momento, no se mueve, es como si la palabra hubiera congelado el aire entre nosotros. La saborea en silencio, estudiando mi rostro con más atención que antes, y luego, deja la taza lentamente sobre la encimera, gira el líquido con elegancia y habla con la misma frialdad educada:

— No es un nombre que se deba decir con tanta naturalidad, Julie. Especialmente en voz alta. Incluso entre aliados.

Tragué saliva.

— Entendido. — Asiento con la cabeza, aceptando la advertencia sin discutir. — Gracias por el consejo.

— Mejor escucharlo ahora que descubrirlo después.

— ¿Y qué haces dentro de la organización? —pregunto, dejando que la curiosidad venza.

Esta vez, se acerca un poco, con los ojos clavados en los míos, como si calculase exactamente cuánto puede decir sin revelar demasiado. Cruza los brazos y se inclina ligeramente contra el frío mármol.

— Soy médico, creo.

Arqueo las cejas, sorprendida. El contraste entre su apariencia letal y su noble profesión me desconcierta.

— ¿En serio? Qué coincidencia, yo estudio medicina.

Su reacción es una sonrisa torcida, perversa de una manera tan sutil que roza lo siniestro. Kazuki parece genuinamente divertido con mi entusiasmo, pero no de la forma convencional. Sonríe como alguien que escucha a un niño decir que quiere ser astronauta.

—Entonces tenemos algo en común. —Hace una pausa y su mirada se oscurece poco a poco—. Pero no te emociones tanto, lo que yo hago está muy lejos de la medicina tradicional que se aprende en la universidad y en los libros.

Por alguna razón inexplicable, mis manos comienzan a sudar y termino apretando con fuerza la correa de mi mochila, respirando rápidamente. Mi curiosidad es tanta que siento mi corazón latir con fuerza en mis oídos.

— ¿Y qué haces exactamente?

Él solo gira la taza una vez más, como si eso le ayudara a elegir las palabras adecuadas, luego levanta los ojos y los fija en los míos con una calma escalofriante.

—Reprogramo cuerpos —dice, como quien revela un antiguo y peligroso secreto—. Les doy nuevas funciones, pruebo límites. Rompo y reconstruyo de formas que quizá ni siquiera puedas imaginar.

Siento un escalofrío de pies a cabeza. No es miedo, es algo más denso y complejo. Una mezcla de fascinación e incomodidad que me mantiene aquí, frente a él, como si mis piernas ya no me pertenecieran.

Kazuki no es solo un médico, es algo mucho más que eso.

— Eso parece peligroso.

— Toda cura comienza con una dosis de veneno, Julie.

La puerta principal se abre con un suave pitido y Damian entra en el apartamento. Su mirada recorre la escena en milésimas de segundo, en mí y en Kazuki, y luego vuelve a mí.

Hay una breve tensión, que desaparece tan rápido como llegó.

—Ya me iba —digo, tratando de parecer despreocupada—. Solo vine a tomar un café.

—Y te has encontrado con la criatura más sociable de la casa —comenta Damian, seco.

—La conversación ha sido interesante —admito, sincera, mirando brevemente a Kazuki, que ahora sonríe directamente a Damian.

—Es más lista de lo que decías —provoca Kazuki entre dientes.

—No digas eso en voz alta —replica Damian—. Le inflará el ego.

Pongo los ojos en blanco y salgo del apartamento, con Damian siguiéndome los pasos. Y, por alguna razón, estoy segura de que, de todos los monstruos que circulan por este mundo, Kazuki es el único que me hiela la sangre.



Me despido de los hombres con un gesto de la cabeza y una sonrisa, contenta de que no crucen la puerta. Estoy empezando a cansarme de tener que ver sus caras todo el día, pero Damian no me dejaría volver a estudiar si no fuera en estas condiciones.

Cierro la puerta detrás de mí con un golpe seco y disfruto del silencio del apartamento. Las luces están encendidas en puntos estratégicos, creando sombras sobre el hormigón y el acero del apartamento.

Dejo las llaves en la bandeja de mármol junto a la entrada y, sin levantar mucho la voz, lo llamo:

— ¿Damian?

No obtengo respuesta, solo el suave sonido del aire acondicionado y un murmullo lejano.

Inclino la cabeza hacia un lado para escuchar mejor y noto que proviene del despacho, cuya puerta está entreabierta. Reconozco el tono grave de Damian hablando con alguien, pero la conversación parece lejana, amortiguada por las gruesas paredes. No es raro que reciba a alguien de la organización, sobre todo en los últimos días, en los que todo parece más tenso y cargado.

Con los hombros doloridos por llevar la mochila, cruzo la sala hasta hundirme en el sofá, y solo cuando echo el peso hacia atrás me fijo en el objeto que hay sobre la mesita de cristal.

Una tableta.

No es la de Damian, esa es más grande, más pesada, con una funda de cuero oscuro y el discreto símbolo grabado en la esquina inferior. Ya he visto la marca antes, en algunas carpetas de la oficina de Damian y en algunos de los dispositivos.

La pantalla comienza a parpadear con una notificación. Aparece y desaparece demasiado rápido para que pueda leerla por completo, pero es suficiente para que algo dentro de mí se encienda. Mi corazón late un poco más rápido, como si reconociera el peligro, sin embargo, mi mente está demasiado ocupada tratando de armar el rompecabezas para detenerme.

Quizás sea por la conversación de esta mañana con Kazuki, o por la forma en que dijo que reprograma cuerpos con tanta naturalidad. O quizás porque ya no puedo fingir que no hay algo mucho más grande sucediendo a mi alrededor, envolviéndome incluso cuando Damian intenta mantenerme protegida.

La pantalla vuelve a parpadear.

Esta vez, la notificación permanece el tiempo suficiente para que pueda leer parte de lo que hay escrito. Aparece la palabra *«confidencial»* y, más abajo, una secuencia de números, como una ficha o un código, que me hiela por dentro.

Miro hacia el pasillo.

La voz de Damian sigue siendo apagada, probablemente en una llamada encriptada o discutiendo los detalles de otra operación que nunca compartiría conmigo. Me muerdo el labio, dudo por un segundo. Solo uno. Luego, mis dedos tocan el lateral de la tableta y arrastran la pantalla para desbloquearla, con el corazón latiendo con fuerza contra mi pecho.

Abro el archivo y la pantalla se llena con una interfaz limpia. En la esquina superior hay un número de protocolo y una secuencia de letras que no significan nada para mí, hasta que mi mirada se ve atraída por el nombre central, en negrita, como si hubiera sido puesto allí solo para encontrarme:

Elias Lorcan.

El nombre no me dice nada, pero la fecha de nacimiento me revuelve el estómago. Exactamente un año después que yo, el 12 de octubre. Mi dedo se desliza hacia abajo, incluso con la respiración atascada en la garganta, y lo que encuentro a continuación hace que todo mi cuerpo se congele.

Padre: Luca Venti.

Madre: Isadora Venti.

Las palabras parpadean ante mis ojos y tardo unos segundos en creer lo que estoy leyendo. Mis dedos comienzan a temblar y mi

garganta se vuelve áspera, siento como si me estuvieran sacando del cuerpo, como si esa información no pudiera ser real.

Pero está aquí, delante de mí; registrado, confirmado, oficial.

Tengo un hermano.

Sigo desplazándome, sin sentir siquiera el movimiento, hasta que empiezan a aparecer fotos. La primera es de cuando era pequeño, un niño de pelo oscuro, piel clara y ojos iguales a los de mamá, pero fríos como los de Damian. Tan pequeño y ya tenía una mirada demasiado intensa.

En la imagen, está delante de una pared gris, como si fuera una foto de identificación. Tiene una cicatriz en la esquina de la ceja. Los hombros están erguidos, como los de alguien que ha aprendido a no parecer débil. Incluso siendo un niño.

La siguiente foto lo muestra adolescente. Mucho más alto y fuerte, pero con una mirada tan triste que me oprime el pecho. Junto a ella, un breve informe: comportamiento inestable, silencioso, excelente rendimiento en los entrenamientos físicos, notas medias en la parte teórica, tendencia a la insubordinación. Una nota en rojo salta de la pantalla: *Se recomienda seguimiento psicológico.*

Tragué saliva y apreté los labios. Mi visión se nubló por las lágrimas, pero aun así continué. Aunque me doliera, necesitaba entenderlo hasta el final. Necesitaba verlo.

La última foto me destroza.

Es una imagen granulada, en blanco y negro, tomada por una cámara de seguridad interna. Está tirado en el suelo de una celda fría, con una poza de sangre alrededor de la cabeza. Tiene los ojos cerrados, la expresión serena, como si el dolor finalmente hubiera terminado. Como si supiera que no había otro camino, que no había salvación allí dentro.

Un gemido se escapa de mi garganta sin que me dé cuenta. La bilis sube caliente, el sabor amargo de la verdad empuja las lágrimas a mis ojos con una violencia que duele demasiado.

Me cubro la boca con una mano y dejo que la otra tiemble sobre la tableta, incapaz de respirar profundamente, incapaz de pensar.

Un hermano...

Y está muerto.

Las lágrimas arden dentro de mis ojos y caen pesadas y calientes, resbalando por mi rostro mientras mi pecho se oprime. Sostengo el dispositivo con tanta fuerza que me duelen los dedos.

Oigo pasos que se acercan y son demasiado suaves para ser los de Damian. Siento tanto dolor en el corazón que soy incapaz de reaccionar. Tardo un poco en mirar a la silueta masculina que se forma cerca de mí.

El hombre es alto, delgado, lleva gafas redondas y una camisa negra impecablemente planchada. La mirada que me lanza es técnica y metódica, casi vacía. No parece sorprendido de encontrarme aquí, solo está evaluando.

—¿Cuál es su número de identificación? —pregunta con una voz tan controlada que parece parte de un protocolo.

Tardo en entenderlo, y parpadear no me ayuda a aclarar mi mente. Las palabras entran, pero no tienen sentido.

— ¿Qué?

Sin ceremonias, se acerca y me arrebata la tableta de las manos. Sus ojos se estrechan al leer el contenido y luego se vuelven hacia mí con una intensidad diferente, más dura y menos neutra.

— Todos tenemos un número. ¿Cuál es el tuyo?

El pánico comienza a recorrer mi espalda como una descarga eléctrica. Mis hombros se encogen, mi garganta se cierra y, aun así, la respuesta se me escapa con un gemido:

— Yo... yo no lo tengo.

Da un paso atrás, lo suficiente para que el ambiente de la habitación cambie.

— ¿No tienes número? —Parece incrédulo, aunque se contiene—. Entonces, ¿no eres uno de los nuestros y has leído archivos confidenciales?

No necesita decir nada más. Veo la decisión formarse en sus ojos en el instante exacto en que su mano se desliza hacia la funda oculta bajo la chaqueta. Mi sangre se hiela y me levanto de un salto, con los latidos descoordinados resonando como disparos dentro de mi pecho.

—¿De qué estás hablando? —Mi voz suena más aguda de lo que me gustaría—. Solo... solo vi su nombre.

Saca el arma, el cañón negro brilla bajo la luz difusa del techo, apuntándome directamente. Tiemblo por completo, sin saber si correr, gritar o suplicar. Todo en mí entra en modo de supervivencia, pero no tengo tiempo para decidir.

— Debes ser eliminada — sentencia, frío.

Y entonces, como un rayo que atraviesa el cielo, la grave voz de Damian irrumpe en el apartamento, como un trueno cargado de furia:

— Baja esa mierda. Ahora.

El hombre de las gafas se queda paralizado por un segundo, pero el arma sigue apuntándome. Sus ojos oscilan entre la tableta que tiene en la mano y el dueño de la voz, que ahora avanza rápidamente por la sala.

— Ha leído archivos confidenciales —explica con voz firme, pero consciente de que ha cruzado una línea.

Damian no se altera, no tiembla, solo camina hacia nosotros como un depredador a punto de atacar.

— Es mi mujer, Rainer. —Las palabras salen con una frialdad cortante, gélidas como el acero—. Y si vuelves a levantar un arma contra ella, te juro que te arrancaré cada uno de tus dientes antes de que puedas pedir perdón.

Rainer traga saliva y respira hondo, claramente tratando de mantener algo de dignidad ante el error, luego guarda el arma con movimientos lentos y cuidadosos.

— Lo siento..., señor —susurra, evitando mi mirada.

— Sal de esta maldita habitación — Damian se pone tenso—. Antes de que pierda la paciencia y haga algo que me dé problemas después.

Rainer no espera a que le vuelva a dar una orden y se retira rápidamente, el sonido de sus pasos apresurados resonando por el pasillo hasta que la puerta se cierra.

Cuando Damian finalmente me mira, algo en él cambia. La ira que lo consumía da paso a una sombra de culpa. Sin embargo, no es lo suficientemente rápido, porque estoy temblando, con las lágrimas cayendo por mi rostro, y la pregunta se me escapa antes de que pueda pensar o filtrarla:

— ¿Sabías de él? ¿De Elias?

El cuerpo de Damian se endurece al instante. Es como si la habitación entrara en un vacío. Aprieta los músculos de la mandíbula, traga saliva y no responde de inmediato. Solo repite, con voz ronca:

—Julie...

— ¿Cómo? —le interrumpo, con la voz quebrada por la emoción—. ¿Por qué? ¿Por qué lo criaron como a ustedes? ¿Por qué nunca me dijeron nada?

Doy un paso atrás cuando intenta acercarse y, al hacerlo, la expresión de Damian se contrae de dolor, pero respeta mi límite, aunque es evidente lo mucho que desea hacer lo contrario.

— Es complicado —responde finalmente.

— No, no lo es. Es mi hermano. Y murió. Y yo no sabía de su existencia. —Mi voz se eleva a un tono inestable—. Quiero la verdad, Damian. Toda ella. Ahora.

Sus ojos me atrapan durante un largo y oscuro instante. Sabe que ya no tiene adónde huir.

— Al principio no se llamaba Elias —comienza, haciendo que mi corazón duela aún más—. Nació un año después que tú. En los documentos, hijo de tu padre y tu madre. Fue entregado a Tenebris nada más nacer, porque Luca me hizo una promesa.

— ¿Cómo es eso?

—Fue un intercambio.

Me llevo las manos a la cara para secarme las lágrimas y luego cruzo los brazos a la altura del pecho.

—¿Un intercambio? ¿De qué estás hablando, Damian?

Él respira hondo y sus ojos se oscurecen con recuerdos que parecen pesar toneladas.

— En Tenebris... no podemos tener hijos, es una maldita regla. No porque les importe la moral o lo que es correcto, sino porque los hijos son debilidades. Son riesgos. Un soldado no puede engendrar vida cuando pertenece a la muerte. —Hace una pausa, como si el aire se estuviera volviendo más denso dentro de sus pulmones—. Luca rompió esa regla y, cuando naciste, debería haberte entregado. Eso era lo que estaba previsto. Un bebé nacido de un ejecutor no tiene nombre ni elección. Sería moldeado desde la cuna. Pero Luca... —su voz se quiebra por un instante—. Luca te miró y no pudo hacerlo. No tuvo el valor de entregar a ese bebé tan pequeño y perfecto. Entonces, vino a buscarme y yo acudí al consejo.

Mi corazón late tan fuerte que me duele.

— ¿Y qué hiciste?

Damian me mira con firmeza y devastación.

— Convencí al consejo de que, si lo dejaban pasar, entregaría al siguiente. Que Luca debía una vida y la pagaría con la siguiente. Y aceptaron. —Exhala lentamente—. Por eso te quedaste, Julie.

Siento que las piernas me fallan. Apoyo la mano en el respaldo del sofá, tratando de mantener el equilibrio.

— ¿Entonces mi padre entregó a mi hermano? —susurro, incrédula—. ¿Como si fuera..., como si fuera una moneda?

— Estaba pagando una deuda. Tenía miedo de perderte. — Damian da un paso más con cuidado y yo retrocedo de nuevo, sacudiendo la cabeza para que no se acerque a mí—. Julie, no hagas eso, *por favor.*

— ¿Por qué no me lo dijiste? —lloro, sintiendo el sabor amargo de mis lágrimas—. ¿Por qué me dejaron crecer sin saber que tenía un hermano?

Damian cierra los ojos y, cuando los vuelve a abrir, es como si todo el dolor del mundo estuviera allí.

— Saberlo te habría destrozado. Y porque el día que murió, sentí que les había fallado a los dos.

Nos quedamos en silencio. Él inmóvil, con las manos cerradas, y yo, derrumbándome en lágrimas, con el nombre de Elias Lorcan rebotando en mi cabeza, como una cicatriz que nunca desaparecerá.

—Quiero irme a casa —susurro.

Damian levanta la cara, con la mandíbula apretada, y responde entre dientes:

— Esta es tu casa.

El dolor en el pecho se convierte en un sollozo y mis hombros tiemblan.

— Hoy no —replico, con los ojos húmedos encontrando los suyos—. Solo... necesito hablar con mi madre.

Da un paso adelante y mi instinto es retroceder, pero él es más rápido. Me sujeta la cara con ambas manos, con firmeza, pero sin hacerme daño, como si me suplicara en silencio que no huyera.

Sus ojos buscan los míos, buscando un ancla, una oportunidad, una brecha donde el dolor no le impida tocarla con la

verdad.

—Me lo has ocultado—murmuro, tragándome la amargura—. Deberías habérmelo contado.

— Lo sé.

—Deberías habérmelo contado, Damian.

— No podía, Julie. No podía —repite, con los ojos ardientes y el pecho jadeante.

Niego con la cabeza, con los labios temblorosos, y me libero de sus manos con cuidado, como quien suelta algo precioso, pero tiene que dejarlo caer. Doy dos pasos hacia atrás y respiro hondo antes de pedir, con la voz quebrada:

— Solo quiero estar sola un rato. Por favor. ¿Puedes pedirle a alguien que me lleve a casa?

Él duda.

— Yo te llevo.

— Tú no —le interrumpo con firmeza—. No, Damian. *Por favor.*

Veo cómo la tensión se extiende por su cuerpo, los músculos se contraen, el pecho se hincha con la rabia contenida y el dolor. Y no es la rabia lo que me hace estremecer, sino la forma en que el dolor aparece en su rostro, silencioso y devastador, como si estuviera perdiendo algo que nunca pensó que tendría.

Es la primera vez que veo a Damian herido por dentro, no por un enemigo, sino por mí.

Y eso solo lo hace todo más difícil.



CAPÍTULO 39

El coche se detiene frente al edificio y, tan pronto como bajo, el soldado que me ha acompañado me dice que esperará aquí abajo. Subo sola, con el corazón encogido y la cabeza dando vueltas, como si llevara tres versiones de mi propia historia y ninguna de ellas tuviera sentido.

El apartamento tiene el mismo aspecto de siempre, huele a vino caro y desdén. Mi madre está sentada en el sillón del salón, con una bata de seda, las piernas cruzadas y una copa a medio beber equilibrada entre los dedos.

Me mira como si hubiera vuelto para representar otro capítulo de nuestro drama personal, pero esta vez es diferente. No he venido a discutir, tengo preguntas y quiero respuestas.

— ¿Cómo has tenido el valor? —le suelto sin rodeos, deteniéndome frente a ella—. ¿Cómo has podido entregarlo?

No parece sorprendida. Solo gira la cara, finge contemplar el líquido del vaso y da un sorbo antes de responder secamente:

— Lo dices como si hubiera tenido otra opción.

— Sí la tuviste. La tuviste. Y elegiste deshacerte de tu propio hijo.

Se levanta del sofá y, para mi sorpresa, lanza la copa de vino contra la pared, rompiendo el cristal y manchándola de rojo,

mostrando, por primera vez, una vulnerabilidad que nunca había visto.

— No me hables en ese tono. No sabes nada. No sabes por lo que he pasado.

Doy un paso adelante, acercando nuestros rostros y conteniendo las lágrimas con todas mis fuerzas.

— ¿Por eso me odias? ¿Porque te quedaste con la hija que no querías y perdiste la que diste?

Su silencio golpea más fuerte que cualquier grito. No lo confirma ni lo niega. Solo se queda inmóvil, como si la verdad pesara demasiado incluso para respirar. Noto que sus ojos brillan por algunas lágrimas y siento que se me hace un nudo en la garganta, porque ahora me acuerdo de él.

—¿Cómo se llamaba? —pregunto, aunque siento que se me revuelve el estómago.

Ella cierra los ojos por un instante y dice, casi como un susurro que no quiere salir:

—Caleb. Lo llamé Caleb.

El nombre me atraviesa como un cuchillo afilado. Caleb. Tenía un nombre, tenía una identidad antes de convertirse en un número, un expediente, una estadística en un sistema sin alma.

—Caleb... —repito, tratando de asimilarlo—. Mamá, ¿por qué no luchaste por él?

— Tu padre ni siquiera me dejó cogerlo en brazos cuando nació —se queja, con el pecho subiendo y bajando por el odio—. Solo le oí llorar y me lo quitó —añade, con tanto dolor y rabia que empiezo a llorar.

—Lo siento mucho.

—Deberías haber sido tú.

Aprieto los labios.

—Lo sé —admito—. Y lo siento mucho, mamá.

Me acerco a ella para darle un abrazo, pero ella lo rechaza, haciéndome sentir peor por todo. Sé que mi hermano debió de sufrir mucho y haría cualquier cosa para que las cosas fueran diferentes, pero la decisión no estaba en mis manos.

—Mamá, por favor.

— No me toques —se pone tensa, levantando una de sus manos abiertas y caminando de un lado a otro—. Tu padre disfrutó separándote de mí. Disfrutó cada segundo, por eso no me dejó sostenerte cuando naciste.

Frunzo el ceño, sin entender.

— ¿De qué estás hablando?

— Caleb no era hijo suyo —suelta, y yo sacudo la cabeza de un lado a otro, confusa y aturdida.

— ¿Qué? —balbuceo, sintiendo que el suelo se tambalea bajo mis pies.

—Nunca hablé de esto abiertamente con Luca —confiesa, sin apartar la mirada—. Pero estoy segura de que él lo sabía, por eso lo odiaba tanto. Por eso, el padre de Caleb desapareció del mapa incluso antes de que él naciera.

Mi pecho se oprime, un dolor agudo y sofocante que no sé dónde encajar. Mi padre, el hombre que me crió, al que creía que era el único ancla en esta casa, en mi vida, también guardaba secretos y alimentaba rencores.

— Dios mío... —susurro, dándome la espalda por un instante, tratando de recomponerme. Me llevo una mano a la boca, tratando de contener el sabor amargo que me sube por la garganta, pero es inútil, todo dentro de mí se retuerce y sangra.

— Me obligaron a casarme con tu padre, luego me quedé embarazada —continúa con cierta frialdad—. Y él viajaba constantemente, dejándome sola durante días. A veces, semanas. Por supuesto, me enamoré de uno de los hombres que él dejaba a cargo de la seguridad de la casa.

Me giro lentamente, con la mirada aún nublada, confusa y sorprendida por la naturalidad con la que habla de haberse enamorado, haber tenido un hijo y haberlo entregado.

—Mamá... —es lo único que digo. Y hasta esa palabra me resulta extraña en la boca ahora.

—Tu padre nunca me amó, Julie. —Se acerca a la estantería y coge la botella de vino como si fuera el verdadero combustible de su alma—. Amaba la idea de mí. La belleza que exhibía en las fiestas. El útero que le dio una hija perfecta. Yo era un objeto de coleccionista, colocado en una vitrina privada. Cuando me enamoré de otro hombre, fue la primera vez que sentí algo verdadero.

Se vuelve de nuevo y me mira, y noto un distanciamiento en su expresión, como si estuviera recordando a alguien que ya no vive en ella.

—Caleb fue un error para el mundo. Pero, por un breve momento, fue mi acierto. El único que tuve.

— Y aun así, lo entregaste —la acuso, sin fuerza en la voz—. Lo dejaste ir.

— No tuve otra opción —replica con firmeza—. Intenté ocultarlo, pero Luca lo descubrió. ¿Y crees que le importó no ser el padre? No gritó. No discutió. Solo sonrió, porque para él fue una bendición. Una forma de limpiar su propio error. Un precio que pagar por la deuda. Lo entregó como si se estuviera liberando de un peso. Y yo... yo no pude impedirlo.

Me siento en el brazo del sofá, sintiendo cómo todo mi mundo se derrumba en silencio. Me arden los pulmones como si me faltara el aire y se me llenan los ojos de lágrimas. Hay algo devastador en desenterrar verdades en la propia sangre.

— ¿Lo echas de menos?

Ella duda, solo por un segundo.

— ¿De qué sirve responder a eso ahora?

— Dímelo, mamá. Por favor.

Ella suspira profundamente. Y entonces, la palabra que nunca imaginé escuchar de sus labios:

— Sí.

Mi pecho se derrumba. El nudo en la garganta casi me impide respirar. Respiro hondo, tratando de contener la emoción, pero esta me invade de todos modos.

— Hoy vi fotos de él —murmuro con voz entrecortada—. De Caleb. Era guapo. Tenía tus ojos, era alto. Y el nombre que le pusieron allí dentro... era Elias.

Mamá se paraliza y su cuerpo se tensa.

—¿Era? —repite, como si no quisiera entenderlo.

Cierro los ojos y se me escapa una lágrima, caliente y pesada. Cuando los vuelvo a abrir, encuentro sus ojos fijos en mí.

—Se ha ido, mamá.

No dice nada, pero veo que algo se rompe en ella. Los hombros se le caen, las fosas nasales se dilatan y la rigidez de la mandíbula cede. Y entonces, una sola lágrima resbala por su mejilla, rápida y silenciosa.

Y antes de que pueda reaccionar, la limpia con un gesto automático, como si borrar el rastro fuera a borrar también el dolor. Pero las dos sabemos que no es así.

Respira hondo, apartando la mirada de mí. Camina hasta la vitrina y deja la botella de vino a medio beber sobre la bandeja de plata con manos temblorosas. Su postura sigue siendo altiva, sigue intentando ser esa mujer fría e impecable, pero ahora hay grietas por las que se filtra la verdad.

—Me voy a acostar —murmura, sin mirarme—. Este dolor de cabeza me está matando.

Hago ademán de seguirla, pero me contengo. No sé si ella quiere consuelo. Tampoco sé si yo lo quiero. Siempre ha habido una barrera invisible entre nosotros, y ahora toma la forma del nombre de un niño que nunca tuvo la oportunidad de ser solo un niño.

—¿Mamá?

Se detiene en la puerta del pasillo.

— ¿Puedo dormir aquí hoy?

Hay un breve silencio antes de que se gire para responder:

—Claro.

Dicho esto, desaparece por el pasillo, con pasos demasiado ligeros para alguien que acaba de cargar con su propio pasado a cuestas. Me quedo sola, sentada en el borde del sofá como si nada más cupiera dentro de mí. El dolor, el peso, el nombre, las fotos. Elias, Caleb.

Mi hermano.

Apoyo los codos en las rodillas, entierro la cara en las manos y dejo que las lágrimas fluyan. Por el niño que fue, por el hombre que nunca tuvo la oportunidad de ser y por la madre que no lo abrazó.

Y por mí, que nunca podré conocerlo.



GREY

CAPÍTULO 40

Rainer está sentado en el borde del sofá, con la cabeza gacha y los hombros encorvados como si llevara el peso del mundo o, al menos, de la mierda que acaba de hacer.

Blade se apoya en la pared, con los brazos cruzados y el rostro impasible de quien ha hecho demasiadas cosas como para conmoverse por los errores humanos. Raven está sentada en el borde del sillón con las piernas cruzadas y una mirada demasiado fría para alguien tan joven.

—¿Ha descubierto algo más? —pregunta Raven, rompiendo el silencio entre nosotros.

Tardo un segundo entero en responder. No porque esté reflexionando, sino porque necesito controlar el impulso de golpear algo.

—No —murmuro, todavía de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla—. Solo sobre el hermano y el maldito intercambio.

Raven asiente, seria, como si estuviera procesando la información, y luego suelta:

—Al menos, no descubrió lo peor.

Mis ojos se clavan en ella como cuchillas afiladas. Ella me mira fijamente y no aparta la mirada. Esa maldita valentía aún me va a hacer perder la cabeza.

Rainer, al otro lado de la sala, se arriesga a hablar, con voz tensa y avergonzada:

— Solo fui a mear, señor.

Cierro los ojos por un segundo y respiro hondo antes de responder con la voz más grave y fría que puedo canalizar:

— La próxima vez, llévate la maldita tableta metida por el culo.

El idiota asiente tan rápido que casi se golpea la frente con la rodilla. Blade, sin decir nada, hace un gesto seco y escéptico con la mano, despidiendo a Rainer de la sala como quien aleja una molestia.

—Fuera —añade, sin emoción.

Rainer se levanta y se marcha, como un perro apaleado, sin atreverse a mirar atrás, en el mismo instante en que Raven se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y clavándome la mirada.

— Sabes que esto va a estallar, ¿verdad? —dice tan bajo que casi no la oigo—. La verdad no duerme para siempre, Grey. Y esa chica... empezará a atar cabos.

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza y siento el sabor sutil de la sangre. Odio que tenga razón.

— Ya hay demasiadas piezas sobre la mesa —respondo—. Y estoy intentando mantenerlas en su sitio.

— Pero no están hechas para encajar —replica, con un tono irónico y directo que detesto—. Lo que tienes en las manos, Grey, va a explotar. Y cuando eso ocurra, no quedará mucho de ella.

Siento cómo se tensan los músculos de mi mandíbula. Miro a Blade, que sigue apoyado contra la pared, con su expresión neutra de siempre, como si nada de lo que ocurre aquí tuviera el poder de perturbarlo.

Sin embargo, el hijo de puta decide hablar:

— Si ella lo descubre todo, y sola, ya no confiará en ti.

—Lo sé —murmuro.

—No tienes la culpa de lo que pasó, Grey. Si no lo hubieras hecho, habría sido mucho peor.

Me llevo las manos a la cabeza y presiono las sienes con las palmas, tratando de sacar de mi mente los recuerdos de ese día. No me gusta pensar en lo que hice, en sus ojos y en cómo terminaron las cosas.

— Entonces, actúa antes de que sea demasiado tarde — concluye Blade, volviendo la cara hacia la ventana como si observara el mundo exterior a cámara lenta—. Cuéntaselo. Le dolerá, pero lo superará.

— No lo hará —digo, más para mí que para él.

— O eso, o perderás lo que toda tu vida pensaste que nunca tendrías.

Nos quedamos en silencio, y siento que sabe a acero y humo. Lo que Blade acaba de decir es exactamente lo que más me asusta. Perder a Julie me destruirá de una forma que nunca imaginé.

Lo que oculto, lo que enterré para mantenerla a salvo, saldrá a la luz. Quizás no hoy, ni mañana. Pero lo hará, y cuando llegue, quizás ni siquiera mi *amor* por ella sea suficiente para borrar el daño.

Y no hay arma en el mundo que pueda matar ese tipo de dolor.



GREY

CAPÍTULO 41

Hace años...

El silencio de la sala pesa en mi garganta como plomo fundido.

La mayoría de los hombres a los que ejecuté murieron como nacieron: sin nombre, sin gloria, sin nadie que los echara de menos. Algunos lloraron, otros gritaron, pero ninguno de ellos consiguió arrancarme el alma.

Sin embargo, Luca Venti no es como ellos. Tiene un nombre, tiene un rostro, tiene una historia jodida, que me arranca los pocos pedazos buenos que aún me quedan. Y aun así, está aquí, sentado en la maldita silla, en medio de la sala, como si ya hubiera estrechado la mano del barquero del infierno y aceptado el paseo.

No está esposado ni encadenado. Nadie tuvo que apuntarle con un arma a la cabeza. Tenebris sabía que no huiría, y Luca sabía que este momento llegaría.

Me pregunto dónde *se* equivocaron al criarnos. Todos esos años, viviendo esa vida de mierda y siendo moldeados para no sentir cosas y no tener debilidades, aun así, seguimos aquí.

Él se enamoró, formó una familia y tuvo una preciosa niña que le hizo traicionar a la hermandad. ¿Es él la excepción? ¿O lo somos nosotros? Porque, joder, me duele el pecho solo de pensar en lo que tengo que hacer.

Es mi hermano, la única familia que conozco. La única que tengo. Y a pesar de todos los años viviendo en el infierno, aprendí a disfrutar de mi vida porque Luca la hacía parecer normal.

¿Somos un fracaso? ¿O solo *un poco* humanos?

Levanta la cara hacia mí y noto que tiene una expresión cansada y que su cabello parece más canoso que antes. Su pecho está erguido y sé que tiene el orgullo quebrantado, pero aun así mantiene la maldita postura.

—No pensé que te enviarían a ti —dice con tono abatido, como un hombre que lo ha perdido todo y no tiene nada más que negociar.

No respondo. ¿Para qué? ¿Qué podría decir? No hay palabras que puedan arreglar lo que hay que hacer. No hay excusa bonita para la bala que ya está esperando en mi funda.

Doy un paso, luego otro, y siento cómo aumenta el maldito peso en mis piernas. Me detengo a pocos metros de él, pongo la mano en el arma, pero no para sacarla, solo para recordarme que está ahí.

Y que esto es jodidamente real.

Joder. No sé si soy capaz de hacerlo. ¿Cómo voy a acabar con la vida de mi hermano? ¿Cómo voy a apretar el gatillo contra alguien que ha estado a mi lado durante tantos años, que me ha cubierto las espaldas en el campo, que ha compartido mi sangre, mi sudor e incluso mis malditas cicatrices? Joder, es mi mejor amigo.

—¿Por qué tú? —protesta Luca.

Tragué saliva, como si tuviera un nudo en la garganta que me la desgarraba cada vez que intentaba respirar.

—Si no soy yo, será Viktor. —El nombre sale entre dientes, como veneno—. Y ya sabes cómo es él, te dejará sangrando durante días, atado, sin dignidad, babeando como un enfermo hasta tu último aliento. Te hará suplicar por la muerte.

Luca cierra los ojos por un instante y noto que le tiembla un músculo de la mandíbula. Cuando vuelve a parpadear, parece decidido.

— Entonces, que seas tú. Mi mejor amigo. Mi hermano. — Su voz es baja, pero firme—. Al menos será rápido y limpio. Al menos, viene de alguien que todavía me respeta.

— Luca...

— Continuemos. Haz lo que tengas que hacer —me interrumpe con una sonrisa cínica—. Tenemos que aclarar las cosas, ¿no? ¿Dejar constancia de lo que hice? —añade, mirando a la cámara situada en la esquina derecha de la habitación.

Asiento con la cabeza con firmeza.

— Robaste archivos de Tenebris —digo, con la voz rasgándome la garganta como vidrio molido—. Le costó la vida a Ortega.

Él asiente sin cobardía. Sus ojos azules brillan, pero no hay arrepentimiento en ellos, solo convicción.

—Y salvé la de mi hija —replica, y sus palabras me cortan como una cuchilla oxidada. Siempre cortan. Y lo joden todo.

— Sabías lo que estaba en juego —continuo, sintiendo cómo el aire se vuelve más denso a nuestro alrededor, como barro que me arrastra hacia abajo.

— Lo sabía —confirma y me mira, luego dirige su atención a la cámara y dice—: Y lo volvería a hacer. Haría todo de nuevo para salvar a mi hija. —Vuelve a centrar su atención en mí y noto un destello de fragilidad apoderarse de su rostro.

Y sé que quien habla es el padre, no el ejecutor.

Vi nacer a Julie y la sostuve en mis brazos antes de que abriera los ojos al mundo. Nunca formé parte de su vida de verdad, ni estuve presente como debería, pero siempre estuve escondido, observando y protegiendo.

Porque Julie era suya. Y él es mi hermano de armas.

Lucas respira hondo y saca fuerzas de un lugar que ya debería estar vacío.

— Intenté cambiar por dentro. Lo intenté. Cuando vi que no iba a servir de nada, me largué. No para joder a Tenebris. Solo para ganar tiempo. Para darle una oportunidad.

Me doy la vuelta, apoyándome en la pared, y el mundo entero parece girar. No por la traición, sino porque tiene mucho sentido.

— Ahora, el consejo quiere tu cabeza —digo, lanzando las palabras como si así dolieran menos—. Hoy. Ahora.

Oigo crujir la silla y, al girarme, Luca está de pie. Un hombre que ha aceptado su propia sentencia y aún tiene la decencia de ahorrarme las palabras bonitas.

— Lo entiendo —afirma, haciéndome un nudo en la garganta —. Y lo acepto. Harás eso y protegerás a Julie, por mí. Cuidarás de ella hasta el último día de tu vida, y ella estará a salvo. Intocable.

Me atraganto con una risa amarga.

—Me estás pidiendo que cargue con esto hasta el final de mi vida.

— Te estoy pidiendo que cargues con mi hija —corrige, con voz baja y llena de dolor—. Porque yo ya no podré, Damian. Pero tú sí.

El nudo en la garganta me ahoga, pero aun así, mi mano se dirige hacia el arma. El ejecutor toma el mando, porque el hombre que queda dentro de mí ya está de rodillas.

— Ella nunca puede saberlo —suelto, con el corazón golpeándome el pecho con tanta fuerza que me cuesta respirar.

—Nunca. Nunca le contarás lo que has hecho —declara—. Odiará al hombre que mató a su padre, pero confiará en el padrino que se quedó. Y eso es lo único que importa.

Saco el arma y él da un paso atrás, dejándome espacio y facilitándome lo que tengo que hacer. Este hijo de puta sigue pensando en los demás, incluso en los últimos minutos de su vida.

— Dile a mi Julie que morí por amarla demasiado.

— Se lo diré.

— Cuida de ella, Damian. No dejes que el mundo le haga daño.

— Te lo prometo, Luca.

— Dispara. Acaba de una vez.

Respiro hondo y apunto con el arma hacia su frente. Tardo solo un segundo en apretar el gatillo. Un solo disparo, rápido y seco. Solo el sonido de la bala y el cuerpo pesado cayendo al suelo resuenan en la habitación.

La sangre comienza a brotar lentamente, como si también lamentara y supiera que, aquí, en esta fría habitación, no solo ha muerto Lucas, sino también una parte de mí.

El peso del arma en mi mano no es nada comparado con el peso de la promesa que acabo de hacer.

Me acerco al cuerpo en el suelo y me arrodillo ante él. Levanto la mano libre y le cierro los ojos, conteniendo todos mis sentimientos dentro de mí y apretando los dientes con tanta fuerza que creo que se me van a romper.

— Ella nunca lo sabrá.

Y yo nunca olvidaré que te maté.



GREY

CAPÍTULO 42

Hace dos malditos días que Julie está en casa de su madre.

Y aunque sé que necesitaba espacio, que todo lo que descubrió la destrozó por dentro, cada hora sin ella me arranca la piel. No contesta mis llamadas, no responde a mis mensajes. Solo pidió que uno de los hombres viniera a recoger algo de ropa.

Hice la maldita maleta, doblé cada prenda con más rabia de la que debía. Una parte de mí quería ir personalmente a arrastrarla de vuelta, recordarle que esta es su casa ahora, pero la otra parte, la que sigue yendo en contra de todos los instintos y dándole tiempo, se quedó.

No sé cuánto tiempo podré aguantar sin ella.

El móvil vibra sobre la mesa, devolviéndome a la realidad. Contesto al tercer tono, sin ganas de lidiar con nada que no sea Julie volviendo a mi casa.

—La cabaña ha sido invadida. El *búnker* ha sido comprometido —informa el soldado, poniéndome en alerta máxima.

— ¿Cómo que comprometido? —pregunto, levantándome lentamente de la silla.

— La rotación de seguridad era mínima, tal y como usted autorizó. Pensamos que, con su estancia en la ciudad, no habría necesidad de mantener a todos los hombres allí.

Me masajeo las sienes con la mano libre.

—¿Quién entró?

— Todavía estamos revisando las cámaras, pero todo indica que fue él. Shade.

Siento cómo me hierve la sangre en las venas.

— ¿Qué se llevó?

El soldado duda. Su silencio me hace apretar aún más el teléfono contra mi oído.

— Mierda. ¿Qué se ha llevado? —repito, casi gritando. Nunca he sido un hombre muy paciente, y desde que Julie me dejó, estoy a punto de explotar por cualquier cosa.

— El armario con contraseña digital. El compartimento reforzado está forzado. Todo lo que había allí ha desaparecido.

Siento náuseas. Una ola de calor me sube por la garganta y me llevo la mano a la nuca, como si pudiera contener la presión que amenaza con estallar dentro de mí.

El armario. Ese maldito armario.

Tragué saliva, pero la bilis seguía ardiendo.

Debería estar enterrado, oculto y encerrado bajo siete capas de acero. Y ahora está en manos del único desgraciado que sabe exactamente cómo usarlo en mi contra.

La grabación de la ejecución, el vídeo que muestra a Luca Venti, el padre de la mujer que amo, con el alma destrozada, mirándome a los ojos y diciendo que prefería morir rápido antes que ser desmembrado poco a poco. Y luego, la bala. Mi bala.

Shade lo sabe. Siempre lo supo.

Y ahora tiene pruebas. Y si Julie ve eso, ya no importará el motivo, ya no importará el acuerdo, la promesa, la verdad; todo lo que construí con ella se esfumará.

Exhalo entre dientes, con la mandíbula apretada por el odio.

— Dupliquen la seguridad en todos los puntos de la ciudad —ordeno—. Y, si aparece, no lo arresten. Disparen a matar.

Cuelgo antes de que el soldado responda.

Si Julie ve esta grabación, la perderé. No importa cuánto la quiera. No importa si fue él quien lo pidió. Lo único que verá en sus ojos será la sangre.

Y fue mi dedo el que apretó el gatillo.



Desde el ordenador de la oficina, hago una llamada encriptada y, en cuestión de segundos, el rostro de Darya aparece en la pantalla a color. Está en algún rincón oscuro, con su pelo pelirrojo recogido en un moño alto y un cigarrillo apagado entre los labios.

— Darya.

— Tienes muy mal aspecto —comenta, dejando el cigarrillo a un lado—. ¿Va todo bien por allí?

— No.

— Maldición. Eso no puede ser nada bueno —responde, sin disimular su cansancio—. ¿Qué ha pasado?

— Shade ha entrado en la cabaña. Se ha llevado el armario.

Se queda paralizada por un segundo, luego cierra los ojos y niega con la cabeza.

— No me digas que todavía había cosas importantes ahí dentro. ¿Cosas que dijiste que destruirías hace años? —Hace una pregunta retórica, y es evidente que está enfadada conmigo—. ¡Mierda, Grey!

Respiro hondo, dilatando las fosas nasales.

— No pude destruirlo.

— ¿No pudiste? — Abre los ojos y me mira directamente a los míos—. Debías haberte deshecho de eso hace mucho tiempo, eso fue lo que acordamos.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

— Necesitaba recordar hasta dónde había llegado. Hasta dónde soy capaz de llegar por alguien. Joder, Darya, maté a mi mejor amigo, y eso es demasiado, incluso para mí.

Darya se frota la cara con las manos y asiente.

— Lo sé, lo sé, lo siento. ¿Pero no crees que eso es un poco masoquista? ¿Ver una y otra vez el vídeo de lo que hiciste?

— Joder, no lo veía una y otra vez, solo lo tenía ahí, cerca. Y, a veces, miraba la imagen congelada.

—Dios mío —susurra ella—. Estamos todos tan jodidos, ¿no? ¡Mira lo que nos hizo ese orfanato! Y pensar que ahora hay tantos niños allí, y que están cometiendo las mismas atrocidades de antes.

—Lo sé.

Ella endereza los hombros y se arregla el moño, y parece empezar a formular algunas ideas dentro de su brillante cabeza.

— Tenebris cree que tiene la grabación y cree que está a salvo en los archivos centrales. Si descubren que la grabación original está contigo y que fui yo quien te la entregó, me matarán — comenta, simplemente.

— Mataré a todo el consejo antes de que te toquen un solo pelo —digo con convicción.

Darya asiente, satisfecha de contar con mi protección.

—Genial, una revolución. Bueno, creo que realmente la necesitamos—se burla, pasando los dedos por el teclado—. ¿Pero

puedes arreglar esto antes de que descubran esta mierda y empiecen a perseguirme?

— No lo sabrán.

—Shade no es tonto, rastreará el origen del archivo. Y si lo rastrea y encuentra mi código... Ay, mierda. Nunca me gustó ese tipo.

— Yo lo arreglaré, Darya.

— Pues arréglalo ahora, Damian, porque si esa grabación cae en malas manos, perderás más que el respeto de la organización. La perderás a ella. Lo perderás todo.

— Lo sé.

— Mientras tanto, voy a ver qué puedo hacer para encontrar a ese maldito Shade.

La pantalla se apaga antes de que pueda responder. Y me quedo solo, con la mirada clavada en la pared, sintiendo el peso de la decisión que tomé pulsando en mis hombros como una sentencia.



Camino hacia el panel oculto en el fondo del apartamento y, con un toque en la esquina inferior, se desliza y revela la puerta blindada que da acceso a la sala de operaciones. Dentro, Blade me espera, con los brazos cruzados, apoyado en una de las columnas de hormigón. Raven está sentada con las piernas cruzadas sobre la encimera, balanceando un bolígrafo entre los dedos, aburrida.

—Tenemos que actuar ahora —dice Blade cuando me uno a ellos.

— Sí, pero antes de nada, tenemos que averiguar si ha visto el contenido. O si está esperando el momento adecuado para utilizarlo. — Raven baja de la encimera y se dirige al mapa táctico de la ciudad, encendiendo los puntos de vigilancia y las zonas de sombra.

— Darya creará un código para rastrear si la grabación se abre fuera de los protocolos de seguridad. Pero, si es inteligente, la duplicará y la mantendrá fuera de línea. Y Shade es jodidamente inteligente —añado, cruzando los brazos e intentando estabilizar la respiración.

—¿Has hablado con Julie? —quiere saber Raven.

— No —respondo a regañadientes.

— Tienes que traerla aquí —dice Blade sin rodeos—. Dejarla con su madre la hace más vulnerable.

Apretando los dientes, me doy la vuelta y cojo el comunicador para activar la línea privada.

— Traed a Rainer.

— Señor, él ya está...

— Traedlo. Ahora.

Raven se aleja de la encimera y cruza los brazos a la altura del pecho.

— ¿Ajuste de cuentas? —pregunta, lo que hace que Blade esboce una sonrisa perversa.

— Sí.

Rainer entrará por esa puerta y, cuando lo haga, comprenderá que los errores en Tenebris tienen consecuencias. Pero este le ha costado algo que no tiene precio.



CAPÍTULO 43

Por todo lo que he descubierto en los últimos días, no me apetece salir de casa. Enfrentarme al mundo y fingir que todo va bien no es algo que me resulte fácil. Por eso he estado estudiando en casa. Lo que me ha dado más dolores de cabeza que cualquier otra cosa. No recordaba que aquí la conexión a Internet fuera tan mala e inestable. La señal es pésima y no puedo hacer nada.

La conexión se cae por tercera vez esta mañana, destruyendo mi progreso a medias y mi paciencia por completo. Suelto un suspiro exasperado, dejo el bolígrafo sobre el libro de anatomía y me froto las sienes con fuerza, como si eso fuera a ayudar a que la página bloqueada en el navegador se cargara más rápido.

El cursor gira en un círculo eterno, burlándose de mí. La luz del router parpadea sin ritmo definido, como un aviso de que hoy nada va a funcionar. Controlo mis ganas de golpearlo todo y me levanto, salgo de la habitación y cruzo el salón con pasos cortos e irritados.

Maldiciendo al molde, a Internet y al mundo entero, lo reinicio por tercera vez y nada cambia.

El silencio de la casa es demasiado denso, solo interrumpido por un ligero crujido de la estructura, el sonido amortiguado de voces graves procedentes de los hombres de Damian al otro lado de la puerta. No me gusta que estén aquí, ni recordar que necesito protección, pero no tengo otra opción.

Saco el móvil del bolsillo, desbloqueo la pantalla, ignoro los mensajes sin responder de Damian, busco el número del proveedor y hago la primera llamada, que se corta. Hago un segundo intento y no sirve de nada. Estoy murmurando todas las palabrotas que conozco cuando finalmente me atienden al tercer intento.

— Servicio técnico, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? — La voz masculina al otro lado es educada y profesional.

Le explico mi problema, tratando de no descargar mi frustración en él, y el operador me pide el número de protocolo de la última visita, hace una comprobación remota, menciona que todo está normal por su parte y me garantiza que enviará a dos técnicos sin coste adicional en un plazo de dos horas.

— ¿Nombre de la responsable, por favor?

— Julie Venti.

— Perfecto, señorita Venti. El equipo ya ha sido avisado.

Aliviada, cuelgo y guardo el móvil en el bolsillo, sin prestar mucha atención a la corriente de aire frío que me recorre la nuca, erizándome cada pelo de la espalda. Me dirijo hacia la puerta y la abro de golpe, sorprendiendo a los hombres de Damian, y les informo de que vendrán dos técnicos a arreglar Internet.

—Dos técnicos vendrán a arreglar el internet—anuncio, tratando de sonar casual, aunque sé que cualquier información que diga es automáticamente evaluada y catalogada por sus frías miradas—. Ya hablé con la empresa y prometieron enviarlos en dos horas.

Dos de los seis se miran entre sí y uno de ellos, el más bajo, con el ceño fruncido, da un paso al frente.

— Con todo respeto, señorita Venti, no podemos autorizar la entrada de extraños sin la verificación directa del señor Grey.

Pongo los ojos en blanco y cruzo los brazos sobre el pecho. Siento cómo crece mi irritación, aún más por el frustrante día y mi paciencia al límite.

—¿Quieren que me vuelva loca sin internet? —pregunto con sarcasmo mordaz—. Mejor aún, ¿quieren que llame a Damian ahora mismo y le diga que estoy presentando una queja oficial sobre la rigidez de la seguridad dentro de mi propia casa?

El segundo guardia aprieta los labios en una línea fina y el primero suspira discretamente, como si estuviera considerando las opciones con más peso del que debería.

Los otros cuatro me miran como si fuera una bomba de relojería. Los seis hombres deciden reunirse e intercambian algunas palabras que se me escapan, y toman una decisión.

—De acuerdo, señorita —responde uno de ellos, que no había hablado hasta ahora—. Cuando lleguen, les autorizaremos la entrada. Pero los acompañaremos de cerca.

Esbozo una sonrisa victoriosa, aunque en el fondo sé que no se trata de un verdadero logro. Seguirán observándome como si estuviera hecha de cristal o dinamita, a punto de explotar.

—Genial— murmuro—. Va a ser una fiesta.

Vuelvo adentro con un sabor amargo en la boca.



Dos horas más tarde, suena el timbre.

Me acerco lentamente, con el móvil en la mano, y miro por la mirilla. Dos hombres uniformados están parados en el pasillo. Uno de ellos lleva un aparato para medir la señal, el otro tiene una mochila grande a la espalda, y ambos lucen insignias colgadas del bolsillo de la camisa. Sus sonrisas son educadas, casi simpáticas y pulidas, lo justo para parecer inofensivas.

En cuanto abro la puerta, oigo pasos firmes detrás de mí. Tres de los hombres de Damian aparecen en el pasillo, colocándose a mi alrededor como si la simple llegada de dos técnicos pudiera representar una amenaza real. Intercambian miradas breves y uno de ellos se adelanta para inspeccionar las tarjetas de identificación antes de dejarlos entrar.

«Todo en orden», dice, tras un momento de tensión, y se vuelve hacia mí. «Vamos a acompañarlos, señorita».

Doy un paso atrás y los dos técnicos entran. El más alto esboza una sonrisa torcida al ver la pequeña escolta armada que rodea la sala.

«¿Es usted hija de alguien importante?», pregunta en tono jocoso, tratando de aliviar el ambiente. «¿O estamos a punto de instalar Internet en una caja fuerte de un banco?».

Esbozo una sonrisa forzada, sin responder.

Mis ojos no se apartan del otro técnico, el más bajo, con barba rala y ojos demasiado atentos para alguien que solo ha venido a arreglar cables. No sonríe, no hace bromas, solo observa. Su mirada recorre la habitación de forma calculada, midiendo distancias, salidas y ángulos.

—Vamos a comprobar primero la fuente y los cables — informa el más alto, señalando el router cerca de la estantería.

Asiento con la cabeza y me alejo, retrocediendo hasta el sofá sin apartar la mirada de ellos. El técnico de habla fácil se arrodilla junto al router y comienza a manipular los cables, murmurando algo demasiado técnico para que yo lo entienda.

El otro permanece de pie, junto a la puerta del balcón, fingiendo observar la estructura eléctrica, pero noto que su mirada recorre cada rincón de la casa como si estuviera memorizándolo todo.

Siento que hay algo raro en él. Y aunque estoy rodeada por los hombres de Damian, una inquietud se apodera de mí, como si la

casa hubiera dejado de ser segura en el momento en que les abrí la puerta a estos dos.

¿Será que convivir con Damian y sus hombres está empezando a volverme paranoica?

Vuelvo al sofá, donde dejé abierto el libro de la universidad. Intento concentrarme, leer, subrayar alguna línea, pero el silencio pesa demasiado.

De repente, un chasquido sordo resuena detrás de mí. Parece el sonido de algo cayendo. O alguien. Mis músculos se tensan inmediatamente y contengo la respiración en medio de la garganta. Lentamente y con cautela, me levanto, lista para preguntar si todo va bien, y antes de que pueda articular palabra, el técnico más alto aparece a mi lado.

—Lo siento, señorita Venti —dice de forma extrañamente cortés, antes de derrumbarse.

Me presionan contra la boca y la nariz un paño grueso, húmedo y con un olor demasiado fuerte. Ni siquiera tengo oportunidad de gritar. Intento luchar, empujar, resistirme, pero mis brazos se vuelven pesados, mis piernas pierden fuerza y el mundo a mi alrededor comienza a girar. Poco a poco, las luces se convierten en manchas borrosas y su rostro se disuelve en sombras.

El último sonido que oigo antes de que todo se apague es el golpe seco de un cuerpo contra el suelo, el del guardia de seguridad que debería estar protegiéndome.

Y entonces, el vacío me envuelve.



CAPÍTULO 44

Me despierto sobresaltada.

El aire entra en mis pulmones con un golpe seco, como si hubiera estado sumergida demasiado tiempo. El suelo helado bajo el colchón parece hecho de hormigón puro y está húmedo, lo que hace que el frío se me meta en los huesos.

El sabor amargo de alguna sustancia química aún me pica la lengua, y mi cabeza late como si me hubieran perforado con agujas. Cada intento de moverme me revuelve el estómago.

El ambiente es un poco oscuro, iluminado solo por una única lámpara tenue que parpadea en lo alto, colgada de cables expuestos y cubierta por una fina capa de polvo. El olor es a moho viejo, sudor y óxido.

Mis muñecas están libres, pero cuando intento sentarme, me tambaleo y mi corazón se acelera. Las paredes son de cemento crudo, sin ventanas ni color. Hay una silla de metal tirada en una esquina, un cubo abandonado cerca de la pared opuesta y lo que parece ser una pequeña cámara en lo alto, apuntando directamente hacia mí. La lente parpadea, una clara señal de que me están observando.

Tragué saliva.

Lo último que recuerdo es la voz del hombre pidiendo perdón, antes de que todo se oscureciera. El paño presionado contra mi

cara, el olor dulce y nauseabundo, y luego, nada. La sensación de pérdida de control me envuelve de nuevo, y una parte de mí grita que debo mantener la calma, pero otra, la más realista e instintiva, quiere correr y romper todo a mi alrededor, hasta salir de aquí.

Damian.

Su imagen aparece con tanta fuerza en mi mente que se me oprime el pecho. ¿Lo sabrá? ¿Se habrá dado cuenta de que me ha pasado algo? Siempre se da cuenta. Siempre va un paso por delante de todo.

Pero, ¿y si esta vez no?

Me acurruco contra la pared, tratando de escuchar algo más que el sonido de mi propio pánico. Nada. Silencio absoluto. Ni siquiera el sonido del agua goteando, pasos o voces. Es como si estuviera enterrada viva.

De repente, oigo un ruido metálico. Es el pestillo de la puerta girando.

Mi columna se tensa y el aire parece congelarse dentro de mis pulmones. La manija se mueve lentamente, como si el dueño de este lugar supiera exactamente el efecto que provoca.

Entra lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y cierra la puerta detrás de él con un golpe seco. Durante un segundo, que parece una eternidad, solo me mira, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, analizándome.

Entonces se encienden todas las luces, lo que me hace encogerme aún más.

«Es bueno verte cuando no estás durmiendo», comenta con voz ronca, cargada de un sarcasmo que me pone los pelos de punta.

Vacilante, levanto la vista para mirarle a la cara y trago saliva al ver lo que veo. En el lado izquierdo, una cicatriz ancha e irregular se extiende desde la sien hasta la mandíbula, como si el fuego hubiera marcado cada centímetro de la piel. Es una quemadura antigua, pero parece muy viva y aterradora.

Él nota el foco de mi mirada y sonríe torcidamente.

«¿Te molesta?», pregunta, tocando ligeramente el borde de la cicatriz, como quien exhibe una medalla de guerra. «Fue tu novio quien me hizo esto, cuando intentó matarme por primera vez», añade con una risa amarga y extrañamente sincera.

Aprieto con fuerza la fina manta que cubre el duro colchón donde me han dejado y siento cómo se me revuelve el estómago con una mezcla de miedo, asco y rabia.

—Te lo debiste merecer.

Shade inclina la cabeza como si estuviera analizando una aberración.

—Puede ser— admite con una sonrisa que no llega a los ojos —. Pero descubrirás por ti misma que merecerlo es relativo. Y que tu héroe ya ha hecho cosas mucho peores que dejar mi cara así.

Da dos pasos atrás, sin dejar de observarme, estudiando mi vulnerabilidad.

—Ya sé lo de mi hermano —respondo, forzando las palabras a salir, a pesar del nudo que se forma en mi garganta—. Sé su nombre. Sé lo que le hicieron. Sé que murió.

— Corrijo —responde, rebosante de crueldad—. Ordené que lo mataran dentro del orfanato.

Las palabras explotan dentro de mí como una bomba. El shock se disuelve en pura furia, una ira ardiente y cruda que me hace levantarme antes incluso de pensar. Cegada por la ira, avanzo hacia él con el puño cerrado y el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—¡Maldito seas! —grito, queriendo hacerle daño, aunque sé que no tengo suficiente fuerza.

Él es más rápido que yo. Su brazo se levanta con un movimiento preciso y su palma abierta golpea con violencia el lado de mi cara. El impacto me desequilibra y caigo al suelo con la piel ardiendo y los oídos zumbando.

Sentada en el suelo frío, con un sabor metálico extendiéndose por mi boca y la cabeza palpitando, no oigo nada más que mi propia sangre rugiendo en mis oídos.

— No volverás a levantarme la mano, princesa —escupe, como si mi intento hubiera sido una ofensa personal—. Esto no es un jueguecito de chicas valientes. No sabes ni la mitad de lo que está pasando.

Me arde la cara, pero no tanto como el pecho. No tanto como el agujero abierto con el nombre de mi hermano.

La expresión de Shade cambia por un segundo y la sonrisa irónica desaparece, transformándose en aburrimiento, luego comienza a reír.

— Creo que entiendo por qué se enamoró de ti.

—Vete a la mierda, monstruo —le espeto.

Y él se ríe a carcajadas, haciendo que el sonido resuene en las paredes.

— Ah, Julie —murmura, pasando la mano por su cabello revuelto y deteniéndose frente a mí otra vez, inclinando el cuerpo hasta quedar a la altura de mis ojos—. ¿Crees que haber matado a tu hermanito es lo peor? Eso es dulce, querida. —Extiende la mano para tocar mi cara, pero lo detengo y él endereza el cuerpo, respirando profundamente. — ¿Lo amas? —pregunta, pero yo me quedo callada. No quiero hablar de mis sentimientos con este monstruo. — Respóndeme, ¿lo amas?

Por supuesto que amo a Damian.

Incluso después de todo, con todas las mentiras, el dolor, la sofocante verdad sobre Elias; lo amo con una fuerza que me asusta. Lo amo incluso cuando quiero odiarlo. Incluso ahora, mientras estoy tirada en el suelo, con la cara ardiendo y el cuerpo temblando de rabia, miedo y vergüenza.

— ¡Habla, joder! —grita, con la ira acentuándose en su rostro deformado por la cicatriz—. ¿Lo amas?

Sigo sin responder. Y eso es todo lo que necesita para perder el control.

De repente, se inclina de nuevo y me agarra brutalmente del pelo, tirando con fuerza y obligándome a levantar la cara. Antes de que pueda reaccionar, empuja mi cabeza contra el suelo, aplastando el lado derecho contra el cemento frío y sucio y haciendo que el dolor explote en el hueso de la mandíbula.

—Cuando te hago una pregunta —sisea junto a mi oído, su aliento caliente contrastando con el frío cortante del suelo—, tú respondes.

Siento cómo me arde la piel, me late el cuero cabelludo y se me llenan los ojos de lágrimas, más por la rabia que por el dolor. Y aun así, no digo nada, lo que le hace golpearme la cara contra el suelo otra vez.

— ¿Sí o no?

—Sí —respondo llorando, y él me suelta de un tirón, dejándome con la cara contra el cemento.

— No ha sido tan difícil, ¿verdad? Solo tenías que responder a mi pregunta —continúa, y yo lloro en silencio, incapaz de levantar la cara para intentar mirarlo—. Déjame acabar con esa ilusión de una vez por todas. No creo que ese amor vaya a durar.

— ¿Solo porque ella no te quería? —suelto, irritada, como si pudiera herirlo a su vez, a pesar del dolor que me quemaba por dentro.

El efecto es inmediato.

Su pie golpea mi estómago, sacándome el aire de los pulmones. El impacto es tan fuerte que un chorro de sangre sale de mi boca y cae sobre el suelo áspero. Mi cuerpo se dobla involuntariamente y el dolor se extiende como fuego líquido por mi abdomen, irradiándose hasta los huesos.

—No hables de Malika —gruñe, con la voz cargada de una furia demencial. Antes de que pueda defenderme o siquiera

recuperar el aliento, llega otra patada, certera en el mismo lugar, y el sabor de la sangre vuelve a mi boca con más fuerza.

Me apoyo en las palmas de las manos, temblando y sintiendo el frío suelo vibrar bajo mis dedos. Mis costillas gritan y siento que me late la cabeza, pero me obligo a sentarme. Lentamente, levanto la cara hacia él.

No veo casi nada. Mi ojo bueno se está cerrando debido a la hinchazón, dejando mi visión borrosa y manchada de rojo. Aun así, miro al monstruo.

— Estoy tratando de ser amable, pero tú no colaboras —añade con una sonrisa torcida, como si no acabara de golpearme—.

— ¿Qué quieres?

— ¿No es obvio? Quitarle todo —comenta, haciéndome tragar saliva—. Y romperle el corazón.

— Ya está roto.

— No. Todavía no.

Frunzo el ceño.

— ¿De qué estás hablando?

— Él fue quien mató a tu padre, Julie —me informa, arrodillándose y poniendo nuestras caras a la misma altura, mientras toma un mechón de mi cabello y lo enrolla en su dedo—. Fue él. Damian Balestra.

En cuanto las palabras cobran sentido para mí, siento que el aire se me escapa de los pulmones y todo mi cuerpo se paraliza, mi corazón se salta unos latidos antes de acelerarse tanto que me duele.

—Estás mintiendo —susurro, sacudiendo la cabeza con fuerza de un lado a otro—. Eso es mentira. Damian nunca haría eso. Nunca. Eran mejores amigos.

—Te haré creerme, princesa.

Se pone de pie y mete la mano en el bolsillo, saca el móvil y hace una llamada rápida. Ordena con frialdad:

— Es la hora. Traed la grabación.

Cuelga en menos de cinco segundos y guarda el teléfono, mirándome con satisfacción, como si verme destrozada fuera lo mejor del mundo.

— Va a ser genial ver tu cara cuando descubras quién es realmente el hombre que te folla todas las noches.

Me quedo inmóvil, con la sangre retumbando en mis sienes y el sabor a hierro aún en mi boca. Me duele todo el cuerpo, pero lo que realmente me paraliza es lo que ha dicho.

Una grabación. Una prueba.

Mis manos tiemblan.

¿Será que...? No. No. No puede ser. Damian no mató a mi padre. Él no haría eso. Él no.



GREY

CAPÍTULO 45

El teléfono vibra insistentemente en mi bolsillo. Levanto la mano para que Blade deje de hablar un momento y saco el aparato para contestar. En cuanto veo el nombre del hombre parpadeando en la pantalla, aprieto los dientes y frunzo el ceño.

—Señor —dice con voz temblorosa al otro lado de la línea, lo que sé que es una mala señal—. La señorita Venti... la han secuestrado.

Me quedo paralizado.

El mundo a mi alrededor se ralentiza por un segundo, antes de colapsar por completo. Los músculos de mi mandíbula se bloquean y siento una vena latir en mi sien. Sujeto el teléfono con tanta fuerza que oigo el plástico crujir bajo mis dedos.

— Repita lo que acaba de decir.

—Dos hombres se hicieron pasar por técnicos. Llevaban insignias, mochilas con herramientas, medidores de señal, todo. La autorización fue confirmada, porque la señorita Venti había avisado que los estaba esperando —la voz del soldado se quiebra al otro lado de la línea, jadeante—. Tenían cobertura, otros dos entraron por el acceso de servicio, poco después. Conocían los puntos ciegos.

Mi mandíbula cruje cuando aprieto los dientes.

— Continúa.

—De los tres hombres asignados para acompañar la visita técnica, dos fueron ejecutados con disparos limpios en la cabeza, sin posibilidad de reaccionar. El tercero soy yo, señor.

Silencio.

— Estoy escuchando su voz. ¿Qué significa eso?

Él traga saliva al otro lado, y puedo imaginar su mano temblorosa apretando la herida, la camisa ensangrentada pegada al cuerpo.

— Me dispararon en el hombro. Creo que me dejaron vivo a propósito. Intenté correr hacia la puerta del apartamento, pero me dieron una patada en la cara y me desmayé. Cuando desperté, ya no estaban aquí.

Aprieto el móvil con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

— ¿Cuánto tiempo hace?

— Una hora más o menos.

— Maldita sea.

Me giro hacia Blade y Raven, que me miran en silencio. Sus ojos se oscurecen al mismo tiempo que yo aprieto los músculos de la mandíbula. Ella solo asiente, como si ya esperara algo así.

Cuelgo el teléfono y lo tiro sobre la mesa, y el sonido resuena en la habitación.

— Shade se llevó a mi mujer.

Cierro los ojos por un instante y siento cómo el fuego recorre mis venas, quemándolo todo.

Blade se adelanta.

— ¿Quieres que sigamos el rastro?

— No. —Levanto la mano—. Quiero que se rodee todo el edificio. Analicen las cámaras, registren la entrada y salida de cada empleado. Que nadie entre ni salga. Y rastreen cualquier movimiento en hospitales, almacenes y autopistas cercanas. No puede haber desaparecido sin dejar rastro.

Raven se acerca y me toca el hombro.

— La traeremos de vuelta, Grey.

Siento el sabor amargo de la culpa subiéndome por la garganta. Dos días. Solo estuvo fuera dos malditos días y, aun así, consiguieron llevársela delante de mis narices. El infierno parecerá un *parque infantil* comparado con lo que voy a hacerle a quien se le haya acercado.

—Vamos —digo con convicción.



Blade tiene los brazos cruzados y Raven camina de un lado a otro, como una pantera a punto de atacar. Estamos analizando las cámaras del edificio de Julie cuando mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco y veo el nombre de Darya en la pantalla, así que contesto inmediatamente.

—¿Sí?

— He interceptado un mensaje cifrado que te han enviado. Una línea fantasma, sin remitente fijo, llena de trampas en el código, pero he conseguido descodificarlo.

— ¿Qué era?

— Un vídeo.

Por instinto, me acerco a la pantalla de la sala de reuniones, Darya envía el archivo y, en pocos segundos, la imagen ocupa todo el monitor.

Es un cobertizo mal iluminado, con paredes de hormigón y el suelo manchado de sangre seca y aceite. En el centro, Julie, caída

de lado, con la cara magullada y el ojo bueno casi cerrado. Está viva, pero herida.

Y entonces aparece él.

Shade.

Sus pasos son lentos, como los de un sádico que saborea cada segundo. Agarra a Julie por el pelo y la obliga a ponerse de pie. Ella intenta luchar y soltarse, pero el hijo de puta la lanza contra la pared, haciéndome sentir el golpe contra mi propio pecho.

Las venas se me hinchan en los brazos y el odio burbujea en mi sangre como ácido.

—Hijo de puta... —murmura Blade.

Se acerca de nuevo y se agacha, le sujeta la barbilla y obliga a sus ojos hinchados a mirar una tableta que enciende. El vídeo de la pequeña pantalla comienza, la imagen es antigua, en blanco y negro. La reconozco al instante.

Es el día. El maldito día. La grabación que nunca debí haber guardado.

Julie ve cómo ejecuto a su padre con mis propias manos.

Su grito, aunque amortiguado, resuena como un cuchillo que me desgarra la carne y me destroza. Ella se debate, se encorva, llora. Y Shade sonríe, como si hubiera ganado. La pantalla se apaga y aparece el mensaje, escrito a mano con tinta roja:

«Ven a verme, Grey. Terminemos lo que empezamos. Ven solo o ella morirá».

Rompo el monitor de un puñetazo.

—Es una trampa —Raven dice lo obvio, mirándome con dureza—. Quiere provocarte. Jugar con tu mente.

—Lo sé —respondo entre dientes, con las venas del cuello hinchadas. Mi sangre hierve, todo mi cuerpo clama por acción, violencia y destrucción—. Pero ha tocado a mi mujer —añado, alternando la mirada entre Raven y Blade—. La ha golpeado. La ha humillado. La ha hecho sangrar.

Blade se aleja de la mesa, gira los hombros como si se preparara para una pelea. Raven baja la mirada, pero no en señal de sumisión, sino como quien dice que también mataría por Julie si fuera necesario.

—No puedes ir solo, Grey —insiste—. Te matará, lo sabes. Te está esperando.

—Iré— respondo con firmeza, sin dudar ni un segundo—. Aunque tenga que volver en un ataúd, la traeré de vuelta. Con vida.

— Irás —interrumpe Blade, con voz grave y controlada, y un brillo inquietante en los ojos—. Pero no ahora, y no solo. Tengo un plan.

Me giro lentamente hacia él, con la ira aún palpitando bajo la piel.

—¿Qué plan?

Blade sonríe de lado, con esa sonrisa que nunca significa nada bueno. Está tramando algo.

—Dejemos que piense que ha ganado —comienza a explicar con una calma que me irrita—. Le daremos exactamente lo que quiere. A ti. Pero en nuestros términos. Y con ojos en todas partes. ¿Quiere un escenario? Montaremos un teatro sangriento.

— No va a caer fácilmente —advierte Raven, pero algo en su tono cambia. Lo está considerando.

—No tiene que caer. Solo tiene que creer que tiene el control —informa Blade—. El resto, déjalo en mis manos.

Miro a los dos, mis aliados, mis monstruos. Mis hermanos.

Y aunque mi alma esté destrozada, con la sangre clamando venganza, sé que seguiré este plan.

Porque Shade ha tocado lo que es mío. Y ahora lo pagará.



GREY

CAPÍTULO 46

La ciudad queda atrás mientras la camioneta negra recorre la carretera. La densa vegetación envuelve el camino que tengo delante y el cielo nublado se vuelve más oscuro.

El antiguo matadero se encuentra en las afueras de una zona industrial abandonada. El lugar perfecto para una ejecución o un espectáculo sangriento, dependiendo de quién esté al mando.

Darya ha desactivado las cámaras. Ha creado una brecha en el sistema de seguridad para que Blade pueda acceder a la señal interna y guiar cada movimiento a distancia. Raven y otros soldados están en puntos estratégicos, esperando la señal, pero, para ser sincero, ahora todo depende de mí.

El arma está sujeta a mi espalda y el cuchillo, en la bota. El vídeo sigue latente en mi mente como un puñetazo. Julie siendo golpeada por él, su cara golpeando contra la pared, el grito después de ver la maldita grabación.

Ella me vio matar a su padre.

Detengo el coche a quinientos metros del perímetro y sigo a pie, tal y como me ha indicado Blade. El plan es sencillo y suicida. Entregarme, dejar que él piense que ha ganado, herirme y quitarme todo lo que pueda.

Algo así va en contra de todos mis instintos, pero necesito sacar a Julie de allí con vida a cualquier precio. Lo que Blade y

Raven no saben es que realmente estoy dispuesto a morir por ella.

El arma sigue pegada a mi espalda, pero la funda está vacía. Tengo las manos abiertas, porque quiero que vea debilidad y crea que me tiene en sus manos.

En cuestión de minutos, el cobertizo aparece ante mí, una estructura que se cae a pedazos, con ventanas cubiertas con tablas y puertas que crujen con el viento. La puerta lateral chirría cuando la empujo y aparecen dos hombres armados.

Los dos se miran entre sí, y uno de ellos da dos pasos hacia mí, mientras el otro se coloca con el arma en alto, listo para disparar si reacciono. Conozco el protocolo, así que mantengo los brazos en alto con las palmas abiertas.

— Date la vuelta —ordena el que está más cerca.

Apretando los dientes, obedezco.

Sus manos recorren mi cuerpo y pronto encuentran el arma en mi cintura. La saca con fuerza y se la entrega a su compañero con una risa ahogada, luego se arrodilla detrás de mí y encuentra los cuchillos escondidos en las botas. Uno en cada pie, y los dos también se los llevan.

— Sí, parece que viniste preparado para morir —comenta con escarnio.

—He venido a buscar a alguien. El resto no importa — murmuro sin moverme.

— Date prisa, Shade te está esperando.

Me empujan dentro del cobertizo con la delicadeza de dos cerdos salvajes. Mis pies resuenan en el hormigón agrietado al mismo tiempo que el sonido de las puertas cerrándose detrás de mí reverbera.

Shade me espera en el centro del lugar, como si estuviera en el escenario de un teatro en ruinas. Julie está tirada en un rincón, con el pelo pegado a la cara magullada, el cuerpo encogido como si el dolor se hubiera convertido en parte de ella. Solo con mirarla,

siento que se me revuelve el estómago. Aprieto los puños, pero mantengo el rostro impasible.

—Has venido solo —se burla Shade, con los ojos ardientes de satisfacción. Da un paso, luego otro, y finalmente se detiene entre ella y yo—. Siempre tan predecible, Grey. No ibas a perder la oportunidad de morir por amor, ¿verdad?

—Querías que viniera —digo con voz firme, aunque todo mi interior esté implosionando—. Y aquí estoy.

Él se ríe. No es una risa normal, es una carcajada descompasada, sucia, de alguien que perdió la cordura hace demasiado tiempo.

— ¿Sabes una cosa, hermano? Ella gritó tu nombre varias veces. Es jodido, incluso después de haber visto el vídeo, ella te llamó cuando estábamos jugando.

Doy un paso adelante y él saca un cuchillo.

— Un movimiento en falso y la abro de arriba abajo.

Me detengo y trago el ácido que me sube por la garganta. Mi mirada se fija en ella y, incluso en ese estado deplorable, levanta la cabeza. El ojo que ve ya está casi cerrado, pero me ve.

Me reconoce.

Julie intenta decir mi nombre, y siento que mi interior se rompe cuando no lo consigue. Él levanta la mano y chasquea los dedos, y uno de los hombres le pone la pistola en un lado de la cabeza, lo que hace que mi sangre hierva. El frío cañón presiona su sien, y ella ni siquiera tiene fuerzas para reaccionar.

—Si le das un solo puñetazo —informa Shade, caminando hacia mí con una sonrisa sádica esbozada en su rostro deforme—. Él disparará y la cabeza de ella explotará justo delante de ti.

Me quedo inmóvil.

Aprieto los puños y la vista se me nubla por la furia, pero no me muevo. Porque ella está aquí, viva, y por mucho que todo en mí

me exija correr hacia ella, necesito mantener el control para no echarlo todo a perder.

Shade sonríe como un demonio, satisfecho con su propio juego.

Él me da el primer puñetazo, rápido y directo al estómago, sacándome el aire de los pulmones, pero controlo mis instintos y no reacciono. Julie empieza a llorar, y el sonido me oprime el pecho.

Otro golpe. Esta vez, en la cara, mi boca se abre y siento el sabor de la sangre inundar mi lengua.

Dirijo mi atención a Julie y me obligo a no devolverle el golpe. Aguantar a ese maldito Shade no es nada comparado con perderla.

—Vamos, haz tu parte— me provoca—. Muéstrame cómo es amar de verdad a alguien. Porque, por ahora, solo yo te he mostrado lo que es eso.

Me golpea de nuevo, en las costillas, y el impacto me hace doblar el cuerpo, tengo que mantener el equilibrio para no caer al suelo. Julie deja escapar un grito débil y asustado, pero Shade no se detiene y me golpea de nuevo. Y otra vez.

— Ahora, habla —gruñe, agarrándome por el cuello y arrastrándome hacia ella. Mis rodillas arañan el cemento y el olor a sangre llena el aire entre nosotros—. Díselo. Dile lo que sientes.

— Para... — suplica Julie entre lágrimas, como si eso pudiera ablandar alguna parte del monstruo que tenemos delante. — Por favor. Para ya.

— Habla, Grey. O juro por Dios que la mataré aquí y ahora. — Hace un gesto con la cabeza y el hombre que le apunta con el arma se mueve—. Habla o te haré comerte sus sesos.

—Para, por favor... —Julie llora.

Respiro con dificultad y fijo mis ojos en ella. Sus ojos azules aún resisten, parecen implorar misericordia, salvación. Cualquier cosa que nos aleje de aquí.

—Te quiero, Julie —digo por fin, con la garganta rasgada por la sangre—. Te quiero. Te quiero desde antes de darme cuenta. Desde que prometí protegerte. Desde que te vi en aquella sala, con tu bata torcida y tus ojos intentando fingir que no te dolían.

Ella llora aún más y cierra los ojos, clavando los dedos en el muslo.

Shade esboza una sonrisa monstruosa.

— Muy bonito. Ahora cuenta el resto —dice tenso, empujándome hacia Julie al mismo tiempo que su hombre le toca la cabeza con el arma—. Cuéntale lo que hiciste. El secreto que has ocultado todo este tiempo.

Dudo. Todo mi ser grita que no deje salir esas palabras, pero no tengo otra opción. No con esa pistola apuntando a la cabeza de la mujer que amo. No con su rostro destrozado por mi culpa. No con todo lo que ya he perdido.

—No —susurro, con voz áspera.

Shade me agarra por la nuca, empujándome aún más cerca.

— Habla, Grey. Ella ya lo sabe, ha visto el vídeo. Pero quiero que lo oiga de tu boca. Quiero que lo admitas, mirándola a los ojos.

Levanto la cara. Y sus ojos azules están rojos, hinchados, la sangre de su boca gotea lentamente, pegándose a la piel. Aun así, incluso destrozada, Julie me mira fijamente. Y eso me desgarra, porque no es solo miedo, también está decepcionada.

—Julie... —mi voz se quiebra—. Yo...

— No, por favor —pide, sacudiendo la cabeza, suplicándome que me calle—. Por favor, no hables.

—Fui yo. —Ella no reacciona, solo me mira, llorando—. Yo maté a tu padre.

Siento como si el sonido del mundo hubiera desaparecido y todo se redujera a su respiración entrecortada. A sus labios entreabiertos, a la forma en que retrocede un centímetro, como si mi cuerpo, herido y sangrando, fuera venenoso.

—¿Por qué? —pregunta, y aunque solo dice esa única palabra, sé que su corazón está destrozado y que fui yo quien lo rompió. No puedo responder. —¿Por qué? —grita con las pocas fuerzas que le quedan, y las lágrimas bañan su rostro, mezclándose con la sangre, el dolor y el horror.

El arma sigue apoyada en su cabeza, pero, por un momento, lo único que existe entre nosotros es lo que nunca dije en voz alta.

—Tenebris tenía una operación programada para ese día —admito con el sabor de la sangre y la vergüenza inundando mi boca —. Un laboratorio. Objetivo prioritario. Tú ibas a estar allí, i , haciendo una visita guiada que ganaste tepor méritos propios, brillante como siempre. Pero a ellos no les importaba. Tú solo serías un efecto secundario. Un número más en el informe. Un error aceptable. —Cierra los ojos con fuerza y se le escapa un sollozo—. Él lo descubrió e intentó convencer al consejo de que cambiara los planes de la operación, y, por supuesto, no funcionó. Entonces, filtró la ubicación y todos los datos cruciales, pero ya sabía que eso se consideraría traición. Sabía que estaba firmando su propia sentencia. —Me detengo un segundo y el nudo en la garganta amenaza con ahogarme—. Y aun así, lo hizo, porque salvarte era más importante. Porque te quería demasiado.

— ¿Por qué tú?

— Si no hubiera sido yo, Julie, habrían enviado a alguien que te hubiera hecho sufrir. Que te hubiera torturado durante días, que te hubiera arrancado cada fragmento poco a poco. — Me acerco más, incluso con el arma apuntándome, incluso con Shade sonriendo, alimentándose de nuestro dolor. — Maté a tu padre porque lo amaba. Era la única forma de ahorrarle el dolor, la única forma de honrar lo que nos unía y proteger lo que más amaba. A ti.

Las lágrimas corren por su rostro, y también por el mío.

Ella me mira como si ya no supiera quién soy. Y tal vez nunca lo haya sabido. Tal vez ni siquiera yo lo sepa. Pero lo que hice fue por ella. Por él. Levanto la mano para secarle la cara, pero Shade me empuja hacia atrás.

— Siempre pensé que los finales trágicos estaban sobrevalorados. Hasta que vi el vuestro suceder aquí y ahora — comenta con ironía, aplaudiendo lentamente—. Pero no tenemos mucho tiempo. Sé que no fuiste tan tonto como para venir solo, y yo tampoco fui tan estúpido como para esperar a que vinieras. Afuera, mis hombres están esperando a los tuyos. Pero, antes de que pienses en salvarla, voy a matar a tu putita delante de ti.

Saca el arma, apuntándome directamente al pecho, al mismo tiempo que hace un sutil gesto con la mano, y el desgraciado que está al lado de Julie lleva el dedo al gatillo.

Todo se ralentiza por un segundo, y soy incapaz de quedarme quieto y esperar. Dejo que el monstruo que hay dentro salga y se encargue de todo lo demás. Enfadado, giro el cuerpo rápidamente con un movimiento seco y pateo con toda mi fuerza la mano del hombre que apunta con el arma a Julie. El disparo explota, pero va directo al techo, rebotando en el metal oxidado.

Ella grita.

—¡Agáchate! —le grito, sintiendo cómo el sonido me desgarra la garganta mientras avanzo hacia Shade.

Él intenta reaccionar, pero ya es demasiado tarde. Mi puño golpea su rostro deforme con suficiente fuerza como para hacerle tambalearse. Le robo el arma de la mano con brutalidad y luego disparo a los dos matones más cercanos. Uno de ellos cae gritando, el otro todavía intenta sacar el revólver, pero mi segundo disparo lo silencia antes.

Siento un dolor intenso en el costado del brazo y me doy cuenta de que me han rozado con un disparo. La sangre brota caliente y rápida, pero no me permito detenerme.

Oigo el ruido de una ráfaga de disparos procedente del exterior. Ametralladoras, gritos y pasos apresurados. Los estallidos sordos de la guerra que está comenzando. Blade y Raven han llegado.

Me abalanzo sobre Shade como un animal, y el maldito intenta sacar otra arma, pero ya estoy encima de él, golpeándolo, aporreándolo, hundiendo cada centímetro de mi dolor en su cara.

— La tocaste —gruño, con sangre mezclada con saliva salpicando de mi boca—. La tocaste, hijo de puta.

Escupe un diente y se ríe, con la nariz rota y hundiéndose bajo mi peso.

Afuera, los gritos aumentan. El cobertizo tiembla con las explosiones y los disparos. Pero aquí dentro solo existe ella y la promesa que hice.

Julie sigue tirada en el suelo, intentando arrastrarse para alejarse. Con el pelo pegado a la cara, toda manchada de sangre, polvo y lágrimas, pero viva. Está viva. Y voy a matar a Shade por intentar arrebatármela.

—Adelante. —Escupe sangre, riendo debajo de mí y con el arma que le robé apuntando entre sus ojos—. Mátame, Grey. Eso no cambia nada. Ella nunca te perdonará. Nunca. Mataste a su padre, ¿recuerdas? El único que realmente amaba a esa niña.

Pongo el dedo en el gatillo, pero no disparo. En cambio, tiro el arma lejos de nosotros.

— No te mereces un disparo. Sería demasiado fácil para ti. — Cierro el puño y le doy otro puñetazo en la cara, justo en la nariz. — Le pusiste las manos encima. — Otro puñetazo. — Te reíste mientras ella sangraba. — Uno más. — La hiciste dudar de mí.

Intenta reaccionar, el hijo de puta está herido, ya no controla la situación y eso lo aterroriza, lo veo en sus ojos. Puede fingir todo lo que quiera, pero Shade tiene miedo de morir.

—Y ahora —murmuro entre dientes—, vas a pagar por cada lágrima que ella derramó.

Le sujeto la cabeza con ambas manos y la golpeo contra el suelo de hormigón. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces. La sangre salpica mi cara, mi camisa, pero aun así no paro.

— Nunca más. Nunca más la volverás a tocar.

Oigo cómo su cráneo cede bajo la presión, el sonido húmedo y macabro resonando por el cobertizo. Miro su cabeza aplastada, deformada, irreconocible, y me levanto, con el pecho jadeando y las manos temblando. Cojo el arma caída a mi lado, doy un paso atrás y apunto al pecho del cadáver aún caliente.

—Esto es por lo que le hiciste —gruño, antes de apretar el gatillo repetidamente. El sonido de los disparos resuena con fuerza, abriendo un agujero en la carne podrida de ese desgraciado. El clic seco del arma vacía me devuelve a la realidad, y eso es lo que me hace volverme hacia ella.

Julie está en la esquina, encogida, con las rodillas contra el pecho, los brazos rodeando la cabeza mientras todo su cuerpo tiembla. La sangre le corre por la frente, manchándole la mejilla. El polvo cubre su cabello y su ropa, como si fuera parte del suelo.

Me acerco con cuidado, cada paso me duele más que cualquier herida. Me arrodillo a su lado, ignorando el dolor en la costilla herida y el ardor del disparo en el hombro.

—Julie —la llamo con voz ronca y fallida—. Soy yo. Se acabó.

Ella no reacciona de inmediato. Le toco el brazo con la punta de los dedos y ella se encoge aún más, lo que me destroza por dentro. Aun así, no retrocedo y me obligo a continuar. Quiero traerla de vuelta.

— Oye, mírame, mi amor. *Por favor.*

Poco a poco, sus brazos se separan y ella levanta la cara, mirándome con los ojos hinchados. Tarda un poco en reconocerme y, cuando lo hace, abre la boca, pero no sale ningún sonido, solo una respiración temblorosa.

— Ahora todo está bien. Te sacaré de aquí.

Con cuidado, paso los brazos por debajo de sus piernas y por detrás de su espalda y la levanto contra mi pecho. Es ligera y frágil,

pero siento el peso de lo que ha vivido como si fuera plomo aplastándome.

— Te tengo, Julie. Estoy aquí. —Aprieto los ojos, tragándome el nudo que tengo en la garganta—. Estoy aquí, mi amor.

Doy dos pasos tambaleantes hacia la salida y, en ese preciso momento, la puerta se abre de par en par.

Raven entra primero, con el arma aún en la mano y la mirada escudriñando el ambiente. Detrás de ella, aparece Blade con la radio en la oreja, ordenando que limpien la zona y recojan los cadáveres.

Los dos se quedan paralizados al verme con Julie en brazos.

—Está viva —digo, jadeando—. Pero necesita un médico ahora mismo.

Raven corre hacia nosotros, deja el arma en el suelo y le toma el pulso.

—Resistirá. Es fuerte —murmura, casi para sí misma.

Blade observa el cuerpo destrozado de Shade en el suelo, luego me lanza una mirada de respeto y asiente sin decir nada.

—Se acabó, Grey —dice Raven, como si quisiera traerme de vuelta—. Se acabó de verdad.

—Sí. Y ahora me odia—digo, haciendo que apriete los labios con fuerza.



GREY

CAPÍTULO 47

La sala de espera del hospital parece un limbo. El reloj de la pared no hace ruido, pero cada segundo late en mi cráneo como una cuenta atrás para algo que tal vez nunca suceda.

El aire huele a desinfectante y sangre vieja, y la luz fluorescente lo hace todo aún más frío e impersonal. Mis codos descansan sobre las rodillas, mis manos vendadas tiemblan con un dolor que va más allá de lo físico. El costado del brazo cosido late lentamente, como si quisiera recordarme lo que pasó. Lo que perdí. Lo que casi no pude salvar.

Mi Julie.

Está aquí, a pocos metros de mí, viva, pero distante, como si estuviera en otro mundo. Y no quiere verme. Me lo ha hecho saber a través de Sienna. Y, joder, lo entiendo. Pero no saber si me odia o solo está intentando sobrevivir a lo que pasó me está destrozando por dentro.

Siento que cada minuto que paso aquí, sentado e impotente, estoy pagando por todo, y aun así, no es suficiente.

La puerta automática se abre con un chirrido y Blade entra con una naturalidad excesiva para alguien que acaba de manipular un cadáver. Se quita la gorra, la tira en la silla de al lado y respira hondo, como si volviera de dar un paseo y no de una autopsia, que solo se ha llevado a cabo porque él todavía sabe mover los hilos adecuados dentro de Tenebris.

— ¿Qué tal?

Me mira fijamente durante un segundo antes de decir:

— Shade tenía cáncer. Terminal. En fase avanzada.

Por un momento, todo a mi alrededor se silencia. El zumbido en mis oídos aumenta. Cáncer, claro. Eso explica la mirada enloquecida, la desesperación por destruirlo todo. Sabía que se estaba muriendo y decidió llevarse al mundo con él.

— Eso explica muchas cosas —murmuro, más para mí mismo —. Sabía que no le quedaba tiempo.

—Y quiso pasar el resto de su vida arruinando la tuya —añade Blade, sin rastro de ironía.

Me quedo en silencio durante unos segundos, asimilándolo todo. El dolor en el brazo late y el recuerdo del enfrentamiento aún arde bajo mi piel.

— No puedo entender cómo aún tenía fuerzas para luchar así —confieso, en un tono más bajo.

Blade se encoge de hombros.

—Con suficiente adrenalina, incluso un cuerpo en ruinas se convierte en un arma. Y él no estaba luchando por vivir, Grey. Estaba luchando por morir llevándote con él.

Cierro los ojos por un instante, asimilando el peso de esas palabras. Shade ya estaba muerto por dentro, yo solo fui el objetivo final.

Levanto la mirada, directa y cortante:

— ¿Qué hiciste con el cuerpo?

Él esboza una media sonrisa, esa típica de quien guarda demasiados secretos.

— Lo que pude usar, lo usé. El resto, ya me deshice de él.

— ¿Experimentos?

Él solo levanta las cejas, como si fuera obvio. Con Blade, nunca se trata de entierros, sino de oportunidades. Y los restos

humanos son oportunidades. No pregunto nada más.

Se acerca, recostándose contra la pared, y tras un momento de silencio, suelta, como quien deja caer una granada al suelo:

—Ella preguntó por ti.

Se me oprime el pecho y siento que el aire se me queda atascado en los pulmones.

— ¿Julie?

— Raven dijo que quería saber si estabas muy herido.

Cierro los ojos, solo por un segundo, pero es suficiente para casi perderme. Incluso después de todo esto y de la verdad, ella todavía quería saber de mí. Siento una débil esperanza arrastrarse dentro de mi pecho.

— ¿Vas a quedarte aquí? —pregunta él, cruzando los brazos.

Miro hacia la puerta de la sala donde la están tratando. No lo pienso dos veces antes de responder:

— Hasta que ella me deje entrar. Aunque me lleve una semana. O más.

Blade asiente con un ligero movimiento de cabeza y desaparece por el pasillo, dejando atrás solo el sonido de las luces parpadeando y mi propio corazón descompasado.

Me quedo inmóvil, con el alma destrozada y los ojos clavados en la puerta, como si eso fuera a acercarme a ella. No puedo tocarla, no puedo verla, pero puedo esperar. Y lo haré. Porque, después de todo lo que he hecho, es lo mínimo.

Esperarla.

Siempre.



CAPÍTULO 48

El hospital huele a plástico caliente y antiséptico. Los monitores pitan y los pasos apresurados de los enfermeros resuenan, pero todo aquí todavía parece estancado.

Han pasado días desde que todo sucedió. Desde que miré al techo demasiado blanco y me di cuenta de que todavía estoy viva. Desde que pedí no ver a Damian.

No lo dije con ira, solo le pedí a Sienna, casi sin voz, que no lo dejara entrar en la habitación. Todavía me duele pensar en él y en lo que hizo. En lo que no me contó y, para ser sincera, no sé cómo lidiar con eso.

No sé cómo curar esta herida.

Oigo pasos entrando en la habitación y sé que es ella, así que cierro los ojos y finjo que estoy dormida.

— ¿Vas a seguir fingiendo que duermes?

Respiro hondo y abro los ojos lentamente, al mismo tiempo que ella se acerca a mí. Su rostro es el mismo de siempre: firme, impasible. Solo que ahora con un poco más de cansancio en los ojos. Quizás incluso preocupación. Pero, por lo poco que sé de ella, sé que nunca lo diría en voz alta.

—¿Sigue ahí? —pregunto.

Se sienta en la silla junto a la cama, relajando el cuerpo, pero manteniendo la expresión alerta.

—En recepción. Todavía con cuatro costillas rotas —dice, como si quisiera hacerme cambiar de opinión sobre verlo. A continuación, añade sin emoción: —Se las mereció todas.

Desvío la mirada hacia la ventana. El cielo gris parece mirarme fijamente, pero no se mueve. Yo tampoco.

— Todavía no estoy lista —susurro.

—Lo sé.

Ella no insiste, y por eso confío en ella. De una manera loca y retorcida, Raven es directa y leal. No es del tipo que me dirá lo que quiero oír solo para aliviar mi dolor, aunque daría cualquier cosa por no saber que Damian mató a mi padre.

—Él mató a mi padre.

—Te salvó— replica sin dudar—. Y si no lo hubiera hecho, Luca habría muerto poco a poco, como un animal desgarrado. No sabes lo que Tenebris le hace a un traidor. Yo sí.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire durante unos segundos. No intento responderlas. En el fondo, sé que son ciertas, pero eso no borra el dolor ni el rencor. Y mucho menos lo que se ha abierto dentro de mí.

Sienna se levanta y me arregla las sábanas.

—No tienes que perdonarlo ahora, Julie. Pero tampoco tienes que fingir que no está ahí fuera esperando. Y sufriendo por ello.

Me arden los ojos y los cierro, tratando de evitar que las lágrimas caigan, pero no puedo.

— Lo amo, Siena. Y odio eso.

Ella se queda en silencio un momento, luego se inclina un poco más hacia mí.

— Pues sigue odiándolo. Pero no finjas que ese amor murió con lo que descubriste. Porque sabemos que no es cierto. Grey está ahí, pudriéndose junto con el resto. Y solo dejará de dolerte cuando decidas qué hacer con él.

Las lágrimas corren calientes por mis mejillas, y Raven no intenta consolarme, solo vuelve a sentarse a mi lado y me cuida en silencio.



Sienna se marcha en silencio y, en cuanto se cierra la puerta, la habitación vuelve a ser solo mía. Y *suya.* Aunque no esté aquí, Damian llena cada rincón de la habitación. Está en la rigidez de las sábanas, en el ritmo del monitor cardíaco, en la forma en que mi cuerpo aún siente su tacto, incluso cuando todo en mí intenta olvidarlo.

Giro la cara hacia un lado y miro al vacío.

Él mató a mi padre.

Esa frase se repite en mi cabeza como un tambor. Seca, implacable y cruel. Sin embargo, siempre va seguida de otra:

Él me salvó.

Y ese es el problema. Nada en él es sencillo.

Odio que no sea el dolor lo que me debilita ahora, sino lo mucho que lo echo de menos. El nuestro es el peor tipo de amor. Nació en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Todo equivocado.

Me llevo la mano al pecho y siento mi corazón acelerado. Ojalá pudiera odiarlo. Ojalá fuera fácil arrancarlo de mi interior. ¿Por qué es tan difícil odiarlo? ¿Por qué duele tanto amarlo?

Maldita sea. ¿Seré capaz de perdonar a Damian?



Estoy a punto de cerrar los ojos cuando oigo un salto golpeando el suelo. La puerta se abre con un chirrido y mi madre entra en la habitación. Lleva un vestido impecable, con el abrigo alineado por encima, el pelo suelto, el maquillaje demasiado bien hecho para una visita al hospital.

Mamá parece alguien que ha entrado por error en el hospital de camino a una galería de arte, no una madre preocupada.

—¿Mamá? —murmuro, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Entra como si la habitación fuera suya, con pasos cortos y controlados.

— Damian me arrastró desde mi casa hasta aquí. Insistió, llamó a la puerta y dijo que tenía que verte.

La imagen me golpea como una piedra. Él en tu puerta, insistente, mandón y decidido. Claro que haría eso. Forzar la presencia de alguien que apenas sabe demostrar afecto, solo para darme alguna migaja de reconexión. Lo conozco lo suficientemente bien como para saber que ese hombre haría lo que fuera necesario.

—¿Te obligó a venir? —pregunto, todavía en estado de shock.

—En cierto modo. —Ella se encoge de hombros, ajustándose el asa del bolso con el mismo desdén con el que se ajustaría la manga de una camisa—. Pero creo que solo quería darme la oportunidad de fingir que me importa.

—Claro.

—¿Qué te pasó?

— ¿Te importa?

— Estás horrible —responde.

—Estoy viva —respondo.

Ella asiente con los labios apretados y da un paso hacia la cama, pero no se sienta. Aunque mantiene el aire de superioridad que siempre ha utilizado como escudo, hoy hay algo diferente en ella. Parece un poco cansada, incluso algo arrepentida.

— Si hubiera sabido que estabas en el hospital, habría venido antes —comenta, tocando la sábana de la cama con la punta de los dedos—. Nadie me dijo nada. Pensé que te lo estabas pasando bien con él.

Pongo los ojos en blanco y suelto una risa irónica.

— No pasa nada, mamá.

— Lo siento.

— No te odio por no quererme. Ni por no preocuparte por mí —murmuro, sintiendo cómo me duele el corazón. Al menos, de alguna manera, ella quiso a mi hermano, aunque él nunca lo supiera.

Ella traga saliva y asiente, recogiendo las manos y cruzando los brazos a la altura del pecho.

— Ya lo sabes, ¿verdad? ¿Lo que le hizo a tu padre?

La pregunta me atraviesa como una fina navaja, cortando lo poco que me quedaba de corazón. No lo confirmo con palabras, solo la miro mientras siento que todo dentro de mí se hunde.

— ¿Ya lo sabías? —le espeto con un susurro casi ahogado.

Ella duda por un segundo, luego endereza el cuerpo, como si estar segura fuera más importante que arrepentirse. Y entonces, dejo escapar una risa seca y sarcástica, que sale incluso antes de pensar.

—Por supuesto que sí.

— Sí —confirma—. Lo sabía.

Me quedo mirando a mi madre como si fuera una extraña. En cierto modo, siempre lo ha sido. Nunca quiso ser mi verdadera madre, solo quería mantener la apariencia de serlo. Lo que queda de nuestra relación está aquí mismo, suspendido entre nosotras como cristal roto y a punto de hacerse añicos.

Cruza los brazos y me mira fijamente, como si estuviera evaluando un cuadro incompleto.

— Para ser sincera, no sé qué pensaría Luca de la relación entre ustedes dos. Era complicado. Demasiado orgulloso, idealista y obsesivo. Pero hay una cosa que sé, Julie.

— ¿Qué? —pregunto, aunque no quiero saberlo.

—Que Damian te ama.

Me quedo callada, apretando los labios hasta sentir el sabor de la sangre, y ella se arregla el bolso, da un paso atrás y concluye con su frialdad habitual:

— Cuídalo bien, hija mía. El amor no es algo que se encuentre dos veces.

Dicho esto, levanta la mano para tocarme la cabeza, pero se siente incómoda y renuncia al gesto, así que se da la vuelta y se marcha.

Me quedo con la mirada fija en la puerta que acaba de cerrarse, con el pecho dolorido y el mundo derrumbándose.

Odio que tenga razón. Damian me ama. Y lo peor de todo es que yo también lo amo, más que a cualquier otra cosa en mi vida.



CAPÍTULO 49

—¿Estás segura de eso? —El médico me mira por encima de sus gruesas gafas, sosteniendo el historial médico—. Julie, aún es pronto. La recomendación es dos días más en observación.

—Estoy bien —insisto, con una voz más firme de lo que realmente me siento—. Mis funciones son estables, mis signos también. Y, con todo respeto, doctor, necesito salir de aquí por motivos que ningún informe va a registrar.

Él duda, pero finalmente asiente con un suspiro resignado. Una enfermera me ayuda a ponerme el chándal gris que Raven trajo por la mañana. Me ajusto la capucha en la cabeza, me cubro la cicatriz de la cara con el pelo y suspiro.

Después de organizar todas mis cosas, Sienna me encuentra en el pasillo, apoyada contra la pared como si fuera mi guardaespaldas personal.

— ¿Qué le has dicho?

— Que apestaba y que tenía que ir a darse una ducha.

Asiento con la cabeza.

— Gracias.

— ¿Estás segura de que quieres hacerlo así? —pregunta con mirada atenta—. Parece que estás huyendo.

Y así es.

— Quiero irme a casa sin tener que enfrentarme a él. No puedo hacerlo. Todavía no.

Ella no dice nada, solo me ofrece el brazo, coge mi bolso y camina conmigo hasta el ascensor, que parece tardar una eternidad. Mi cuerpo palpita un poco por el dolor de los puntos que me han dado en la cara y los hematomas que tengo por todas partes, pero me siento un poco mejor con la sensación de que me voy.

Miro hacia un lado, en dirección a las sillas de la sala de espera, y veo la silla donde sé que él solía sentarse. Mi corazón se contrae por el alivio y la decepción. Es extraño cómo ambos luchan por un espacio dentro de mí.

En cuanto se abren las puertas, Sienna da un paso adelante, tirando sutilmente de mi brazo, y yo me quedo paralizada, porque veo su abrigo.

Está tirado sobre la silla, como si él acabara de levantarse. La tela es oscura y pesada, hay un pliegue en el cuello y una de las mangas toca el suelo. Y es como si cada centímetro de la tela me recordara todo. Su tacto, el calor, el dolor, la salvación y la destrucción que caminan de la mano desde que él entró en mi vida.

—¿Qué pasa? —pregunta Sienna.

Se me hace un nudo en la garganta y se me revuelve el estómago. Me libero de su brazo y, sin decir nada, me acerco a la silla. Me agacho lentamente, con los dedos temblorosos cerrándose alrededor de la tela aún tibia.

Acerco el abrigo a mi pecho y respiro hondo. Y así es como lo sé. No puedo simplemente irme o seguir ignorando al hombre que amo. No con él todavía esperándome, aunque no esté aquí.

—Llévame a su apartamento, Sienna —murmuro, sin apartar la mirada de la tela entre mis dedos.

Ella no pregunta por qué, solo asiente. Y por primera vez desde que desperté, no estoy huyendo. Voy en dirección a lo que aún arde dentro de mí.



Giro la manija lentamente y la puerta se abre ante mí. Entro sin prisa, sintiendo los latidos acelerados martilleando en mi pecho. Cierro la puerta sin hacer ruido y respiro hondo.

El ambiente sigue siendo el mismo, y su olor impregna todas las superficies. Camino sin hacer ruido, mis ojos recorren cada detalle como si buscaran algo que demuestre que todo lo que pasó entre nosotros no fue un delirio de mi cabeza.

De repente, Damian aparece por el pasillo, con el abdomen al descubierto, el pelo mojado aún goteando sobre sus anchos hombros, mientras se seca el cabello con una toalla blanca. Está descalzo, vistiendo solo unos pantalones de chándal oscuros que contrastan con su piel marcada por cicatrices y sus músculos rígidos.

Camina distraído y, por un instante, no se da cuenta de mi presencia. Pero en cuanto levanta la vista y me encuentra parada en medio de la sala, todo su cuerpo se paraliza. La toalla se le queda congelada entre las manos, la respiración se le detiene en el pecho y su mirada se convierte en un huracán de incredulidad y *miedo.*

—Hola —susurro, sintiendo cómo la palabra se me escapa como si tuviera vida propia.

No responde de inmediato, y siento que está tratando de asegurarse de que soy real.

—¿Cómo te sientes? —pregunta después de una eternidad en silencio.

—Un poco cansada, pero mejor —respondo, tratando de esbozar una sonrisa—. Convencí al médico para que me diera el alta.

Asiente lentamente, como si procesara cada sílaba. Una pequeña y vacilante sonrisa aparece en la comisura de sus labios. Su mirada permanece fija en la mía, como si tuviera miedo de parpadear y perderme de nuevo.

— Iba a volver al hospital.

— Lo sé.

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente durante un minuto que parece demasiado largo. Deja la toalla sobre el respaldo del sofá con un gesto deliberado y se acerca a mí. Sus pasos son firmes, pero no apresurados. Se detiene a dos metros de distancia, lo suficientemente cerca como para que sienta el calor que emana de su cuerpo, pero lo suficientemente lejos como para permitirme retroceder, si *quiero.*

No quiero.

Damian respira hondo, sus anchos hombros se mueven en un gesto casi doloroso.

—Julie, yo...

— Lo sé —le interrumpo, silenciándolo. Pero eso no lo aleja, al contrario, parece aliviarlo.

Levanto los brazos suavemente y lo atraigo hacia mí, hasta sentir su cuerpo junto al mío. Apoyo la cara en su pecho cálido y húmedo, escuchando los latidos de su corazón resonar en mi oído. Me envuelve con sus fuertes brazos y, por primera vez desde el hospital, siento que puedo respirar de verdad.

—Te quiero, Julie. Te quiero muchísimo —murmura, con una voz tan llena de verdad que me duele por dentro.

Cierro los ojos y me hundo aún más contra su pecho.

—Yo también te amo —respondo, casi sin aliento.

Damian se retira un poco y me sujeta la cara entre las manos, con las palmas calientes y los dedos limpiando las lágrimas que caen

sin permiso. Su mirada me atraviesa con una intensidad tal que siento que, aunque destrozados, seguimos siendo el uno del otro.

— Todavía duele —confieso, susurrando, con la frente pegada a la suya—. Pero sé que lo superaremos juntos.

— Lo eres todo para mí, Julie —responde, con voz baja, denotando una devoción que roza la desesperación.

Sus ojos permanecen fijos en los míos, tan cerca que puedo sentir el calor de su aliento mezclándose con el mío. Por un segundo, no hay nada más, ni el pasado, ni el dolor, ni la sangre que aún late detrás de los recuerdos.

Solo existe el ahora. Solo nosotros dos.

Damian desliza los dedos por los lados de mi cara con un cuidado que contrasta con su brutalidad, parece tener miedo de romperme más de lo que ya estoy rota. Su atención desciende hasta mi boca, pero soy yo quien se pone de puntillas y lo besa. Él gime suavemente contra mi boca y sus manos bajan hasta mi cintura, atrayéndome hacia él hasta que nuestros cuerpos se unen como si siempre hubieran pertenecido el uno al otro.

Su calor me invade y me consume. Siento los músculos rígidos bajo mis palmas cuando paso las manos por sus hombros y brazos. Las cicatrices son las marcas de todo lo que ha sobrevivido, y ahora también son mías.

Damian me levanta sin esfuerzo y me lleva hacia el dormitorio, con la respiración entrecortada y la mirada salvaje, pero, incluso en ese deseo desenfrenado, me mira con amor.

Cuando mi espalda toca el colchón, se acuesta sobre mí, apoyando su peso en los antebrazos. Me besa el cuello, la clavícula, el hombro, y parece querer pagar todo el dolor con su boca.

Mis dedos se enredan en los mechones húmedos de su cabello mientras nuestros cuerpos se presionan el uno contra el otro.

—Pensé que te había perdido —susurra contra mi piel—. Habría matado al mundo entero para traerte de vuelta.

—Estoy aquí... —respondo, jadeando—. Y no voy a ir a ninguna parte.

Me besa de nuevo, más despacio esta vez, prolongando y saboreando lo que casi pierde. Sus dedos recorren mi cintura con reverencia, subiendo por el borde de la camiseta hasta deslizarla por mis brazos, dejando al descubierto mi piel marcada y magullada.

—Eres jodidamente hermosa— murmura—. Cada parte de ti.

Se agacha y me besa el hombro, luego el centro del pecho y cada costilla, como si fuera posible coser las partes desgarradas con sus labios. Mis dedos buscan la cintura elástica de sus pantalones y, cuando tocan su piel caliente, siento que su cuerpo se estremece.

Damian me ayuda a quitarme los pantalones de chándal y las bragas, y luego me quita la ropa, dejándome desnuda debajo de él.

—Te necesito —confiesa con nuestras frentes pegadas—. Necesito sentirte.

— Entonces siéntame —respondo en un susurro—. Ámame ahora, como si el mundo fuera a acabar.

Y él hace exactamente eso.

Damian se coloca entre mis piernas, con los ojos clavados en los míos hasta el último segundo, y cuando me penetra, despacio, con cuidado y firmeza, todo el aire que había retenido en los pulmones se escapa en un gemido bajo.

Me invade por completo, en cuerpo y alma, llenando todo lo que el miedo había dejado vacío. El ritmo es lento al principio, como si nos estuviéramos redescubriendo, un toque a la vez, un suspiro a la vez.

Entrelaza sus dedos con los míos, sujeta mis muñecas contra el colchón y hunde su rostro en la curva de mi cuello. Sus movimientos se vuelven más profundos y un poco más desesperados. Nos estamos deshaciendo el uno en el otro, curando lo que fue arrancado con sangre y gritos.

«Te amo», repite contra mi piel. «Te amo tanto, Julie».

— Yo también —gimo, jadeando, atrayéndolo aún más hacia mí, sintiendo su polla dentro de mí—. Y siempre he sido tuya.

Él gime en voz baja, moviendo las caderas con precisión e intensidad. Y tan pronto como el clímax me atraviesa, como un trueno, su nombre se escapa de mi boca entre sollozos. Damian llega justo después, enterrado en mí, con el cuerpo tenso, la respiración entrecortada, los brazos envolviéndome como si pudieran protegerme del mundo entero.

Y sé que, aunque aún haya dolor y cicatrices, solo somos nosotros dos, y eso es suficiente, porque el mundo puede intentar destruir nuestro amor, pero él siempre me encontrará. Y yo siempre volveré a él.



GREY

EPÍLOGO

El silencio de la noche solo se rompe con el sonido de la lluvia fina golpeando las ventanas de la cabaña y el crepitar perezoso de la leña ardiendo en la chimenea. El mundo exterior es oscuro, frío y distante. Pero aquí dentro, con Julie acurrucada en mi regazo, cubierta por la manta y con la cabeza apoyada en mi pecho, todo parece estar en paz.

Mi brazo la rodea con firmeza, el otro sostiene la taza de té que ella me obligó a aceptar. Nunca me han gustado estas cosas, pero ella dijo que era de manzanilla y servía para «calmar a los monstruos». La ironía me arrancó una sonrisa.

Sus dedos dibujan suaves círculos en la cicatriz que tengo en el costado. No habla, pero sé cuándo algo está por suceder. Julie no se inquieta sin motivo, y ahora está agitada.

Su cuerpo se mueve ligeramente, como si quisiera huir, pero, al mismo tiempo, como si se estuviera preparando para entregarme su corazón una vez más.

—¿Damian? —llama sin levantar la cabeza.

— ¿Eh?

— ¿Has pensado alguna vez... en cómo sería tener hijos?

— Nunca entregaría a nuestros hijos a Tenebris —digo, acariciándole el pelo—. Nunca.

Ella respira hondo y luego se sienta lentamente, acomodándose en mi regazo. Sus ojos me encuentran en la oscuridad, reflejando la luz anaranjada del fuego. Noto un brillo extraño en ellos, casi nervioso.

— ¿Lo prometes?

Sonrío y asiento con la cabeza.

— Lo prometo, Julie. Nunca entregaré a nuestros hijos. Ni por lealtad. Ni por deber. Ni por mi vida.

Con una sonrisa sincera, me quita la taza de la mano y la coloca sobre la mesita detrás de nosotros, luego nos arregla la manta y se humedece los labios antes de morder.

— Cierra los ojos —me pide.

Frunzo el ceño.

— ¿Por qué?

— Solo ciérralos, Damian —insiste con una sonrisa pícara, y yo obedezco—. No los abras.

Sobre mi regazo, se mueve y saca algo del bolsillo, y siento el movimiento cuando lo coloca delante de mí. Envuelve mis manos con las suyas y deposita algo ligero y frágil en mi palma.

— ¿Qué es eso?

— Puedes abrirlo.

Abro los ojos lentamente y casi olvido cómo se respira cuando lo veo. Es una prueba de embarazo. Dos líneas rojas, claras e inconfundibles.

—Julie... —susurro, con un nudo en la garganta.

Se muerde el labio, revolviéndose en mi regazo con ansiedad y un poco angustiada, mientras sus manos aprietan la tela de los pantalones. Sus ojos azules están llorosos y sonríe.

— Quería decírtelo de la manera correcta. Sé que el mundo sigue estando destrozado y que estamos recomponiendo nuestras piezas. Pero... —Hace una pausa y suspira—. Esto es nuestro.

Me quedo mirando la prueba, sintiendo cómo se me abre el pecho de una forma que ni el dolor, ni la culpa, ni Tenebris han conseguido alcanzar. Sostengo la prueba con una mano y la atraigo hacia mí con la otra, rodeándole los hombros, abrazando todo lo que ella es.

Y todo lo que estamos a punto de ser.

«Me has dado el mundo, mi amor», le susurro al oído. «Ahora, también me darás su corazón».

Ella se aferra a mí y siento su cuerpo temblar de alivio y amor.

—Solo protégenos, Damian —pide con voz entrecortada—. Pase lo que pase, por favor, nunca dejes que se lleven a nuestro hijo a Tenebris. Ni siquiera si lo exigen.

Le sostengo el rostro entre las manos, obligándola a mirarme.

— Moriría antes de permitirlo. ¿Entendido? Moriría.

Ella asiente y esboza una amplia sonrisa, como si algo dentro de ella se hubiera liberado. El fuego crepita de nuevo, fuera sigue lloviendo y aquí, el fin del mundo se convierte en un hogar.

Para mí.

Para ella.

Y ahora somos tres.

Ella inclina el cuerpo hacia delante y acerca sus labios a los míos, dándome un beso prolongado, y luego descansa la cabeza en mi pecho, haciendo que envuelva mis brazos alrededor de su cintura.

Sé lo que exige *mi* mundo y sé lo que pasará si descubren que Julie está embarazada. Nunca permitirán que se queden con los hijos. No con los nuestros. Pero no importa, voy a cambiar eso. Aunque tenga que derribar el infierno de dentro hacia fuera, pared por pared. Aunque tenga que quemar lo que queda de mi nombre.

Ese niño, ese pedacito dentro de Julie, es lo único que me queda de todo lo que aún soy capaz de amar.

Y nunca dejaré que me lo quiten.



GREY

EPÍLOGO (Bonus)

Julie está agachada cerca del armario de la cocina, con el ceño fruncido y una expresión decidida que me hace sonreír antes incluso de darme cuenta. El pelo revuelto le cae sobre la cara y la vieja blusa que lleva se le está deslizando por uno de los hombros, dejando al descubierto un trozo de piel que parece hecho para descontrolarme.

Revuelve ollas, cajas, incluso debajo de la estufa con una terquedad que conozco bien, queriendo demostrar que puede vencerme.

—No encontrarás nada todavía, mi amor —le advierto, apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y un tono provocador en la voz—. Puedes buscar toda la noche. Sé muy bien cómo esconder un arma.

Ella levanta sus largas pestañas hacia mí, con sus ojos azules brillando desafiantes.

— Dijiste que si lo encontraba, me enseñarías a disparar.

— Eso fue antes de que me dijeras que estabas embarazada. —Me encojo de hombros, esbozando una sonrisa torcida—. Y siento decepcionarte, pero no lo encontrarás.

— No es justo.

—Claro que lo es. Son las reglas.

Ella soltó una risa irónica.

— No habíamos hablado de reglas antes.

— Deberías saber que estaban implícitas —la provoqué.

Julie se levanta, se limpia las manos en los pantalones cortos y se dirige hacia la escalera con una lentitud deliberada. Sé que está tratando de provocarme, y está funcionando. Cada paso que da me hace perder el control, incluso cuando intenta desafiarme con algo tan simple como encontrar algo que he escondido.

—¿Adónde crees que vas? —le pregunto, siguiendo el movimiento de sus caderas y sintiendo cómo se me calienta la sangre.

— Apuesto a que lo has escondido en el segundo piso.

— Puedes apostarlo. Y aún así perderás.

Sube el primer escalón, luego el segundo, y cuando está en el tercero, la visión de sus muslos desnudos bajo la tela holgada de los pantalones cortos me golpea con demasiada fuerza. Respiro hondo y, en un impulso primitivo, cruzo el espacio que nos separa, agarro su delgada cintura y la tiro con fuerza hacia atrás, haciendo que su cuerpo choque contra el mío.

Ella suelta un suspiro de sorpresa y empieza a reír. Gira la cara lentamente, con los ojos fijos en los míos, como si supiera exactamente lo que está a punto de pasar.

«Esto va contra las reglas», susurra, posando sus labios sobre los míos. «Prometiste que no me detendrías».

— Yo creé las reglas y puedo romperlas cuando quiera.

Mi boca encuentra la suya y la beso profundamente, apretando sus labios, reclamando lo que es mío. Mis manos bajan por su espalda, acercando su cuerpo al mío, hasta que no queda espacio entre nosotros. Ella gime contra mi boca, y el sonido me enciende por dentro como gasolina en llamas.

—¿Vas a interponerte en mi camino o me dejarás subir? —me provoca, llevando las manos a la barra de mi camisa.

— Te voy a follar en medio de la escalera si sigues mirándome así.

Ella esboza una sonrisa maliciosa e inclina la cara hasta que su boca roza mi mandíbula.

—No me parece mala idea.

Levanto a Julie con fuerza, sintiendo cómo sus piernas se enredan en mi cintura, y la presiono contra la barandilla. Su cuerpo encaja como siempre, cálido, suave y desesperado.

Deslizo las manos por la barra de la blusa, sintiendo cómo la piel caliente de su cintura se eriza bajo mi tacto. Trago un gemido suyo y luego me alejo, lo suficiente para tirar de la tela por encima de su cabeza. El sujetador blanco que lleva contrasta con el ligero rubor de sus mejillas.

Siempre tan hermosa e inocente.

Siempre tan mía.

Sus dedos tiran de la barra de mi camiseta hacia arriba, haciéndome levantar los brazos, y dejo que me la quite, y cuando lo hace, sus ojos recorren lentamente mi pecho, deteniéndose en las cicatrices.

Mis dedos encuentran el cierre del sujetador y lo desabrocho lentamente, y este se desliza por sus hombros y cae al suelo de madera. Beso su clavícula, luego el valle entre sus pechos, sintiéndola estremecerse con cada caricia.

Sus manos se deslizan por mis pantalones hasta desabrocharlos. La ayudo, empujo la tela hacia abajo y, en segundos, estoy solo en calzoncillos, con la polla dura presionando contra ella, ansiando más.

Con un rápido tirón, le quito los pantalones cortos junto con las bragas, pasando por sus delicadas nalgas. Pierdo un segundo solo mirando, absorbiendo. Julie, desnuda bajo la luz de la chimenea, con el pelo revuelto y los ojos brillando por mí, es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Eres preciosa—le digo con voz ronca, atrayéndola de nuevo hacia mis brazos—. Ven aquí.

Ella sonríe, dulce y rendida, como si acabara de ganar el mundo.

Me quito los calzoncillos con un rápido movimiento y mi polla salta fuera, dura y hambrienta de ella. Su mirada se posa en mi miembro, y eso me hace sonreír con cierto orgullo posesivo.

— No sirve de nada detenerme ahora —susurra, con la boca casi rozando la mía—. Aún voy a encontrar el arma.

— Solo si es para follarte con ella —replico, antes de tomar sus labios con los míos, empujándola de espaldas contra la escalera.

Apoyo una de sus piernas sobre la barandilla, abriéndola más para mí, y sostengo mi polla con una mano y la introduzco en su entrada húmeda. Deslizo hacia dentro con tanta facilidad que casi me vuelve loco.

—Damian —gime ella, lloriqueando.

—Tu coño está tan húmedo, Julie —gruño, hundiéndome más en ella—. Joder.

Empiezo a empujar con más fuerza, haciendo movimientos de vaivén, y la madera cruje con el peso de nuestros cuerpos. Ella entrecierra los ojos y levanta una mano hasta encontrar mi cara, entreabre la boca, jadeando de placer.

Le agarro el culo con fuerza, clavándole los dedos en la piel caliente, y cuando la levanto con más fuerza, sintiendo cómo mi polla encaja perfectamente en su coño, ella grita, casi suplicante.

Mi nombre se escapa de su boca como una maldita y sagrada petición al mismo tiempo. Y no puedo resistir el sonido de mi nombre en su voz.

Inclino la cara y beso su cuello, mordiéndola lentamente, marcándola. Quiero que cada parte de ella sepa que es mía. No solo ahora, sino después de todo. Y que siempre estaré aquí, grabado en su piel como una buena cicatriz.

—Mírame —le ordeno, con voz baja, entre jadeos.

Julie levanta la cara y sus ojos azules se fijan en los míos. Nublados y cargados de lujuria. Sujeto firmemente su culo, abriendo más su coño para mí y me hundo más profundo y fuerte.

Su cuerpo tiembla y ella arquea la cadera contra mí, como si intentara escapar y entregarse con la misma intensidad.

Me agarra la nuca, con los labios temblorosos, y sé que está cerca. Cada músculo de su coño palpita alrededor de mi polla como si suplicara por más.

—Damian... —gime—. Quiero todo de ti. Todo.

Sus palabras me atraviesan como un puto cuchillo, pero es ese tipo de dolor el que me atrapa. El que me lleva hasta el final. El que me hace arder por ella como si el infierno fuera demasiado tibio en comparación con lo que sentimos.

— Te amo. Te amo muchísimo.

Acelero, empujando con fuerza, sintiendo cómo cada milímetro de su cuerpo responde como si hubiera sido hecho para mí. La barandilla de la escalera se balancea y el mundo desaparece a nuestro alrededor.

—Córrete conmigo —le susurro, con la boca pegada a su oreja—. Córrete en mi polla.

Julie arquea el cuerpo, la boca abierta en un grito, los ojos cerrados con fuerza mientras el orgasmo la embarga por completo. Su interior palpita con fuerza, apretando mi polla como si no quisiera soltarme, y yo pierdo el control. Me clavo hasta el fondo, derramando todo en ella con un gruñido ronco, bruto y salvaje.

Julie me mira, todavía jadeando, con el pelo pegado a la frente, los ojos. Le acaricio la mejilla con los dedos y le beso la boca con calma, con reverencia, con todo lo que soy y en lo que me he convertido por ella.

— Tú eres mi hogar, Julie. Y yo soy el monstruo que protegerá cada pared de él hasta el final.

Ella esboza una pequeña sonrisa y yo comprendo, más que nunca, que voy a pasar el resto de mi vida protegiendo esa sonrisa.



RECADINHO

Hola, Maria Mafiosa , ¿qué tal? ¡Qué alegría verte por aquí!

Bajo la protección del ejecutor no es una simple historia, es un pedazo de mi corazón que sangró, cicatrizó y eligió amar, exactamente como lo hicieron Julie y Damian.

Escribir este libro fue intenso. Hubo días en los que las palabras fluían como flechas y otros en los que no salía nada. Pero estos dos nunca me abandonaron. Damian y Julie estaban allí, esperando, pidiendo existir.

Si has llegado hasta el final, gracias. Gracias por darle una oportunidad a este hombre sombrío, que ama con la misma fuerza con la que destruye. Y a la chica de corazón roto, que aprendió a sobrevivir y a amar, incluso cuando todo parecía derrumbarse.

Si lloraste, temblaste de rabia, deseaste coger la mano de Julie o gritarle a Damian, yo estaba a tu lado, sintiendo todo eso también.

Gracias por confiar en mí. Por embarcaros en este amor retorcido, feroz, pero real. Por ver la belleza incluso en las partes más oscuras.

Y, sobre todo, gracias por seguir aquí, incluso cuando la historia no sigue el camino más fácil, sino el más verdadero.

Si quieres más de estos mundos, más de estas heridas que se convierten en amor, me encuentras en Instagram:

?? @brenda.ripardo

O en mi página de Amazon, donde otros hombres peligrosos (y completamente enamorados) te esperan.

P.D.: Prometo que aún queda mucho de este universo por explorar, pero, por hoy, Julie y Damia solo quieren que sepas: gracias por estar aquí.